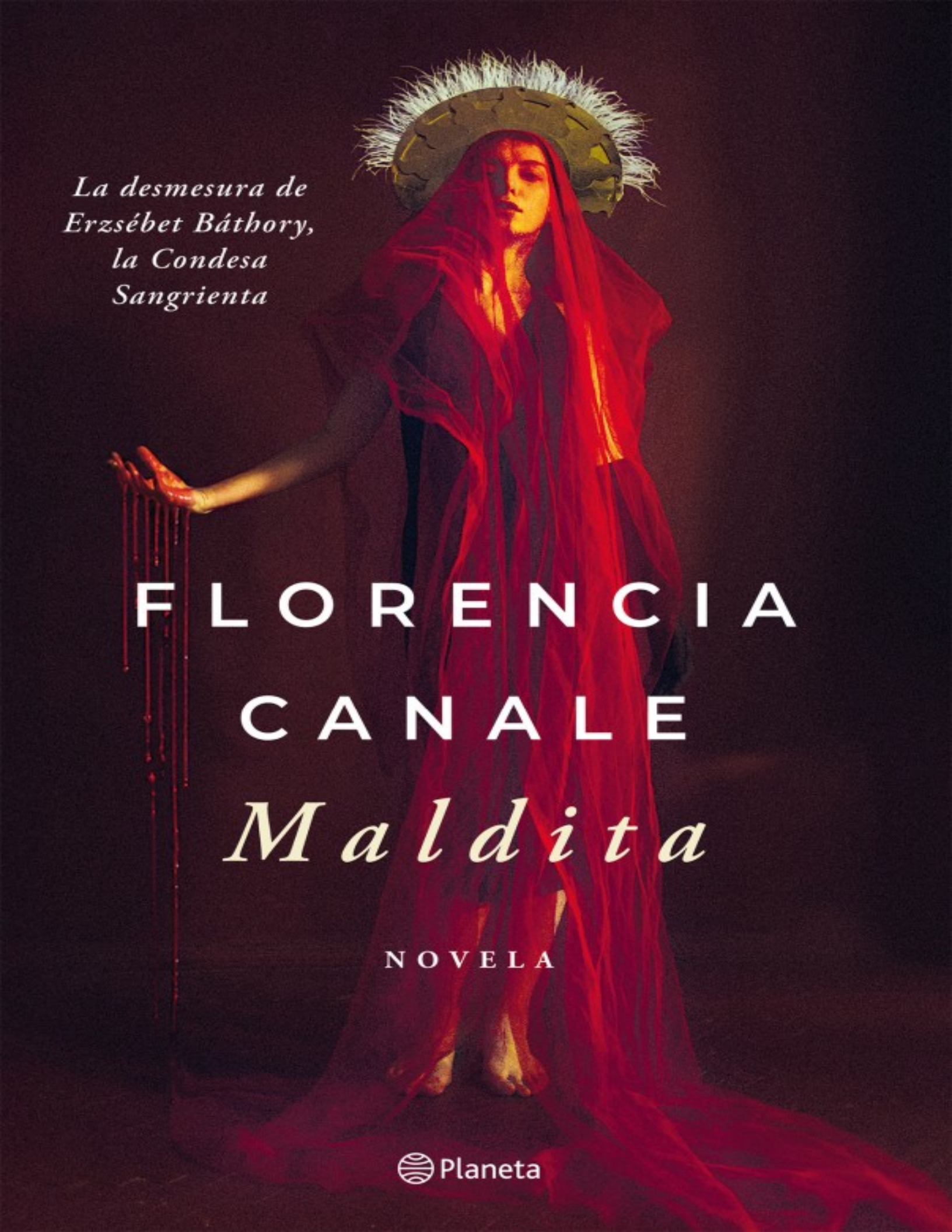


The background of the cover is a dark, moody illustration. It depicts a woman standing, wearing a long, flowing red veil that covers her head and face, leaving only her eyes visible. She wears a crown or halo made of a dark, textured material with white, spiky protrusions. Her right arm is extended to the side, holding a small, dark object from which several thin, vertical streams of red liquid (resembling blood) are dripping down. The overall color palette is dominated by deep reds, blacks, and a hint of gold from the crown.

*La desmesura de
Erzsébet Báthory,
la Condesa
Sangrienta*

FLORENCIA
CANALE
Maldita

NOVELA

 Planeta

Maldita

Florencia Canale

Maldita

La desmesura de Erzsébet Báthory, la
Condesa Sangrienta

Índice de contenido

[INTRODUCCIÓN](#)

[PRIMERA PARTE. El peso de la sangre](#)

[SEGUNDA PARTE. Ceremonia sangrienta](#)

[TERCERA PARTE. Ensangrentada y fatal](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Puntos de referencia

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Comienzo de lectura](#)

[Legales](#)

[Tabla de contenidos](#)

Canale, Florencia

Maldita / Florencia Canale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Planeta, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-9916-4

1. Literatura. I. Título.

CDD 800

© 2026, Florencia Canale

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C

Publicado bajo el sello Planeta®

Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.

info@ar.planetadelibros.com

www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: septiembre de 2026

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto 451

ISBN 978-950-49-9916-4

Queda hecho el depósito que previene la ley 11. 723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11. 723 y 25. 446 de la República Argentina.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

“Porque lo bello no es sino el comienzo de lo terrible,
ese que todavía podemos soportar; y lo admiramos
tanto porque, sereno, desdeña al destruirnos”.
Primera elegía del duino, RAINER MARIA RILKE

INTRODUCCIÓN

El patio de armas era un páramo gris. Era la hora del rocío, faltaba poco para que el sol de julio asomara por el horizonte y diera comienzo a un día como cualquier otro en el castillo de Lockenhaus. En breve, los soldados de la orden del Caballero Negro irían y vendrían, los sirvientes y encargados de las comidas darían comienzo a sus labores, los mozos de cuadra entablarían sus vínculos de cuidado estrecho con los caballos del palacio.

Sin embargo, la dama y su séquito, con su halo majestuoso, avanzaron desde sus aposentos. No era el horario acostumbrado para que las mujeres hicieran su aparición, pero daba igual. Iluminadas por unas velas de cera de abeja, descendieron por las estrechas escaleras, atravesaron corredores y cruzaron la arcada principal, dejando el rastro del siseo de sus faldas sobre las piedras. La tinaja con agua humeante aguardaba en el centro del recinto. Con una calidad inigualable, las criadas encendieron las antorchas y se hizo la luz.

Erzsébet levantó el mentón y perdió la mirada en algún punto inexacto. Una de las doncellas desanudó la bata que se derrumbó sobre el piso. La condesa Báthory permaneció unos segundos erguida, cubierta solo por una camisa de noche del mismo color de su piel blanca, tan blanca como la nieve, invisible aun en el verano del sur de Austria. Se tomó del brazo de la doncella y, con ese apoyo, se introdujo en la tinaja. La camisa de hilos se le adhirió al cuerpo desnudo y con las manos sostuvo su larga cabellera para que no acariciara el agua.

—¡De prisa! —ordenó con firmeza y escrutó a las encargadas de la faena.

Las doncellas se abalanzaron sobre su ama, colocaron un pequeño cojín forrado en seda sobre el borde de la tinaja para que la condesa reposara el cuello y la melena interminable cayera por fuera. Erzsébet cerró los ojos. Se entregó al ritual. Imploró en silencio que aquello funcionara.

De a poco, las encargadas de los afeites vertieron la mezcla ocre de agua de ceniza con manzanilla silvestre y espolvoreada con azafrán húngaro desde la sien hasta las puntas oscuras de la melena de la condesa. Erzsébet quería ser rubia como la miel, tener una cabellera dorada como la de las señoras florentinas. La moda italiana había cruzado fronteras y, desde allí, llegaban los dictámenes estéticos que envolvían a la mujer húngara.

—Laven, hundan sus dedos hasta que desaparezcan de su vista. Trabajen, me urgen los resultados —murmuró la condesa Báthory.

Diez veces repitieron el enjuague. La pócima activó su cometido y la cabellera empezó a clarear al igual que el día. La ayudaron a ponerse de pie y a salir de la tinaja, chorreando el agua que la había convertido, según su voluntad, en lo más precioso de la existencia.

Erzsébet se despegó la camisa de la piel y se la quitó. Veloces, las doncellas la cubrieron con ropajes secos y le acercaron una banqueta para que se sentara. Dieron comienzo al trajín de los peines sobre la melena húmeda. El sol había huido del horizonte, la temperatura se había templado y la servidumbre comenzaba con su jornada. A la condesa no le importó interrumpir el trabajo de sus vasallos. Se mantuvo allí, enhiesta, hasta que el pelo se secó.

—Quiero mi *cristallo* —reclamó Báthory ante la mirada impávida de las doncellas. Le importaba poco y nada que sus criadas no entendieran una palabra de italiano, las había acostumbrado a que debían encontrar las respuestas en otro lugar. Ella no sería su oráculo. Habían aprendido bien.

Las doncellas apuraron el paso y buscaron algunos de los espejos de la condesa. Habían llegado desde Murano. Los Nádasdy, la familia política de Erzsébet y una de las más ricas e influyentes de Hungría, colmaban los castillos de artículos exquisitos que solo la nobleza y el dinero garantizaban. Los mercaderes de Venecia estaban dispuestos a vender sus espejos a altísimos precios a esos clanes de las tierras

tan lejanas de Europa. La condesa eligió uno, el de mango de oro con incrustaciones, y emprendió la retirada. Hizo un gesto con la mano —quería alejarse adonde nadie la viera— y salió del patio de armas camino a los jardines.

Erzsébet quería estar sola para revelar el resultado. Encontró el sitio, un poco alejado de los muros que rodeaban el castillo. El sol le dio de lleno en la cara y una tenue brisa le desacomodó la melena en una danza pagana. Alzó el espejo y se miró. Sonrió, sus labios apenas se despegaron, le gustó lo que vio, veneró el regalo del reflejo. Lo único que buscaba era gustarse, gustar, encontrar la marca que la distinguiera del resto. Un pensamiento loco la tomó por asalto: tal vez aquella distinción estuviera signada por la fatalidad; sin embargo, ávida por permanecer en ese estado embriagador, con los dedos retiró un mechón que escondía su cara y regresó al pacto secreto.

La belleza era imprescindible. Más importante que el aire que respiraba, que el agua que saciaba su sed, que la vida misma. Sin ella, ya nada tendría sentido. Se observó y leyó, en sus gestos, la aprobación anhelante. Esa piel reveladora, esos ojos despiertos, aquella mirada milenaria. Y su larga melena con jirones de bosque y existencia eterna.

Le preguntó a su *cristallo* quién era la más bonita. Respiró con tranquilidad y, frente a ella, vio la verdad absoluta, se sintió invencible y perfecta.

—La más bella del mundo soy yo —sentenció, con fiereza, Erzsébet Báthory.

PRIMERA PARTE

El peso de la sangre

CAPÍTULO I

Las costumbres, los colores, las preferencias, las texturas y toda presencia humana que se precie se trasladan y contagian a través de los siglos. La herencia viaja de generación en generación. Sin embargo, ¿esto es así? ¿Resulta temeraria esta afirmación? Ah, destino que abruma, y entonces, ¿el mal espesa los lazos de sangre? ¿Se reproduce? ¿Es inevitable?

Habría que sentarse y dejarse llevar por los vaivenes inescrupulosos de la vida, aflojar el entumecimiento y entregarse a los apremios de lo que viene dado. Algunos pueblos pelearon sus hados contra enemigos olímpicos, aunque las batallas estuvieran perdidas antes de empezar. Poco les importó sucumbir ante un sinfín de derrotas. El secreto estuvo siempre en la continuidad de la lucha, en el jadeo que los mantuvo vivos, y por los siglos de los siglos. Pero otros se entregaron en cuerpo y alma al sino funesto que dominó su camino. Con la cabeza gacha o la frente en alto, los clanes del centro del continente europeo aceptaron nadar, sin oponer resistencia y con suma destreza, las aguas más turbulentas.

Los magiares [\(1\)](#) cargaron, desde los confines de los tiempos, con una sucesión de aspectos que estuvieron teñidos por una paleta oscura de toda oscuridad. Señalados como caníbales, devoradores de niños o hunos sedientos de sangre, ¿quiénes eran, en realidad, estos bárbaros asiáticos que derramaron zozobra a través de Europa Central y que fueron capaces, además, de defender sin miedo al cristianismo del azote otomano?

Solitario y melancólico, este pueblo encontró reparo —o lo construyó a fuerza de hierro punzante— del otro lado de los Cárpatos y más allá. Durante poco más de medio siglo, entre los años 898 y 955, los magiares fueron considerados la escoria de Europa. Arrasaron con todo lo que se les puso en el camino, ardiendo, saqueando y matando. La turba asiática invadió, no solo la tierra germana, sino el norte de Italia y amplios tramos de Francia. Incansables, cruzaron desde la costa báltica hasta la atlántica.

“Pues que son la raza satánica quien, cada vez que pasa, deja su estela de sangre”, así se los pintaba, así se les temía. Europa parecía haberse puesto de acuerdo y, sin vacilaciones, multiplicaron la estigmatización de aquella cruel tribu horrorosa que provocaba pavor por doquier.

Resonaban, como el eco en la montaña, las anécdotas macabras: que los bárbaros paganos habían avanzado como el relámpago a través de Bavaria y Swabia por el lago Constanza, infligiendo todo tipo de daño en la abadía benedictina de San Galo —centro vital de la espiritualidad y el conocimiento, poseedora de una biblioteca extraordinaria— y alrededores, ultimando, en el proceso, a Wiborada, una noble alemana devenida en anacoreta que había elegido amurarse en el sótano diez años antes.

—En unos años seremos víctimas de una invasión magiar —había advertido la benedictina a los sacerdotes del lugar—. Escondan los libros y el vino, y escapen a las cuevas de las montañas.

Los religiosos la tomaron del brazo y le imploraron que los acompañara en la fuga. Sin embargo, Wiborada permaneció en el lugar, hincada, custodiando con su plegaria a los habitantes del pueblo. Y arribaron los magiares a San Galo e incendiaron el monasterio. Destrozaron el techo de la celda y vieron a la monja, allí, de rodillas, en medio de su oración.

—Mi Señor, protégenos del mal, derrama tu bondad celestial —oró en voz muy alta.

Los invasores le partieron el cráneo con un hacha y la abandonaron al rictus de la muerte. En el año 1047, el papa Clemente II la canonizó.

Los rumores fueron en aumento, los susurros del carácter magiar se esparcieron por el continente, además de la virulencia con que ejecutaban sus actos. “Etnia vigorosa, desenfrenada, viva, salvaje, intempestiva, de tradición alegre y bebida fuerte, cantantes lascivos con el corazón abierto, son los joviales húngaros”, decían.

Pero nadie ignoraba la estricta disciplina que envolvía a los guerreros. Las tropas magiares exhibían con orgullo el resultado de un entrenamiento riguroso y una formación militar de altísimo vuelo. Cuando el peligro arreciaba, todos montaban sus caballos a la velocidad del rayo y cumplían su cometido. Los magiares daban cuenta de su existencia gracias a una disciplina de hierro. La técnica secreta de la efectividad militar de los jinetes era el estribo. Con un pie firme en el pertrecho, podían girar sobre la montura en cualquier dirección y, a galope tendido, dominando su cuerpo y el del caballo, reproducir la imagen del fauno. El aullido que anunciaba la llegada de los salvajes combatientes de cabezas rapadas helaba las vísceras del enemigo.

Y en el transcurrir del tiempo, la personalidad húngara manifestó características que poco y nadie intentó refutar. En el siglo X, Regino, el abad de Prüm, una voz del cielo en la Tierra, fue el primero en revelar lo que se escuchaba por ahí: que los húngaros gustaban de engullir carne humana, beber sangre de humano y despedazar al enemigo sin vacilaciones. Algunos afirmaban, invocando al más allá, que eran descendientes de los escitas, (2) mitad humanos, mitad simios, que eran las crías de brujas engendradas por demonios.

Lo cierto era que los líderes magiares estaban dispuestos a avanzar sobre nuevas regiones si estas tenían oro y plata para ofrecer. El brillo tanpreciado encandilaba a más de uno. Situados entre Roma y Bizancio, adoptaron la cultura occidental y agacharon la cabeza ante la religión católica. La estrategia del príncipe Géza (3) fue excelsa. Aunque pagano a pesar de recibir las aguas bautismales en 973, nombró a su hijo con un nombre cristiano: István. Muerto el padre, el vástago fue tomado por el obispo Adalberto de Praga, quien lo llevó por el camino piadoso.

István I asumió el poder y se dedicó a convertir a sus vasallos al cristianismo y a liberarse, junto con su pueblo, del pasado bárbaro y pagano. Fue ungido rey el primer día de 1001, y siete años después ya había ganado el control absoluto de la zona de los Cárpatos. Convirtió a la región en un Estado eclesiástico y detentó el poder con mano férrea. Encontró el peor adversario en un familiar, que despreciaba su aura cristiana. Ni la sangre de su sangre logró conmovirlo. Cuando el pariente encontró la muerte, el monarca ordenó que lo descuartizaran y que las partes fueran enviadas a distintas ciudades, las más importantes.

—Servirá de muestra para que entiendan lo poco conveniente que puede ser el paganismo —sentenció István I.

Pero a rey muerto, la sucesión fue turbulenta. Recién a fines del siglo XI, bajo el reinado de Ladislao I, Hungría volvió a florecer. No les bastó con la región de la Gran Moravia, la sed de conquista les dominó el cuerpo. Primero dieron cuenta de la montañosa Eslovaquia, habitada por una población eslava, luego le llegó el turno a Transilvania (4) y, por último, tomaron Croacia.

A partir de entonces, la lucha enfurecida entre la sed de sangre y el manto sagrado de la palabra de Dios Nuestro Señor fue constante. La guerra religiosa dominó el continente y el avance otomano marcó el paso de la división del territorio.

* * *

En el Reino de Hungría el poder se sostenía con la ostentación de la Corona, pero, sobre todo, gracias a la amplia junta de caballeros que ceñían o soltaban la mano como mejor les conviniese. De la Edad Media en adelante, aquella región se convirtió en la entidad política cohesiva más importante de Europa y en uno de los reinados más poderosos de la civilización occidental.

Las tensiones y la acumulación de riqueza, el poder de conquista y la defensa de las fronteras estaban en manos de unas pocas familias dispuestas a defender su grandeza de la amenaza constante de los imperios Otomano y del Sacro Romano hasta las últimas consecuencias. Aquellos eran los de afuera, pero adentro también se

sucedían los inconvenientes: el tire y afloje entre el monarca y los poderosos barones no daba respiro.

Como en todos los reinos medievales, la sociedad estaba dividida en dos clases principales: la nobleza y sus vasallos. Pasados esos años, Europa empezó a modificar los estamentos de poder; sin embargo, en el Reino de Hungría, se mantuvo aquella oscuridad. Tal vez dominados por el silencio inquietante del bosque o por la bruma de sus madrugadas, las lunas llenas que regalaban su brillo de plata sobre las copas de los abetos, o por aquel frescor del aire nocturno que hacía castañetear los dientes, tal vez por el rodeo de una atmósfera amenazante, quién sabe. Pero lo que sí resultó claro fue la urgencia por sostener de raíz la distribución del poderío.

La nobleza estaba dividida en dos categorías: la superior y la inferior. En la primera se arremolinaban los magnates, que eran las familias que ostentaban treinta castillos o más. En la inferior, los que poseían menos de veinte, incluso podían defender una sola propiedad, aunque exhibieran, eso sí, el escudo de armas de imperioso rigor.

Los barones del reino eran los miembros de la nobleza que ocupaban los cargos más altos dentro del Gobierno y, casi siempre y dentro de la Casa Real, descendían de los clanes originales de las tribus húngaras establecidas a fines del siglo X en la cuenca de los Cárpatos; o de los caballeros extranjeros que llegaron al reino con sus hombres para proveerles apoyo militar a los reyes húngaros durante los siglos XI y XII. Los súbditos se dirigían a ellos, que ostentaban el título de *barones regni*, siempre anteponiendo el *magnificus*, no fuera que las tempestades regias cayeran sobre ellos.

Uno de los principales clanes de Hungría fue el de los Nádasdy. Dueños de leguas y más leguas de tierra, y de una cantidad de castillos que perdieron la cuenta, traían consigo un linaje de tierras boreales. En el año 1016, los vikingos conquistaron Inglaterra y su líder, Canuto el Grande, tomó por asalto el trono de Edmundo II. El vikingo, atemorizado porque los herederos del inglés muerto pudieran convertirse en una amenaza, iluminó sus pensamientos y entendió que no sería una buena idea arrojar él mismo a los infantes Edmundo y Eduardo por los acantilados. Fueron enviados, en

cambio, en encomienda humana al rey Olaf de Suecia, solicitándole que acabara con la vida de los niños. Sin embargo, el rey Olaf, que había sido amigo del rey inglés asesinado, los envió a la corte del rey István I de Hungría, donde vivieron felices mientras les duró la era de la inocencia.

Un día, llegó a oídos de Canuto el Grande que los herederos del trono de Inglaterra estaban vivos. Encomendándose a Odín, envió a unos sicarios a Hungría para que acabaran con la amenaza. Sin embargo, las noticias soplaron con los vientos hasta István I, y este les recomendó a los jóvenes que emprendieran la fuga rumbo a Rus de Kiev, (5) donde el gran príncipe Yaramov les dio asilo. Pero los jóvenes ingleses, al poco tiempo, hicieron saber que no era de su agrado la vida en aquella corte, bastante más austera que la del Reino de Hungría.

El rey húngaro, muertos sus hijos y sin heredero para ocupar el trono, eligió a su sobrino Andrej el Blanco para que lo sucediera. Cuando István I de Hungría expiró, los aires se envalentonaron y el elegido emprendió la fuga para salvar su pellejo, y corrió en busca de protección a las tierras de Rus de Kiev. Hizo buenas migas con los ingleses Edmundo y Eduardo, y juntos regresaron a Hungría. Andrej logró la corona y, en función de la alianza construida, les entregó a los príncipes ingleses las tierras, el castillo y el villorrio de Nádasd, en el condado de Vas.

Edmundo era el agraciado de los hermanos y le sacó provecho con las mujeres. Veloz, se entregó a una pasión desatada con una de las princesas húngaras de la corte del rey Andrej el Blanco. El asunto se transformó en un escándalo de proporciones porque habían pasado al cuerpo y la princesa quedó encinta. Fueron obligados a desposarse y recluirse en las propiedades de Nádasd. Al poco tiempo, Edmundo fue ultimado en batalla y su hijo heredó los terrenos y el nombre, convirtiéndose en el ancestro del clan Nádasdy.

Y es en la primera mitad del siglo XVI que unas pocas familias ascienden al rango superior de la nobleza, sobre todo después de la batalla de los Mohács. Tras la derrota del ejército húngaro al sur de Buda, (6) comandado por el rey Luis II de Hungría, en manos del

ejército otomano al mando del sultán Suleymán el Magnífico, las consecuencias para el reino fueron inquietantes. De nuevo la sucesión devino en tembladera y acefalía, y esto aceleró la avanzada del esposo de la hermana del monarca muerto, Ana Jagellón de Hungría y Bohemia, que no era otro que Fernando I de Habsburgo, hermano de Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Una desgracia, la tranquilidad nunca llegó. Juan de Zápolya, conde de Szepes y voivoda (Z) de Transilvania, se hizo coronar rey Juan I de Hungría y, en pocos meses, el reino arrasado por los turcos mantuvo a dos reyes en el trono.

Mohács trajo una importante baja poblacional, sobre todo de las familias medievales ilustres, estamento fundamental para liderar el reino. Los Nádasdy, originados en tiempos de la conquista húngara, recién cobraron relevancia cuando Tamás Nádasdy contrajo nupcias con la joven Orsolya Kanizsay, única heredera y miembro de una poderosa familia húngara.

Tamás Nádasdy de Nádasd había nacido en Egervár, en 1498. Como todo húngaro con posibilidades, había sido educado lejos de la estepa, en Graz, Bolonia, y en Roma. Los galardones culturales se adquirirían fuera del reino, se hallaban en Austria e Italia.

En 1521 Nádasdy ofició de intérprete del enviado papal Tomás Cayetano para predicar una cruzada contra los turcos. La turba otomana era la verdadera amenaza que asolaba Europa. Cuatro años después, Tamás fue miembro del Consejo de Estado y enviado por el rey Luis II a la Dieta de Speyer para pedir colaboración ante la inminente guerra contra los turcos. Durante las deliberaciones tuvo lugar la derrota de Mohács, y Nádasdy regresó a Hungría a tiempo para escoltar a la reina viuda. Fue el elegido para ofrecerle la corona húngara al archiduque Fernando de Habsburgo y, en la coronación, el 3 de noviembre de 1527, fue nombrado comandante de Buda.

Al año siguiente y con la ayuda del comandante de Tata, György Cseszneky, Tamás ocupó Győr en nombre de Fernando I. Pero cuando Suleymán el Magnífico tomó Buda, Nádasdy se pasó al bando contrario. Al tiempo, celoso de la influencia que había adquirido el veneciano Lodovico Gritti, hombre muy cercano a Juan I

de Hungría, pero también ministro del sultán otomano, desertó a la facción fernandina.

El matrimonio con la rica heredera fue pura felicidad. Además de casarse por amor —insólito, pues las alianzas maritales eran por conveniencia—, la familia Kanizsay les legó una infinidad de propiedades por línea femenina, lo que les abrió camino a las más importantes posiciones políticas. Llegó a ser mayor-domo, (8) guardián del Tesoro, ban (9) de Croacia, señor presidente del Tribunal de Justicia y palatino. (10)

En vez de residir en el viejo castillo de Léka (11) y el fuerte de Kanizsay —parte de la dote tras su casamiento—, que resultaban incómodos y peligrosos como residencia familiar, Nádasdy estableció su corte en Sárvár, para él y su entorno. Como Orsolya no sabía ni leer ni escribir, Tamás se ocupó de instruirla y mandó a traer importantes hombres de las Letras para asistirle. La amada esposa aprendió rápido. Cada vez que Nádasdy viajaba, la correspondencia entre ambos era constante. Se amaron y demostraron la veneración que sentía uno por el otro cada vez que podían. También cuidaron de sus súbditos, algo raro en aquellos tiempos.

Las jóvenes damiselas que conformaban el séquito de la señora Orsolya estaban hospedadas en el palacio y se las instruía en diversas capacidades, como el baile, la conversación y el protocolo de la mesa, además de adquirir conocimientos prácticos que concernían a la supervisión del hogar y los cultivos, especialmente la jardinería. Ellas cuidaban de las flores y las plantas, para eso se las preparaba —y para desposarse bien—.

Tamás Nádasdy fue el primer protestante de la familia. Pertenecía al círculo del arzobispo de Esztergom, László Szalkai, además de mantener vínculos con varios humanistas como Ursinus Velinus, Georgius Logus y Jacobus Piso. Tamás estableció una escuela protestante en Sárvár, mientras que la iglesia y la parroquia fueron la casa del luteranismo.

Tras la Dieta de Worms, la asamblea de los príncipes del Sacro Imperio Romano Germánico llevada a cabo en Alemania en 1521, la separación tajante entre católicos y luteranos se hizo pública. Estos últimos afirmaban que la justificación dogmática solo era por la

gracia, que se obtenía mediante la fe, basada únicamente en la Escritura. La Biblia era la autoridad suprema en las cuestiones relativas a la doctrina cristiana.

En la Corte de Sárvár, Tamás Nádasdy fundó la primera imprenta de Hungría, en 1537, e hizo imprimir el primer libro en húngaro. La biblioteca del castillo fue la más importante del reino. En 1541 financió la traducción y publicación del Nuevo Testamento.

* * *

Pero el clan de clanes, la familia de estirpe y misterio, de aullido y poderes, con estandartes y escudo, fue la Báthory. Gustaron siempre de cubrirse con un velo de niebla, del primero al último recorrieron los mundos bajo la pulsión de su torrente, disfrutando de una provocación de zozobras constante en el otro. Eran la confirmación de lo inquietante.

Los orígenes de los Báthory se encontraban allá lejos, en los confines de los tiempos. En el siglo X, la familia noble por antonomasia afirmaba que descendía de la nobleza sueca, del clan Guthkeled. Los hermanos Guth y Keled, del castillo de Staufen, situado en el ducado de Swabia y en el límite con Alemania, defendían su legado con uñas y dientes. En aquellos lares, el estado de la civilización era ralo, la barbarie consentida era el modo de vida que todos asumían, y a nadie se le ocurría confrontar. Estaban en guerra, reconocían poco el estadio de paz. Hasta que Enrique III, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, al que apodaban *el Negro*, arrió a una junta de guerreros para que cabalgaran — armados hasta los colmillos e impulsados por el grito de guerra— rumbo a Hungría. Entre ellos, los hermanos Guth y Keled dejaron su estela.

El Reino de Hungría se había quedado acéfalo tras la muerte del gran rey de reyes, István I. Sin más, le había llegado el turno al sobrino de la esposa regia Gisela de Baviera, el veneciano Pedro Orseolo. La mesa chica estuvo de parabienes, pero algunos nobles húngaros pusieron el grito en el cielo y enviaron a ese que consideraron intruso al exilio. Hacia allí fueron encomendados los del

castillo de Staufen, a socorrer al malhadado. Guth y Keled fueron de tal utilidad que se apercebieron como la escolta del rey Pedro para lograr su regreso a Hungría.

Los integrantes del clan Guthkeled alcanzaron preponderancia durante los reinados del rey Salomón, el rey Ladislao y el duque Géza. A partir de ahí comenzaron las dádivas de la casa real, y las arcas de los miembros se fueron colmando.

En los tiempos del rey Salomón, un consejero del clan Guthkeled llamado Wyda se destacó por su astucia. Llegó a ser ispán (12) del condado de Bács y, gallardo hasta el tuétano, ostentó el título de nádor, (13) ganado a fuerza de elucubraciones. El rey húngaro se acomodó en el trono entre el año 1063 y 1074. Asistido por las tropas alemanas, al final entendió que la alianza debía afianzarse aún más y se desposó con la hermana del emperador alemán Enrique IV, la joven Judit. Se sintió a salvo, creyó que quien detentara ese origen tenía mucho territorio ganado. Pobre iluso, en 1074 fue víctima de conspiraciones familiares y derrotado por su primo Géza en la batalla de Mogyoród. En esa contienda expiró Wyda, el astuto. Y tal fue la inmensidad de su figura que, a partir de su muerte, se convirtió en leyenda. Los rumores se multiplicaron y dieron cuenta de que Wyda había luchado y asesinado a cierto dragón que rondaba por los pantanos de Ecsed. Con los años, el relato fue representado en el escudo de armas de la familia Báthory, que exhibe un dragón mordeándose la cola formando un círculo, acompañado por tres dientes de lobo, correspondientes a las tres heridas de lanza que habían logrado derribar a la mole.

El linaje Guthkeled se dividió, más tarde, en varias familias, entre ellas, los Báthory. Pasaron los años y un tal Bereczk, mejor conocido como Briccius, salió beneficiado con el reparto de tierras y propiedades, en retribución por los servicios ofrecidos al rey Ladislao IV. Abram, (14) Bátor (15) y Kis-Baka fueron la recompensa recibida. En cierto momento, Bereczk abandonó su gracia anterior y adoptó el nombre Báthory, que significa "de Bátor".

Briccius tuvo descendencia, había que legitimar el flamante linaje. Llegaron al mundo Nicolás I, que también fue padre; Andrés II, que llegó a preboste en Buda y luego fue obispo de Nagyvárád

desde 1329 hasta 1345; Juan y Leukos, confirmados ambos en las tierras de su padre, recibiendo el derecho de construir un castillo en Ecsed llamado Hüség, [\(16\)](#) y Clara, que bien colocada vía nupcias decidió venderle la mitad de Ecsed a su hermano Juan por veinticinco marcos.

Juan I y Leukos se convirtieron en los fundadores de las dos principales ramas de la familia Báthory y las propiedades fueron divididas entre sus descendientes. Una de las líneas se extendió hacia el este de Hungría y Transilvania, la otra hacia el oeste, en la región del lago Balaton.

Pedro I, el hijo de Leukos, recibió la propiedad de Ecsed, deviniendo en cabeza de la rama de Ecsed. Juan I tuvo tres hijos: Stefan I, György II y Ladislao I, quien contrajo matrimonio con Anna, miembro del clan Pok. Como era de esperar, surgieron los problemas legales y luego tensiones y repartos. Como recibieron la propiedad de Somlyó, los descendientes adoptaron el apellido Somlyói, “de Somlyó”, fundando así la otra rama de los Báthory.

La rama Somlyó aglutinó algunas figuras destacadas: Stefan V, quien fuera rey de Polonia y gran duque de Lituania, también el IV de los Stefan, “el de los pies grandes”, nombrado voivoda de Transilvania por Juan Zápolya en 1529. Tan leal le fue que se enfrentó al rey Fernando de Habsburgo y llegó a incendiar la ciudad de Torda en 1531. Hubo descendencia y no les faltó crueldad, lujuria y arrojo, aunque también locura y espesura en sangre.

La rama de Ecsed no se quedó atrás. A lo largo de los siglos hubo voivodas de Transilvania, aliados del poder de turno, gobernadores de provincia, comandantes militares, defensores a capa y espada del protestantismo, la religión díscola de aquellos años, y mujeres que supieron acompañar los designios divinos, cuando no malignos, de los maridos en cuestión.

Aunque también hubo de las otras, de las que vociferaron coraje por amor propio. Como la señora Chicolee Szentgyörgyi, hija del conde Pedro III de Szentgyörgyi y miembro de la nobleza húngara, desposada con István Rozgonyi, ispán de Pozsony [\(17\)](#) y de los condados de Temes, [\(18\)](#) con quien tuvo tres hijos. Aguerriada como pocas, la dama capitaneó una flota de embarcaciones a través del

Danubio contra una de las tantas invasiones otomanas. Batalló, hundió e incendió muchos bergantines enemigos. Y como si esto hubiera sido poco, le salvó la vida a Segismundo, el emperador del Sacro Imperio Romano y rey de Hungría. Gracias a su valiente intervención, recibió tierras en recompensa. Una de las nietas de la señora, Katalina, se casó con András Báthory de Ecsed y se integró, de maravillas, al clan.

El mundo se detenía cuando aparecía en escena István V. Guerrero sin igual, nada ni nadie lo obligaba a retroceder. Juez real y voivoda de Transilvania, su figura cobró relevancia cuando el rey Matías Corvino de Hungría y Croacia —rey desde 1458 hasta 1490—, y más conocido como *el Justo*, lo colocó bajo su ala. Al tanto de la destreza filosa devenida en sangre a borbotones del Báthory de Ecsed, el rey de Hungría lo citó en el palacio para hacerle una oferta: lo destacaría al mando de un ejército de veinte mil hombres para ampliar las fuerzas a su aliado Vlad III Drácula, que quería reclamar el trono del principado de Valaquia, en el territorio de Rumania. Dicho y hecho, ambos se juraron alianza eterna: perseguirían al enemigo turco hasta la muerte.

Vlad murió en batalla; István, en cambio, continuó con su afán de exterminio del ejército otomano. Sin límite y dominado por una ferocidad inusitada, el Báthory de Ecsed se relamió de placer y asesinó a mansalva, haciendo caso omiso a una posible piedad. Fue acusado de haber ajusticiado con crueldad extrema a los sículi [\(19\)](#) y no hubo nada que hacer, fue destituido del cargo de voivoda. El desposeído, sin poder, murió al poco tiempo.

Como si se hubieran encontrado envueltos a través del tiempo de una atmósfera viciada, de aquella bruma traída desde el norte, los Báthory se vieron impedidos de escindir su humanidad de la mismísima Naturaleza. Fuerzas naturales, individualidades en carne viva con la sangre goteando desde sus corazones doloridos y palpitantes, y con las heridas siempre abiertas, así se definía aquella orilla del clan.

Erzsébet Báthory fue el resultado suntuoso de la combinación de las dos familias.

[1](#) Grupo étnico de Europa del Este, correspondiente a los actuales pobladores de Hungría.

[2](#) Pueblo nómada de origen iraní, famoso por su maestría en la guerra a caballo y en la arquería, que dominó las estepas euroasiáticas desde el siglo IX hasta el III a. C.

[3](#) Príncipe real húngaro, de la casa de Árpád.

[4](#) Hoy, parte de Rumania.

[5](#) Fue una federación de tribus eslavas orientales, desde fines del siglo IX hasta mediados del XIII. Los actuales pueblos de Bielorrusia, Ucrania y Rusia la reivindican como el origen de su legado cultural.

[6](#) Budapest en la actualidad.

[7](#) Título eslavo de príncipe soberano usado en Europa Central y del Este.

[8](#) Administrador principal de una casa real.

[9](#) Título de los gobernantes locales en representación del rey, similar a los virreyes.

[10](#) Príncipe.

[11](#) O Lockenhaus, en alemán.

[12](#) Título histórico húngaro, conde.

[13](#) Era el segundo cargo más importante en el Reino de Hungría después del rey, actuando a menudo como regente.

[14](#) Localidad rumana en la actualidad, en el condado de Bihor.

[15](#) Pueblo ubicado en el distrito de Eger en la actualidad, en el condado de Heves, Hungría.

[16](#) "Lealtad".

[17](#) Condado administrativo del Reino de Hungría. En la actualidad, la mayor parte del territorio se encuentra en Eslovaquia y el resto en Hungría.

[18](#) Condado administrativo del Reino de Hungría, en la actualidad ocupa el suroeste de Rumania y el noreste de Serbia.

[19](#) Subgrupo húngaro que ocupó las tierras del sureste de Hungría, en torno al siglo VIII. Mayoritariamente residieron en Transilvania.

CAPÍTULO

II

—¿Qué le pasa a esa niña? ¿Qué sucede con tu hija?

El conde György Báthory cuestionó a su esposa Anna, con quien compartía apellido y lazo de sangre —eran primos—, aunque pertenecían a clanes distintos, él de Ecsed, ella de Somlyó, por lo que sucedía frente a sus ojos.

La pequeña Erzsébet se retorció en el piso, parecía una culebra, un gusano vigoroso, una babosa impulsada por el ansia de vivir. Pero era una niña de cinco años que padecía, una vez más, uno de sus tantos ataques, esos accesos misteriosos que la convertían en un ente provocador de perplejidad para el resto. A veces, sucedían cuando despuntaba el día y el sol intentaba calentar lo que vendría; otras, en las horas crepusculares en las que el calor desaparecía y anunciaba el fin del mundo, o cuando el enigmático mal encontraba sitio donde desplegarse.

El cuerpecito de la niña se arqueaba, parecía a punto de quebrarse, se elevaba del piso aunque la cabeza colgaba, inerte, y sus manitas se ponían rígidas, las venas azules se asemejaban a ríos diminutos contra la piel blanca, blanquísima. Erzsébet padecía del mal del corazón, [\(20\)](#) la marca de la familia.

Su madre estaba acostumbrada y esperaba paciente que la convulsión se terminara, en algún momento sucedería, ya no le prestaba demasiada atención, se perdía en los meandros de su mente. Alguno de los ayudas de cámara le había sugerido la ingesta de una pócima soberbia capaz de curar todos los males. El conde, en cambio, desconocía aquel despliegue inquietante del que era testigo

por primera vez. El hombre estaba poco en la casa, el deber lo llamaba y siempre muy lejos de ahí.

—Ah, Báthory, ¿te asustas con una niña enferma? ¿En serio eres ese mismo hombre que no conoce el temor ante sus enemigos? Y es tu hija, György, para que nos entendamos. —Anna suspiró y buscó a la servidumbre con la mirada—: Sáquenla de mi vista, ahora mismo.

La tomaron en brazos entre varias criadas y salieron de la recámara. Erzsébet continuaba con el impulso brutal, extraño de ver en un cuerpo tan pequeño, de un ser que combate al monstruo de la muerte, detentora de un exceso de ganas de vivir. Detrás de la niña y su séquito plebeyo quedó su quejido suave, en un canto calmo que retumbó entre las paredes.

La pareja noble se quedó sola. Pero quedaba poco tiempo, György partiría en breve.

—¿Adónde se la han llevado?

—¿Y ahora preguntas por Erzsébet? ¿Desde cuándo muestras interés por los hijos que te he dado? —preguntó Anna y desplegó la rica tela de su falda mientras se acomodaba en la banqueta con aire majestuoso.

La Báthory de Somlyó se había endurecido con el tiempo y no le faltaban motivos. El primo de Ecsed era su tercer esposo, y esperaba no seguir contando. A los dieciséis años la habían desposado con el gran candidato, oriundo del noreste de Hungría, Gáspár Drágfi de Béltek, integrante de una de las familias nobles más importantes de Transilvania. Pero las pasiones duran lo que un suspiro y, tras seis años, el caballero había abandonado la vida. Como descendencia no había quedado, a los meses la entregaron en nupcias renovadas a Anthal Drugeth, de la región de Homonna, (21) con quien tuvo un vástago de nombre Miklós. Volvió a convertirse en viuda a los veinticuatro años y, a los meses y con un bebé en brazos, apuraron el enlace con el primo Báthory, que le dio seis hijos. Erzsébet era la menor.

—Anna, necesito un descanso y me respondes con tu verba intempestiva, que no tengo tolerancia para el chirrido en estos días. Mañana parto al alba a Presburgo. (22) —Báthory exhaló con fruición.

Entrecerró los ojos, se irguió en el asiento y se tomó las manos sobre el regazo aterciopelado. El crepitar del fuego se hizo escuchar, la recámara soportaba la frialdad de los esposos.

—¿Te vas? —intervino en un susurro.

Otra vez retumbaron las palabras dentro de su cabeza. Sola y responsable de todo, así se sentía Anna Báthory, aunque tal vez exageraba un poco. Le gustaba agrandar sus emociones, aumentar el destemple y exhibirlo por los corredores del castillo de Ecsed. Tenía un séquito de sirvientes que la asistían para lo que mandara. Ni siquiera le hacía falta ordenar, la servidumbre se anticipaba a cada necesidad de la dueña del castillo. Sin embargo, disfrutaba mostrarse insatisfecha.

—No me has respondido, Anna.

La dama se incorporó y le dedicó una mirada desafiante. Era él quien no le había saciado la pregunta. Pero sabía que Báthory haría caso omiso a sus provocaciones y prefirió contestar.

—No es nada, György, son solo unos dolores de cabeza los que padece la niña. Exagera un poco, no debes inquietarte —replicó a desgano, ocultando el sino que teñía a su línea sucesoria.

El padre asintió y sus pensamientos escaparon hacia otro sitio, demasiado lejos de allí. Sus intereses estaban en Presburgo, con el archiduque de Austria y flamante rey de Hungría Maximiliano II, hijo del muerto Fernando I de Habsburgo, quien además había sido coronado rey de Bohemia, rey de Romanos y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Báthory había sabido nadar en todas las aguas. La conveniencia siempre supo marcarle el paso y el juego de intrigas era manejado con enorme disposición. Su primera alianza había sido con Fernando I de Habsburgo, el primero en iniciar el avance de España a esas regiones lejanas de Europa. Hijo de Felipe el Hermoso y Juana I de Castilla, además de nieto favorito del rey católico por antonomasia don Fernando de Aragón y hermano de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, había sido un potencial heredero de la casa de Habsburgo, la casa de Borgoña y la casa de Trastámara. Sin embargo, gracias a una boda ideal con Anna de Bohemia y Hungría, pudo aspirar a algo más. Pero no fue fácil, había

costado un poco la aprobación del enlace a la dinastía Jagellón, la de Europa Central.

Hungría había sido derrotada por el acecho del ejército otomano tras decenios de constantes ataques. Al quedar el trono vacante ante la ausencia de heredero de sangre, el conde húngaro Juan de Zápolya se hizo coronar y Fernando de Habsburgo, desposado estratégicamente, exhibió sus aspiraciones, con lo que el reino ostentó dos reyes al mismo tiempo. Muerto el de Zápolya, su hijo Juan Segismundo fue ungido como el heredero de las pretensiones sobre el trono húngaro. Las reyertas, más y menos veladas entre ellos, continuaron.

En 1552, Báthory se acercó a la corte de los Habsburgo y se alió al coronado que había llegado desde Alcalá de Henares, ofreciéndole poderío y presiones para quitar de en medio a Juan I y quedarse con todo. El húngaro, a pesar del avance otomano sobre el reino, coqueteaba con el enemigo y recibía prebendas; el archiduque afianzó las alianzas y abroqueló fuerzas, entre otros, con Tamás Nádasdy, del clan de Sárvár.

Sin embargo, los amores se convertían en odios y al revés también, porque las urgencias eran demasiadas y, entre gallos y medianoches, György Báthory intentó un acercamiento con el electo pero no coronado Juan Segismundo y vaya uno a saber qué promesa recibió a cambio, montó su caballo, aprestó una buena cantidad de hombres y asedió la ciudad de Várad, [\(23\)](#) que estaba bajo el ejido de los Habsburgo. Presto, el archiduque le suprimió los derechos que le había otorgado sobre el castillo de Buják. [\(24\)](#)

Pero los vientos habían cambiado. A archiduque muerto, la Casa de Habsburgo se reunió en cónclave familiar y arreció contra las pretensiones imperiales de Felipe II de España. El heredero de Fernando I, Maximiliano II, usó su cabeza para soportar varias coronas y reanudar algunos negocios, entre ellos, los otrora abortados con Báthory.

—Parto al alba, mujer.

—¿Es necesario?

—Todo lo que hago lo es. Nos esperan allí los favoritos del rey.

—¿Y por qué no el mismísimo Maximiliano? —Anna levantó el mentón, desconfiaba del vienés.

—Tal vez se encuentre en el palacio, recibí la misiva con poca información.

—¿Has visto que siempre tengo la razón? Te revelan poco, ¿no será que no te tienen en cuenta? Los Habsburgo se quieren quedar con todo, y todo significa también lo que es mío. No quiero que te esquilmen, esposo mío. —La dama se le acercó y le acarició la mejilla con la mano repleta de anillos de oro engarzados con piedras de Oriente.

Báthory lanzó una carcajada que retumbó en el palacio. Tomó a su esposa con fuerza y ella agradeció con la mirada. Entre la tristeza y la lujuria, ambas en busca de un ímpetu salvador, se mezclaron en un juego de pasiones a la vista de quien tuviera el caso de pasar por ahí.

—No hay de qué temer, señora mía. Está todo sujeto a mi decisión, las negociaciones están bajo control y los extranjeros vienen siendo dominados por nosotros, sin saberlo. Nos aliamos para que la riqueza de los Báthory aumente. No somos cómplices para el poder, pactamos en pos de mi grandeza. Que ellos creen lo que les plazca, me importa nada.

—Por algo me he desposado contigo, mi señor.

—Nuestro poder es insaciable.

* * *

Erzsébet correteaba por el palacio. Entraba y salía de los salones abovedados, competía a las carreras con contrincantes inexistentes por los laberínticos corredores de Ecsed. Desaparecía tras los pesados cortinajes de damasco, dejando el rastro de su grito de guerra, volvía a aparecer, apurada y entusiasta.

Creía ser una guerrera como su padre, también la poseedora de la belleza eterna de su madre. Aullaba y corría, corría y aullaba en una danza pagana, convocando las ánimas de sus padres; los amores de su vida brevísima, los adultos que eran sus dioses, los dueños de sus pensamientos constantes, pero que nunca estaban

presentes en cuerpo y alma para lo que ella invocara. Los Báthory no la veían, pero ella mantenía los ojos bien abiertos —negros como la noche más oscura— para mirarlos constantemente. Qué hacían, qué decían, cuánto, cómo, dónde y, sobre todo, cuánto; nada le era suficiente, espíritu ardiente, quería más, necesitaba mucho, pretendía todo.

—¡Detente, niña! ¡Erzsébet, basta, por el amor de Dios!

La pequeña frenó en seco. Jadeando felicidad, giró la cabecita y varias manos le sustrajeron la atención del juego. Peleó un poco, pero no hubo caso.

—Nos vamos de paseo a los jardines —dijo la mayor de las cortesanas y le apretó el brazo con fuerza.

La condesa no había pedido nada, pero la corte y la servidumbre conocían sus preferencias al dedillo: quitar el ruido del castillo, en especial el bullicio perpetrado por sus hijos y, ante todo, quitar la presencia alborotadora de Erzsébet, que la colmaba hasta el hastío.

—¡A cubrirse con una piel, niña! —ordenó una de las cortesanas, pero Erzsébet hizo caso omiso y salió a la intemperie con su camisa de mangas largas, una faldita y el chaleco de tafetán y cintas como abrigo. Se sentía a gusto con el frío en las mejillas, con el viento sibilante contra su cuerpecito. Y corrió hacia la profundidad del bosque sin importarle quién venía detrás.

“¡Frena!”

“¡Revoltosa!”

“¡Desobediente!”

“¡Indisciplinada!”

Creyó escuchar Erzsébet, pero poco le importó y avanzó hasta el batiente que dividía el terreno entre lo permitido y lo secreto. Su secreto, el jardín confidencial que ella había inaugurado fruto de su acalorada imaginación. Las copas de los árboles mantenían una sombra perpetua, la tierra húmeda desprendía su aroma particular.

—¿No tienes miedo, Erzsébet? —le preguntó la cortesana.

La niña negó con la cabeza y se sentó sobre la gramilla, en el sitio elegido, desde donde podía mirar más allá, donde descubría el arroyuelo helado, en el que gustaba de mojarse cuando nadie la veía. Las damiselas permanecieron cerca de ella, pero no tanto,

ocupadas con otros menesteres. Las confesiones, y no precisamente religiosas, las ocupaban por completo.

—¿No te aburres, Erzsébet? —preguntó la otra dama con displicencia—. Podemos ir en busca de tus hermanos, si así lo deseas.

Volvió a negar la cuestionada. Sus hermanos István, Zsófia y la recién nacida Klára no despertaban su interés, prefería jugar sola. A Miklós, el hermano con quien no compartía padre, no lo conocía, había quedado con los Drugeth. El desconocido sí le daba curiosidad, los otros no. ¿Qué haría su hermanastro en tierra lejana? ¿Pensaría en su familia de Ecsed como, de tanto en tanto, le sucedía a ella? Las dudas desaparecieron como la luna en noche cerrada y su atención se la entregó al suelo, a los recovecos de la tierra, a los senderos de las hormigas que eran como ejércitos de colores: negro, colorado, amarillo. Tomó un tallo perdido y persiguió una fila, luego la otra y la otra. Con pies de pluma rastreó los hormigueros mientras tarareaba una tonada.

La discusión de las cortesanas irrumpió en su faena: que tal barón se le había arrimado, que era gallardo e importante, poseedor de prestancia y propiedades, y que ella estaba a la altura de las circunstancias pues era bonita y sabía bien que todos los hombres, hasta los más ingeniosos, debían ser esclavos de la belleza de una mujer.

Erzsébet alzó la vista del territorio de los insectos y la posó en el vaivén de las mujeres. Sin reparar en la niña, el intercambio de ambas persistió: que debían hallar al indicado, pues había de los otros que, encontrando un cuerpo bonito, aquello podía despertar el apetito de la belleza en otro, y así; pobres caballeros, admitió la otra, desconocer que la belleza es única y la poseemos todas.

—¡Mentira! ¡Ustedes no poseen nada! Mamá es bonita —gritó Erzsébet y se incorporó de un salto.

Las cortesanas miraron a la niña, morada de furia, las cejas juntas de odio. Intentaron calmarla, temían que fuera con el cuento a su regreso.

—Por supuesto que tu madre es bella, y tú también lo eres. — Creyeron que así Erzsébet depondría las armas—: Aunque más bella

es un alma noble.

—¡El alma no tiene cara, es un espectro!

Y empezó a correr por el bosque. Las cortesanas se incorporaron y fueron detrás de la niña, pero la perdieron de vista. Erzsébet era más rápida que una liebre y tan huidiza como el agua. La niña se perdió entre los árboles, custodios de su cuerpo en fuga, entre los que se sintió a resguardo. Ella y sus pensamientos, el silencio sonoro de la espesura del bosque que la acompañaba, no necesitaba nada más. Y sometió el paso de las horas a su bravura; tal vez se apagaba el crepúsculo, pero no temió. Ya encontraría el camino de regreso al castillo, lo imposible no era una opción.

De repente sonaron unos graznidos, el mundo animal se hizo presente, era su hora. Y Erzsébet encontró la guía que la llevaría a casa. Nunca el pavor, se armó la comunión perfecta entre los pobladores del bosque y ella. Paso a paso, como una caricia divina, la menor de los Báthory demoró el regreso. Sabía que se exponía a una reprimenda al llegar, pero cerró los ojos para no pensar en ello. Así desaparecían las ideas confusas. “Cierro los ojos y no sucede lo que no quiero, si no lo veo no lo creo y lo que no creo no existe”, rumiaba Erzsébet y continuaba camino con los bracitos extendidos.

Una mariposa le rozó el cuello, o tal vez fue el aleteo de un pájaro que pasó demasiado cerca. Ella continuó el camino, avistando por la hendidura de los párpados. Veía nublado, era la red que cubría su paso. Pasado el rato, decidió abandonar el juego de la ceguera y aguzó los sentidos. Encontró el camino que la llevó hasta Ecsed. A paso redoblado y con el envión de los brazos como alas, llegó hasta el sendero y, al fondo, la entrada inmensa del castillo, custodiada por una junta de guardias que, al verla, dieron zancadas hacia ella.

—¡Niña Báthory! Hay un revuelo infernal en palacio. ¿Dónde se había metido?

Erzsébet los miró desde abajo, parecían gigantes.

—Ya es de noche, niña, ¿no le dio miedo la oscuridad?

—Si yo veo entre las sombras, ¿acaso no me ven? A mí me dan terror mis pensamientos, a veces.

Y entró sin mirar atrás, las bocas abiertas de los soldados en guardia.

—iErzsébet Báthory!

La voz de su madre retumbó en el condado de Nyirbátor.

* * *

El inmenso comedor del palacio de Presburgo desbordaba con lo más relevante del Reino de Hungría. El Consejo de la Guerra — creado en Viena en tiempos del archiduque Fernando I con el firme propósito de aunar fuerzas entre los Habsburgo y los magiares para defender las fronteras— se había llegado hasta allí para responder y, en caso de necesidad, conformar a los dueños de la tierra en Hungría. Como era de prever, György Báthory presidía uno de los sectores de la interminable mesa.

Los mayordomos entraban y salían con las bandejas repletas de comida, servían y volvían a servir a unos comensales agradecidos y con un hambre difícil de satisfacer. Y para qué hablar de la sed, que era mucha y no había vino que la saciara. Los reclamos se hacían a los gritos, el servicio respondía como podía ante la mirada escrutadora de los consejeros vieneses, nada acostumbrados al tratamiento y a las costumbres magiares, más cercanas a la ausencia de decoro que a los protocolos de la Corte de Viena.

Báthory disfrutaba de la oferta culinaria mientras compartía la inminencia de los acontecimientos. El caballero sentado frente a él le requirió sus credenciales y si había formado parte de alguno de los últimos avances contra los otomanos.

—Hemos asediado el castillo del ban [\(25\)](#) de Croacia, el conde Petar Erdödy, sitio estratégico para controlar el avance otomano. Continuaremos adonde haga falta.

El interlocutor asintió y se atusó el bigote de canas. Los allí reunidos compartían alianza y, cuando no, sometimiento a las consignas de la casa de Habsburgo: era menester la consolidación de su poderío en lo más central del continente y que aquello no derivara en ninguna reacción piadosa contra el enemigo.

—iBáthory! Celebramos su accionar desde el Consejo. —Quien interrumpió el diálogo protocolar no fue otro que Lazarus von Schwendi, comandante militar de la Armada del Sacro Imperio

Romano Germánico y miembro del Consejo de Guerra creado por el emperador.

—Pero qué velocidad para enterarse de las cosas. —El húngaro exhibió su talante entusiasta y elevó la copa en un brindis al aire.

—Las malas noticias parecieran emboscar a las buenas; en este caso y con vuestro vigor, específicamente, el mal ha sido derrocado. Y antes de que se despida de Presburgo, tengo unos vinos de mi propiedad para que se lleve y brinde con la familia.

El barón de Hohenlandsberg era un hijo natural de Rolando von Schwendi, propietario del poblado de Schwendi, en Swabia. Se había convertido en un importante vitivinicultor de la zona de Alsacia, montando sus viñedos en el castillo de Lupfen-Schwendi, también en el de Hohlandsbourg. Había demostrado sus talentos en la defensa de Metz, ciudad del noreste de Francia, en 1552, en la batalla de San Quintín; (26) cinco años después en la batalla de Gravelines, cerca de Calais; y además había participado recientemente del sitio de Tokaj, en el nordeste de Hungría.

Báthory aceptó la oferta, pero la negociación no quedó ahí. Arreglaron que la paga por su desempeño, el contante y sonante y unos productos menores, le sería enviado en encomienda a uno de sus castillos del condado de Borsod. (27)

La reunión de caballeros continuó hasta altas horas de la madrugada. La exhibición de riquezas y poder marcaba el tiempo de las conversaciones, pero los asuntos que desvelaban a los allí presentes eran la intrusión otomana y la distribución de la tierra, problemas nada nuevos. Hacía años que las discusiones rondaban sobre la misma situación. Todo muy bonito con el arribo para quedarse de los Habsburgo, pero los magiares levantaban la voz cuando se hartaban de tanto avasallamiento y decisiones inconsultas.

El reino se había dividido en dos: la Hungría Real —la región del norte y el oeste del territorio, con la capital en Presburgo—, entregada a los Habsburgo tras el Tratado de Nagyvárad, y la parte oriental, conocida como Reino de Hungría del Este, adjudicada a los húngaros. A la Casa de los Habsburgo le era urgente el poder económico de Hungría para enfrentar a los otomanos liderados por

Suleymán el Magnífico. Estos, a pesar de flamear sus banderas victoriosas, eran embestidos constantemente por unos derrotados con pocas ganas de seguir siéndolo.

Durante las guerras otomanas, el territorio húngaro se había reducido casi en un setenta por ciento; sin embargo, seguía siendo económicamente más importante que Austria o el Reino de Bohemia. Tanto los húngaros como Maximiliano II y los Habsburgo escondían un as bajo la manga. Entre ellos sonreían con diplomacia o fruncían el ceño y tensaban la cuerda cuando era necesario: las relaciones eran una junta de intrigas y secretos que nadie estaba dispuesto a abandonar.

La Hungría Real formaba parte del Imperio de los Habsburgo, pero gozaba de poca influencia en Viena. Maximiliano II controlaba todo: los asuntos financieros, los militares y los externos de la Hungría Real, y las tropas imperiales que vigilaban sus fronteras. Para eso, buscaba afianzar alianzas con los líderes de los clanes más importantes del territorio. Báthory era uno de ellos y había sabido acomodarse en el vaivén del poder. Hablaba cuando consideraba que era pertinente, sabía callar cuando era necesario. Pero nada lo dejaba liberado al azar y perseguía su conveniencia.

Varios asuntos dividían las aguas entre quienes detentaban el poder. Uno de ellos era la cuestión turca. Maximiliano II quería mantener la paz con los otomanos mientras que los húngaros ansiaban expulsarlos. Viena no deseaba problemas con los turcos, había negociado bajo las cuerdas, con beneficios para los agazapados y dejando a los húngaros fuera del reparto. Ellos, en cambio, se quejaban de la dominación otomana, del comportamiento de las guarniciones extranjeras y del reconocimiento por parte de los Habsburgo de la soberanía turca en Transilvania. El principado de Transilvania estaba normalmente bajo la soberanía del Imperio otomano; sin embargo, a menudo tenía doble vasallaje: los sultanes turcos y los reyes húngaros aliados a los Habsburgo. Había que saber acomodarse para no perder territorio.

Sin embargo, no solo sufrían la invasión otomana, la amenaza mayor que asolaba a la Hungría Real era la Contrarreforma y la persecución protestante. La Reforma en el Reino de Hungría había

comenzado alrededor de 1520 y había tenido como resultado la conversión de la mayoría de los húngaros del catolicismo al protestantismo y, luego, en sus derivaciones. El Reino de Hungría era una monarquía multiétnica con una enorme población no católica.

El movimiento protestante reformador iniciado por el monje agustino Martín Lutero había llegado al Reino de Hungría tras la batalla de Mohács en 1526. La Iglesia católica se había debilitado, muchos sacerdotes, obispos y arzobispos católicos habían muerto en el campo de batalla, y esto había abierto las puertas para el avance de nuevos religiosos, simpatizantes de la Reforma protestante.

Muchos nobles húngaros, sin dejar afuera a los alemanes y a los franceses, vieron en la Reforma la perfecta oportunidad para deshacerse del pago del diezmo —que los tenía bien cansados— y de la supervisión de la Iglesia católica. Campantes, pegaron el salto al luteranismo.

La Reforma se popularizó en la Hungría Oriental, en el principado de Transilvania. En el oeste del reino, el dominio Habsburgo, controlado por los germánicos y más cercano a Viena, mantuvo el catolicismo con puño férreo, al igual que la Hungría otomana, aliada de la Casa Real arribista.

En la Hungría Real, el catolicismo se mantuvo a capa y espada y, si bien los predicadores protestantes deambulaban por calles y recintos religiosos, la influencia de Fernando I en principio y luego la de Maximiliano II no permitieron su multiplicación. Los turcos, en tanto, rara vez se entrometían en la disputa religiosa de las dos facciones: se conformaban con que los cristianos de ambos lados de Dios pagasen el tributo al sultán. Y aquí no ha pasado nada.

Transilvania y sus príncipes se convirtieron en las figuras representativas, contrapuestas a la dinastía de los Habsburgo. Usaron el protestantismo como arma contra los Habsburgo católicos, de quienes les urgía deshacerse, para reunificar el reino húngaro, descuartizado por las luchas de los intrusos. Los príncipes transilvanos promovieron las escuelas protestantes, cada vez más populares en ciudades como Presburgo, Sopron, Szárlönic o Sárvár.

Un nuevo movimiento religioso comenzó a dar zancadas y llegó para quedarse. El calvinismo, creado por el teólogo francés Juan Calvino, siguió los pasos del luteranismo y también encontró a sus adeptos. Los Báthory abrazaron el credo que bregaba por nuevas reformas. Que nadie participase de la Eucaristía si no era con verdadera piedad y genuina reverencia. Por tal razón y a fin de mantener la integridad de la Iglesia, era necesaria la disciplina. Y así, aún más rigor. La depravación era total, el pecado original había corrompido a toda la humanidad; la elección era incondicional, la expiación, limitada y la gracia, irresistible.

Báthory discurría con uno, con otro, era un caballero concentrado, sostenía la atención por un lado y no perdía el hilo de conversaciones, aunque no participara, por otro. Y también reflexionaba en silencio. Nadaba en la corriente de su tiempo con una calidad inigualable. Algunos asuntos domésticos lo inquietaban: había una recién nacida en la familia, se preguntaba si habría sobrevivido o alguna peste se la habría llevado al más allá. No tenía noticias de Ecsed.

Pero el asunto que lo desvelaba eran los contratos matrimoniales de sus hijas. Algunos ya estaban conversados, incluso la alianza de su hijo varón estaba organizada. Sin embargo, Erzsébet aún no había entrado en discusión de esponsales. Era pequeña, pero ya debía ser colocada.

Miró en derredor. Tal vez alguno de los presentes lo llevara por los carriles de la oportunidad y encontrara al candidato que reuniera las condiciones para desposar a su niña.

[20](#) La epilepsia en aquellos tiempos.

[21](#) Hoy en Eslovaquia.

[22](#) Bratislava en la actualidad.

[23](#) Al oeste de Rumania.

[24](#) Pueblo situado en el condado de Nógrád, al norte de Hungría.

[25](#) Título local de los líderes gubernamentales desde el año 1100.

[26](#) Contienda decisiva de la guerra italiana de 1551-1559, entre el Reino de Francia y el Imperio español, en Picardy.

[27](#) Situado en el noreste de Hungría.

CAPÍTULO

III

—Dame más precisiones, Báthory, no me conforman tus silencios. Tenemos tiempo, el trayecto es largo —le dijo Anna a su esposo.

El carruaje había sido acondicionado para el viaje de dos días. Se dirigían al castillo de los Nádasdy, en Sárvár. Atravesarían el reino de este a oeste, sin peligros a la vista, iban bien custodiados por un séquito mixto. Soldados y edecanes para György, criados y algunas cortesanas para Anna.

—Nádasdy ha enviado a un emisario con una oferta nupcial, mujer. ¿Qué más necesitas?

—¿Pretendes conformarme con eso? Me conoces, pues quiero todo.

El intercambio epistolar entre las familias había seguido los cánones obligados, pero eso no garantizaba que el encuentro cara a cara fuera el esperado. El emisario de los Nádasdy se había llegado hasta el castillo de los Báthory con la oferta de Ferencz como posible candidato para la mayor de sus hijas mujeres.

—Tienen amplias posesiones, Anna. Los Nádasdy son los indicados para formar la alianza.

—¿Conoces al hijo? ¿Lo has visto con el padre en alguno de sus encuentros?

—Tal vez, no recuerdo demasiado, pero tengo entendido que es un niño sano.

—¿Años?

—Estimo que trece.

Anna masculló en silencio y torció la cabeza hacia un costado. Dejó de mirar a su esposo y perdió la vista en el camino. Todavía faltaban unas horas para llegar a Sárvár. Tenía tiempo para meditar o dormir un poco. El traqueteo de las ruedas y los cascos de los caballos sobre la tierra eran el convite perfecto para la dormidera, sin embargo, Anna se mantuvo en vela. Algo había escuchado por ahí acerca de los Nádasdy, ¿conformarían una buena alianza con su familia? ¿Sería, el jovencito, un buen candidato para comprometerse con el clan? ¿Erzsébet les traería algún problema? ¿Por qué pensaba en su hija como una posible dificultad? Hallarse dominada por una desconfianza constante no estaba del todo mal. A las pruebas se remitía. La niña era difícil, los Báthory eran espesos, como coagulados, imposibles de penetrar. No obstante, a ella le conformaba eso. ¿El clan Nádasdy estaría en condiciones de aunar templos con ellos? Ah, los humores de su querida Erzsébet...

Y llegaron a las cercanías del castillo. El edecán y dos asesores arribaron primero, desmontaron y avanzaron por el camino pedrusco hasta el puente levadizo, lo cruzaron y se apersonaron en el rastrillo. (28) Anunciaron la presencia de los Báthory y al instante se abrieron las puertas.

György dio la orden y el carruaje avanzó hasta la entrada. La señora fue asistida por el castellano, que la tomó de la mano y la ayudó a descender. Anna se mantuvo enhiesta, no movió un músculo de la cara, apoyó su señorial calzado sobre el suelo y marchó hacia adentro. Su esposo iba un poco más adelante, su tranco era largo y pesado; ambos se deslizaron con la frente en alto, la barbilla hacia delante.

Encabezados por su séquito oficial, los Báthory llegaron al pasillo abovedado, cruzaron el inmenso patio y una de las puertas se abrió de par en par para invitarlos a entrar. Uno de los grandes salones los aguardaba.

—Bienvenidos a Sárvár, conde Báthory, señora...

Tamás Nádasdy extendió los brazos y los invitó a acercarse, mientras su esposa asentía desde atrás. Saludo fue, saludo vino, los cuatro interesados se acomodaron frente a frente. El relevamiento de credenciales estaba a punto de comenzar.

—Les agradezco la presencia.

Nádasdy esbozó una sonrisa y miró a su esposa para participarla en la negociación del ansiado compromiso de su hijo.

—Agradecidos estamos nosotros, nador. (29) Entiendo que estás con demasiadas diligencias.

Báthory continuó con las deferencias protocolares. Estaba al tanto de todas las maniobras políticas de Nádasdy, el nombramiento político era el último acontecimiento rimbombante; el nador había logrado, junto con el conde Miklós Zrínyi, ponerle fin al asedio otomano en Szigetvár (30) gracias al ataque a Babócsa. (31) Nádasdy era un guerrero celebrado en el reino.

—¿Se encuentra su hijo en casa? —preguntó Anna y descansó la mirada en los ojos de Orsolya.

La señora de la casa quedó pasmada ante la belleza de la esposa de György Báthory, tan erguida, tan firme, tan despótica. Pudo, mediante las pocas palabras vertidas, descubrirla.

—No, se encuentra en Viena, bajo las órdenes de su tutor —respondió su madre, con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba orgullosa de Ferencz, buscaba lo mejor para él.

Anna miró de reojo a su marido. Había dado por hecho que el jovencito estaría presente, quería verlo, no confiaba en el palabrerío de nadie, solo sus ojos reproducían verdades. Miró a Tamás, luego a Orsolya y no le gustó demasiado lo que vio. La belleza era un atributo que faltaba en aquel castillo, rasgo originario y fundamental para Anna Báthory. Estaba al tanto de las relaciones de los Kanizsay con la nobleza húngara, pero no le parecieron suficientes. Prefirió callar.

Los hombres dieron comienzo al despliegue de propiedades: que un castillo aquí y otro por allá, y otro, y otro más, y la conversación se asemejó a una justa medieval. Después apareció la exhibición de títulos, escudos y posiciones políticas. Los Báthory arrojaron palatinos, condes, príncipes y, sobre todo, tradición noble de tiempos inmemoriales, casi en el origen del mundo. Los oriundos de Sárvár tenían la medalla asegurada con el nombramiento de Tamás. El hombre era nador y manejaba su rango con autoridad.

Asentían, meditaban, hacían cuentas en silencio en la reverberación del salón abovedado del castillo. Escuchaban mucho y revelaban poco. Conspiraban como si interpretaran los roles de los mejores espías de la comarca. Entregaban a sus hijos, pero la ofrenda iba mucho más allá que un lazo nupcial. Distribuían, si el compromiso llegaba a buen puerto, la herencia monetaria y la sanguínea, lo que quedaría de ellos luego de la muerte. El rastro esquivo de su respiración *post mortem*.

Las deliberaciones concluyeron y llegaron al acuerdo: Erzsébet Báthory desposaría a Ferencz Nádasdy cuando fuera pertinente. Ella tenía nueve años; él, catorce.

Los de Sárvár estaban ansiosos por celebrar. Ofrecieron organizarles un banquete y reunir a lo más granado de la comarca. Anna respondió que la esperaba el médico en Ecsed. La jaqueca de siempre le quemaba los ojos. Los dueños del palacio no opusieron resistencia. “Pobre señora, qué desgraciada, la entendemos, debe cuidarse, la salud es lo principal”, dijeron, y cerraron los portones de madera detrás de la partida.

Anna y György emprendieron el regreso. Otra vez el bamboleo de las ruedas, el zapateo de los cascos de los caballos sobre el camino, práctica perfecta para la convocatoria a Orfeo. Pero aquello fue imposible. Ni la luna y las estrellas, única luz durante el trayecto, colaboraron para que Anna pegara un ojo. Estaba más despierta que nunca.

—Conmino a ese Nádasdy a que ame apasionadamente a Erzsébet. Y que la ame de un modo tan demencial como solo una Báthory se merece. Quiero que mi hija apenas sonría, que se muestre calma, que se demuestre inerte, que nada ni nadie la desvelen. Así y solo así le otorgaré mi permiso al intruso.

La sentencia de Anna arrasó por los caminos hacia Ecsed. Su voz monótona perforó el silencio con más fuerza que las dagas turcas, sus palabras encontraron asilo en el viento y se congelaron en maldición divina.

* * *

El salón estaba repleto de convidados. Los Báthory querían celebrar y el motivo no era otro que el contrato nupcial de Erzsébet. Era el primer compromiso de los hijos de Anna y György, y el sortilegio que obligaba a reunir a una gran parte de la familia. Como era costumbre, el bullicio era absoluto, las risas no eran tales, eran carcajadas más cerca del ahogo que de la alegría, y el choque entre las copas no parecía un brindis sino el disparo de una bala de cañón, y así. Todo era mucho, derramaba por demás, sobraba, era el ritual de la mismísima desmesura, como si buscaran liberarse de la tierra. Erzsébet, con sus nueve años, allí sentada, observaba el despliegue. Ella era la agasajada.

Sus padres lideraban la interminable mesa en ambas cabeceras y ella ocupaba un sitio central, pero llamaba poco la atención de sus familiares. Tal vez algún cortejo por aquí y por allá, un reparo o un qué bonita y ya, y volvían a lo que les importaba, y no era ella. Pero Erzsébet se dedicó a lo que más le atraía: mirar, callar, juzgar.

—¡Vengan a mi lado, hermanos queridos! —ordenó Anna con la firmeza de siempre. Aunque ya había pasado un buen tiempo desde el último encuentro, los Báthory de Somlyó nadaron esas aguas con destreza.

Erzsébet persiguió las zancadas de sus tíos István y Kristóf, que pasaron a su lado sin verla rumbo a la hermana triunfante. La abrazaron, sus cuerpos robustos envueltos en pieles cubrieron los terciopelos de la señora. Eran los únicos vivos, András, Zsófia y Erzsébet —la hermana, no la hija— habían abandonado este mundo finito. Anna se vanagloriaba en ostentar a los hermanos que quedaban vivos, los ocupantes de sillas del más alto poderío. La niña, con ojos vigilantes, atendió aquel juego.

—¿Cómo se encuentran, mis queridos? —Su madre se les acercó aún más.

Erzsébet se irguió sobre la banquetta.

—Con el entusiasmo intacto, Anna. Afilo mi espada, siempre preparado a encontrar enemigos y a hundirla en sus carnes. — Kristóf mostró su gesto socarrón, tan conocido en la familia. Era comandante del ejército de Juan II, rey de Hungría, y pertenecía a la facción magiar por herencia paterna. El padre Somlyó le había

plantado el pie de guerra al otrora archiduque de Viena, Fernando I. Había muerto pero inoculado la defensa de la sangre a sus herederos.

Le gustaba su tío Kristóf, ese porte pesado, con sus pelos revueltos y blancos. Cómo la animaba ese color, como el mármol, como la nieve, como las manos de su madre. Y esos ojos con agua que la espiaban por el rabillo mientras desplegaba el palabrerío a oídos de Anna. Y así, como de repente, empezó a hablar de los Nádasdy. Erzsébet estiró el cuello, aún más, para escuchar mejor. Su madre estaba atenta, intentaba encontrar algún detalle oculto de sus flamantes consuegros. Kristóf, como un látigo, develó los datos que nadie recordaba. ¿Cómo era posible que no rememoraran esos años en los que Tamás Nádasdy, junto al hermano András, Dios lo tenga en la Gloria, se habían encargado de su educación? ¿Cómo era posible que no se acordaran? La evocación le trajo alegría al hermano vivo, los tiempos en los que había oficiado de paje del emperador Carlos V, la corte y sus delicias, lo que había aprendido, sus viajes a Francia, Italia, Inglaterra y España en su tierna juventud.

—¡No me interesa la Corte de Viena! ¡No me interesan los germanos, tampoco los españoles! ¡Quién es Nádasdy, quiero conocer lo oculto, lo que no dice, lo que poco cuenta! —gritó Anna.

—¿No será mi suegro?

Los tres hermanos repararon en Erzsébet, que había sucumbido al impulso de pertenecer al grupo parlante, de ser parte de la cofradía. Pues lo era.

—¡A callarse, niña! Que aquí hablamos nosotros.

Erzsébet se mordió la lengua. Estaba harta de pequeñeces, ella sentía que estaba a la altura de cualquiera de los allí presentes. Aunque se deslizara por los caminos del silencio, entendía al dedillo ese mundo en despliegue. ¿No era, acaso, la niña que todos halagaban, a quien le solicitaban ayuda cuando faltaba su padre, la autoridad que socorría a todos? ¿Y acaso no estaba siempre lista cuando alguna cortesana desprevenida, un tanto analfabeta, debía ser honesta, le imploraba que la iluminara con aquella esquila

garabateada en alemán de algún amante prohibido? ¿Acaso no era adulta hasta el cielo y la luna para esos menesteres?

Y siguieron con aquello que les devoraba las entrañas, el irresistible impulso que sometía al tiempo, a un círculo cerrado de secretos sanguinolentos. Anna, Kristóf e István eran la garantía de la persistencia del clan Báthory de Somlyó, y ni siquiera susurraban sus cuitas, que las escuchara el mundo y aprendieran lo que era bien bueno.

Y Anna preguntó que dónde estaba la esposa noble, Erzsébet de Bocksai, de Kristóf, “que no, que no ha llegado pues está a punto de dar a luz si no lo ha hecho ya”, respondió el aludido; y los tres hermanos rieron, jadearon, suspiraron con la fuerza de las vísceras en ascenso.

La Erzsébet auténtica, la hija de los dueños de Ecsed, la promesa de unirse en sangre con los Nádasdy cuando llegara la hora señalada, levantó el dedo y les llamó la atención. Que ella era la única, que ya se enterarían. Y se pasó una manita, blanca nívea, sobre los pelos negros como pelaje de cuervo, peinados magistralmente por su sierva de ocasión, que era castigada a los golpes si no cumplía las órdenes de su ama, una práctica habitual para ordenar a las soliviantadas. A nadie le importaban los cuerpos mancillados de las plebeyas.

Algunos años atrás ya había sido expuesta a la primera prueba de fuego, mas no a la última de la familia. Erzsébet torció un poco la cabecita y se perdió en sus recuerdos: una mañana al alba se había dirigido al patio público de Ecsed para mirar la ejecución de una gitana acusada del rapto de unos niños del pueblo, que había ocultado en el estómago de unos caballos, para venderlos como esclavos. Con la cabeza cubierta de negro y las ropas coloridas que hasta dañaban la vista, la gitana había sido encomendada a sus verdugos de cara descubierta, y con la soga lista. Erzsébet había soltado la mano de su madre y caminado hasta la primera fila de la multitud. La gitana había exigido que le quitaran la caperuza y se cumplió el pedido. Le ajustaron la soga alrededor del cuello, los ojos se le inyectaron en sangre y gritó unas palabras incomprensibles, las suficientes para que los verdugos patearan la banqueta. La cabeza

colgó de costado, los pies descalzos bailaron la danza de la muerte y la niña de seis años permaneció hipnotizada durante varios segundos. El corazón de Erzsébet se había acelerado como una estampida animal.

Siguió escrutando a sus tíos, primos, tías, cortesanas y a todos los invitados de piedra a su celebración de compromiso. Gritaban demasiado, comían demasiado, bebían con una sed insaciable. Mientras se llevaba, de tanto en tanto, algún fruto seco a la boca para contrarrestar la voracidad reinante, Erzsébet afiló los sentidos para convertirse en una mera servidora del hambre de saber. Su madre parecía masticar la oreja de Kristóf, pero no, celebraba la bravura de su hermano. Lo felicitaba por haber derrotado al vasallo de Maximiliano II, aquel germano Von Schwendi, forzándolo a levantar el asedio de Huszt. (32) Erzsébet enderezó su espina y acercó la testa hacia la hermandad.

—Bravo, querido hermano, te opones en cuerpo y espada a estos asaltadores de tierra ajena.

Y Anna lo rodeó con el brazo.

—¿Pero no es el alemán un aliado de vuestro esposo?

Y Kristóf e István buscaron a György con la mirada.

—A mí no me interesa, pues aquí mando yo.

—No me fiaría demasiado.

—Confíen.

Erzsébet observaba, subyugada, aquella contienda verbal. Su tío István hablaba menos pero exudaba en demasía con sus ojos renegridos. Ese Báthory había visitado Italia en su juventud y atendido como discípulo, durante unos meses, en la Universidad de Padua. Además, había formado parte del ejército de Fernando I en la lucha contra los turcos, pero había sido capturado y encarcelado. Como el emperador del Sacro Imperio Romano se había negado a pagar el rescate, cuando fue liberado, István se unió al otro bando y apoyó a Juan II en las luchas de poder en el Reino de Hungría del Este. Sin embargo, no solo había sufrido el encierro otomano, en uno de sus viajes a Viena padeció el arresto domiciliario durante dos años y, en ese tiempo, se desterró del ala húngara y de la política,

cansado al fin. Pero el pueblo lo sindicaba, por su vasta influencia, como el posible sucesor de Juan II.

La agasajada masticaba una nuez. Miraba, analizaba. La familia celebraba el contrato nupcial, parecía que aplaudían la renovada alianza entre clanes, que agregaría conveniencia a las partes. Nadie hablaba de amor, parecía más una corporeización de odios y favores en pos de un sacrificio que fuera a saber qué, de intereses para nada velados y bien expuestos. No había Dios ni tierra, solo ansia inmortal por sí mismos. Mucho amor, pero del propio, más cercano al demonio.

Erzsébet entendió ese anhelo y lo hizo suyo. Qué preciosa era su madre, cuánta belleza esquivaba.

* * *

Hacía dos años que Ferencz se había instalado en la Corte Imperial de Viena. A los doce, y tras una instrucción exhaustiva, había sido enviado por sus padres, que vieron en esa una decisión estratégica para ampliar horizontes en función de la fragmentación política de Hungría, y también para que el heredero cultivase la agudeza diplomática.

Pero Ferencz se sentía solo. Las tradiciones germanas eran tan diferentes a las acostumbradas en Sárvár, donde las relaciones eran más francas y los tratos, en principio, auténticos. No era el único jovencito que deambulaba por los fríos corredores de Hofburg, la corte desbordaba de ávidos pretendientes a la más alta liga nobiliaria. Ferencz había llegado muy bien preparado para esas lides. Sus padres lo habían proveído de una educación exhaustiva. A los cinco años, el mínimo Nádasdy había adquirido la habilidad de leer y escribir en latín y alemán, gracias a las lecciones impartidas por una comitiva de tutores. El favorito había sido el facultativo Gáspár Fraximus, quien se había ocupado, especialmente, de su alfabetización y de la enseñanza de los conceptos básicos. En esta fase inicial, le habían inculcado la disciplina y la piedad, rasgos fundamentales en toda educación nobiliaria, controlados bajo la

atenta vigilancia de sus padres. Siempre envueltos por el halo del protestantismo, practicado en el medio familiar de los Nádasdy.

Sin embargo, llegó el momento propicio en el que el heredero estuvo listo para hacerse hombre. Todo jovenzuelo de sangre noble debía sufrir, durante un tiempo, por el bien de la vista y del oído, y de la búsqueda de templanza y la mejora de su educación, un viaje iniciático. Para entrar en la adultez, y como Dios mandara, debía partir a otra corte que no fuera la propia y, tantísimo mejor, si era en tierra extranjera.

Las cartas de recomendación se amontonaban en los despachos de admisión, pero con Ferencz no hubo demasiado inconveniente, su reputación era intachable. Aprobado y con la venia de los Habsburgo, partió hacia Viena escoltado por el tutor de turno. Llevaba consigo unas credenciales de altísimo impacto.

No le quedó alternativa y hubo de acomodarse, entre adversarios solapados, lo mejor que pudo a la busca de destinos superiores. Estudió con el destacado académico húngaro Demeter Sibolti y otros tutores vinculados con los hijos del emperador, que le brindaron experiencia en las rutinas de la corte. Supo entregarse al roce con la nobleza internacional, combinado con los logros intelectuales. Incluso formó parte, en algunas oportunidades, de la comitiva oficial en Presburgo y participó, por haber demostrado una gran capacidad, en la Asamblea Legislativa del Reino de Hungría, convocada por Maximiliano II.

Esos meses en Presburgo habían transcurrido a paso de hormiga. El tiempo se había extendido en una demora continua. Ferencz se había rodeado de agentes desconocidos, de nobles que habían llegado desde distintos puntos del mapa para participar de la Dieta. Allí estaban el emperador y sus acólitos, en constante exhibición de fuerza, en pos del afianzamiento del poder de los Habsburgo. Que nadie se atreviera a confrontar o discutir con la monarquía, que por si aquello fuera poco, sumaba autoridad y medallas con Felipe II de España, rey de reyes y cuñado regio de Maximiliano II. Todo quedaba dentro de la familia ampliada.

Pero no solo ansiaban sostener el poderío de la Casa Real, los germanos también debían fortalecer la Contrarreforma en suelo

húngaro. A controlar las fronteras contra el Imperio otomano y fortalecer la posición católica tras la Reforma, fustigaba el Habsburgo con corona de Imperio. En las sombras, pero no tanto, operaba su esposa y hermana de Felipe II, doña María, quien enviaba documentos clandestinos a España por medio de correos humanos.

—Leyendo estos días unas cartas que estaban en la mesa del emperador, descubrí algunos asuntos que mi hermano debería conocer —le susurró al oído a un diplomático español. Y no eran los asuntos familiares, precisamente, los motivos de su desvelo. Varios de sus hijos residían en la corte de España y ese era el tema que operaba como fachada. Detrás de ella, y entre líneas, iba la información de importancia.

El emperador del Sacro Imperio Romano Germánico ansiaba dominar la presión militar otomana bajo la bandera de la defensa de la libertad religiosa interna. A diferencia de su padre Fernando I, Maximiliano intentaba exponer, en lo público, cierta deferencia para con el protestantismo. Sin embargo, el sino hispano era más fuerte y la Asamblea mostró los colmillos en defensa del catolicismo en el territorio real húngaro.

Pero llegó correspondencia desde Sárvár, algo poco usual. Ferencz se destempló, ¿qué hecho trágico se anunciaría en la misiva? La abrió con torpeza y leyó a las apuradas. No había muertos en derredor, más bien todo lo contrario. Su padre le anunciaba, en pocas palabras, que lo habían comprometido en matrimonio con una integrante del clan Báthory. Y unas líneas más abajo, su querida madre le enviaba abrazos de alegría y lo conminaba a un pronto regreso.

Él sabía bien que, tarde o temprano, esos acuerdos llegaban a la vida de cualquier niño. Y sobre todo si era el único hijo del noble más destacado de Sárvár. Pues entonces debía empacar y organizar el regreso. Ferencz era obediente y suponía que sus padres habían decidido lo mejor para él, sin embargo, la curiosidad por saber cómo sería la depositaria del futuro pacto matrimonial lo dominó. ¿Sería buena como su madre? ¿Amorosa como Orsolya? Su próxima vida

junta a ella, ¿lo deleitaría con las mieles de la corte a las que estaba acostumbrado?

Montó el caballo y, flanqueado por su escolta, se entregó a los caminos, hacia el sudoeste del reino. Sería un viaje largo hasta el castillo familiar. En la corte de su padre lo aguardaban los tutores luteranos István Beythe, el teólogo Máté Szegedi y Ferencz Sennyei, castellano de los castillos de Sárvár y Kapuvár, quienes reforzarían los valores protestantes y la formación ética en el medio de las presiones de la Contrarreforma.

En la corte de Nádasdy lo esperaba una vida más grata. La casa familiar era el orgullo de la región y le daba prestigio incluso en Viena. Con sus quince años cumplidos, Ferencz regresaba a casa con la frente en alto, volvía al seno que lo había visto crecer, la corte donde las mujeres tejían, bordaban, hacían encaje, cuidaban el jardín y aprendían todos los secretos de la administración del hogar; y los jóvenes, además de instruirse en el manejo de las armas y la equitación, y familiarizarse con la tradición marcial —el fantasma turco asolaba— y el cultivo del intelecto, que era lo primordial, también se preparaban en el arte del baile y del laúd. El compromiso, los apretones de manos con una fuerza desbordante y las bodas formaban parte de las rutinas diarias en las cortes del Reino de Hungría. Ferencz estaba preparado y conocía al dedillo las prácticas nobiliarias, pero los años en Viena lo habían distraído un poco.

Pasaron las horas, llegó la noche y el otro día, y llegaron al castillo. El joven Nádasdy desmontó con prestancia y su madre salió a recibirlo. Le tiró los brazos en un ademán tierno y Ferencz la abrazó, sin titubear.

—¿Y padre? —preguntó, mirando a los lados.

Orsolya tragó con dificultad, intentando disimular lo imposible, y esbozó una sonrisa que pereció en una mueca.

—Está algo cansado, guarda reposo en su cámara.

—¿Y por qué no me lo advertiste en la carta?

—Si no es para tanto, hijo. Ve a verlo, te aguarda ansioso.

Ferencz marchó con énfasis hacia la recámara de su padre. En la antesala murmuraban los médicos, las criadas pululaban esperando

órdenes. Orsolya entró sin anunciarse, su hijo detrás.

—Aquí estoy, padre.

Se aproximó a la cama que cobijaba a Tamás Nádasdy, detrás del baldaquino. El enfermo abrió los ojos y un brillo de vida los iluminó.

—Hijo mío, cómo has crecido —dijo con esfuerzo.

—¿Te encuentras bien? —Ferencz se odió por el exabrupto.

—Ahora mejor. Has llegado, eso me pone contento.

Orsolya se acercó y apenas tocó a su hijo.

—Hubiera regresado antes, padre. ¿Por qué no me confiaron lo que sucedía?

Nádasdy quiso incorporarse y tuvo un acceso brutal de tos. Los médicos entraron en el acto, la esposa y el hijo dieron un paso hacia atrás. La recámara se convirtió en una batalla campal de idas y venidas. Orsolya tomó de la mano a Ferencz y lo instó a salir de allí.

—Estamos de más, hijo mío.

—Pero madre, me omitiste la verdad. No parece que esté nada bien.

Orsolya se sentó, abatida, a esperar lo que intuía y había preferido no decirle a su hijo. Ferencz no supo qué hacer. Recorría la antecámara como una bestia enjaulada, intentando escuchar los rumores de la alcoba cerrada o adivinar los latidos del corazón enfermo. La señora hablaba, decía palabras inconexas buscando tensar el hilo de la vida de su amado esposo. No podía irse, no debía abandonarla, estaba obligado a cumplir el designio nupcial de Ferencz, quédate conmigo, no te vayas, no dejes a tu amada esposa y a tu venerado hijo. Imploraba, oraba, no se atrevía a enojarse con Dios. Orsolya era la esfinge de la bondad.

Ferencz daba pasos, intentaba fórmulas, lanzaba sortilegios al cielo para que su padre viviera tan solo un poco más. ¿Por qué se había ido, por qué había traicionado a la vida, allá lejos de él, si era tanto lo que lo necesitaba?

Pasaron unas horas y, de repente, un silencio compacto anunció lo condenado.

—Puede entrar a verlo —comunicó uno de los médicos.

El cuerpo flaco de Tamás Nádasdy reposaba sobre las cobijas. Tenía las manos tomadas sobre el pecho, la tez de un color sin

sangre y los ojos cerrados. Clausurado como el paso por la vida. El señor de Sárvár había muerto.

[28](#) Puerta enrejada que clausuraba los castillos, fortalezas o alcázares y que oficiaba de defensa ante ataques y asedios.

[29](#) Cargo del antiguo Reino de Hungría, segundo en importancia después del rey húngaro.

[30](#) Ciudad en el sur de Hungría.

[31](#) Pueblo ubicado en el distrito de Barcs, en el condado de Somogy.

[32](#) Hoy Kust, en Ucrania.

CAPÍTULO

IV

—¿Qué sucede con esta niña? ¿Será posible que hasta el último día traiga problemas en el palacio? ¡Ilona! —llamó la señora, cansada de los devaneos de su hija.

Anna necesitaba hablar con Erzsébet, quería organizar los puntos finales antes de que partiera rumbo a Sárvár. Su hija se instalaría en la corte de los Nádasdy para tomar posición y recibir instrucciones y protocolos, en la futura familia política. La niña partiría en los albores del día, escoltada por el séquito de los Báthory.

—La niña está en el bosque.

—¿Otra vez? ¿Pero no te había pedido que la quitaras de allí, que la encerraras en su alcoba, que había que prepararla para la partida? ¡Que salen mañana, mujer!

Ilona mantuvo la vista en el piso, hizo una reverencia y salió en busca de ayuda. Erzsébet debía comparecer frente a su madre, debían encontrarla cuanto antes. No era una tarea fácil, nadie conocía los senderos que perseguía la niña Báthory.

El cuerpo de Erzsébet, escondido debajo de un capote de terciopelo forrado con piel de oso, corría entre las galerías del verdor del bosque. A sus doce años sabía bien que a la mayoría del servicio que la tenía a su cargo le inquietaba por demás la atmósfera amenazante de la bóveda boscosa. Sin embargo, ella sonreía y se fugaba. Ese era su exilio.

Un brillo dorado iluminaba las copas de los abetos, el frío del aire diurno la hacía tiritar, la brisa que no llegaba a viento estaba impregnada de los olores de la naturaleza, el perfume de la mezcla

de las flores con los pinos eran tan dulce que la embriagaba. Erzsébet empezaba a añorar su bosque antes de subir al carruaje que la arrancaría de allí rumbo a una nueva vida.

El pulso le latía vivaz, incluso podía descifrarlo debajo de la blancura de sus muñecas. Quería tragarse su jardín secreto, marchaba a paso amplio, con pisadas fuertes, buscando perforar el silencio con el crujido de las hojas muertas. A la niña le gustaba acechar los rayos de sol que se filtraban entre la espesura de los setos, le gustaba imaginar que perseguía ánimas dotadas de locuacidad y sabiduría —era una eximia intérprete del lenguaje de otros universos—. Aunque no estaba perdida, deambulaba en círculos.

El silencio esquivo de aquel, su estado de soledades del bosque, le permitía ver con más claridad. Apuraba sus otros sentidos, tocaba, olía todo como si lo hiciera por primera vez. Sin embargo, debía alejarse de allí, armarse de coraje para comenzar su nueva realidad. Y emprendió el regreso a casa.

Erzsébet marchó por el camino de piedra, intentó convertirse en viento para pasar desapercibida, pero fue inútil. La servidumbre del castillo estaba sobre aviso y apenas verla, la empujaron hacia la alcoba de la dama que ostentaba la autoridad bien ganada.

—Entra, Erzsébet. ¿Hasta el último minuto de tu vida me tendrás sobre ascuas, será posible?

La niña entró, con la caperuza de piel aún sobre la cabeza. Sus ojos expulsaban destellos que chocaron contra la esfinge materna.

—Necesitaba despedirme de mi bosque, madre. Llevaba prisa y no me hice espacio para ponerte sobre aviso.

—Vives de apuro en apuro, niña, como si quisieras devorarte el tiempo. No entiendo por qué no eres capaz de encontrar la calma, si ya está todo dicho. Deja de ondular tu mente en las curvas y continúa en línea recta. —Anna insistía con enderezar a esa hija. A veces la desconocía, la encontraba insondable a pesar de sus cortos años.

Erzsébet dio unos pasos y se acercó más. Sin pedir aprobación, en un movimiento se sentó a los pies de su madre y apoyó la cabeza

en su regazo. Anna perdió la vista hacia la nada y sin reparar en el cuerpecito anhelante, continuó.

—En unas horas partes rumbo a Sárvár. Ya está todo empacado, solo falta tu equipaje de mano. Preciso hablarte de lo que te aguarda allá.

—Me espera mi prometido, madre. ¿No es cierto?

—Eso es lo de menos, Erzsébet. La vida te espera, eso es lo único que te saciará la intemperancia, vivirla.

Los Báthory cumplían con la costumbre de la nobleza europea: enviar a la prometida a la corte de la futura suegra antes de que se llevara adelante la boda para que aprendiera a administrar el castillo y su nueva familia. Al llegar a Sárvár se sellaría el compromiso entre Erzsébet y Ferencz, y se pondría la esperada fecha.

—Pero tú no querías a los Nádasdy.

—¿De dónde sacas semejante afirmación?

Anna frunció el ceño. Nunca había hablado con su hija de aquellos temas. Eran cuestiones que se deliberaban entre adultos. Erzsébet era demasiado despierta, o muy curiosa. Tal vez era su digna descendiente. Querer, lo que era querer, al clan que desposaría a la pequeña era un sentimiento que desconocía. Claro que hubiera preferido un primo para salvaguardar la sangre, para que no se despreciara en otras linfas, para proteger el legado de la raza, guardiana de la casa de los Báthory. Pero las conveniencias marcaban el paso de las relaciones.

—No sabes la interminable lista de propiedades que se suma a nuestro erario al convertirme en su esposa. Es lo único que debe importarte. Debes aprender a manejar los hilos, a guardar secretos, a construirte una morada de misterios. Solo tú sabrás desenmascararla. A nadie, hija. A nadie con tu enigma, que eso despertará tempestades en los demás. Así tendrás el mundo a tus pies.

Erzsébet giró la cabeza y miró a su madre. No dijo palabra, no hizo falta, sus ojos confesaron más. No había existido, en sus doce años, obstáculo o inconveniente que la hiciera tambalear; ni dolor que la llenara de sufrimiento; no recibía puntadas que logran herirla, ni en el cuerpecito ni mucho menos en su joven alma. Cómo

había llegado hasta allí, le parecía incomprensible, pero no se hacía preguntas. Era una jovencita de accionar constante, instrumentada para el ataque, nunca adormecida, mucho menos a la defensiva. Erzsébet era un animalito de reacción feroz, una ninfa de la noche silenciosa, avasallada por las ganas de vivir, abandonada a una fuerza inagotable.

El piar de unos pájaros auspició el alba. Las criadas fueron en busca de la niña. Erzsébet estaba sentada, erguida, a los pies de su cama. Ya lista, preparada para partir. La cubrieron con el abrigo de pieles y la escoltaron al patio de armas. El carruaje, ya equipado y con la portezuela abierta, la aguardaba. Al costado, su madre la esperaba. La luz del ángelus iluminaba a Anna, regalándole a su hija su halo de *madonna* distante.

—Ven conmigo, madre —susurró Erzsébet y buscó aferrarse a su cuerpo.

—No te hago falta. Confío en ti, serás mía aun en la distancia. Cumplirás el cometido como se debe. No conviertas esta alianza en tu condena. Aprovecha todo lo que te dará, las relaciones, la Corte de Viena, el emperador...

La niña tomó a su madre por la cintura y hundió la cara en el delantal. Anna mantuvo los brazos a los costados, como ramas muertas. La frialdad quemaba. La desanudó con delicadeza y le indicó que se aprestara.

Erzsébet subió y se acomodó en el asiento. Le cubrieron el regazo con una piel, ella se la quitó.

—Me acaloro.

—Adiós, hija.

Erzsébet apoyó la palma sobre la ventanilla. Congeló sus facciones, se despidió de su madre. El cochero sacudió la fusta en el aire, dio la voz de mando y los caballos iniciaron la marcha.

Anna Báthory desapareció entre los muros del castillo mientras la niña adhería su cara al vidrio. Abandonaba la infancia, esa casa que la había cuidado, que le había regalado una vida tranquila y confiada, donde había conocido el resguardo del bosque, el hogar que había descubierto su animalidad, su alegría escondida, la maravilla de la libertad absoluta de la voluntad.

La niña, que dejaba de serlo, ardía por dentro.

* * *

El castillo de Ecsed quedó desierto. Sin el alboroto que provocaba la presencia de Erzsébet, con el silencio aún más estridente que su ausencia, aunque un murmullo atronara en la inmensidad del principado de Transilvania y los propagadores no fueran otros que algunos integrantes del clan Báthory.

Anna había quedado al mando de la fortaleza. György, su querido esposo, había muerto y, con su falta, se había visto en la obligación de exhibirse fuerte, más sólida que una roca. No fuera que los de afuera —siempre atentos y vigilantes— intentaran corroer su poderío familiar. Si alguna lágrima osaba correr por su mejilla, la tragaba con asco o le daba vida en el encierro de su recámara. Dominada por una melancolía amarga y un dolor sin intensidad, se armó de coraje. Tenía otros hijos que criar y un escudo con tres colmillos que afilar.

Sin embargo, el páramo de la muerte de su marido había llegado con el auspicio político de algunos Báthory de lazo cercano. Durante los meses previos al ascenso del pariente, se habían vivido tiempos de zozobra con la defunción del príncipe transilvano Juan II. Aún se mantenía en vigencia el acuerdo de Espira, [\(33\)](#) que instaba a que Transilvania pasara a manos de Maximiliano II, el hábil de los Habsburgo, que señalaba con el dedo al húngaro Gáspár Békés como elemento ideal para ocupar el trono vacante. Y así, Viena quedaría contenta, mas no así el resto de la humanidad.

Uno de los contrariados a estos manejos era el sultán otomano Selim II, poco dispuesto a regalarle poderío a Maximiliano II, con quien había pactado, en febrero de 1568, un honorable tratado por el que el emperador estaba obligado a pagarle una tributo anual de treinta mil ducados, además de concederle con algarabía los territorios de Moldavia y Valaquia.

Las expediciones otomanas habían ido de bien en mejor, transformando a Selim II en un sultán poderoso. Sin embargo, a fines de 1571 sucedió el fracaso naval en Lepanto frente a la Santa Liga, la coalición militar formada por el rey de España Felipe II, los

Estados Pontificios, la República de Venecia, la Orden de Malta, la República de Génova y el Ducado de Saboya.

Selim no estaba dispuesto a regalarle ni un grano de arena al cuñado de Felipe II, saqueador de sus posesiones en Chipre, y declaró la *ahidnâme*, (34) por medio de la cual apoyaba y señalaba quién sería el nuevo príncipe transilvano. Del elegido por Maximiliano, en cambio, nada para decir, contar o destacar.

Los nobles de Transilvania se destemplanaron y ordenaron una reunión inmediata. Debían tomar cartas en el asunto, pues de ellos se trataba la cuestión. Instaron a que nadie los dejara fuera de la selección. Se dirigieron en tropel a Gyulafehérvár (35) y dieron comienzo a una asamblea. Los gritos sonorizaron la estancia: que este, que aquel, pero que sí, que no... Finalmente, eligieron al más poderoso del territorio: István Báthory, el nuevo príncipe de Transilvania.

El hermano de Anna y tío de Erzsébet juró en secreto lealtad a Maximiliano II, le susurró entregas a la religión católica, dogma de los Habsburgo. Prefería no enfrentarse con nadie y rondar estratégicamente entre los Habsburgo y los otomanos, como el mejor danzarín. A los turcos solo los ocupaba el interés que defendían en la zona del Reino de Hungría y Transilvania, guay de que cayeran en manos de los Habsburgo, jamás de los jamases. Sabían que aquel Békés, hombre de Maximiliano, era una acechanza permanente de los bienes turcos.

El emperador del Sacro Imperio Romano Germánico hubiese ocupado con suma alegría el principado de Transilvania. Tenía los medios, podía encontrar aliados prestos a la quita de turcos y magiares de suelo europeo del centro, pero prefirió mantener la calma previa a las tempestades. Por lo pronto, había un motivo de sobra: tres años atrás había firmado la Paz de Adrianópolis con los representantes del sultán otomano. El acuerdo prometía el cese de hostilidades entre ambos imperios y el pago de un importante tributo a Selim II. También tenía otro as bajo la manga: había firmado con el voivoda transilvano muerto, quien le había otorgado todas sus aspiraciones reales sobre los territorios húngaros. Pero prefirió no buscarse nuevas grescas, o soliviantarse contra los turcos

en una guerra abierta, otra vez, podía traerle problemas. Era mejor exponer sonrisas diplomáticas y abrazar a Báthory.

István se permitió el abrazo con todos, aunque no en vano era miembro del clan de los tres colmillos. Siempre en estado de alerta, debía mantener la idea de que todo iría de maravillas bajo sus funciones, que convertiría al principado en un oasis de paz y tolerancia en el que todos caminarían de la mano. No hubo monarca más hábil que István Báthory.

Mientras tanto, los integrantes de la familia se frotaban las manos con satisfacción. Todo quedaría entre ellos, el señorío y los caudales se dividirían dentro de los suyos y a nadie se le ocurría imaginar que podía ser de otro modo. Los hermanos afianzaron aún más su lazo. Kristóf afiló sus armas y ocupó el cargo militar más alto en Transilvania, el de capitán de Várad. Trazaba planes para acumular riquezas de variadas layas.

Los primos, y los primos de los primos, recibieron lo suyo, pues nadie debía temer, había mucho poder para repartir.

Anna sonrió en la soledad de su recámara. No tenía motivos para atemorizarse. Con su hija pronta a desposarse y un hermano en el trono más destacado del reino, concretaba el camino del ideal de toda mujer de la nobleza. Lejos quedaba la desesperación por encontrarse en la situación de tener otro marido muerto. Era el tercero y desconfiaba de estar en condiciones de encontrar uno nuevo. La boda de su hija era el salvoconducto perfecto para continuar en esta vida. Y el hermano príncipe le ofrecía un tiempo de regalo. Con esas credenciales apuraba futuras alianzas para el resto de su descendencia. La sangre de su sangre se convertía en el mejor estandarte.

El amparo había llegado, era momento de celebrar. Los Báthory del reino todo chocaron sus copas desbordantes de vino, llenaron sus panzas con carnes de jabalí e intercambiaron alhajas de piedras preciosas y sedas turcas por aquí y por allá. Estaban deseosos por festejar, la celebración formaba parte de sus humores. Hambre, desmesura, sed de apareamiento y camastros mullidos de infantas que entraban y salían de los castillos del clan para satisfacer los cuerpos jadeantes del señorío.

* * *

Erzsébet estaba encerrada en su recámara. No podía dejar de pensar en su casa, añoraba sus costumbres, extrañaba a su madre y nada ni nadie lograban atemperar sus emociones. Estaba triste, seguía apesadumbrada a pesar del tiempo transcurrido allí dentro.

El día de su arribo había descendido de la calesa de cuatro caballos de su padre con la barbilla en alto. Había cumplido las instrucciones de su venerada madre, que la había instado a no demostrar ni una hendidura de vulnerabilidad. Que no tenía por qué, tampoco sucumbir al mal del hombre, ese que se somete a la instancia huidiza de las emociones, que por algo a ella la habían preparado para su dominio.

La había recibido en las instalaciones de Sárvár la viuda de Nádasdy, su futura suegra, Orsolya Kanizsay. La señora le había dado la bienvenida con una sonrisa de oreja a oreja, pero, de a poco, la mueca del primer día se había ido desvaneciendo. Aquella buena disposición y el gesto maternal con los que Orsolya había abrazado a su joven nuera devinieron en un revés con el que no había contado. Antes del arribo, la señora había idealizado el encuentro entre ambas. Le enseñaría todos los secretos de Sárvár, la acompañaría en el desvelo de su amado hijo, intentaría reponer en los herederos de las dos familias la felicidad que ella había vivido con Nádasdy. Porque ese amor, esa entrega entre ambos, todos los cuidados y socorros que habían ofrecido Tamás y ella a los más necesitados, la correspondencia diaria de los enamorados perpetuos, colmada de ternura entre ambos, estaba decidida a replicarlos en su grácil nuera. Su querido Ferencz se merecía todo, un amor de amores.

Pero no pudo ser. Orsolya era dedicada, austera, despojada. Entregada a los cuidados y beneficios de su familia, de los miembros de su corte y de los trabajadores del castillo. Ella siempre estaba última en la lista. Prefería dar que recibir, era pura asistencia al otro.

—Arriba, Erzsébet, que ya despunta el día y tu deber es aprovecharlo.

Orsolya destrababa las puertas de la recámara de par en par, pisando fuerte. El pesado cortinaje cubría las ventanas y postigos que, al abrirse, dejaba avanzar el incipiente amanecer. Erzsébet repetía el ritual todas las mañanas: de un latigazo tomaba las cobijas y se cubría hasta la cabeza. Le gustaba remolonear en la cama, detestaba la violencia ejercida por aquella intrusa.

—Prefiero quedarme aquí, no me siento bien —mentía la niña mientras recordaba el sinfín de permisos y libertades que le daba su querida madre.

Pero Orsolya no se iba a dejar amedrentar por la joven Báthory. ¿Era indomable? Pues ella era más terca que una mula. Y a levantarse se ha dicho, la nueva huésped debía ser obediente a las leyes de Sárvár.

—Aséate, jovencita.

Erzsébet cumplía a regañadientes la orden de la señora. Orsolya la perseguía a sol y sombra. La sacaría buena, porque bonita era, tal vez demasiado. Pero lo primordial era la belleza de las entrañas, la del corazón y del espíritu. Esas, aún no las tenía a la vista; en cambio, la de las facciones, los afeites y el equilibrio físico irradiaban a cada paso que daba. La niña era bella como una perla regia.

—A recitar tus plegarias.

Erzsébet cerraba los ojos y masculaba palabras inconexas. Detrás de esa máscara benigna, arrojaba maldiciones en silencio. Se aburría, estaba cansada, quería correr, atravesar los jardines, abrir la puerta para salir a jugar.

—A trabajar en la cocina, así aprenderás cómo se lleva adelante una familia.

Orsolya le buscaba actividades, rondaba alrededor de su futura nuera como un cancerbero. Toda la ilusión que había logrado aquel día del compromiso había desaparecido. Algo encontraba en su nuera, no sabía bien qué era, pero le hacía desconfiar.

Erzsébet se sentía vigilada, era como si la hubieran apresado y encerrado en una celda en miniatura y hubieran arrojado la llave a la alimaña. Aunque el castillo y los jardines eran grandilocuentes, ella se sentía oprimida. No podía respirar, como si hubiera sido conminada a situaciones banales, muy poco agradables para una

persona como ella. Las delicias de la vida no estaban allí dentro con aquella señora, estaban lejos, afuera, a campo traviesa, no bajo ese aire demasiado pesado que la aplastaba.

—Me gustaría salir a pasear por los jardines, señora —pidió Erzsébet con una mirada capaz de cautivar hasta las piedras. Llevaba la cara despejada por el peinado tirante de trenzas, la cofia de lino blanco y los pómulos húmedos de juventud.

—Preferiría tenerte a resguardo, niña. No querría que te picara algún insecto o mordiera algún animal salvaje y acabara con tu vida.

—No tema, señora. Que me acompañen y asistan unas criadas y, si le parece adecuado, algún mozo de cuadra.

Erzsébet pensó que nadie llegaría a defenderla como ella misma podía hacerlo. No había veneno o bestia que pudiera con ella. Una sangre poderosa como la que corría por sus venas se defendía de cualquier engendro. Una sangre de su sangre, fuerte como el infinito, sobrevivía a todo embate. Así le había enseñado su madre, no había motivo para aprender otras lecciones. Así era, es y sería por los siglos de los siglos.

Custodiada por un séquito de vigías elegidos por Orsolya, Erzsébet salió a los jardines. Al segundo que puso el pie afuera, corrió como caballo desbocado. Ah, el aire fuera de los muros opresivos de Sárvár, la tierra que la acariciaba desgarrando el cerrojo del castillo aún desconocido... Su cuerpo, que crecía a la sombra de un frenesí pueril y solitario, revivió. Las carcajadas de Erzsébet retumbaron entre el vergel, como si ostentara un poder oculto, y se camufló entre el reino animal. Como una reina de todos los imperios, se deslizó por los senderos con paso hambriento de prole conocida. Atenta al encuentro de enemigos invisibles, la jovencita avanzó en estado de alerta, liviana, como impulsada por las alas de un ángel de la noche. Erzsébet sonreía y contemplaba el mundo, convertida en el temblor ardiente de esa alegría.

Orsolya observaba todo desde una de las ventanas de los altos. ¿Sería la joven Báthory una esposa pertinente para su prodigioso Ferencz? ¿El acuerdo consignado por Tamás y ella con el clan de Ecsed sería un error? Erzsébet era preciosa, aquello era inobjetable, sin embargo, tamaña perfección de atributos horadaba sus entrañas.

La esposa perfecta para su hijo debía acompañarlo sin soliviantarse, sostenerlo sin que le resultara pesado, asentir, consentir y no enfrentar. Y, sobre todo, debía saber escucharlo en sus silencios, verlo entre las sombras y ofrecerle luz en el camino. Esta niña era un desenfreno de fuerza, un salto continuo que estremecía la tierra. Sin duda Orsolya intuía un impulso secreto probable de perturbar.

Erzsébet giró la cabeza, intempestiva. Se había alejado bastante, pero igual descubrió la figura de su incipiente suegra recortada en la ventana. Agitó una mano dispensando un saludo, volvió a lo suyo y torció los labios en una sonrisa cruel. Continuó su camino, se escondió entre la maleza y persiguió el rastro perdido de otros pasos.

[33](#) Tratado firmado en agosto de 1570, en la ciudad alemana de Espira, que había sellado la paz entre el emperador Maximiliano II de Habsburgo y Juan II de Hungría.

[34](#) Capitulación, acuerdo o promesa del Imperio otomano.

[35](#) Ciudad rumana, capital del distrito de Alba, en Transilvania.

CAPÍTULO V

Ferencz arribó a Sárvár tras una corta temporada de prácticas bélicas y ensayos de asedios cerca de allí. El motivo era evidente, conocería, al fin, a su prometida. No había estado en el castillo en el momento del arribo y habían pasado varios meses desde el desembarco de la nueva integrante de la familia; ya era hora de conocerla. La curiosidad le corroía, necesitaba saber quién era aquella Erzsébet. Su madre le había revelado poco y nada acerca de la nueva huésped, aunque tampoco gustaba de leer la interminable correspondencia que le llegaba de casa, le parecía una pérdida de tiempo. El joven Nádasdy estaba para otras cosas, las cuales cultivaban el cuerpo y el temple, que si de acero, tantísimo mejor, para entregarse de lleno a la defensa de su tierra. Sus pensamientos estaban dominados por el odio al Imperio otomano. Soñaba con el día que blandiera su sable a la busca de cabezas turcas; las mujeres bien podían esperar.

Su madre lo recibió con júbilo. Con la viudez, su hijo se había convertido en el depositario de todo su amor, que era mucho.

—Ferencz querido, vamos al salón, que allí te aguarda la niña Báthory. Al fin se conocerán.

Orsolya lo tomó del brazo y lo encaminó hacia el sitio señalado. El tranco firme del joven de diecisiete años retumbó en el palacio y anunció su presencia gallarda. Había llegado con dos amigos de la fortaleza de Gunn, donde estaba afincado, quienes no dudaron en acompañarlo. La señora asintió con la cabeza y los criados abrieron la puerta de la sala.

Erzsébet aguardaba en la otra punta del aposento. Sentada en la silla con brazos, de respaldo alto y cojín forrado en brocado, elevó de a poco la cabeza, que la había mantenido gacha, espiando la punta de su calzado. La mirada rasgada se depositó en el recién llegado, el resto de los presentes fueron invisibles a sus ojos.

—Hijo, aquí la tienes.

Se le acercó de a poco, en línea recta, estudiándola, buscando la pista que le develara el misterio que la envolvía. Respiró con cuidado y se detuvo frente a Erzsébet. Se dedicó a observarla. No había visto jamás gema tan preciosa. Sintió toda su animalidad despierta, pero optó por dominarla.

—Buenas tardes, Erzsébet.

Ella desvió la mirada hacia el resto de los asistentes, ¿qué hacían allí?, la perturbaban, parecían moscardones rondando la miel. Y no respondió. Ferencz se giró al instante y echó a su madre y a sus amigos del salón. Orsolya titubeó, no quería dejar a su hijo solo en la habitación, pero no tuvo alternativa, le adivinó el ansia agresiva, la misma que vislumbró en ella. Hizo palmas y se esfumaron. El compromiso estaba sellado.

—Ferencz... —susurró Erzsébet, y las mejillas le subieron de tono.

La prestancia de Nádasdy le quitó el don de la palabra, le secuestró el lenguaje, dominado a la perfección desde los tiempos de Ecsed y completado en Sárvár, gracias a que la señora de la casa le había facilitado la biblioteca de su esposo muerto. Erzsébet era sobresaliente, hablaba y escribía húngaro, alemán, latín y griego, y se daba coraje con el italiano también. Sin embargo, en ese momento su mente se puso en blanco. Quedó pasmada ante su estatura y esplendor. “Con toda seguridad, las mujeres de los alrededores deben estar enamoradas de él”, masculló la ninfa entre dientes. Se vio inmersa en una ronda de confusión y asombro. Y por qué no, de apetito. Perdió la consideración por las decencias, se vio en problemas, tuvo miedo de caer en la trampa indeseable de sentirse fuera de control. Buscó adivinar la llamarada escondida debajo de las ropas viriles, pero se rescató para no ser devorada por su ansia.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó el joven.

—Estoy cerca de cumplir los trece —respondió Erzsébet y supo en el acto que lo había prendado de las carnes de su inocencia. Y escondió el triunfo del cuerpo. ¿Sería así de bonita como su madre? ¿Estaría en condiciones, como ella, de cautivar al mundo todo? Y entró el crepúsculo por la ventana y la luz de unos relámpagos iluminó sus caras.

A Ferencz le importaba poco y nada lo que le decía la jovencita. Solo estaba ahí para mirarla, para admirar su castidad esquiva. Debió contener la urgencia de su lascivia, no quería deshonar el estímulo con nombre de Báthory, pero estaba obligado a esperar. Los Nádasdy eran piadosos y no sería él quien desprestigiara a la familia.

Faltaba aún para el enlace. El ardor inicial de ambos debía entrar en un compás de espera. Aquello que Erzsébet sintiera apenas verlo, ¿se podía llamar amor? ¿Seguiría los preceptos de su venerada madre, que la había urgido al control absoluto de sus emociones o sucumbiría ante la caída? El cuerpo le hablaba a los gritos, la piel se le erizaba ante lo desconocido, perdía la memoria de las convenciones.

Se incorporó y permaneció de pie cerca, demasiado cerca, de Ferencz.

—Encantada de haberte conocido, esposo mío.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta cerrada, con la gracia que le daba la libertad de sus movimientos. Ferencz amagó a responderle que todavía no lo era. Pero Erzsébet ya había desaparecido de su vista.

* * *

Me aburro, madre.

Permíteme una temporada, en casa, junto a ti. No soporto un día más con esta mujer. Nada me permite, veo que me persigue, me acecha como si fuera un criminal a poco de cometer un delito, miente fortaleza pero es débil, por eso no claudica y husmea mis pasos. Incluso intenta hacerlo con mis pensamientos, pero jamás se lo permitiré. Tanta debilidad la corroe que nos ha mudado de

castillo. Sus ojos me dicen que soy una sacrílega, ¿cómo se atreve a juzgarme en silencio?, si no he hecho nada para enfrentarla... Aún, madre, aún. Por eso, te lo ruego...

Préstame un tiempo contigo. Solo en Ecsed podré reponerme.

Tu hija eterna

Por las noches, cuando los habitantes de Léká dormían, cuando el silencio y la oscuridad aquietaban el castillo, cuando todos reposaban tras el trajín del día, Erzsébet le escribía a su madre. Sentada sobre el filo de la ventana, no necesitaba encender una vela, adivinaba los trazos de la pluma sobre el papel y se dejaba llevar.

Ya no estaban alojadas en Sárvár, el paso del tiempo había deteriorado la salud de Orsolya y los médicos le habían sugerido un cambio de aire. El castillo del sudoeste de Hungría era pura planicie y el clima la hundía en la ignominia, pues qué mejor que la pureza de Lockenhaus, en Austria, donde podría respirar sin dificultad. El castillo estaba emplazado en una elevación, como un intruso del cielo.

Había apilado una sobre la otra, escondiéndolas como el botín de su propia guerra, eran decenas de misivas donde le confiaba sus más íntimos pensamientos, sus iracundias, sus tristezas. Pero llegó la mañana en la que se decidió a hacer el envío de la última, la más fresca, la imperiosa.

Como una culebra se deslizó por los corredores hasta llegar a los fondos del palacio. Algunos mozos preparaban sus montas para empezar la jornada de trabajo.

—Lleva esta esquila a Ecsed. —Erzsébet le entregó el papel bien doblado al joven que le resultó más confiable. Hurgó entre los pliegues de su ropa hasta que encontró lo que buscaba—. Ten en paga esta perla, para que cumplas mi pedido con diligencia.

El mozo intentó quitar su mano, pero Erzsébet se la apretó con la recompensa adentro. Lo apremió con los ojos negros y huyó de ahí.

A los días, llegó la respuesta de Anna Báthory. Escueta pero firme, derrumbaba cualquier ilusión de reencuentro: debía

permanecer, estoica, en Lockenhaus. Ya sabía cómo soportar, su madre tenía otras diligencias que cumplir.

Una decepción de proporciones ahogó la emoción de Erzsébet. Aunque había dudado de la efectividad del reencuentro, leerlo de puño y letra de su madre había dolido demasiado. La desilusión duró unos días hasta que se transformó en ira y, en breve, en resentimiento. ¿Por qué no la socorría su madre? ¿Acaso le mentía y la prefería lejos? Erzsébet odiaba las mentiras y a quienes las ejecutaban. Eran un signo de debilidad, y ella era fuerte.

Con su mejor cara hierática, obedeció las órdenes de Orsolya: asear las cobijas, suplirse de especias para las infusiones y las recetas culinarias, airear la tierra para los cultivos y una ristra infinita de obligaciones que en otro momento hubieran afianzado su pereza. Pero no, esta vez lo tomó como su peor venganza.

—Sí, señora.

—A sus órdenes.

—Me parece que debería barrer la recámara o regar los plantines.

—Y revolver la olla.

De esa manera alivianó la persecución, cuerpo a cuerpo, de la dama de la casa. Le hizo creer que la había domesticado. Erzsébet guardaba sus verdaderas intenciones, la resonancia de un plan perfecto, que no era otro que la acumulación y el despliegue de una junta de virtudes, un sistema de obediencias impostadas que la llevaron a afianzarse, en el más extremo mutismo, en su propia ley que vomitaba sentencia como filo de cuchillo.

Y ya no tuvo que rogar por los permisos tan añorados, Orsolya concedía en retribución por los favores realizados. La criatura, con sangre y rigor, había aprendido. Así se conformaba la viuda de Nádasdy.

Entonces, qué mejor que deslizarse por los bosques sibilantes cuando acabara sus labores domésticas. Allí podría, al fin, ser libre.

* * *

Había cumplido los trece sin siquiera recibir un abrazo. Nadie la había felicitado ni le habían entregado un regalo, tampoco había recibido un agasajo. Con lo que le gustaba festejar. Un cumpleaños era la excusa perfecta para adornarse, ensayar un peinado que le sentara de maravillas, probarse y desechar tocados, camisas y colores. Aunque siempre eligiera los mismos. El carmín y el blanco eran sus favoritos, los que mejor le sentaban a su piel.

Se calzó sus mejores galas y salió a los jardines. Se quitó los malos pensamientos de la cabeza y, abrigada por unas pieles, se perdió en el bosque. El suyo, aquel de los tiempos de Ecsed, era el supremo; este era su nuevo páramo, con atajos por descubrir, escarpado y repleto de colores, era lo que había y lo iba a aprovechar. Con sus pisadas de viento, Erzsébet se adentró en la desmesura de la naturaleza.

Iba sola pero acompañada por sus ilusiones: allí podía correr, bailar, revolcarse en la tierra húmeda y dormir, si se le antojara, para despertar y contemplar el cielo. Nadie la miraba, se desprendía de los juicios de los otros.

Y se abrió paso a través de unos senderos imaginarios, inaugurados por sus ganas de descubrir mundos nuevos. Escuchaba con atención los sonidos del silencio, que la impulsaban a saltar y a girar en una danza loca. Y recordó que los adultos habían consignado la fecha de su boda: faltaba poco más de un año y medio, se celebraría el 8 de mayo de 1575. Cuánto tiempo por delante con la ausencia constante del novio y la presencia insoportable de la suegra.

Erzsébet tenía la ilusión de que su vida cambiaría radicalmente al desposarse. Sus instintos le otorgaban una fuerza irreductible para seguir adelante, para confiar en su destino. Ella se lo forjaría, ella moldearía su vida.

Fijó la vista en el camino y se encontró con un desvío que no le resultó familiar. Iba tan ensimismada en sus pensamientos que se había dejado llevar por el sinsentido de los pasos. Decidió continuar, lo peor que podría pasarle no la atemorizaba.

El paisaje era nuevo, los matorrales eran otros, los árboles también. Había cruzado la frontera invisible de los confines del

castillo, aquella propiedad era más agreste, como si nunca hubiera sido penetrada por una presencia humana. Tanto que parecía una guarida animal.

Un crujido ligero violó su estado de ensoñación. ¿De dónde venía aquel ruido? ¿Corría peligro y debía esconderse? ¿Se cumpliría la premonición de Orsolya y se convertiría en la delicia de una alimaña? Avanzó quitándose los estorbos de encima y, detrás de unos arbustos, vio una cuadra y a pocos pasos una cabaña. Se acercó con pisadas leves, buscando parecer invisible, pero no pudo ser. Desde adentro se asomó una cabeza que la descubrió con fastidio.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el mozo, omitiendo la reverencia mientras se acercaba y se fregaba las manos contra el pantalón de lana.

—¿Te interrumpo? —Erzsébet creyó reconocerlo de algún sitio.

—Cepillo mi caballo para mañana. Debo presentarme en el castillo con el animal en condiciones.

La joven aguzó la mirada intentando recordar. ¿Quién era el campesino de actitud prepotente? Estaba segura de haberlo visto en alguna otra oportunidad. Él mantuvo la mirada en alto y descansó el peso del cuerpo sobre una de sus piernas. Tomó aire y exhaló impaciente. Erzsébet perdió el habla, el olor a hombre la embriagó, no supo cómo seguir adelante. Solo descubrió un ansia de conquista renovada, similar a la que había crecido al conocer a Ferencz.

—¿Me necesita para otra encomienda?

Como por arte de magia entendió que el propietario del orgullo era el correo que había usado semanas atrás. Reparó que lo había visto varias veces rondando el castillo.

—No esta vez, pero aprovecho para agradecerte. —Erzsébet le regaló una sonrisa—. Disculpa que no pueda dirigirme a ti por tu nombre.

—Me llamo László Bende. —El mozo estaba encandilado por la belleza de la niña del castillo.

—Salí del castillo a tomar el aire y me perdí. Desconocía todo esto...

Erzsébet tuvo la necesidad imperiosa de aproximársele, de respirarle cerca para escuchar sus secretos, como si su presencia le

hubiera otorgado el vigor de seducir.

—No es bueno que una señora ande sola por el bosque —ensayó el mozo, que prefería hablar lo imprescindible y dedicarse a la contemplación. No había visto antes una criatura así de bella. Y tuvo conciencia de su cuerpo. Lo mismo le sucedió a Erzsébet. A pesar de la temperatura destemplada de fines de noviembre, sintieron una agradable calidez y tuvieron la certeza de que sus músculos se tensaban. Unas ganas violentas de tocarse los ahogó. Ella dio un paso, él extendió los brazos y la tomó de la falda. Fueron dos animalillos enfurecidos tirando mordiscones, se lamieron, gruñeron de placer, las manos quitaron las ropas de en medio y se hundieron en un frenesí salvaje, digno de una iniciación.

Pero el sol comenzó a esconderse, Erzsébet advirtió que se le hacía tarde, que debía regresar al palacio. No le hizo falta explicar nada. Se acomodó las ropas y salió de allí, sabiendo que volvería una y otra vez para volver a experimentar esa ceremonia.

CAPÍTULO VI

Asco.

¿Estaré enferma?

La náusea.

No entiendo.

Erzsébet estaba inquieta. Como todas las mañanas de los últimos tres meses, no podía incorporarse de la cama. Se sentía pesada, apenas podía moverse y le daban ganas de lanzar, incluso lo que no había engullido. Algo le pasaba y no estaba bien. Un malestar desconocido la carcomía por dentro.

Tampoco había encontrado ni rastros del sangrado mensual que hacía un tiempo había inaugurado y que se anunciaba con dolores que persistían durante demasiados días. Algo le había llegado a los oídos acerca de esta costumbre femenina, y no había salido de boca de su madre. Orsolya la había iniciado en aquellos menesteres: sangrarás una vez por mes porque tienes un exceso de sangre y esta debe ser purificada, le clarificó. Su futura suegra, señora que había aprovechado la colección de libros del marido muerto y el ir y venir de eruditos por los salones de Sárvár, era un compendio de saberes.

La sangre menstrual era un fluido sucio, impuro y, sin embargo, era el santo y seña obligado para la procreación, la acción fundante perpetrada por obra y gracia de las mujeres. Si faltaba era una señal: su ausencia gritaba inconvenientes por venir. El cuerpo en cuestión podía anunciar infertilidad y entonces se inauguraba el uso

de afrodisíacos y especias de extremo picor para calentar el útero y así estimular el sangrado; pero, en su defecto, era un embarazo.

La joven entendió lo que sucedía. Estaba encinta. Y no de Ferencz Nádasdy, con el que todos esperaban que sucediera tras la boda, sino del campesino de extramuros.

—Niña Erzsébet, la señora la aguarda en el patio de armas. Hoy toca la recolección de setas. —La nodriza entró a la alcoba y fue directo a la cama donde aún yacía la joven, más pálida que de costumbre.

Erzsébet se incorporó, pero cuando deslizó las piernas hacia el piso, la recámara se le dio vuelta y un espasmo desde el fondo de sus entrañas se convirtió en una arcada y vomitó. La criada se llevó las manos a la cabeza y pegó un alarido en busca de ayuda; la vomitada hizo equilibrio, tomada del baldaquino, y cerró los ojos para que las vueltas se detuvieran de una buena vez.

La alcoba se convirtió en una batalla campal: criadas que pasaban el trapo, abrían ventanas, ventilaban un poco, tomaban aire para no sucumbir a una posible arcada y desarmaban la cama para volverla a armar, mientras Erzsébet descansaba sentada en una banqueta, con la camisa de dormir empapada de transpiración. Las fosas nasales de la joven, espoleadas, se abrían y cerraban a la busca de olores renovados.

—¿Qué sucede aquí? —cuestionó Orsolya al entrar en la recámara.

—He comido algo que me ha sentado fatal. No es más que eso.

Erzsébet imploró a los cielos que la mentira no fuera hartó evidente. Marchó con paso lento y volvió a tenderse sobre la cama. Se le partía la cabeza.

—¿No tendrás problemas con la bilis amarilla? Habrá que desangrarte. ¡Traigan los enseres!

Orsolya la miró con desconfianza y observó los restos de vómito de la joven. La señora, como el resto de los europeos ilustrados, seguían la teoría de los cuatro humores, el sistema médico que se basaba en la interacción de los fluidos principales del cuerpo: flema, sangre, bilis negra y bilis amarilla. El exceso o la deficiencia de cualquiera de estos era un signo de enfermedad. Y la salud era

aquel estado en que las sustancias constituyentes se encontraban en la proporción correcta entre sí.

—No hará falta, señora, se lo prometo. Con descanso y una dieta adecuada, sanaré.

Erzsébet giro lentamente sobre su cuerpo maltrecho y cerró los ojos. Se quitó de encima el contacto visual con los presentes, también buscó trasladar la atención de su suegra hacia otro sitio. Devino en cuerpo pétreo, aunque estaba más vivo que nunca.

El séquito de sirvientas se retiró y antes de que la señora cruzara el umbral, Erzsébet la reclamó con la voz quebrada. En un murmullo, le solicitó un permiso para cuando se viera recompuesta: si le parecía pertinente, viajaría hasta Ecsed para despedirse de su madre antes de la boda, ya que la echaba de menos, y dado que emprendería una nueva vida, no la vería más y debía cerrar las puertas del pasado.

Orsolya se detuvo y la contempló. Vio un cuerpecito arrebujaado, ligero como un cristal que con un soplo se podía quebrar, como si exigiera clemencia sin decir una palabra. Y le creyó.

—Me parece bien, Erzsébet. Cuando te encuentres en condiciones, partirás. Organizaré la escolta y las damas de compañía.

Y salió de allí. La jovencita perdió la mirada en el techo. Debía armar un plan. Entendió que se acababa lo que se había dado hasta entonces. Tuvo ganas de gritar, pero supo que sería un error. No debía dirigirle la palabra a nadie, esa sería su rebelión. Su madre sabría qué hacer con ella.

Pasaron las horas y se hizo la noche. Se tendió boca abajo y se cubrió la cabeza con la almohada. Y aulló en la oscuridad, descargó la ira en la tiniebla de su alcoba. Mamita la socorrería, la venganza traía consigo una espada filosa. La vida, su vida, no era para los débiles, ella era valiente y se disponía a vivirla como una flecha disparada directo al corazón.

* * *

La calesa de cuatro caballos de su padre volvió a cobijarla para el regreso a casa. No quiso anunciarle a su madre su pronta presencia, prefirió enfrentarla sin aviso. Temía lo peor.

Pudo negociar con Orsolya la escolta de una sola nodriza bajo la promesa de un pronto regreso a Lockenhaus. Incluso tuvo la suerte de elegirla, y sentó a su lado a una que no era del grupo de adulonas de la viuda.

El viaje se le hizo demasiado largo. Y la razón era más que obvia, su estado de gravidez. Fueron horas y horas de un silencio acuciante, le fue imposible reposar. La nodriza le ofreció una cobija y cojines para que estuviera más cómoda, pero no hubo caso. Pasaba el tiempo y nada la adormecía, iba a la deriva sin descanso. Sus ojos brillantes y feroces buscaban dar cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor.

Tuvieron que detenerse varias veces: Erzsébet había dejado de sentir náuseas, pero las puntadas en el abdomen y en la cintura no le daban respiro. Y por si aquello hubiera sido poco, las ganas de orinar la mantenían en vilo. *¿Este suplicio es tener una criatura aquí dentro?, yo te maldigo, mozo sin nombre, a quien prefiero no recordar por el castigo que me has donado...* La mente de Erzsébet era un aguijón. Sin embargo, recordó los rugidos de placer de aquellos instantes de bestialidad atávica.

—Niña, ¿le gustaría comer algo?

La acompañante abrió una de las canastas y le ofreció una hogaza de pan y un poco de queso. Erzsébet aceptó a pesar de todo, tenía hambre. Tragó como si no hubiera un mañana, bajo la atenta mirada de la dama de compañía. Algo se le hizo evidente a la nodriza, la joven Báthory se mostraba extraña, pasaba de ser un ente adormecido a una tromba hambrienta. Y tuvo un escalofrío, le pareció estar frente a un osezno domado a medias.

—¿Qué miras? —preguntó Erzsébet con desprecio. Estaba agobiada, el viaje la tenía harta y la cercanía de aquella fisgona, mucho más. Le dio la espalda y así continuó hasta llegar a destino.

Al despuntar el sol arribaron a Nyírbátor. Erzsébet entró al castillo en estado de alerta, miró a su derredor y volvieron los temores. Descendió de la calesa y, sin mirar atrás, como una muerta en vida,

atravesó los corredores en busca de su madre. Una secuencia de rostros ásperos, apagados, huidizos, la vieron deslizarse en una persecución frenética, y ella no se detuvo, siquiera, a darlos por vistos.

—¡Mamita! —gritaba Erzsébet y no encontraba respuesta.

—¡Mamá!

Fue perdiendo autoridad.

—¡Madre!

Y tuvo la impresión de que, tal vez, había tomado la decisión equivocada. Pero no, desde atrás avanzó el atisbo de unos pasos, el siseo fatigado de una falda contra el piso.

—¿Qué haces en casa, Erzsébet?

Se dio media vuelta y corrió hacia donde estaba su madre. Le tiró los brazos para abrazarla. Anna la detuvo en seco.

—¿Te has fugado, díscola? Lo último que necesito es un problema engendrado por ti.

Erzsébet quiso empezar a explicar lo que la había traído hasta allí, pero advirtió que parte de la servidumbre había empezado a acercarse. Anna la tomó del brazo y la sacó de la farsa. Entraron al primer aposento que apareció en el camino y la enfrentó. La muchachita quiso sentarse, pero su madre la levantó en el aire, “que aquí no sois bien recibida”. Y Erzsébet le confesó la verdad.

Anna cayó como peso muerto, agobiada por las palabras que habían salido de boca de su hija. Le pareció inconcebible que Erzsébet se hubiera confundido tanto, pero ese error no tiraría por la borda el pacto con los Nádasdy. El matrimonio estaba arreglado, la tontera de su hija no lo abortaría. Antes muerta.

—Yo me encargo, Erzsébet. A encerrarte en la que fuera tu alcoba para pasar desapercibida. Ya se me ocurrirá algo. Pero antes muéstrame el cuerpo.

La joven se incorporó y se quitó la falda y la chaqueta, mantuvo la blusa puesta, pero su madre se la arrancó. Confirmó, muy a su pesar, la incipiente tripa, y continuó hacia arriba. Con fuerza le palpó los pechos. Su hija no mentía, estaba encinta.

* * *

István Báthory reclamó a su séquito que lo dejaran solo en el despacho. Lo observaron con desconfianza, pero no hubo alternativa. El voivoda de Transilvania ordenaba, los vasallos acataban. Había recibido correspondencia clasificada desde Nyírbátor. Algo olía mal en la tierra de la familia.

Desplegó la misiva y se perdió en la interminable sucesión de palabras. Volvió a leer y advirtió el pedido de Anna. Tomó aire y oró en busca de una pizca de templanza para evitar el despliegue de furia que peleaba por dominarlo. Qué desgracia esa sobrina, pero era irrefutable el reclamo, claro que ayudaría a su hermana. Lo instaba a que le asegurara el camino a salvo de sinsabores para ocultar a Erzsébet en uno de los castillos familiares. Quería esconderla hasta que diera a luz, dejando correr el rumor de que la chiquilla era víctima de una enfermedad contagiosa. Ya vería, luego, qué haría con la criatura no deseada por nadie. Ese no era el problema, lo que debían prever era que los caminos transilvanos no ofrecieran peligro para el desplazamiento de las Báthory.

Qué calamidad esa criatura por venir, fruto del desenfreno y la ilegitimidad, prácticas que eran bien conocidas dentro de la familia. István se atusó el bigote y largó el aire que había contenido durante demasiado tiempo. Gruñó en soledad, aunque bien lo hubiera hecho rodeado de lacayos. No estaba para esas impertinencias, a pesar de que hubieran sido orquestadas por su hermana querida.

La realidad lo tenía a muy mal traer. La corona de voivoda lucía muy bien calzada sobre su testa, pero los enemigos, cual moscas sobre bofe, zumbaban a su alrededor. La corte de adulones alfombraba los corredores por donde circulaba y él les regalaba cabeceos de aprobación. Pero, entre ceja y ceja, dejaba entrever que con él no se jugaba. Le había ganado el cetro, en buena ley, a Gáspár Békés, un lánguido litigante y cómplice en las sombras de Maximiliano II.

Sin embargo, Báthory no podía ni debía dedicarse al reposo. La sangre le bullía, estaba en estado de alerta constante y tenía por qué. Estaba enterado, gracias a una junta de zalameros bien

dispuestos para la delación, de las reuniones secretas entre el emperador y el noble húngaro, siempre lánguido, para recuperar el poder. El dueño del Sacro Imperio Romano Germánico aflojaba la mano por un lado, pero, en las sombras, litigaba en pos de no perder nada.

István insistía con el acicale de su bigote, lo ayudaba a calmar la bulla que le llegaba de afuera. Estaba al tanto de las trapisondas entre el Habsburgo y el húngaro. Se hacía el distraído, pero ejecutaba sin temblores en el pulso. No lo iban a quitar de ese trono. Ya lo había derrotado a tiro limpio en Fogaras, (36) apropiándose de su fortaleza y obligando a Békés a salir disparado de allí.

Báthory sonreía con iracundia, mientras organizaba en su mente el desplome de sus enemigos. *Ah, orates de acción corta, que yo todo conozco y aún más lo sé. Békés sin coraje, hombre sin estirpe que supones que podrás contra mi clan, que asumes que ignoro tu plan enano, que tientas a sajones y a sículos (37) para alzarlos en mi contra...*, farfullaba a cambio de no salir a sablazo limpio.

Le causaba gracia, por no decir desprecio, que el Habsburgo tuviera la torpe idea de disputarle poderío dentro de su territorio. Que Maximiliano tuviera la idea loca de apoderarse del trono polaco, que había quedado vacante, le resultó una broma sin gusto. Los únicos que poseían gracia y humor, pero del bueno, eran ellos, los húngaros, y sobre todo los transilvanos.

Segismundo II Augusto, rey de Polonia y gran duque de Lituania, había dejado el mundo en julio de 1572 con el problema enorme de no haber traído hijos al mundo y dejando el trono sin herederos. Prestos, fue otorgada la potestad al Sejm (38) para que eligiera al nuevo soberano y, en 1573, la elección real polaco-lituana optó por el rey francés Enrique III. Pero si hubo un monarca flojo de credenciales fue ese. Cuarto hijo —y por este motivo nunca contemplado como candidato al trono de Francia— de Enrique II y de la florentina Catalina de Médici, fue el favorito de su madre.

—Ojos preciosos, ven a mí —lo llamaba la reina consorte y el niño corría a abrazarla.

Estas diferencias insuflaron la furia de Carlos, el hermano mayor, que no hizo otra cosa que detestarlo. La descendencia del rey francés, en tanto, era criada por su amante, la cortesana Diane de Poitiers.

El III de los Enriques encendió su mirada preciosa en la lectura y las artes, aprobado por la *mamma* italiana. Para qué entregarse a las intrigas palaciegas, era tanto mejor montar a caballo y salir con la escopeta a cazar lo que se le pusiera enfrente. Cuando Enrique estuvo en edad de merecer, se lo solía ver deambular por los barrios más poblados de París en busca de alegrías. Le gustaba la música, los bailes de máscaras y aprovechaba las licencias para liarse en ardores sexuales con los *mignons*, sus cortesanos favoritos.

En 1570, su madre, inquieta por las predilecciones de su hijo, lo arrimó como posible candidato al abanico de cortejantes de la reina Isabel I de Inglaterra. Ella tenía treinta y siete años; él, diecinueve. Pero el joven Enrique pegó el grito en el cielo.

—*Putain publique!* (39) —la señaló sin tacto.

Enrique tuvo una activa participación en las guerras religiosas. A fines de 1573, desconociendo qué habas se cocían, se enteró de que había sido elegido rey de Polonia. El Valois, subsumido en un sinfín de órdenes y contraórdenes, se acercó a la frontera polaca con la cabeza presta a que le colocaran la corona.

Báthory, en tanto, andaba con la atención despabilada en las intrigas de poder. Quién sabe, tal vez, por qué no, ese trono podía ser suyo, más que del francesillo amante de otras cosas y, sobre todo, de las aspiraciones del emperador Habsburgo, que tenía el coraje de postularse en la disputa. Sin embargo, la familia era su interés principal y el reclamo de Anna era importante.

Protegería la espesura de la sangre, no permitiría que los rumores de la preñez abyecta se dispersaran por los caminos de Transilvania. Ordenaría a sus hombres de confianza que las escoltaran hasta el castillo de Füzer (40) para que llevaran adelante su faena.

[36](#) Ciudad rumana, en el distrito de Braşov.

[37](#) Subgrupo húngaro que, en torno al siglo VIII, ocupó las tierras del sudeste de Hungría. Mantuvieron sus privilegios hasta el siglo XVI, cuando los monarcas del principado de Transilvania empezaron a mermarlos.

[38](#) Los Consejos Reales, el primer Parlamento polaco.

[39](#) "Puta pública", en francés.

[40](#) Situado en el condado de Borsod-Abaúj-Zemplén, en Hungría.

CAPÍTULO VII

—Todo resuelto, mañana a primera hora partimos rumbo a Füzer. Acabo de recibir la nueva que esperaba. Ahora siéntate a la mesa para comer la última comida en esta casa.

Más rabiosa que iracunda, Anna tomó del brazo a su hija y la llevó hasta el comedor, donde las esperaban con la mesa tendida y sus tres hermanos sentados, bien puestos, en sus asientos.

—Y come el potaje. Todo y de una buena vez, que debes descansar en lo que queda del día —le ordenó su madre y Erzsébet, aguantando unas lágrimas de encono, le hizo caso.

Tenía hambre y sed, pues claro que comería. La jerarquía fraterna ordenaba los permisos y las obligaciones de sus integrantes. Zsófia y Klára, sus hermanas menores, congelaron la mirada en sus cucharas, que bajaban al plato y de ahí a sus bocas, las cuales solo se abrían y cerraban para tragar el alimento. De hablar, ni hablar.

En cambio István, el hermano mayor, disfrutaba la escena con una mueca socarrona y se permitía lo que le venía en gana.

—¿Te llevan lejos, hermanita? ¿Quedas sin boda? —le preguntó y se echó para atrás, bien despatarrado.

—Se callan y comen, que la que habla en esta mesa soy yo. Y que no seas tú, István, quien reciba un castigo ejemplar.

Anna increpó a su hijo y apuró a Erzsébet. Con ojos de lince, controló la última cucharada y cuando acabó, le indicó que podía irse a su alcoba a descansar unas horas. La jovencita se levantó y, con caminar lento y cadencioso, salió del comedor.

Pero no pudo pegar un ojo: la cabeza le giraba como trompo, y no porque hubiera bebido de más. Ella nunca había probado ni gota de esos brebajes que destemplaban a quienes hacían abuso de ellos. Porque había visto, en las fiestas, lo que producía en los que sorbían uno y dos y varios más. Incluso había escuchado por ahí, cuando creían que no atendía porque ponía cara distante, que algunos integrantes de la familia habían sucumbido a sus malos efectos. Su abuelo István, el padre de su madre, aunque bien muerto ya, no lograba saciar su sed a pesar de la ingesta de una copa detrás de otra y los barriles sin fondo de vinos intensos. Había escuchado que aquel Báthory había sido un amante del despilfarro y de lo ajeno, y que se había llevado consigo los caudales de Transilvania siendo palatino de la región y que había mandado a acuñar moneda falsa tras el derroche. ¿Sería a ese mismo castillo, donde el abuelito se había guarecido para que no lo decapitaran y vendido lo que no tenía a los turcos y donde había confundido el verano con el invierno para conminar a sus lacayos a que lo llevaran en trineo sobre avenidas de arena creyendo que eran pistas de nieve, adonde llegaría para ocultar su estado de total gravidez?

El crujido de la puerta la sacó de su ensimismamiento. Una sombra se deslizó hacia su cama y se tendió a su lado. Era noche cerrada, ni la luna aclaraba la oscuridad, pero la voz de su hermano alivió la incertidumbre.

—No tengas miedo, Erzsébet.

—Si no lo tengo, no sé qué es eso.

—Bravo, hermanita —le dijo y pasó un brazo debajo del cuerpo de Erzsébet mientras ella se mantenía pétrea.

—Y ni se te ocurra escapar de los brazos de tu futuro esposo.

La niña bufó un no.

—Nuestra madre solucionará el problema. —Apoyó el peso de su mano sobre el vientre de su hermana. Erzsébet tomó la mano de su hermano y, en vez de quitarla de ahí, la empujó con fuerza—. A nosotros nos gusta domar lo indomable, nos apetece captar la fuerza joven, y cuanto más terrible, mejor.

—¿Hablas de los hombres?

—Mejor te lo susurro al oído, que las paredes oyen, aunque poco me importa. Y escucha con atención lo que me ha enseñado mi amada amante francesa, así aprendes...

István tenía diecinueve años y aún no le habían encontrado prometida, pero aquello no le impedía desembarcar en cuanto lecho se le abriera. La última *liason* había sido con la esposa de un oficial húngaro que había sido enviado a la Corte de Viena para cumplir varios menesteres. István se había ofrecido de cuerpo entero a ser el depositario de los devaneos y miradas de la esposa angurriente, que en pocos minutos se convirtió en amante y maestra de los hábitos amatorios de la corte de los Valois. Erzsébet tragó, sedienta, las prácticas afrancesadas de boca de su hermano.

—Nosotros codiciamos la fuerza que nos desafía, Erzsébet.

—No has respondido, István. ¿Me hablas de ustedes los hombres?

—Hablo de los Báthory, niña. Ya te enterarás, ya verás. Es imposible escapar de ello.

La puerta se abrió de par en par y la figura de madre Anna se recortó en el umbral, imponente.

—¿Qué hacen aquí? —gritó, con la mirada sangrienta.

István se movió y de un salto se incorporó. Anna lo echó, indignada porque no habían cumplido sus órdenes.

—Y tú, Erzsébet, arriba que nos vamos.

Miró a su hija mientras esta pasaba las manos, una y otra vez, sobre los pliegues de la falda. El plan que comenzaba a ponerse en marcha ¿marcaría un hito fatal en la vida de Erzsébet? No quiso pensar más. Ya tendría tiempo suficiente para poner cada cosa en su lugar.

* * *

Volvió a sentirse libre como en otro tiempo, como cuando era pequeña y no debía darle explicaciones a nadie que no las mereciera. En Füzer tenía el rastrillo siempre abierto para salir, y cuando le faltaba el aire o necesitaba escapar de la realidad que la asolaba, montaba su caballo y galopaba por la ciudadela. Ni su

madre le reclamaba protecciones; si perdía el embarazo a través de los caminos escarpados, tanto mejor. Aunque aquello no sucedió.

Erzsébet había llegado a la guarida custodiada por su madre, una dama de compañía y otra mujer de extrema confianza, la indicada para oficiar de comadrona cuando llegara la hora. Anna había estudiado a las posibles aspirantes durante días. Muchas se ofrecieron para el puesto, sin embargo, no debía privilegiar la calidad de las candidatas por sobre un sometimiento asegurado a cualquier requerimiento.

Mientras la junta de señoras preparaba todo para la fecha del parto, Erzsébet descendía a paso cuidado por la colina, hasta llegar a suelo plano. El castillo estaba emplazado en la cima, como si fuera en busca de la pureza del aire, y llegar hasta él era toda una proeza. Y descender, ni hablar. Anna lo había elegido porque era de difícil acceso y un refugio contra los otomanos.

El único pedido que le había hecho a Erzsébet era que aprovechara los senderos menos transitados. Tras la orden inmediata de desplegar el rumor de que la joven Báthory padecía una enfermedad contagiosa a algunas de las criadas del castillo, que no la vieran con tanta salud en el cuerpo se había convertido en una premisa de fuerza mayor.

Sin embargo, los cuidados de Erzsébet fueron insuficientes y su presencia causó estupor entre los aldeanos. Cuchicheaban, la contemplaban sin disimulo y daban rienda suelta a las elucubraciones más disparatadas que pudieran imaginar. Aunque enferma no parecía, y de un mal mortífero como habían escuchado, bastante menos.

“¿Es esa que anda erguida?”.

“Una poco saludable no podría exponerse al riesgo de la helada”.

“¿Y con el vientre desprotegido?”.

Berreaban los pobladores. El misterio no quedó en Füzer, el rumor se desparramó como hojarasca al viento.

Llegó el día en que la tripa se le hizo pesada y Erzsébet ya no pudo caminar más. Los aullidos de dolor pusieron al palacio en estado de alerta. Las puertas y los postigos se cerraron, nadie pudo entrar o salir de las instalaciones. Anna Báthory tomó el control.

—Antes de entrar a la recámara, juran guardar el secreto de lo que suceda aquí dentro. Si faltan a la promesa, acabaremos con sus vidas.

La comadrona asintió con los ojos redondos como plato y la señora le concedió el permiso para entrar. La dama de compañía esperó su turno, pero Anna la conminó a que permaneciera afuera.

Luego de horas de pujos, lamentos, desesperación y desechos humanos, Erzsébet dio a luz a una niña. Apenas pudo verla deslizarse entre sus piernas. La comadrona rajó el cordón y aseó al cuerpecito chillón mientras Anna asistía a su hija.

—Se llamará como tú, Erzsébet. Pero no necesitas verla.

—¿Está viva?

—Para ti da lo mismo que esté muerta. No debes pensar en ella.

—No puedo siquiera pensar, madre. Que me pase el dolor, que el agotamiento se detenga, te lo ruego. Esto es el infierno.

Anna apoyó el paño húmedo sobre la frente de su hija y lo deslizó por su cara arrebatada. Mientras tanto, tarareó una canción de cuna, la misma que le cantaba para hacerla dormir en aquellas noches difíciles cuando era pequeña. A Erzsébet se le llenaron los ojos de lágrimas y la cabeza de pensamientos. Había sido madre sin quererlo, se desposaría con un joven a quien no conocía y la colmaba de temores, se preguntaba por qué las personas estaban llenas de defectos y por qué padecía una sensación de necesidad constante, se sentía en apuros y necesitaba a alguien que la calmara, alguien como ella, igual a ella, con la misma valentía, una persona dispuesta, incluso, a ser expulsada del mundo para habitar una vida perfecta. La de ella, con ella.

La criatura fue entregada a la dama de compañía junto a una importante suma de dinero y la promesa de una renta vitalicia. Las desterraron al principado de Valaquia [\(41\)](#) bajo la orden de que no pisaran suelo transilvano nunca más. Anna se encargaría de mandar a llamar al esposo abandonado en Lockenhaus para que las acompañara. La comadrona tuvo el mismo destino.

—Ahora solo debes descansar y recuperarte, Erzsébet. Harán falta unos meses nada más, en todo caso nos iremos directo a

Varannó, (42) a la bendita boda. Ya me apresto a anunciarlo a los Nádasdy.

La postergación del encuentro amoroso con Ferencz azuzaba la imaginación de Erzsébet. Fantaseaba con un descontrol de los sentidos de ambos, se daba el lujo de recrear una unión sin dilaciones, una cópula animal.

Tenía la mirada centelleante, estaba dominada por acertijos nocturnos. ¿Cómo sería su vida de ahora en más? ¿Un sueño o una pesadilla?

* * *

Mientras tanto, los habitantes de Lockenhaus estaban con los nervios a flor de piel. Orsolya estaba intranquila con las noticias que le llegaban desde Transilvania. Le habían informado acerca de la salud frágil de su futura nuera, pero las misivas que ella enviaba en busca de mayores aclaraciones no obtenían respuesta. Ferencz estaba poco en el castillo y no se encontraba al tanto de nada. Lo único que sabía era que faltaban algunos meses para su boda y que su madre se ocupaba de todo.

Los preparativos en Varannó no se habían detenido. Carruajes con la mejor vajilla, alfombras y mobiliario partían rumbo al castillo donde se oficiaría la boda, para luego emprender el regreso y volverlos a ocupar de otras suntuosidades. Faltaba un poco todavía, pero cuando menos se dieran cuenta, tendrían la fecha encima. Y con la consuegra brillando por su ausencia. Orsolya debía entregarse sola al armado de la fiesta. Serían más de cuatro mil invitados, celebrarían durante una semana y el emperador era el invitado de honor. La temporada que su hijo había pasado en la Corte de Viena era la garantía de que los Habsburgo animaran la fiesta.

Una mañana, cuando el sol ya había comenzado a escalar el azul del cielo, Orsolya se encomendó a la primera recorrida del huerto principal del castillo. Asistida por sus cortesanas, no le escatimó fuerza a remover la tierra, plantar bulbos y arrancar hojas muertas.

Inesperadamente, un caballero entró en el patio causando un alboroto. Orsolya y su séquito detuvieron la tarea y prestaron

atención al revuelo. El recién llegado venía de Füzer, con noticias para el esposo de la acompañante de la niña Báthory. La señora levantó una ceja, ávida de más.

—Tráeme al correo. De inmediato.

La viuda de Nádasdy ingresó al castillo y esperó que cumplieran su orden. Sujetando el sombrero por delante, el caballero anunció su entrada con el tranco pesado de las botas contra la piedra.

—Señora, para lo que sirva.

Y le dedicó una reverencia.

—Quiero saber a qué has llegado hasta mi dominio.

—He venido en busca de un caballero, aunque no forma parte de su corte. Es el esposo de una señora que sí lo fue.

Y bajó la mirada, además del tono de voz. No quería continuar, temía extralimitarse y hablar de más.

—¿Vienes del castillo de los Báthory?

El caballero asintió con premura.

—¿Ha mejorado la salud de mi nuera?

—Nunca ha estado mejor, señora.

Y se mordió la lengua. Detestó su imbecilidad, esa franqueza que a veces le ganaba la partida y lo convertía en un endeble. Orsolya quiso continuar con el interrogatorio pero fue en vano. El demandado selló los labios y hasta sus gestos fueron imposibles de desvelar.

—Gracias por su información, caballero. Diríjase a los fondos para que refresquen al animal y le den aviso al esposo de mi dama. Y así podrá emprender la marcha cuando tenga todo listo.

Salió el caballero sin mirar atrás y apuró el paso, por si acaso. La señora convocó a sus damas y cerró la puerta.

—Ese hombre sabe más de lo que ha dicho. Extérpenle lo no hablado como sea. Denle vino, amenácenlo, poco me importa, pero cumplan mi pedido.

Las cortesanas fueron tras el correo humano. Le ofrecieron comida, también una botella con el fruto del viñedo de Lockenhaus, que era de los mejores vinos de la zona, y comenzó la fiesta. No hizo falta mucho más, la garganta del hombre vomitó todo lo sucedido en el alejado paraje.

La señora Nádasdy escuchó con atención. El compromiso seguiría adelante, el abominable desliz de Erzsébet no arruinaría el contrato marital de su familia. Apuntó todo lo sucedido en un papel, lo selló con el lacre familiar y lo envió a la ciudadela donde aguardaba su hijo. Ferencz se enteró de todo. Un raptó de locura dominó sus emociones. Pasó del desvelo al ansia de muerte en el mismo instante. Rememoró la boca de capullo de Erzsébet y la imaginó sobre la carne de aquel hombre, y otra vez el impulso mortal. Sintió un espanto repugnante.

El joven se sentó a la mesa, embebió la pluma en la tinta y escribió. Quería justicia y exigía que no le hicieran preguntas. Intuía, o quería que así fuera, que su novia había sido la víctima de un depredador. No iba a permitir que su honra, la de él, se viera derrotada por un campesino. Ordenó que lo buscaran y lo castraran. Y que no se preocuparan por la sangre que se perdiera en el camino. Total, los plebeyos no merecían juicios justos.

Ferencz se sumergió en una noche larga. Despertó cuando le confirmaron la faena y devino en un cuerpo luminoso que interrumpía la oscuridad. Cerró los ojos y la ira se detuvo.

[41](#) El sur de Rumania en la actualidad, emplazada al sur de los Cárpatos y al norte del río Danubio.

[42](#) Al este de Eslovaquia. El nombre deriva de la palabra eslovaca *vrana*, que significa "cuervo". El castillo ya no existe, las ruinas fueron demolidas en la década de 1980. Los restos subterráneos, donde se desarrollan investigaciones arqueológicas, se encuentran bajo un campo de juego de la escuela secundaria local.

CAPÍTULO

VIII

Caía la tarde, el emperador y su esposa departían en una de las habitaciones del *Schweizerhof* (43) a puertas cerradas y sin los entrometidos que nunca faltaban en los salones de palacio. Maximiliano y María compartían una hora al día en soledad y lo hacían de buena gana. No era fácil de lograr, pero la corte estaba acostumbrada a no enfrentar a la reina. Desde el mismísimo día de su boda, María de Austria había impuesto su presencia, sin lugar a posibles reveses. Por algo era la hija del excelentísimo Carlos V, ya muerto y sepultado. Sabía bien que, en jerarquía, le peleaba en iguales condiciones a su esposo, además de primo regio.

María no cejaba con la penetración hispana en el cuerpo, pero sobre todo en el alma, de su amantísimo Maximiliano. Porque una cosa era el contrato amoroso y otra bien distinta la lealtad de linaje. El espectro, aunque a veces hecho carne, del odio ancestral a lo español por parte del emperador nacido en Viena definió la persecución constante de la españolísima. Con mirada tierna u ojos de pájaro, María acechaba. Es que el marido había nacido protestante y, cruz diablo, aquello era un tormento para la piadosa Corona de España.

Maximiliano se había dejado seducir por el tutor y predicador de la corte, el germano Sebastian Pfauser, caballero de tendencias protestantes. El círculo hispano, con María a la cabeza, desde el primer día persiguió las entregas religiosas del emperador, acercándole la figura del nuncio papal y defensor acérrimo del

catolicismo, Hosius de Ermland, quien le señaló las inconsistencias de la doctrina enemiga al grito de "¡Falsedad, mentira, herejía!".

Sin embargo, en el lecho de muerte de Fernando I, Maximiliano le había jurado a su padre que siempre se mantendría católico. Gracias a tamaña promesa, había sido ungido con la corona de Roma y luego con la de Germania. El papa le había concedido comulgar, como los luteranos, con las dos especies sacramentales: la gracia del pan y el vino. Pero no hubo caso, su actitud religiosa siempre fue un tembladeral.

Cuando se aseguró todas las coronas sobre la frente, Maximiliano abrió la mano y proveyó cargos a diestra y siniestra. Entregó la cátedra de la Universidad de Viena a sus queridos luteranos, a la nobleza de Austria le concedió la libertad de culto luterano en sus casas y feudos, y demás prebendas a quienes consideraba adecuados para aquellos privilegios. Sin embargo, supo nadar las aguas tempestuosas de ambas religiones, y todos felices y contentos.

—¿Nuevas, esposo mío? —preguntó María y le clavó la mirada. Tenía que aceptar que Maximiliano fuera un hombre de bella presencia y, como buen amante de las Artes y de las Ciencias, que exhibiera un carácter benévolo e iluminado y una conducta digna. Sin embargo, no todo lo que brillaba era áureo, puertas afuera se lo tildaba de inseguro y poco dispuesto al trabajo ordenado, además de privado de escrúpulos y mal de fiar.

"Enigmático".

"Malfido".

"Infel".

"Incierto".

Los corredores hablaban, así decían de su emperador.

—Esposa mía, acompáñame, te lo ruego.

Se levantó y extendió su mano para ayudar a la reina a incorporarse del asiento. Maximiliano no gozaba de buena salud, pero la galantería con las señoras supo acompañarlo desde siempre.

A paso lento, recorrieron los salones, salieron del área residencial y atravesaron el inmenso patio seguidos por el séquito, siempre a

una distancia considerable. Sabían hacia dónde se dirigía el monarca.

El emperador y su esposa abrieron una pequeña puerta y entraron. Era el taller donde Maximiliano despuntaba su afición por la orfebrería. En sus ratos de ocio, se ejercitaba como orfebre y lo hacía muy bien. Con orgullo, le mostró a María sus últimas creaciones y ella las aplaudió.

—¿No sería bueno, querido, que descansaras un poco? Te has exigido demasiado.

Maximiliano dejó de disimular y asintió con la cabeza. Una vez más, los ataques de agudos dolores intestinales blanquearon su tez y lo obligaron a apoltronarse. María se apuró a socorrerlo.

—Gracias, ya me encuentro mejor, tenías razón, necesito reposar. ¿Y sabes que nos ha llegado el anuncio de la boda del joven Nádasdy?

—No, querido, no estaba al tanto.

María le seguía la conversación, pero poco le interesaba todo aquello; su única preocupación era el estado de su marido.

—No creo que estemos en condiciones de asistir, ¿acuerdas conmigo?

—Claro que sí, Maximiliano. Pues que vaya Rodolfo entonces. ¿Para qué arriesgar el cuerpo en un viaje tan largo, teniendo a nuestro vigoroso hijo?

El mayor y sucesor obligado a los tronos del monarca había hecho migas con Ferencz en la Corte de Viena, y lo había agenciado a su favor cuando su padre le había cedido la Corona de Hungría en 1572. Rodolfo II había precisado un acercamiento a la nobleza húngara, favoreciéndola en la lucha contra los otomanos. El joven barón Nádasdy había sido perfecto, también el barón Miklós Pálffy, cómplices ideales para acciones de variada épica.

Pero Rodolfo no era aquel vástago dotado de vigor, reflejo de los ojos amorosos de una madre sin rigurosidad ante su descendencia. El flamante rey de Hungría tenía un carácter débil y enfermizo, pasaba de la euforia a la apatía y de ahí a la melancolía en instantes. A la edad de once años y en la corte española de su tío Felipe II, se había entregado a los deleites de la alquimia y la astrología,

regresando a Viena para provocar miradas de reojo en los círculos germanos. María protegió a ese hijo con su capa católica, en las sombras y no tanto.

—Gran idea, María amantísima. Nuestro hijo será el rey perfecto para engalanar esa boda.

* * *

Anna calculó todo con la frialdad del hielo. Ella y su hija, sin la asistencia con la que estaba prohibido hasta vivir, subieron a la calesa conducida por un hombre de confianza que, de tanta, parecía vendado y amordazado. Llegarían a destino por la noche, cuando todo sería sombras y silencio.

Erzsébet descansaba con la vista puesta en la intemperancia del paisaje y se hacía preguntas al ritmo de los cascos de los caballos contra el suelo. De ahí en más, ¿su vida sería un camino de rosas o se enfrentaría a tormentos nada deseados? Tenía ilusión, no quería desmoronarse ante la incertidumbre de su porvenir. Torció la cara y atisbó el cuerpo de su madre, tan erguido, tan compuesto, adueñándose de todo, incluso de lo que no le pertenecía. ¿Estaba a su altura? ¿Era una digna heredera de su madre, poseedora de un perfeccionismo implacable?

Ya era de noche y libre de luna cuando comenzaron el ascenso por los escarpados senderos rumbo al castillo de Varannó. El bamboleo de la calesa revolvió el estómago de las viajeras, que elevaron una plegaria al cielo cuando los muros de piedra les dieron la bienvenida.

—Vamos, Erzsébet, desciende que hemos llegado —dijo su madre y puso pie en la entrada, anunciando su majestuosa presencia. La guardia bajó las armas y las invitó a entrar. Anna no pronunció palabra, solo indicó que se ocuparan del equipaje. Con su hija detrás, casi el calco una de otra, marcharon rumbo a sus aposentos.

—Refréscale un poco, hija mía. El servicio nos traerá algo para comer y luego a descansar.

—Puedo ir yo por la comida, madre.

—De ninguna manera, te mantendrás aquí, por lo menos esta noche. Luego veremos. Mañana dará comienzo la ceremonia. Nadie puede verte, mucho menos el novio, que estimo estará aquí con el sol del día.

Las criadas les sirvieron unas porciones de carne, verduras y frutas. Erzsébet comió con la compañía de su madre, que fiscalizaba, con la intransigencia de la mejor guardiana, cada movimiento que realizaba su hija. Y como si nada, descubrió un parpadeo diferente en los ojos de Erzsébet.

—¿Qué te sucede? —preguntó la madre y la tomó de la barbilla para mirarla mejor.

—Nada. —La jovencita hizo fuerza para quitarse de encima los ojos de su madre. Anna apretó con dureza y no la soltó.

—A mí no me mientes.

—¿Y si me tratan de loca incurable?

—¿Por lo que has hecho? ¿Por el desliz con consecuencias? Ha sido resuelto, Erzsébet, todo tiene solución para nosotros. ¿O es que no entiendes? Pero a no jugar con el diablo...

Erzsébet suspiró aliviada. Como si su madre la cubriera con un manto de serenidad, dejó de ser vulnerable para ser indestructible.

—Quiero ser inmortal, madre.

—Muy bien, hija mía, solo debes ser feliz. Debes cumplir con ese pacto.

Salió de allí y Erzsébet se quedó sola. Aquel atisbo de melancolía que había intentado dominarla fue triturado al instante. ¿Tenían sentido todas esas dudas? La novia en ciernes se preguntaba y respondía, aquello era como un goteo cínico deslizándose por su cabeza que desdeñaba el *statu quo*. Estaba dispuesta a armar un nuevo mundo, el suyo, porque el que acontecía a su alrededor no valía la pena. El corazón de Erzsébet latió fuerte, se dejó avasallar por un sentimiento de ansiedad. La aguardaban tiempos inquietantes, sería poderosa, tomaría decisiones, haría sucumbir a toda persona que ella eligiera, quebraría su condición humana. Sería una mujer nueva y se llamaría condesa. Los susurros de su voz llenaron el vacío imperante.

En las primeras horas de la mañana, el castillo empezó a cobrar vida. La servidumbre abandonó el reposo y se entregó a los preparativos de la boda, que daría comienzo a la tarde.

Los familiares de los Báthory y los Nádasdy empezaron a llegar, pero cada quien se dirigió al ala correspondiente. Aún no tañía la campana que anunciaba la fiesta. Al mediodía dieron inicio a los afeites de la novia. Sus aposentos bulleron de sirvientas y cortesanas, dispuestas a acicalar a la reina de la ceremonia. Erzsébet se incorporó y, aguantando la conmoción que sentía, se dejó desvestir. Dirigió la mirada al espejo y el reflejo le regaló su desnudez; con igual templanza y, desafiante, se miró en los ojos de las criadas. Levantó un pie, le pusieron una de las piernas del calzón, la tomaron de la cintura, le calzaron el otro orificio y lo deslizaron hacia arriba. Con suavidad, elevó los brazos y soltaron la camisa blanca, de tejido leve, sobre su cabeza. La ligereza de la tela de la blusa del traje nupcial gozaba de unos permisos que otras ropas no tenían, permitía la adherencia a la piel.

—Qué bonito el vestido, mi color... —murmuró Erzsébet, encandilada por el terciopelo carmesí extendido sobre la silla. Y se abandonó al despliegue de las manos de las damas de honor que terminaron de vestirla. Con ojos febriles, se contempló: la falda carmín bordada en hilos de oro, ceñida en la cintura por un ancho cordón dorado, y el corsé de transparencia, apenas cubierto por las solapas aterciopeladas; las mangas cubrieron sus brazos, dejando ver, apenas, las manos blancas de toda blancura.

Al fin la sentaron en la silla, ungida por la riqueza de la tela, fiel a la tradición magiar aunque intervenida por la opulencia otomana, y se sintió una deidad exótica. Le colgaron vueltas y más vueltas de perlas alrededor del cuello y tomaron los cepillos para peinar la larguísima cabellera oscura.

Erzsébet controlaba con ojo de lince y, bien erguida, se dejaba acicalar. Un bucle por aquí, la frente despejada allá, una tiara, o tal vez un tocado, y las joyas, las piedras preciosas, pendientes y collares, y el toque final, la gola de plata abrazando su cuello.

—¡Fuera de aquí! Necesito estar a solas con mi hija.

Anna había entrado sin aviso y, del mismo modo, echó a las damas de honor. Erzsébet aguantó la respiración, su madre la observó de arriba abajo.

—Estás preciosa, hija mía, me enorgullezco de ti.

Los ojos de la novia temblaron de emoción. Su madre la aprobaba.

—Falta algo aún. Ponte de pie, que aquí llego con la protección.

Anna abrió un pequeño bolso que traía en la mano y desplegó el interior sobre una mesilla de arrimo. Una buena cantidad de talismanes brillaban sobre la madera. Con la prestancia propia de una hechicera, ajustó uno por uno en distintos recovecos del traje: cerca del pecho para que fuera amada, en el calzón para garantizar la fecundidad, y por arriba y por abajo los que prometían belleza, para que fuera así de bella siempre y gustara, y gustara al infinito y gustara hasta la muerte.

Erzsébet y Ferencz se vieron por primera vez —fuera de aquel efímero encuentro en Sárvár— en la capilla de Varannó, situada en las cercanías del castillo. Parados sobre una plataforma, recibieron las ofrendas de la familia, dedicatorias exultantes de amor y prodigalidad, asistidos por el ministro protestante. Aunque los Báthory eran calvinistas, la ceremonia se hizo bajo la religión de los Nádasdy. Hubo intercambio de anchos anillos de plata con la inscripción interna que rezaba: *Nemo nisi mors*, (44) como dictaba la costumbre. Y se miraron. Él, con ojos de pavor, ella, de delirio.

Se abrieron los salones y se sirvieron las mesas. El banquete para cerca de 4.500 invitados ofreció un menú de más de 30 bueyes, casi 120 terneros, 100 ovejas, cerca de 60 corderos, 120 cerdos, 185 conejos, 790 gallinas, 180 litros de miel y 5.400 huevos. También ofrecieron 1.000 limones y 500 naranjas. Los vinos y los licores fueron imposibles de calcular, nunca faltaron.

Los novios se sentaron apartados, rodeados, cada uno, por su séquito familiar. El emperador no pudo asistir, pero envió desde Praga su consentimiento y un representante plenipotenciario en su nombre, que no fue su hijo Rodolfo. El enviado llegó con el regalo de Maximiliano II: una jarra dorada valuada en doscientos florines. A su vez, la emperatriz envió su presente: un cáliz de cien florines.

La celebración persistía, todos sabían que tenían una semana de excesos por delante. Los nobles se dedicaron a comer y no morir en el intento, a beber hasta perder la conciencia y a cantar y bailar hasta que el cuerpo les dijera basta. Era difícil que eso sucediera, la nobleza húngara resistía, su ascendencia animal los protegía de cualquier flaqueza.

Erzsébet comía y deambulaba por los salones del castillo. Le desesperaban los aullidos de los señores, le daban rechazo sus estados deplorables, necesitaba murmullos para vivir. Volvía a su lugar y se sentaba con desgano para probar los platos que servían los criados.

—Come estos, hija —le dijo su madre y le separó una porción de gallina y manzanas, alimentos mágicos para fortalecer la fertilidad.

Pero, al contrario, Erzsébet metió la cuchara en una fuente de puré de sémola con miel que se murmuraba exaltaba el deseo sexual, y le clavó los ojos a su madre.

El baile continuaba, la celebración estaba en su apogeo y a nadie le importaba el afán de los novios.

Hasta que, durante alguna noche y a una hora que nadie supo bien cuál fue, las madres de ambos asintieron y fueron en busca de Erzsébet y Ferencz. Los tomaron de sus manos y los encaminaron a la alcoba nupcial. Cerraron las puertas y los dejaron solos. Atolondrado, él se quitó las ropas y se arrastró a la inmensa cama. Ella, en cambio, gustó de mostrarse falible y fue de a poco, sutil y conforme con lo que mostraba y veía.

Ferencz la envolvió con sus brazos de guerrero y a ella se le encendió la carne. Entraba una brisa primaveral por las ventanas del castillo, inservible a la hora de aplacar el calor de Erzsébet. El joven Nádasdy hizo todo, tenía junto a él a su fierecilla perfecta, sedienta de ardor. Concluyó la faena y sintió la muerte cerca. Giró su cuerpo joven y perfecto y se durmió en ese instante.

Erzsébet permaneció despierta, con la vista detenida en la bóveda del alejado techo. Se preguntó si eso era el matrimonio, y supo que sería intransigente, que la flamante condesa sería difícil de domar.

[43](#) El Patio Suizo, en el Palacio Imperial de Hofburg, Viena.

[44](#) “Nada más que la muerte”, en latín.

SEGUNDA PARTE

Ceremonia sangrienta

CAPÍTULO I

Algo empezó a oler feo en los reinos de Europa Central tras el deceso de Maximiliano II. No fue fácil acostumbrarse a la muerte del venerable monarca, aunque era bien sabido por todos que la guadaña le había respirado muy cerca durante demasiado tiempo.

Desconociendo que a poco se encontraría con su noche más oscura, el emperador había salido rumbo a la ciudad imperial de Ratisbona [\(45\)](#) junto a su hijo, el archiduque Rodolfo, flamante rey de Hungría y Bohemia.

Corría agosto de 1576 y en octubre se llevaría adelante la Dieta Imperial, la fastuosa asamblea convocada para tratar el devenir de las tensiones religiosas entre príncipes católicos y protestantes, y la persistente amenaza turca. Con entusiasmo, padre e hijo se habían dirigido hacia el paraje germano.

Pero el mal que lo aquejaba desde hacía un buen tiempo no le dio tregua y el 27 de agosto recrudecieron sus dolores, obligándolo a permanecer postrado. Vivió semanas de una enorme incertidumbre, sin embargo, sus delirios de poder no cesaron.

—Quiero que se preparen para invadir Polonia. Es el momento perfecto.

Desde el reposo obligado, había ordenado el malhadado a sus acompañantes, entre quienes se destacaba su heredero. El archiduque había mirado hacia los costados, la situación no estaba para entusiasmarse por demás, pues el voivoda de Transilvania, István Báthory, había sido coronado rey de Polonia en mayo, en la catedral de Wawel, [\(46\)](#) y la sola idea era una derrota garantizada.

La salud de Maximiliano II, líder del Sacro Imperio Romano Germánico, sufrió el último revés y los principales de la corte intentaron acercarle algunos emisarios de la Santa Iglesia Católica. En el lecho de muerte, se negó a recibir los últimos sacramentos católicos, ni siquiera de la mano de su hijo, ardiente acólito de la religión de su madre. Maximiliano murió el 12 de octubre, con Rodolfo hincado a su lado. El cuerpo fue enterrado en la catedral de San Vito, en Praga, en el Reino de Bohemia, [\(47\)](#) junto a la tumba de sus padres.

Los preparativos para la coronación de Rodolfo se hicieron a toda prisa. Colmaron el templo de San Vito con gradas de madera, pero muchos de los ciudadanos de Praga no pudieron ingresar. Preocupado por que no se le notaran los temblores ocasionados por una incipiente pavora, el flamante emperador irrumpió en el silencio sepulcral recitando la promesa solemne en checo, asistido, al oído, por un edecán que le indicaba lo que debía decir. Luego le acomodaron la corona de San Wenceslao sobre la cabeza, y Rodolfo regaló una mueca de alivio a los presentes.

Tras la ceremonia se ofreció un banquete que dejó bastante que desear. Las justas brillaron por su ausencia, también las representaciones teatrales y ni que hablar de las danzas, tan habituales en los acontecimientos regios. Nada, y presencias rutilantes, menos. El cuerpo pétreo y enterrado de su padre parecía regalarle a la Corona muy pocas ganas de celebrar.

El flamante Rodolfo II apuró el éxodo a Viena. Allí lo esperaba su madre, que tenía mucho amor para darle, pero, sobre todo, una asistencia a tiempo completo. A toda hora y en todo lugar, María pregonaba que su querido Rodolfillo abrazaría, más que nunca, la religión de Nuestro Dios Todopoderoso; que el santísimo catolicismo lo cubriera para siempre y que la herejía que había cercado a su amado esposo quedara enterrada en San Vito y sanseacabó.

La madre María estaba atenta. Con el rosario en mano y la cruz sobre el pecho, perseguía a su hijo mañana, tarde y noche. Rodolfo había recibido, en la corte de Felipe II de España, hermano de María, la educación que merecía todo vástago de la mujer, pero aquello no había alcanzado. Los espías en la corte de la monarquía

española le habían advertido de las veleidades del delfín. Entregado a la magia y a otras costumbres inquietantes, Rodolfo no buscaba respuestas en Dios, aunque se declarara católico acérrimo. El ahora emperador gustaba de rodearse de adivinos y astrólogos. Doña María se persignaba, *vade retro*, y repetía el rezo.

El flamante monarca acumulaba objetos raros, juguetes muy poco corrientes. Un sector del palacio estaba ocupado por sus relojes de todo tamaño y color; también por unas máquinas de movimiento perpetuo y varios autómatas traídos directamente de sus tiempos en El Escorial, espiados a la distancia por los más valientes porque, en general, causaban estupor en los habitantes de Hofburg.

Sin embargo, lo que guardaba bajo mil cerrojos era su enorme colección de manuscritos y libros de magia, alquimia y misticismo, que tanto gustaba de descifrar junto a su séquito de acomodados.

—Hijo mío, yo que tanto me he encargado de la sucesión del Imperio, sabiendo que cuando el emperador y mi amado esposo faltase, aunque Dios ya lo tiene en la gloria, podríamos haber caído en manos de un hereje. Y eso no ha sucedido gracias a mí...

—Madre, pero qué dices.

—Lo que escuchas.

—Pero si estoy bien sentado en el trono, madre María.

—No quiero estorbarte...

Complaciente, intentó la reina madre, pero por dentro bullía de rabia. Su hijo perdía el eje y temía que lo encontraran otros. Caminaba de un lado al otro, exhibiendo su toca de cabos y su saya con mangas de punta.

—Me voy a rezar a la tumba de tu padre, iré a pedirle un poco de templanza. Puedes acompañarme, si te vale, Rodolfo.

—Prefiero quedarme solo, madre. Necesito pensar un poco.

Y la reina viuda se retiró, preocupada por demás. Su hijo querido no estaba bien: quien había sido su niño querido padecía de continuos cambios de humor, y Dios no lo permitiera, a veces sucumbía a accesos de melancolía. Tragó con dificultad y se fue con el muerto.

Rodolfo II se atusó el bigote mientras se perdía en sus cavilaciones. Tenía demasiados frentes abiertos, por un lado el paso firme de István Báthory, flamante rey de Polonia y voraz coleccionista de títulos regios. La nueva Corona polaca que se había agregado, no lo había obligado a abandonar su poderío en Transilvania. Hábil como nadie, le había dado la regencia transilvana a su hermano Kristóf. Todo había quedado entre los Báthory. Se protegían entre ellos, y eso le daba permiso para desconfiar.

Sin embargo, se fiaba de un séquito de nobles húngaros para cercar a los turcos que andaban de alzamiento en alzamiento. En el flanco diestro se erguía el conde Miklós Pálffy, exultante caballero y aliado incondicional de los Habsburgo, inicialmente *dapifer*, (48) luego *panatier* (49) y finalmente jefe mayor de la vajilla de plata, y en el siniestro, el conde Ferencz Nádasdy, guerrero altivo, siempre dispuesto a defender lo indefendible. Y recordó que su ladero húngaro se había desposado con una Báthory.

El rey de reyes sintió un frío que le heló los huesos y se arropó con una piel sobre el jubón. (50) De la nada, sintió temor. ¿Por qué había tanto sufrimiento en el mundo?, pensó y se preguntó si la vida valía la pena, a pesar de tanta oscuridad.

* * *

Ferencz pisaba fuerte en la Corte de Viena y, poco y nada, en la residencia conyugal. El emperador lo había convocado al palacio y solo una persona de pocas luces o con ganas de hundirse en el mismísimo oprobio lo hubiera rechazado. Lo habían nombrado consejero del Monarca y Maestro de las Caballerizas Reales. Y a la velocidad del rayo se le concedieron las funciones de ispán (51) de los condados de Vaš, de Šoproń y de Fogaraš. (52) Ferencz daba cabriolas, estaba exultante por los ascensos, aunque todos esos títulos le correspondieran de antemano, gracias a sus escudos y estandartes.

Le gustaba merodear por los corredores del palacio y mezclarse con los caballeros de menor posición; escuchar sus necesidades como uno más, detenerse sin hacer aspavientos y sin revelar sus

títulos. Sin embargo, todos estaban al tanto del linaje del barón. Ferencz era respetado y querido por los hombres del rey, conocían su historial juvenil en la corte y se corría la voz de que también era poseedor de estirpe de las tierras húngaras. Al joven Nádasdy le gustaban las aglomeraciones de hombres, como a casi todo el universo europeo.

Era de pocas palabras. No era un hábil declarante, no tenía la capacidad de la oratoria de tantos otros y, principalmente, la que había tenido su padre muerto. Tamás, el gran humanista, preocupado en cultivar la razón y acaparar poder por medio de la propagación del conocimiento y los libros, había vertido aquella herencia en saco roto. Su hijo era un Adonis infinito, un procurador de la veneración de su cuerpo como templo de ataque. Ferencz era un hombre rudo y violento, con eso bastaba y sobraba para relacionarse con el mundo turbulento que le había tocado en gracia. ¿Para qué hablar si no ganaba nada con esa práctica? Era tanto mejor permanecer con la boca cerrada y escuchar. De ese modo, sostenía un diálogo perfecto.

Ferencz y el resto reían, vociferaban, se reunían en las caballerizas del palacio para mantener en condiciones a los hidalgos animales. Aunque era el Maestro Mayor y estaba habilitado para dirigir la faena, Nádasdy se quitaba la casaca y mostraba sus capacidades. Así ajustaba cuentas con su tropa laboriosa.

—¡A ver, jóvenes, que es menester cuidar de la tropilla, que cada quien debe mantener a su animal sano ya que él será quien los lleve extramuros! No se fíen de estos días de descanso porque deben montar su caballo para defender el Imperio a fuerza de arrojo y acero.

Ferencz se acercó a su caballo, el del pelaje negro brillante, colocó el pie en el estribo y, en un movimiento, lo montó. Con un grito de guerra le espoleó la panza y salió disparado. No tenía límite, Ferencz quiso probar la resistencia de su animal. Detrás de él, un grupo temerario lo siguió, dejando una estela inmortal a su paso.

Al caer la tarde, regresó a Hofburg. Rodeó el foso y, con paso pesado, cruzó la Puerta Suiza y entró a palacio. Estaba sudado, el galope de su caballo lo había acalorado. Apuró el tranco y dejó atrás

la fila de puertas que no estaba dispuesto a abrir. Deseaba llegar a sus aposentos, que estaban en la otra punta de la construcción maciza de cuatro torretas.

—¡Conde Báthory! Entre que necesitamos hablar con usted.

Y escuchó la voz del emperador que lo reclamaba desde una de las habitaciones. Ya todos lo llamaban con el nombre de la familia de Erzsébet, práctica obligada por ser la poseedora de mayor linaje que el suyo, aunque todavía no lograba acostumbrarse. Se asomó, vio la sala colmada y entró.

—Buenas tardes, Excelencia. —Ferencz pisó con firmeza y miró en derredor, buscando entender los motivos de la llamada.

—Venga, acérquese, no tema.

Los presentes lanzaron una carcajada y Ferencz, de todos modos, no bajó la guardia.

—Estoy sucio, Excelencia, discúlpeme, vengo de cabalgar.

—No se excuse, amigo mío, está en perfectas condiciones para compartir este momento junto a nosotros.

Le señalaron un asiento y en dos zancadas se aprestó. La presencia del monarca no lo incomodaba, no así la junta de favoritos de turno, que aparecían y se esfumaban, dependiendo del ánimo del dueño de las coronas.

—¿Cómo se siente en la corte?

—Muy bien, Su Majestad.

Ferencz había fortalecido los lazos con la descendencia Habsburgo en sus años mozos en Viena, aunque, sobre todo, con el archiduque Matías, uno de los tantos hermanos de Rodolfo. Como parte de la herencia de relaciones en la línea de sucesión, el flamante emperador lo colocó bajo su ala, decisión que había tomado solo, sin la tutela de su madre. María de Austria desconfiaba de todo aquel que no luciera la cruz en el pecho, y el joven húngaro era luterano.

—Se ha desposado hace poco, bien podría traer a su esposa a la Corte de Viena. Será muy bien recibida.

El murmullo gutural de los presentes escaló hasta convertirse en un rugido de aprobación. La voz había corrido, incluso fuera de los corredores del palacio, de que la joven esposa de Ferencz Nádasdy

perturbaba a todo aquel que la contemplara gracias a la belleza que poseía. Decían que despedía un halo de las mil y una formas de beldad, capaz de incendiar al más mentado, de arder a un muerto.

—No creo que esté en condiciones, Majestad. Se ha instalado, junto a mi madre, en nuestro castillo en Čachtice. (53)

En 1568, cuando el rey Maximiliano aún vivía, le había cedido la finca de Čachtice en depósito a Orsolya y a Ferencz. La viuda de Nádasdy ya era propietaria de la finca vecina de Beckov y ese había sido un motivo más que relevante para que aceptara, con refriega de manos, una nueva propiedad. Pero los Nádasdy no solo eran poseedores de esa tierra, también de las ciudades de Varbó (54) y Vel'ké Kolstol'any (55) y de los pueblos de Komárno, (56) Želovany y una infinidad más. Eran los dueños de un vastísimo territorio.

Poco antes de morir y tras la entrega de Čachtice, Maximiliano le había ordenado a Ferencz que no se atreviera a perseguir a los súbditos del castillo y que instara a sus vasallos a hacer lo mismo. El joven de diecinueve años había desobedecido la orden del rey y encarcelado, sin motivo, al magistrado y a otros funcionarios del poblado. Había despotricado contra el monarca, sin importarle las consecuencias. A los tres meses se celebró su boda, Maximiliano no se hizo presente.

—Pero quiero tu colaboración, Ferencz, que nos sirva para algo tu unión conyugal. ¿La dama con quien te has desposado no es sobrina de István Báthory, el voivoda de Transilvania y rey de Polonia, y no sé cuánto más?

Rodolfo se cruzó de brazos y se mantuvo a la espera. El Báthory de Transilvania mantenía a raya a sus enemigos. Tras una de sus últimas victorias territoriales, había hecho colgar del pescuezo a cinco nobles. No contento con esas muertes, al mes y con aprobación parlamentaria había ejecutado a cuarenta y tres partidarios de su adversario de turno. Nada fallaba en el reino de István. Su poder se fortalecía mes a mes. Tales los hechos, el sultán Murad III había exigido un aumento en las arcas tributadas por Transilvania al Imperio otomano, de diez a quince mil florines.

—Así es, Majestad. Erzsébet es sangre de su sangre.

—Pues entonces has lo que te digo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Me preocupan los turcos, Ferencz, y parecería que su tío se abraza con ellos.

—Nunca confíe en lo que ve, Majestad. Con los Báthory se debe estar en estado de vigilia constante.

—¿Y eso piensas de tu esposa?

Ferencz decidió que ya había hablado demasiado, pero las preguntas del rey horadaron su mente. Y encontró una respuesta rápida: no podía huir de la belleza.

[45](#) Situada en el actual estado alemán de Baviera.

[46](#) El santuario nacional de Polonia, en la ciudad de Cracovia.

[47](#) República Checa en la actualidad.

[48](#) Término del latín medieval que significa “mayordomo”, responsable del funcionamiento diario de la casa del rey.

[49](#) Encargado de la distribución del pan y el cuidado de la ropa de mesa en el palacio.

[50](#) Chaqueta ajustada, prenda masculina de la época.

[51](#) Conde supremo, gobernador principal.

[52](#) Localidades situadas al oeste de Hungría, cercanas a la frontera con Austria.

[53](#) Una aldea de Nové Mesto Nad Váhom, situada entre la depresión danubiana y los pequeños Cárpatos, en el oeste de Eslovaquia.

[54](#) Pueblo en el noreste de Hungría, cerca de la frontera con Eslovaquia.

[55](#) Pueblo al oeste de Eslovaquia.

[56](#) Situada en la ribera de los ríos Danubio y Váh, en el sur de Eslovaquia.

CAPÍTULO

II

Caía la tarde, Erzsébet ya no sabía qué hacer. Se aburría, como sucedía a toda hora, todos los días y casi siempre, en el castillo de Čachtice. Su marido la había depositado allí, como hacía un labriego en la temporada de cosecha, luego del fasto de la boda. Su querido Ferencz tenía muchas cosas que hacer, demasiados compromisos que lo obligaban a comparecer ante el rey, y una joven esposa no ameritaba otra entrega que la que estaba en condiciones de darle. Eso sí, a falta de hombre, le había sido dada su venerada madre, como Nádasdy de compañía. ¿Qué más podía pretender, la angurriente condesa?

Orsolya tuvo la deferencia de elegirle dos damas de honor para acompañarla, además de las sirvientas facilitadas por su madre. Ferencz había acomodado a la junta de mujeres en el castillo, metido espuela y dejado una estela de polvo a su partida.

—Ve en busca de Borbála y Margit, las necesito de inmediato.

Erzsébet le dio la orden a la sirvienta que hacía la recorrida por sus aposentos. Al rato, llegaron sus damas de compañía, la condesa suspiró.

—Ayúdame, me voy a cambiar la vestimenta —dijo y se quitó lo que llevaba puesto. Ya se había cambiado unas cuantas veces durante el día.

—Pero ya lo ha hecho, señora —respondió la intrépida Borbála.

Erzsébet torció la cabeza y la escrutó con severidad. ¿Cómo se atrevía a cuestionarle una orden? Era la única manera que encontraba para soportar el hastío que le provocaba esa larga

espera. ¿Pero qué era lo que aguardaba? De seguro, la presencia de su esposo, el regreso del hombre del castillo y su mirada, esos ojos negros posados en su figura de ninfa del bosque, la vista depositada en ella, en un acto de veneración. Le gustaba que la admiraran, que le dijeran cuán bonita era, porque era preciosa, ¿no era cierto?

—No me busques, Borbála, que me encontrarás demasiado pronto y tendrás que soportar, luego, mi embate. Necesito divertirme un poco, ¿no van a unirse a mi fiesta?

Y las damas se abalanzaron sobre la joven condesa. Le quitaron todas las prendas, dejándola como Dios la había traído al mundo. Antes de empezar a vestirse, Erzsébet corrió hacia uno de los arcones donde guardaba sus talcos, esencias y pomadas.

—Frótenme entera.

Y les entregó un recipiente que contenía un ungüento hecho a base de sándalo y almizcle. Las damas se miraron entre ellas, pero apuraron la faena del embeleso.

—Muy bien, mis ninfas, que esa fragancia me quita la presión de las sienes. Todo cuanto me sirva para enfrentar este mal, bien vale la pena.

Le dolía la cabeza, a veces las jaquecas no la dejaban siquiera hablar. Cualquier cosa que le calmara los dolores, era bienvenida. Señaló el vestido blanco que yacía sobre su cama, las perlas blancas y el tocado blanco blanquísimo para que envolvieran su cuerpo.

Las tres jovencitas reían y canturreaban, como si jugaran a la ronda. Pero no, Erzsébet ya no era una niña y estaba en edad de cumplir un sinfín de protocolos que le habían llegado con los años, la estirpe y su condición.

—Salgamos, escapemos un rato de la opresión de estos muros. Pero antes, observarán cómo realzo mi belleza, a ver si aprenden lo que es bueno —dijo la condesa y preparó los afeites sobre el tocador.

Las damas ahogaron un grito, la mujeres húngaras no acostumbraban a maquillarse, esas eran prácticas de baja estofa, aunque las campesinas desconocieran esa experiencia. El accionar para el embellecimiento venía del este y del oeste, las señoras del centro no se permitían semejante fascinación demoníaca.

Sin embargo, Erzsébet se veía tentada por el diablo y, ocupada en descifrar las vidas y los elementos de regiones alejadas de las ciudadelas en las que se sentía atrapada, persiguió las circunstancias de dos señoras igual de ávidas que ella: la condesa milanese de Imola y Forlì Caterina Sforza, que ya descansaba en paz, y la bien viva y florentina Catalina de Médici.

A la condesa Sforza le había gustado experimentar y se había zambullido en las turbulencias de la alquimia. Tanto había gustado de mezclar y revolver que incluso la habían acusado de envenenar a su padre, el papa Alejandro VI. Pero lo que le había interesado a Erzsébet de la oriunda de Milán era su *experimenti*, la colección de recetas médicas, alquímicas y cosméticas.

Tomar jugo de cicuta y usarlo a diario. Aunque sus pechos sean grandes, se volverán pequeños. Si aún son niñas y no han madurado, si usan esta fórmula a diario, sus pechos no crecerán y se mantendrán hermosos y firmes.

Esta era una de las fórmulas de Sforza, pero había un *elisir vitae*, (57) que se elaboraba destilando hierbas en un alambique de vidrio sellado, que la había mantenido en vilo, otorgando a quien le hiciera uso unos poderes fascinantes:

Hace que una persona recupere su juventud y devuelva la vida a los muertos, y si alguien está tan enfermo que ha sido abandonado por sus médicos como un caso incurable, le devolverá la salud.

Las acciones de la florentina le resultaron deslumbrantes. La Médici le dedicaba mucho tiempo a la fabricación de ungüentos para realzar la belleza. Al entrar maquillada a su boda con el rey Enrique II, había introducido en Francia la moda de los cosméticos. El monarca había quedado tan pasmado por los efectos de las pócimas de la juventud de su esposa que era muy común verlo por los

corredores del palacio con mascarillas faciales de clara de huevo y harina de habas.

Erzsébet se aplicó, con extrema suavidad, la cerusa veneciana (58) para blanquear, aún más, el blanco de su tez. Con cuidado, espolvoreó sus mejillas con una pizca de óxido de hierro y refregó sus labios con pétalos de geranio. Borbála y Margit jadearon de placer ante la confirmación de la intensidad que se desplegaba frente a ellas.

—¡Afuera! —exclamó Erzsébet con su mirada febril. Salieron de la recámara tomadas del brazo, dispuestas a arrasar con todo. Pero no tuvieron en cuenta que no vivían solas en Čachtice, que había alguien siempre dispuesto a controlar los pasos de la esposa del guerrero y su séquito. Orsolya las interceptó al grito de:

—¡Qué significa esto!

La señora no estaba dispuesta a permitir que su nuera se convirtiera en una pincelada de sensualidad prohibida, dominada por el entusiasmo italianizante. ¡Lejos de su casa, esto nunca en su familia! ¿Cómo se atrevía a desafiar a su hijo querido?

Tomó la punta de su delantal y se lo refregó por la cara para quitarle los ungüentos del mal. Erzsébet intentó resistir, pero no pudo con la fuerza y se entregó a las manos de su suegra. Las damas de compañía salieron disparadas, no fuera que ligaran un golpe en el revoleo.

—¿Por qué semejante afrenta, Erzsébet? Si bien sabes que, además de no gustarme a mí, esas pinturas no son del agrado de nadie.

—Busco algo que me entretenga, señora. No encuentro nada para hacer en este sitio, estoy sola y nadie me mira. Entonces me miro yo.

Orsolya sintió pena por su nuera. Ensayó una respuesta para sosegar su ira, le dijo que faltaba menos para que su hijo le diera una visita. Con el cuerpo tembloroso, Erzsébet le respondió que no le bastaba con una cortesía, que ella no era una invitada momentánea en la vida de Nádasdy, ella era la anfitriona. Y ni siquiera había libros en ese castillo para poder entregarse a la ensoñación de sus páginas, que ella no era una campesina, que

hablaba y leía demasiadas lenguas como para quedar sumergida en el silencio de esos muros.

La viuda de Nádasdy no supo qué decir. Tenía frente a ella a una joven condesa repleta de títulos, poder y dinero, pero todo aquello parecía no bastarle. No le era suficiente, Erzsébet era la expresión de la agonía.

* * *

Y aquella tarde de primavera, de colores intensos y pimpollos en flor, Ferencz regresó a Čachtice. Entró junto a sus edecanes, quienes hicieron pie en el ala oeste del castillo mientras él se dirigía hacia el lado opuesto. Su madre abrió los brazos de par en par y le dio la bienvenida, pero el barón sintió un impulso invisible que lo jaló desde arriba. Desde una de las ventanas superiores se asomó Erzsébet, que lo contemplaba con su mirada de mármol.

El esposo pródigo se disculpó con su madre y, cansino, subió los escalones de piedra hasta el primer descanso. En la arcada de recibo, aguardaba la condesa. Ferencz se le acercó y Erzsébet dio un giro que lo obligó a que la siguiera hasta la alcoba.

Nádasdy era pura cautela guerrera, Báthory descansaba en su propia lava. Parecían contrincantes obligados a vincularse durante un corto tiempo, poseedores de sensibilidades diferentes y ávidos por imponer, uno sin saber muy bien cómo, la otra desconociendo esa vacilación, su poder.

“Adórame...”.

“Domíname para que te domine...”.

“Que me codicies...”.

“Soy injusta a sabiendas...”

“Tengo sed de ti y nada logra saciarla...”.

“Mi lubricidad...”.

Se dijeron durante el apareamiento. Meses sin verse, demasiado tiempo había pasado como para reclamar. Erzsébet estaba entregada y eso hubiera contentado a cualquier hombre que se preciara de tal. Ferencz le temía y a su vez la deseaba, pero no la entendía. Su esposa era toda belleza y sensualidad, aunque en igual medida y por

momentos era despótica y helada, como si buscara devorarlo el alma. Lo percibía en su mirada, lo exudaba. Sin embargo, allí estaba, sintiendo la muerte cerca luego de la bestialidad sexual que tan vivo lo había hecho sentir. Se agotaba y lo vaciaba para volverlo a llenar con su apetito cruel, inconstante, caprichoso.

Se hizo la noche para que los cuerpos se entregaran al descanso. Ferencz no demoró ni un segundo y se durmió profundamente. Erzsébet, en cambio, rumió el rechazo del sueño. El silencio y la oscuridad iluminaron sus pensamientos. Le costaba dormir y aún más después del encuentro sexual tan esperado. A diferencia de su esposo, que caía vencido luego del frenesí carnal, ella no se rendía, su cuerpo se convertía en el receptáculo de una potencia insólita. Se deslizó fuera del lecho y salió de allí, dejando los resoplidos de Ferencz detrás.

Cubierta solo por una piel de oso, Erzsébet se escabulló por los pasillos hasta el descanso de una de las torres. Se acodó sobre la baranda de piedra y se limitó a vislumbrar lo que pudo del paisaje iluminado por la luna. Una voz inquisidora desde el interior de su mente dio comienzo a un batallón de preguntas. ¿Amaba a su esposo? ¿Por qué sentía un aguijón constante, y no de abeja, en sus entrañas? ¿Qué buscaba? ¿Estaba en condiciones de resistir ese desencadenamiento de ferocidades? ¿Quién la husmeaba? ¿Alguien...?

Daba por seguro que aquello de la alianza matrimonial que le proponía, hasta ahora, su esposo no era lo que ella había imaginado. También aseguraba que Ferencz la quería, ¿pero apasionadamente como había invocado su madre? ¿Morbosa y demencialmente como solo puede amarse a un mujer? Pues no le parecía.

Erzsébet entrecerró sus ojos y se rindió ante la noche con una mueca sonriente, muy calma, inerte. Las estrellas titilaban con miedo desde la bóveda azul profundo y alumbraban la piel extremadamente tersa y transparente de sus hombros y cuello que revelaba la sangre azul de sus venas.

Perdió la noción del tiempo, le daba igual que hubieran pasado minutos o todas las horas, y escuchó un crujido que venía de atrás.

Giró la cabeza y a unos pasos de allí, vestido para salir, se erguía Ferencz.

—¿Qué haces aquí desnuda? Te vas a enfermar, Erzsébet.

—Estoy cubierta, no tengo frío —le respondió y lo miró de arriba abajo—. Estás listo, salgamos a cabalgar, entonces.

La condesa le dedicó un mohín burlón y se le crispó el labio superior, como si le reclamara que la distrajera un poco, que la quitara de ahí, que le propusiera algo novedoso, excitante.

Necesitaba algo que le modificara el ánimo.

—Regreso a Viena, mujer. No puedo, debo salir.

—Llévame contigo, Ferencz.

Erzsébet caminó hacia su esposo con paso lento y cadencia pagana.

—No puedo, debes quedarte a acompañar a mi madre, no se encuentra bien de salud y no debe quedar sola.

—¡Yo soy la que no puede más en este páramo! ¡La escuálida de Orsolya no come para amedrentarme, me persigue, me hostiga!

Ferencz la tomó de los brazos y la apretó tan fuerte que la obligó a derrumbarse sobre el piso. Entonces se agachó sobre los despojos de Erzsébet y le espetó que era aún peor que una hereje. En un movimiento se incorporó y, en cuatro zancadas, salió de allí, sin despedirse de su esposa.

La condesa se hizo un ovillo sobre la piedra. Respiró sin prisa hasta que se quitó el odio del cuerpo. Se levantó, ajustó la piel para que no se le deslizara y corrió hacia el exterior del castillo. No quiso perseguir al fauno de su marido, mitad hombre mitad caballo, fue detrás de su espíritu que, por un momento, se le había escapado. Sus piernas se precipitaron por los confines del bosque. Apuró el tranco como si alguien la corriera, elevó unas plegarias a sus dioses implorando venganzas para la impostora de su suegra, emblema de una piedad mentirosa. Y sintió una suerte de alivio, el mismo que se siente al encontrarse vencedora ante el pacto ulterior con la naturaleza.

Una fuerza inquietante subió desde sus entrañas. Sospechó que aquellas formas vividas hasta aquel momento, recorriendo los días como una sonámbula, más dormida que despierta, llegaban a su fin.

Y allí, sola pero consigo, se juramentó a sí misma en una ceremonia sagrada.

[57](#) "Elixir de vida", en latín.

[58](#) Cosmético utilizado en el siglo XVI como blanqueador de la piel. Se decía que estaba hecho de blanco de plomo puro, que era intenso y concentrado en su forma.

CAPÍTULO

III

Abrió la misiva y antes de leerla supo de qué se trataba. En un abrir y cerrar de ojos se enteró de la incisiva sombra que penetraba en su destino. La letra de su hermano revelaba un “Madre muy mal”, y eso fue suficiente. Erzsébet arrió a sus confidentes, empacó lo necesario y partió rumbo a Nyírbátor.

—Condesa, no he hecho a tiempo de avisarle a su señora suegra de nuestra ausencia.

—Tampoco lo he pedido yo, ni a ella ni a nadie.

Murmuraron Margit y Borbála, aterradas ante el posible cambio de humor de su señora. Se tomaron de la mano y le imploraron a los cielos no ser merecedoras de algún castigo. Porque la condesa pasaba del entusiasmo a la iracundia, como su anuncio a la tormenta.

—No importa. ¿Por qué habría que darle aviso a esa mujer? Ustedes me deben obediencia a mí y solo a mí. El resto es invisible hasta que yo les confirme lo contrario.

Los caballos respondieron al látigo constante mientras Erzsébet no hacía otra cosa que pensar en su madre. ¿Llegaría a tiempo? Pero a tiempo de qué, no podía, siquiera, reproducir la idea de la finitud de su querida pero anudada madre.

Los rituales de la muerte bailaban demasiado cerca y Erzsébet se escapó lejos de los que competían a su familia. Los Báthory se merecían el tratamiento dado a los Habsburgo. ¿O no poseían la misma cantidad de blasones? Los cuerpos muertos del clan desembozaban igual valía que al calor de sus latidos. Pues entonces

la ceremonia del adiós debía honrarlos, incluso más que a aquellos archiduques.

En la Corte de Viena, cuando la pompa y la circunstancia lo afirmaban, los cuerpos, al morir, se dividían en tres partes: el corazón del difunto era extraído y se colocaba en una urna de plata que se trasladaba a la Herzgruft, (59) situada en la iglesia de los agustinos, muy cerca del regio Hofburg. En la Europa de entonces, el corazón era considerado el centro de la vida espiritual y de la fidelidad religiosa, e imponía un sitio destacado. Las vísceras, retiradas durante el proceso de conservación del cadáver, se colocaban en unas urnas de cobre y se enterraban en la Cripta Ducal de la catedral de San Esteban, el principal templo de Viena. Y el cuerpo se enterraba en la Kaisergruft, (60) situada bajo la iglesia del convento de los capuchinos.

Sin embargo, los funerales no se celebraban inmediatamente. Durante varios días el cuerpo era exhibido en un velatorio oficial para luego dar comienzo a la gran procesión funeraria hacia el convento. El traslado del féretro era un acto público y el momento más recoleto de la ceremonia era el esperado ritual de las tres puertas. Al arribar al monasterio, el féretro se detenía ante la puerta cerrada. Un representante oficial de la corte, el gran mayordomo imperial, se adelantaba y anunciaba formalmente la llegada del difunto. Con el ataúd detenido en la entrada y la comitiva en silencio, daba comienzo el diálogo ritual que decidiría la apertura de la puerta y la entrada al descanso eterno.

Su esposo había sido nombrado gran mayordomo del imperio de Rodolfo II. Un entusiasmo delirante inundó el espíritu de Erzsébet. Por qué no, Ferencz podría enarbolar el ritual imperial cuando llegara el tiempo de despedir a su madre. Y fantaseó la ejecución del rito nobiliario, inyectando sus verdades en las figuras de los protagonistas de su progenie:

Su majestad de los Cárpatos, emperatriz de Hungría, reina de Somlyó y madre, Anna Báthory.

Y desde el interior del mausoleo, el monje respondería:

No la conocemos.

Entonces Ferencz repetiría la llamada, reduciendo la lista de títulos para tentar al cancerbero:

Su majestad de los Cárpatos.

La respuesta volvería a ser la misma:

No la conocemos.

Solo en el tercer intento el anuncio provocaba la diferencia. Ferencz, como representante de la corte, debía responder:

Una pobre pecadora.

Y Erzsébet se revolvió en el asiento de la calesa. Su madre desconocía todo pecado, su madre estaba viva, su madre vivía dentro de ella. De nada servía bailar la danza de los muertos con una casa cercana a la creencia católica corrupta. Bien lejos estaban los Báthory de esa mal llamada religión, que primero habían sido luteranos, ahora calvinistas.

Al fin llegaron al castillo. Erzsébet corrió hacia el puente levadizo, su larguísima melena bailó al son del viento, sus damas, rezagadas, la siguieron detrás.

—¡Mamá!

Demoró la carrera, Ecsed era un páramo. Tuvo miedo. Desde los fondos, avanzó el castellano que la había visto nacer. Erzsébet no pudo mover las piernas, sintió los pies hundidos en el foso.

—Niña, pequeña, nuestra...

Se derrumbó en los brazos del mayordomo.

—No quise darle la noticia, Erzsébet, le pido disculpas...

—Ay, qué tristeza, no puedo...

—Sus hermanos y toda la familia ya están en Varannó, allí la entierran, querida niña. No hay nada que hacer aquí.

Se abrazó fuerte al castellano, buscando robarle algo de fuerzas para seguir adelante, y regresó a la calesa.

—¡A Varannó, cochero! Vuela como un pájaro o lo que sea, ya mismo he de llegar. —Y se desplomó.

Las horas le parecieron días, tal vez meses, perdió la noción del tiempo. Los ojos desorbitados de Erzsébet intentaron recordar a su madre. La memoria trabajó a paso redoblado, en su busca, recreando, incluso inventando. La hija juntó los retazos de la relación inexistente, forzada por la niña, arrastrándola a su mundo de fantasía, sola de toda soledad. Y escuchó su risa, siempre lejos pero ahora tan cerca, las canciones de cuna cantadas al aire y robadas para sí en busca de un sueño imposible, las conversaciones con otros, pero apropiadas a escondidas, los abrazos que no tuvo, los besos que añoró y los llantos sin consuelo. Su madre no tenía derecho a morir.

¿Quién la consolaría ahora? ¿Quién le secaría esas lágrimas inexistentes? ¿A quién le contaría todos sus secretos? Erzsébet dejaba de ser hija, ¿entonces en qué se convertía ahora? Y escondió el dolor. Nadie tendría la potestad de verla en ese estadio. Íntima, secreta, debía rendirle honores a su madre.

Llegaron a Varannó. Ya no había nada que hacer. La señora de los señoríos, Anna Báthory ya había sido enterrada en la cripta familiar. Erzsébet se reencontró con sus hermanos István, Zsófia y Klára. No tuvo ánimo, siquiera, para saludarlos. Su hermano ya estaba con los preparativos para su boda con Fruzsina Drugeth, lo mismo sus hermanas, Zsófia con András Figety y Klára con Mihály Varday. Se encontraron ahí para recibir las palabras compungidas del triste adiós de la señora de la comarca.

Erzsébet sintió asco. De todo y de todos. Quería estar sola para despedir a su madre. Se acercó a la tumba, se hincó y metió las manos en la tierra. Al lado, yacía la tumba de su padre. Las hundió más y más, como si fuera en busca de la carne helada, ya no trémula de su madre muerta para darle calor, para ofrecerle la tibieza de su sangre, para entregarle su vida a cambio de un destino

angélico. Erzsébet era un ángel sin inocencia, alada en las noches más oscuras, alegre en sus correrías por venir.

* * *

Las banderas blancas se habían deteriorado, flameaban poco en esos días. “La paz del lobo”, como llamaban a esos tiempos de tregua endeble entre el Imperio de Rodolfo II y las tropas otomanas, empezaba a diluirse. Aterrado ante un posible ataque y una victoria enemiga, el monarca entendió que una buena defensa era poner al frente de las unidades del Ejército Real Húngaro al conde Ferencz Nádasdy y al capitán Miklós Pálffy.

Tras la derrota catastrófica de la batalla de Mohács para el Reino de Hungría en manos de las fuerzas turcas, allá lejos y hacía tiempo, en 1526, la región se había convertido en una turbulencia constante. Sin embargo, para mediados del siglo XVI, los Habsburgo habían encontrado una solución provisoria con las fortificaciones en las fronteras húngaras y croatas, y sus guarniciones de más de dieciséis mil hombres a su disposición. Hasta que en 1568 Maximiliano II y el sultán Selim II firmaron el Tratado de Adrianópolis estableciendo una ansiada tregua. Sin embargo, las tensiones entre los dos imperios fueron en aumento. Los predadores nunca desaparecieron. Ni de un lado ni del otro.

El asentamiento de Bicske ([61](#)) se había convertido en una localidad estratégica por la proximidad que tenía con Buda, que se encontraba bajo el ejido otomano. Durante la primavera de 1578, las fuerzas turcas, comandadas por el líder de Buda, Mustafa Pasha Sokollu, habían intensificado las redadas contra la Hungría controlada por los Habsburgo, apuntando con los suministros y recolectando información candente de lo que sucedía en la frontera.

En respuesta, las autoridades que rendían pleitesía a Viena reforzaron algunas fortalezas clave, entre ellas, el castillo de Tata, que se encontraba bajo el mando del capitán György Paksy, y el de Érsekújvár, ([62](#)) comandado por Ferrando Zamaria Specie de Casa. Estas medidas fueron parte de una importante estrategia para reafirmar la frontera occidental húngara. Era imposible detener los

alertas cuando las amenazas se despertaban como el viento, pudiéndose convertir, en un instante, en un tornado presto a arrasarlo con todo.

Hasta que llegaron los últimos días de junio y las fuerzas otomanas lideraron ataques contra los territorios húngaros controlados por Viena. En la mañana del 26, a orillas del Danubio y en la frontera de Hungría con Eslovaquia, los comandantes Ferencz Nádasdy, Miklós Pálffy y Ferrando Zamaria Specie de Casa se dieron cita para coordinar la operación: quebrantarían las líneas de suministro turcas, cerca de Buda.

La tríada furibunda se mantuvo en espera de refuerzos de las guarniciones locales, y llegaron setecientos caballeros del castillo de Tata, entre húsares y jinetes livianos, preparados para maniobras veloces. El contingente formó la vanguardia de la fuerza Habsburgo-Húngara, enfatizando la velocidad antes que la infantería pesada. Los guerreros magiares llevaban el arte del combate en la sangre.

—¡Soldados, a posicionarse como reserva de defensa! —ordenó el comandante Nádasdy a los novecientos hombres de infantería para que se diseminaran por el bosque de Bicske, permitiendo, de ese modo, que la caballería avanzara liviana hacia Buda con el objetivo de apoderarse de los caballos otomanos, vitales para su movilidad y aprovisionamiento.

Al caer la noche, los húsares avanzaron hacia Buda, a la busca de campamentos otomanos. Le echaron mano a sus tropillas, tomaron prisioneros y se llevaron equipamiento fundamental. Esta operación logró debilitar la logística otomana, sin entrar en combate.

Sin embargo, unos rastreadores otomanos detectaron la incursión húngara y alertaron al pasha Juszuf Frenk, quien, rápidamente, movilizó a un ejército de jenízaros (63) para interceptar a los invasores en la ruta hacia Bicske. La respuesta turca transformó la incursión húngara en una retirada precaria: la columna enemiga superaba la de los húsares y amenazaba con asaltar el ganado capturado.

Inicialmente, Nádasdy y Pálffy ordenaron la retirada para evitar un enfrentamiento con una fuerza superior. Sin embargo, la insistencia de las tropas los obligó a mantenerse firmes, convirtiendo

el asedio en una posición defensiva. Para reforzar la columna, los novecientos hombres de infantería ubicados en el bosque fueron convocados para reforzar la caballería, reorganizando el escenario para el próximo choque.

La fuerza comandada por Ferencz Nádasdy y Miklós Pálffy reunió mil seiscientos hombres, aproximadamente. La principal fortaleza del ejército era la altísima movilidad de la caballería de los húsares y la experiencia en las irregulares fronteras. Sin embargo, las debilidades incluían, sobre todo, una inferioridad numérica frente a la inmensidad otomana. La armada turca estaba comandada por Juszuf Frenk, un agresivo líder de campaña de frontera.

La batalla se libró por la mañana. La táctica otomana aplastó a la húngara. El pánico llegó a las tropas, el comandante Nádasdy fue arrastrado por la derrota, escabulléndose, como pudo, por el bosque. Hubo entre mil y mil doscientas bajas, y ciento veinte prisioneros. Cerca del mediodía, las fuerzas turcas cantaron victoria.

Los sobrevivientes, liderados por Nádasdy y Pálffy, emprendieron una retirada desorganizada hacia las fortificaciones más cercanas, abandonando gran parte de los caballos y del equipamiento.

Ferencz buscó el silencio. Instalados en los alrededores de la fortaleza y desperdigados por donde podían, buscaron la redención de sus heridas y algún tipo de consuelo. Pero Nádasdy no estaba de humor. Quería estar solo. No quería escuchar argumentos y explicaciones de nadie, ni siquiera de su camarada y amigo. Solamente rumiaba sentimientos destructivos. La sensación de odio era su refugio, y también su método para cancelar las dudas que lo corroían por dentro. Buscaba explicaciones, daba vueltas como fugitivo en un laberinto sin salida. La derrota vivida le traería consecuencias nefastas, era menester recuperar los bríos para vencer al enemigo. La destrucción y la devastación no conocían de límites y ahí estaba él para adoctrinar al mundo.

[59](#) La Cripta del Corazón, en alemán.

[60](#) La Cripta Imperial, en alemán.

[61](#) En la actualidad, una ciudad en el condado de Fejér, a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Budapest, en Hungría.

[62](#) Nové Zámky en la actualidad, en el sudoeste de Eslovaquia.

[63](#) Cuerpo de infantería de élite y guardia personal del sultán, en el Imperio otomano.

CAPÍTULO

IV

Ahora que la vida le sonreía, Erzsébet volvió a respirar. La opresión en el pecho que la había perseguido durante aquel tiempo en Čachtice no estaba más. Su marido la había mudado a Sárvár, con la servidumbre y todo. Pero lo que la contentaba a más no poder era el motivo vinculante a tamaña decisión. Su suegra había muerto y, con la exhalación última de la finada, y el equipaje presto, se había armado el contingente vitalista rumbo a Hungría.

Al instante se sintió como en casa, sobre todo porque el desembarco la había convertido en ama y señora del palacio. Sin Orsolya de cuerpo presente, Erzsébet había tomado aire y demostrado quién daba las órdenes en Sárvár, y en todos los castillos en los que pusiera pie. A suegra muerta, la nuera se hacía con todo y aquel enigma casi insultante de ser una esposa sin fueros era desvelado con creces.

Erzsébet se acostaba cuando le daba la gana, lo mismo hacía al levantarse de la cama, no tenía a nadie que la conminara a cumplir horarios, labores y, sobre todo, pensamientos. Porque ya nadie le propinaba indicaciones, o no eran las de Orsolya, que siempre la habían agobiado. Ya no existía esa mujer que se demoraba en pequeñas disputas para ganar supremacía.

Con la mayor de las calmas y la seguridad que había ganado gracias al tiempo y a la muerte, estaba en condiciones de ejercitar su dominio, que quedaba fuera de los cánones habituales. En un postrer acto de lucidez, vivía la vida con sus propias reglas, la transitaba en vuelo rasante, sin adentrarse demasiado en ella. A

veces rodeada de cortes ávidas por adivinar, sin conseguirlo jamás, su secreto; pero en general, furtiva.

Su día comenzaba con el ritual del acicalamiento, que estaba a cargo de un séquito de criadas bien adiestradas. No salía de la alcoba hasta no sentirse preciosa, y las sirvientas, a medida que adornaban a su deidad, debían sumarle elogios al encantamiento.

“Es la más bella”.

“La belleza es su patria”.

“No existe persona más hermosa que usted”.

Y así repetían, como arrullo infantil devenido en urgencia de las furias vengadoras, de una tragedia griega, implorando a los oráculos que aquel intento devorador no fuera inútil. La vestían y la desnudaban en busca de la perfección de una segunda piel para volver a cubrirla con la colección de trajes que conformaban su vestuario. Se cambiaba unas cinco o seis veces al día, dependiendo de su humor o de la actividad que la llamara, pero, sobre todo, porque deseaba mirarse al espejo, contemplar el reflejo en sus *cristalli*, la vasta colección que se había mandado fabricar o traer desde las recónditas tierras italianas.

Cuando se sentía lista y conforme, cuando veía frente a sí una figura fulgurante, deidad de todos los tiempos, elevada desde la cumbre de los Cárpatos, donde rige el diablo más que Dios que se arremolina y ruge con el inmenso soplo de la humanidad, salía de la recámara, no sin antes mojarse los labios y algo más en algún vino de Eger, (64) su favorito. Así reforzaba su ímpetu, alimentando la caminata ígnea en la recorrida castellana.

Erzsébet saboreaba con gusto el placer que le daba el paso de las horas y la llegada del crepúsculo. Era el momento adecuado para el reconocimiento del bosque. Ya se había perdido antes en aquella frondosidad, pero habían sido otros tiempos, sus años habían sido breves y aún estaba en la edad de la inocencia. Ahora era mayor y acumulaba otras necesidades. Salía sola en busca de raíces, semillas, espinas y hojas que le servirían para sus preciados menjunjes mágicos, que ansiaba preparar en el encierro de alguna de las habitaciones del castillo. Por sus venas corría el fluido de los Báthory, compuesto por sangre y partículas divinas que la

arrastraban a una insaciable sed de infinito, lista a obedecer su propio deseo.

Se aislaba entre las sombras de los árboles cuando la claridad empezaba a desvanecerse. A ella poco le importaba, porque tenía la vista de un gato que no necesita iluminarse para ver. Corría, iba y venía, sumida en reflexiones, sin perder la avidez. El viento gemía entre las hojas con sonido metálico y los búhos le daban la bienvenida con su grave canto, que bien podía inquietar a tantos, mas no a ella. Con los ojos encendidos, Erzsébet andaba a la caza de su panacea.

O también preparaba los lujosos salones de Sárvár para recibir grandes comitivas. Le gustaba rodearse de adeptos, incondicionales y esbirros, oportunistas bien elegidos para aplaudirla o venerarla cuando estaba sola, que era la mayor parte del tiempo. Su querido Ferencz, en tanto, exterminaba turcos.

* * *

Como esa vez que acabó en una seguidilla de noches de jolgorio y excesos, Erzsébet quería divertirse, precisaba horas de desahogo y dejarse llevar por una corriente tumultuosa. Fueron días de preparativos, a pura tensión y poca paciencia, y las invitaciones fueron enviadas a destino y a tiempo.

Los convidados llegaron en carruajes desde distintos puntos del reino. Esta vez podían dejar los trineos de lado porque la nieve aún no transformaba el paisaje en una cubierta blanca y profunda. Pero, sobre todo, porque Sárvár se erguía sobre una planicie. Otra cosa bien distinta eran Varannó, Čachtice, Lockenhaus y otros más, contruidos en las cimas de las alturas, vigías de piedra y hielo. Todo aquello quedaba para otras convocatorias, las fiestas en Sárvár se vivían desde la facilidad de la planicie.

Los salones se habían abierto de par en par, millares de llamas titilantes marcaban el camino para recibir a los invitados nuevos, los habituales conocían bien la senda alejada de la medida.

La corte de los incuestionables ni siquiera debía anunciarse, era el grupo de choque de la condesa y tenían vía libre para entrar y

salir. Claro que la salida la practicaban poco. Se arremolinaban junto a ella, les costaba demasiado desligarse de su red.

—Lo más importante es pertenecernos —deslizaba Erzsébet y perpetraba su condición *sine qua non*.

Aunque gustaba de declamar con palabrerío de filo y ruido, sabía bien que era capaz de diluir las palabras, como la tinta en el agua, para quitarles el fulgor ancestral. Era dueña y señora de sus dichos, solo cuando le servían.

Fue llegando parte de la familia Báthory, a quienes había visto poco y nada tras su boda. El castillo eslovaco despreciaba a las visitas. Sus hermanas Klára y Zsófia arribaron del brazo de sus consortes. Hacía tiempo que no veían a Erzsébet, desde la despedida de su madre. Prestas, se fundieron en un abrazo. También István fue de la partida, hacía poco que se había desposado con Fruzsina Drugeth, y todo aquel devaneo sensual de otros tiempos se había calmado de la mano de su mujer.

—Qué afortunado eres, hermano mío, que no precisas huir de esta —susurró Erzsébet, aunque tampoco tanto, mientras lo rodeaba con los brazos—. ¿Te hace estremecer y palpar con suficiencia que tanta calma se vislumbra en tu mirar?

Le rozó con un beso la mejilla y continuó con los saludos, entre giros y exhibiciones de la lujosa vestimenta de terciopelo y sedas. En una de las vueltas, se topó con uno de sus tantos tíos.

—Mi querido Kristóf, ¡qué alegría que me acompañes esta noche! Pensé que no llegarías esta vez por la infinidad de compromisos que te atañen.

Erzsébet se abalanzó a los brazos del robusto caballero. Estaba conmovida con el reencuentro, demasiado tiempo sin verse, ya había perdido la cuenta.

—Oh, aquella niña que fuiste, y convertida ahora en esta mujer. Tan parecida a tu madre, mi querida hermana, nuestra Anna, que ha dejado un vacío imposible de llenar.

Erzsébet intentó una sonrisa y le agradeció las palabras. Le gustaba que la compararan con su madre, aunque, a veces, semejantes dichos se convertían en tempestades que le hervían en el pecho. Suficiente ya de sumisiones, necesitaba liberarse,

abandonar la subordinación tácita hacia esa señora, al espectro que sobrevolaba de tanto en tanto.

—Tío amado, no me encierres en las fronteras de la piel de mi madre. —Le besó ambas manos y elevó la vista para contemplarlo desde allí, mientras engendraba una suerte de maleficio para escapar y abismarse en un pozo insondable.

Kristóf Báthory se había convertido en el voivoda de Transilvania tras el nombramiento como rey de Polonia de su hermano István, que había preferido mantener el título de príncipe y exhibir al sanguíneo como mascarón de proa. El corpulento de los Báthory había prometido que mantendría la paz con los turcos, como lo había llevado adelante su hermano. El problema era que el dueño del castillo de Sárvár —en ausencia— estaba embarcado en una campaña feroz contra el Imperio otomano. Esos Báthory y Nádasdy no compartían enemigos.

—¿Y tu esposo, sobrina querida? —preguntó, arqueando una ceja.

—Quién sabe, Kristóf. Ocupado en sus menesteres, pero tal vez aparezca de un momento a otro.

Erzsébet respondió y lanzó una carcajada para evitar cualquier desmán. Además, su pariente compartía el ansia que había sostenido su hermano István de reforzar la posición de la Iglesia Católica Romana en Transilvania, en las antípodas de aquella rama de los Báthory. Había promovido la entrega de tierras a los jesuitas para establecer un colegio en Koloszvár. (65)

—Espero que tus hijos se encuentren bien. ¿Han venido? No los veo. —La condesa miró en derredor fingiendo asombro. Sabía bien que Balthasar, el mayor, había muerto ahogado en el río Vístula tras la coronación del tío István; que el segundo, Nikolas, también había abandonado este mundo, y que solo quedaba la pequeña Griselda, de corta edad para asistir a una fiesta—. ¡A comer, mis amigos!

Erzsébet cursó la invitación para huir de ahí y todos corrieron a la mesa. Se sirvió la mejor comida y aún más en el sector de la bebida. La condesa alentaba a los convidados a disfrutar de la mesa servida y a que continuara el servicio. Quería que no conocieran de límites: había mucho para dar y ella era una anfitriona soberbia, encantada

de ofertarles placeres, proveedora de una vida palpitante, ninguna como ella.

Y la música invadió los salones con sus notas animadas, aunque tañeran cuerdas taciturnas en una mezcla dionisiaca. Los invitados tragaban lo que tuvieran a la mano, se alzaban en bailes paganos y cantos de igual tenor.

La fiesta transcurría en todo su esplendor y, en uno de sus devaneos, una señora ataviada con soberbias ropas acaparó a la condesa en un apretón. Era su tía Klára, esfinge crepuscular y gustosa de haberse transformado en el escándalo —aunque había otros— de la familia. Había tenido unos cuantos esposos, ya había olvidado la cuenta; algunos habían perdido la vida, y se decía que ella había tenido algo que ver. El último, Anton Lošonci, un destacado caballero que aún estaba vivo pero postrado debido a una grave enfermedad, había colaborado en el deceso turbio del marido anterior. Klára, en tanto, respondía con sonrisas corrosivas, fulgurantes. Murmuraban que había asfixiado a uno de ellos en el lecho nupcial. Ella sonreía. Veneraba el encuentro salvaje con jóvenes, que siempre estaban dispuestos a satisfacerla. También con jovencitas, que despertaban en ella un instinto famélico, difícil de colmar.

—¡Tía Klára! Te echaba de menos... —Se abrazaron con alegría desbordante.

—Ah, tu extraordinaria belleza, Erzsébet, propia de una divinidad, siento que me aprieta como unos ropajes alrededor de mi cuerpo...

La condesa rio a los gritos y se ciñó aún más entre los brazos de su tía.

—Me siento devorada por la implacable majestuosidad de tu belleza...

Siguió con las risas, era eso lo que precisaba, una adulación perpetua, el alimento perfecto para su vanidad. Y Erzsébet continuó con su desvarío, recorrió salones y corredores, controlando que la fiesta fuera eterna.

Pasaron las horas, el sol se alzó y los vestigios del desenfreno marcaron el paso de la servidumbre. Algunos dormitaban donde los había abandonado el temple, otros en alguna cama al paso y la

condesa en su alcoba, envuelta en una espesa oleada presta a estallar.

* * *

*A mi muy querido esposo, Su Excelencia Ferencz Nádasdy.
Solo a él pertenece esta carta.*

Muy amado mío, te escribo para dar cuenta de mis actos, aquí en el palacio, que se encuentra tan vacío sin ti. Me ocupo de los quehaceres, recorro los jardines, me adentro en los bosques, sabes bien que la naturaleza me convoca, plasmo allí mis conocimientos, es que voy en busca de los orígenes de la vida.

En estas últimas semanas he notado que algunas sirvientas no son de mi agrado, de más está decir que son las que moraban en Sárvár en tiempos de tu madre muerta. No responden a mis requisitos, tampoco cumplen mis órdenes. Hacen lo que les viene en gana, que siempre queda fuera de lo permitido por mí. Mis criadas, las mías, mi auténtico séquito, el que me he traído desde Ecsed, cumple en todo, como era de esperar. Estimo que las tuyas actúan en venganza, como si buscaran ser las garantes de la persistencia de mi suegra.

No busco herirte, amante esposo, solo quiero hacerte entender que, a pesar de todo y ellas, Orsolya ya no está entre nosotros y que de nada servirá someter el tiempo y el universo a posarla aquí, de cuerpo pútrido presente...

Ferencz levantó la vista del papel y respiró como si emprendiera la afrenta de tragar todo el aire del mundo. Le llegaban nuevas desde su casa, era una de las frecuentes cartas de Erzsébet. Como habían hecho sus padres en vida, ellos repetían el ritual de la correspondencia constante, aunque el tono fuera diametralmente opuesto. Orsolya y Tamás se habían declarado su amor, por carta, hasta el último de sus días. Solo se habían escrito y leído uno de otro palabras bonitas, desbordantes de entrega y cariño. Las de

Erzsébet, las de la constancia a la hora de escribir, eran esquivas de las palpitaciones del corazón, en la más autoritaria ingenuidad.

El Caballero Negro, así lo habían bautizado al comandante Nádasdy en el campo de batalla por su arrojo furibundo y desconocimiento de la compasión: al enemigo, nada; al turco, tortura y muerte sin contrición. Tal era el goce que Ferencz sentía al someter a sus derrotados que el ritual finalizaba con danzas desmesuradas junto a los suyos y entre las cabezas degolladas de sangre palpitante de sus oponentes.

Tomó coraje y continuó con la lectura de la carta de su impulsiva esposa.

... una parte de mi familia, querido Ferencz. Porque, como bien sabes, nos hemos visto distanciados durante demasiado tiempo. Todos me preguntan por ti, deseándote la mejor de las fortunas. Nunca tendrás que sentir inquietud junto a mí, siempre te cuidaré, esposo mío; no sientas temor de que te delate o hable de más donde no deba. Yo sé que tengo parientes que persiguen caminos diferentes a los nuestros, creencias disímiles a los Báthory y Nádasdy, y que buscan que abra mis fauces y les entregue tu espada más secreta, que ahora es la mía. No temas, me retuerzo en el misterio que es nuestro, cómplices de la añoranza de lo absoluto, que hace aullar a esos hombres ateridos que nunca conocerán la verdad.

Pero a ellos los recibo poco, no tienen demasiado para ofrecerme. En cambio, me reúno bastante con Klára, no mi querida hermana que tiene llamados conyugales constantes, sino mi tía, que al verme un tanto sola se ha ofrecido como una asidua compañía. Me alegra bastante, hemos encontrado un remedio para mis males de la cabeza, que me han torturado demasiado. Sabes que traigo estos dolores desde mi más tierna infancia y mi madre muerta intentó calmarlos en vida, aunque en vano. Klára ha sabido apaciguarlos, ¿serán sus carcajadas? ¿O tal vez sus caricias... en mis

sienes? Me ha dicho que le gustaría compartir alguna tarde contigo, a tu regreso. Podría ser, ¿qué te parece?

Ferencz exhaló con fastidio. Debía continuar con la lectura de la extensísima misiva de su esposa, pero no tenía paciencia. Todo el ahínco que le ponía Erzsébet a la lectura y a la escritura de cartas era inexistente para él. Exigía que fueran cortas y que enunciaran la urgencia a aplacar. No le interesaban las teorías, era un hombre de prácticas, era un mero servidor del ansia ejecutora, no tenía tiempo que perder. Y mucho menos de cavilar.

El asunto de la tía acompañante le encendió las alertas. No la conocía, pero había escuchado demasiados rumores que teñían el proceder de Klára Báthory. Los asesinatos de los maridos que fuera y pasara, los amantes de aires juveniles no le interesaban para nada, pero las orgías con cortesanas gráciles y prestas a experiencias precipitadas no le parecieron pertinentes. Esas prácticas pervertían el fundamento sobre el que estaba basado el linaje Nádasdy, la subyugación y profanación del cuerpo luterano desembocaban en un suicidio anunciado. No permitiría que su Erzsébet estuviera a merced de esa injuriosa de lo sagrado. La sensualidad de su esposa estaba encomendada a él. Y solo a él.

... y he tenido la suerte de recibir un arcón repleto de pétalos de peonías que me ha enviado uno de mis primos y me servirá para una de mis recetas fundamentales. Aquí en Sárvár no he encontrado algunas flores imprescindibles a mis ojos. Querido Ferencz, debemos ordenar nuevos cultivos en los jardines y, además, me haré de nuevas ayudantas para la recolección y cocina de pócimas que, sabes bien, debo ejecutar. Me he hecho traer unos libros de una tierra lejana con recetas fascinantes. Me gustaría probar alguna contigo, ¿qué te parece? ¿Estás en condiciones de ofrecerte a mis pruebas?

Y revivió la imagen de Erzsébet con esa forma peculiar que tenía de bajar los párpados de pestañas tupidas y negras, tragando el cuerpo y el alma de quien posara sus ojos sobre ella. Y sintió un escalofrío. Y tomó la decisión de que era el momento adecuado para traerla consigo a la Corte de Viena.

[64](#) Región vitivinícola del condado de Heves, en el extremo norte de la Gran Llanura Húngara.

[65](#) La ciudad de Cluj-Napoca, en el noroeste de Rumania, en la actualidad.

CAPÍTULO V

Erzsébet estaba tendida sobre la cama intentando aplacar los dolores. El séquito de sirvientas ensayaba todo tipo de pociones para sanarle el mal de la cabeza. Eran las primeras horas de la mañana, a la noche debía asistir junto con su marido a una recepción oficial en Hofburg.

Ferencz había recogido a su esposa y se habían instalado en Viena, en una casa cercana al palacio imperial. El monarca había dado el visto bueno para el desembarco de la condesa en su corte y Nádasdy había considerado que ya era hora. Hacia la espléndida residencia de la calle Schulerstrasse, con una comitiva chica y enseres en calesas y carruajes, había partido Erzsébet, sabiendo que ese sería un alojamiento temporario. Si el vaivén cortesano era de su agrado, buscarían algo que agregara categoría al enclave vienés.

Pero ese caserón ya venía habitado por presencias y prácticas cargadas de historias atroces. Detrás de aquellos muros se encontraba un sendero muy angosto, la Blutgasse, o mejor conocida como la “callejuela de la sangre”, donde se erigía una fortaleza con una infinidad de puertecillas con blasón propio y escaleras que daban a varios patios internos. Aquella casa, que inquietaba por el dominio de cornamentas en las paredes, había oficiado de albergue de la Orden del Temple algunos siglos atrás.

Los Pobres Compañeros Soldados de Jesucristo, mejor conocidos como los Caballeros Templarios, habían comenzado su guerra mística alrededor de 1120, cuando una junta de ocho caballeros cristianos se habían acercado al patriarca de Jerusalem, de nombre

Warmundo, y solicitado la venia para defender al Reino de Jerusalem. El patriarca les había encomendado el deber de mantener los caminos seguros de forajidos. Los caballeros cumplieron la encomienda durante nueve años hasta el Concilio de Troyes llevado adelante en 1129, convirtiéndose en una orden militar legitimada por la Iglesia. La regla de la Orden del Temple se basaba en la de la Orden Cisterciense, regida por la obediencia, la pobreza y la castidad.

Los templarios conformaron una de las huestes de las Cruzadas lanzadas por el papado entre los años 1095 y 1291 contra los líderes musulmanes para la recuperación y defensa de la Tierra Santa, alentadas por la promesa de una recompensa espiritual. Pero con el fin de las Cruzadas, los hombres fueron expulsados de la zona.

A lo largo de sus años de actividad, la Orden del Temple se enriqueció y se volvió poderosa. Recibieron grandes donaciones de dinero, fortalezas, iglesias, incluso aldeas con sus maravillosas rentas, propiedad de reyes y nobles europeos, muy interesados en ayudar en la lucha por la Tierra Santa. Por orden del papa, los templarios estaban exentos de peajes y diezmos, y sus casas e iglesias tenían derecho de asilo. Y solo respondían al Santo Padre.

Pero todo se acaba al fin y, a veces, la frontera que separa justos de pecadores se convierte en un peligroso pantano. El derrumbe de los Caballeros Templarios empezó de la mano del rey Felipe IV de Francia, más conocido como el "Rey de Hierro".

"No es un hombre ni una bestia, es una estatua", denunciaban sus opositores. Incluso el papa Bonifacio VIII se dirigía a él como "el falsificador".

Felipe estaba muy endeudado porque había soñado con la gloria del poder eterno gracias a la acumulación territorial. Y había imaginado en la eliminación de los templarios, un importante rival, una forma de aliviar las dificultades financieras. Por si aquello no hubiera sido suficiente, el rey de Francia se había enfrentado, a capa y espada, contra Bonifacio VIII por la disputa de poderes entre la Iglesia y la Corona. Tras la muerte de aquel papa y la asunción del renovado Clemente V, al que había sometido bastante, el francés vio la oportunidad perfecta para agigantar su control sobre los asuntos

eclesiásticos. Le ordenó que suprimiera, de una buena vez, a la Orden del Temple.

El viernes 13 de octubre de 1307 los templarios fueron apresados por orden de Felipe IV y acusados de los delitos de herejía, blasfemia, idolatría, corrupción financiera y prácticas degeneradas. En el mes de noviembre, se emitió la bula papal *Pastoralis praeeminentiae* que ordenaba el arresto de los templarios en toda Europa.

En Alemania, en esos años, reinaba el Habsburgo Federico el Hermoso. El gran maestre de la Orden era Friedrich Wildgraf von Kyrburg y residía en Viena, en su inquietante castillo de salas subterráneas y catacumbas, a espaldas de la catedral de San Esteban. Todas las casas que rodeaban a la fortaleza pertenecían a la Orden. Allí se reunían los templarios para todo menester que los convocara, y los curiosos de todas layas podían verlos deslizarse por los alrededores en tareas misteriosas, entre gallos y medianoches.

Pero cuando llegaron las noticias del apresamiento y ejecución en la hoguera del gran maestre francés Jacques de Molay a orillas del Sena, Wildgraf ordenó a sus caballeros que salieran de Viena de inmediato. La hueste templaria montó los corceles rumbo al norte. Pero nunca contaron con la traición artera del Consejo Eclesiástico, que los encomendó a que volvieran prometiéndoles que estarían a salvo bajo su ala.

Las capas blancas de cruz roja surcaron los cielos en la campaña de regreso. Entraron a Viena y, al instante, los eclesiásticos cerraron las puertas de la ciudad bajo mil llaves. Los del Temple galoparon hacia su fortaleza y allí se atrincheraron. Sin embargo, fueron cercados a través de los patios y las catacumbas. A golpe de maza, una y otra vez, los masacraron entre aullidos de dolor y exterminio. Corrieron arroyos de sangre hacia la Singerstrasse, convirtiéndola en la Blutgasse.

Y por allí reposaba Erzsébet, acomodando el cuerpo para el crepúsculo en el palacio. Probaba los filtros sanadores, aspiraba pomadas de mandrágora, que tan útiles habían sido alguna vez, e imploraba que lo fueran en aquella oportunidad. Precisaba aletargar el destemple que la acompañaba y no sabía bien por qué.

—¡Sírvanme, doncellas! ¡Quiero algo para que se duerma el suplicio de una buena vez!

Y el tropel de sirvientas apuraba, como podía, el conjuro que les otorgara, a ellas, un poco de paz. Las tempestades hervían en el pecho de la señora y les era menester aplacarlas.

Erzsébet se aplicó un paño frío que le quemó los párpados. Quiso apagar las luces alicortas del día.

* * *

Los salones de Hofburg ostentaban el esplendor y poder ejercido por Rodolfo II, más cercano al arte y al intelecto que a los banquetes de desenfreno lascivo. No era que los estímulos más bajos no fueran del agrado de nobles y cortesanas que ocupaban aquellos estrados, claro que la exhibición de la belleza era un bienpreciado de tener y contemplar. Además, no debía de olvidarse del ojo censor de la reina madre, que aunque ya había optado por el cobijo del regreso a España, de cualquier modo estaba atenta a la ejecución de las prácticas permitidas por la Santa Iglesia. Sin embargo, los intereses del monarca navegaban otras aguas, menos voraces de la carne, más hambrientas de los misterios de vida.

Y se fueron colmando las cámaras y antecámaras del palacio con lo mejor de Viena y alrededores: artistas, astrólogos y alquimistas, algunos de los mejores soldados del emperador y una corte de espléndidas señoras, ávidas por mostrar el último mandato de la moda.

—¡Los condes de Báthory! —anunció el maestro de ceremonias a la pareja magiar con la nominación adoptada por ambos.

Entraron con la frente en alto, la de ella rasurada en las sienes como marcaba la tendencia de las mujeres bonitas y cubierta por un tocado con hilos de oro; la de él, exhibiendo toda su frondosa cabellera. Erzsébet lucía su mejor vestido de terciopelo carmín y mangas blancas, y su larguísima melena negra que contrastaba con la piel blanca, aún más nívea por la aplicación de la cerusa.

El salón, en su totalidad, dirigió la mirada hacia la joven pareja. Eran jóvenes, bellos, y la actitud que ostentaban era del más

absoluto poderío. Erzsébet estaba contenta, los invitados la escrutaban y daban el visto más que bueno con lo que tenían frente a ellos. Las señoras también estaban atentas con la nueva adquisición de la corte. Y Ferencz, hinchado de orgullo, poseía a la mujer más observada de la recepción.

—¡Pero qué lugar para encontrar a la divinidad dentro!

—Todas estas personas de aspecto rudo y gestos brutales se convierten en algo diferente a la luz de Erzsébet.

Murmuraban todos, hombres y mujeres, en voz baja o buscando ser escuchados mientras los Báthory deambulaban y destemplaban a su paso. Continuaron el derrotero y llegaron hasta donde se encontraba el emperador, bien rodeado por sus hombres de confianza.

—¡Comandante! Qué alegría que me haya hecho caso y traído a su misteriosa esposa al palacio. —Rodolfo II extendió los brazos, dándoles la bienvenida.

—Excelencia, le presento a Erzsébet, condesa de Báthory, mi esposa.

Ella le ofreció la mano para que se la besase y ensayó una tibia reverencia. Ni lerdo ni perezoso, el emperador la conminó a que se sentara a su lado; ella aceptó. Y en segundos se entendieron. Toda la desconfianza con la que Erzsébet había arribado desapareció ante las buenas formas y autenticidad del Habsburgo.

De inmediato se trenzaron en una conversación eterna, era de esperar que los asuntos alquímicos y esotéricos los envolvieran bajo la misma manta. Rodolfo II la introdujo a algunos astrólogos de la corte y ella buscó verdades donde no las había encontrado antes.

Casi sin querer, aunque no daba puntada sin hilo, Erzsébet fijó el ojo en algunas cortesanas que circulaban por el salón. Los peinados rubios la dejaron sin aliento, aunque disimuló. Quería ese pelo, ansiaba esas melenas soleadas para ostentar sobre su cabeza. Y el emperador percibió el reojo de su invitada de lujo.

—No estás hecha de la misma carne y la misma sangre que ellas, mi honda Erzsébet. ¿Qué es esa zozobra que incomoda tu pecho? No pierdas el tiempo —le dijo al oído.

La condesa tomó envión para responder, pero antes le salió una carcajada.

—¿Soy tan predecible?

—No lo creo Erzsébet, eres la creadora del sentido de la belleza, mereces la adoración de todo el mundo. —Y chasqueó el dedo para llamar a un lacayo. Le susurró algo al oído y este salió disparado para luego regresar con una nota. Se la entregó al emperador y este a la mano de la condesa.

—Aquí tienes lo que precisas para aclarar tu melena.

Erzsébet la observó por arriba y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Llegaron unos compases desde la sala contigua, anunciando que comenzaba el baile. Un compuesto caballero le extendió la mano a la condesa y ella lo siguió. En ningún momento exhibió una duda ante el atrevimiento del desconocido. Ella solo quería bailar.

Y Ferencz regresó al lado del emperador a la busca de retribuciones.

—Su esposa ha salido a bailar, comandante.

—Imagino, Excelencia. Le gusta hacerlo, a veces me reclama que lo hace poco.

—Es algo que hacen las esposas, aquello de los reclamos, ¿no es cierto?

—Yo no sé lo que es certero o lo que no. Me he desposado con esta mujer sin razones más. Sé que puedo correr riesgos porque tiene todas las faltas de su sexo. Posee ánimo caprichoso y algunas debilidades femeninas, pero no tengo tiempo para cuestionarme. Ni ganas, con dedicarme a observarla tengo bastante ganancia.

—Muy bien, Ferencz. Pero su temple deberá ser de acero. Ella no es para cualquiera. Usted tendrá lo fundamental. Además, el matrimonio es un asunto de mero sentido práctico, más que de cualquier gratificación.

Nádasdy asintió y frunció el ceño, otorgándole una expresión de severidad y dominio a su cara. No le parecía interesante tocar los temas domésticos con el hombre más poderoso de Europa Central. Había asuntos más importantes en el horizonte. Y ya resolvería sus

cosas en los muros de su castillo que, por cierto, descansaba en ellos poco y nada.

De pronto, un extraordinario alboroto de aplausos irrumpió desde otra de las salas. Los afectos a la música se entregaban al baile. Erzsébet era una de las tantas que demostraba su talento, pero la única que atraía todas las miradas. Entre los acordes y los pasos, escondió su verdadera naturaleza. Le gustaba impostar y jugar a ser una criatura de ojos tímidos y asustados, y un rubor leve como el pétalo de una rosa le subió a las mejillas y los labios parecieron temblar. Las líneas de su cuello eran como las de un lirio blanco y sus manos, talladas en un gélido marfil.

A lo lejos vio la sombra de su marido. La máscara de la noche se le transformó en el acto, pareció decaída. Le agradeció a su pareja de baile y fue tras la estela de Ferencz. Él apuró el paso y ella fue detrás, como pudo. Le colocaron el abrigo y el sombrero y salió al patio, a la espera de la calesa. Erzsébet llegó a tiempo y subió el escalón que la llevó a acomodarse al lado de su esposo.

* * *

—Ya es hora, nos vamos de aquí.

—Pero si apenas han pasado unos meses.

—No debo perder el tiempo y en este sitio es lo único que se me propone. No tengo nada que hacer ya.

—Te comportas como si estos meses hubieran sido años o siglos. Y tan luego debo soportar que me llames altanera e intolerante a mí. Es de no creer.

Una oleada de una furia vívida ascendió hasta el cerebro de Ferencz, que pareció presto a estallar. Estaba cansado de las veleidades de Viena, era como estar inmerso en un claustro eterno. Además, esa corte ya no tenía nada para ofrecerle y poco a poco lo sumía en un total desasosiego. El deber lo llamaba y bien lejos de ahí.

—Y cuando yo, al fin, empezaba a entretenerme... —resopló Erzsébet, exagerando un ápice. Con tal de confrontar con su esposo, buscaba cualquier excusa.

—Si sabes bien que la urgencia de la batalla me aclama y no quiero dejarte sola en esta corte. Salimos rumbo a Sárvár, los dejo ahí y continúo viaje hacia el sudeste, que ahí me aguardan. Conocías mis deberes, ¿o acaso no gustabas de ellos?

Erzsébet mantuvo la calma y se tragó el chicotazo que hubiera dado por respuesta. Su marido tenía razón.

—Además, será una temporada bastante larga la que tengo por delante. Será mejor que te afines en el castillo del sur que está mejor abastecido. ¿O prefieres Čachtice? En ese caso, haré lo que me pidas, mujer.

La rodeó con los brazos y ella abandonó el cuerpo durante unos segundos. Se giró, con él adherido a su pecho, le tomó las manos y lo miró a los ojos, contemplándose en el reflejo de un modo muy particular, tan perturbador.

—Prefiero Lockenhaus, mi señor.

Desmantelaron la residencia que daba a la Blutgasse, acopiaron todos los enseres y los Báthory y su acotada corte partieron hacia el sur de Austria.

Erzsébet se acomodó con la felicidad intacta por haber vencido a su marido en la pulseada. La afrenta había sido breve pero suficiente para la caricia de su amor propio. Con su marido lejos, se dedicó a ir y venir por la finca y a dar órdenes y contraórdenes a las criadas que, como era de prever, no daban abasto: que le consiguieran aquella hierba, que ahora mismo se apercibieran con la pertinente seta mágica, que pronto, no hay demora que apruebe si no aparece el polvo para el revoltijo, y así un *ritornello* de diatribas e imprecaciones que ya nadie entendía. Y la servidumbre dale que te dale alrededor del brasero, revolviendo el menjunje de turno.

La condesa buscaba la soledad de ese instante para encontrarle el provecho al embellecimiento. Mejor sola que fea. Y así disparaban sus anhelos, sin reparo, aunque nada la conformaba.

Ferencz recibía los reportes domésticos de su esposa con una asiduidad pasmosa. Le interesaban poco, pero ya se había acostumbrado; él respondía con palabras escuetas, así se enlazaba la relación matrimonial. Le temía un tanto, casi en la misma dosis de

amor y admiración que sentía por ella. Que hiciera lo que quisiera si así se sentía feliz.

En una de las tantas cartas que habían ido y vuelto, Erzsébet encontró la solución para ajusticiar a las sirvientas que entraban en pánico o sufrían crisis que ella no entendía, o tenía insignificantes ganas de hacerlo. Pegaba gritos al cielo cuando esto sucedía o apretaba los dientes hasta que rechinaban. Pero su amado Ferencz le apuntó el santo remedio: que tendiera a las irresolutas sobre la piedra y les metiera un trozo de papel embebido en aceite entre los dedos de los pies y les prendiera fuego. Así aprenderían, que eso mismo hacía él con su tropa y surtía efecto. ¿No era acaso el ejercicio de la cólera una práctica fundamental para hacerse obedecer?

CAPÍTULO VI

Y llegó la primogénita —la heredera fundamental, de necesidad urgente en toda familia nobiliaria con ansias por eludir la desaparición— a las vidas de Erzsébet y Ferencz. Al fin la condesa sola y sin esposo a quien amarrarse dio a luz a una ínfima Anna que se dio a conocer con todo y la fanfarria de su llanto en un gélido atardecer castellano. La criatura irrumpió en el siglo como ofrenda de un desesperado sometimiento del tiempo, tal vez como garante de la persistencia de la vida en este mundo.

Erzsébet estaba a punto de cumplir los veinticinco años y dio por seguro que exhalaría el último aliento durante el pujo final, pero no fue así. Con el cuerpecito untado en sangre y desechos, la pequeñina se dio a conocer con la bravura de un gigante. A la madre, en tanto, le sobrevino la náusea ante lo desconocido, la premura de la carne de su carne y, sobre todo, el terror de la dependencia. La miraba y se reconocía, la tocaba con la punta de algún dedo y se hundía en un escalofrío caliente, humano, bestial. Era su hija, sobre todo suya. Entonces, la pavora.

El nombre lo eligió Erzsébet. Esa no era tarea de su esposo, quien, por otro lado, andaba dando muerte a un sinfín de turcos por los confines de la tierra mientras ella se ocupaba de dar vida. Era el nombre de su madre, tal vez con esa ofrenda lograría regalarle el respiro a su Anna eterna y fugitiva.

Una corte de criadas y nodrizas se hizo cargo, en el acto, de la supervivencia de la criatura. Cuando se sentía en condiciones, Erzsébet la tomaba entre los brazos y la besaba una y otra y más y

sin cesar, restringiendo, como podía, el temblor en el que se sumía. La acariciaba, la olía, la perseguía, la acechaba, la miraba y miraba y miraba con sus ojos redondos buscando en los gorjeos de la niña, aunque más no fuera, un poco de sosiego. Nunca era suficiente. La amaba con desesperación, se despreciaba en aquel tembladeral en el que se sumergía.

Pero la presencia del cuerpo diminuto de su hija, aunque ausente tantas veces gracias al rescate de la servidumbre, comenzó a horadar sus cimientos que creía tan sólidos. Algo en su cuerpo se había quebrado. ¿Y si el advenimiento de su hija le hubiera inoculado el veneno de la hiedra?

—¡Vengan ahora mismo! Necesito que me asistan a mí, no a ella.

Y ni fuerzas para mantener el grito tuvo, se desmoronó sobre las alfombras de hilado exótico. La turba de sirvientas corrió a socorrer a su ama. Erzsébet gemía desconsolada. Desde ahí abajo pidió que la socorrieran y que le trajeran su espejo. Las doncellas se miraron entre ellas, cada vez entendían menos, pero cumplieron las órdenes. Acomodó el cristal frente a su cara y se enfrentó a su propia imagen, mezcla de Dios y demonio, y contempló un destello sombrío que no conocía. Una figura irreconocible, unos senderos que no sabía hacia dónde iban en una cara con un cansancio que no era el suyo, ajada, de sombra violácea y piel gastada. Estaba vieja y todo lo que se dibujaba en su *cristallo* era pura fealdad. Y sintió un gusto nuevo en la boca, sabía a peligro.

—No puedo soportar esto. Deben encontrarme el remedio, quiero la cura a este suplicio. Mi querida hija me ha convertido en un ser mortal y no lo tolero. Me ha entregado el pasaje a la pérdida y yo no he nacido para eso. Ha abierto una herida en mí a la que no le encuentro ningún sentido. ¡No puedo! ¡No debo! ¡Solo ustedes deben!

Las doncellas, desconcertadas, sabían que no tendrían excusa a la hora de los resultados. Una de ellas aventuró la osada sugerencia de que la señora estaba preciosa como siempre, o como nunca, o con la gracia que le daba la consolidación de la maternidad, y se abrieron las bocas del infierno. Erzsébet perdió los estribos y se abalanzó contra el engendro que se había atrevido a propinarle

tamaños improprios. La pararon como pudieron y se desvaneció sobre los brazos samaritanos de alguna de ellas.

La recostaron sobre un diván y la fregaron en ungüentos especiados e intentaron, por todos los medios, de anestesiarla aunque fuera un poco. La condesa se agitaba en unas ondulaciones desacompañadas, en un presagio de tormenta.

* * *

Erzsébet estaba sentada, entregada a los afeites de rutina desde hacía unas cuantas horas. Su larga cabellera siempre era trabajada por las mismas doncellas. Eran tres criadas con rango y algún linaje las que acompañaban a la condesa desde los primeros días. No confiaba en la mano rústica de las muchachas de campo, ávidas del jornal y una cama caliente, pero carentes de levedad a la hora de manipularla.

—¿Dónde está Katryna? Les hará falta ella para la faena última, sus dedos como gusanillos apenas cosquillean mi testa sensible. Y no la veo por aquí.

La joven tan deseada había sucumbido a una peste y la habían confinado extramuros, no fuera que trajera el mal al castillo del señorío. En tanto, Ficzkó, el mayordomo y hombre de máxima confianza de la condesa, había puesto la voz de alerta para reclutar a alguien que ocupara su lugar.

El dúo de la eficiencia había empezado a cepillar el pelo clareado desde la coronilla hasta las puntas, y aquellos flecos acariciaban los dos hoyuelos dibujados debajo de la cintura, la antesala de las redondeces de la carne, el santo y seña que ostentaban algunas pocas Báthory. Erzsébet se había entregado en una satisfacción de éxtasis inmóvil a la felicidad del embrujo estético.

Ilona y Dorota —doncellas y oráculo de la primera hora— peinaban y peinaban las hebras fulgurantes. Luego, dividieron el pesado telón capilar en dos mitades. No se dirigían la palabra entre ellas, pero sabían bien que faltaban otras manos para dar comienzo al final del peinado. Se miraron y dirigieron el reojo a la puerta para ver si el mayordomo entraba con buenas noticias de una vez y por

todas. Se hizo la luz y apareció Ficzkó, empujando a una jovencita de mejillas regordetas y alegría en el mirar. En un movimiento, le indicó dónde debía ubicarse, e Ilona y Dorota le hicieron lugar.

Antes, había sido advertida:

“No se habla”.

“No se mira”.

“Tampoco se sonríe”.

“Sin ruido al respirar”.

Las avezadas no quitaron los ojos de centinela de la espalda de la condesa, intuyendo y sin necesidad de confirmación que el entusiasmo de la rubicunda se velaría en cualquier momento. Pero no había tiempo que perder.

Levantaron el pelo como ofrenda al cielo, la novata tomó la redecilla de perlas, la apoyó sobre la coronilla espléndida y con el bastoncillo de boj fue a la busca de pequeños mechones de pelo que fueran el hilado a traspasar cada hoyuelo de la red, para luego ondearlos sobre la testa. De un lado y del otro en un justo equilibrio y sin enredar. Era el trabajo de una artista y esa faena brilló por su ausencia.

La regordeta había peleado contra la corona de pelo sin demasiada suerte. Ilona y Dorota sintieron un frío nuevo en el espinazo y la condesa mantuvo los ojos cerrados mientras duró la manipulación.

—Tráiganme el espejo.

Una de las criadas desde la otra punta de la habitación se apuró a cumplir la orden. La enfrentaron al reflejo, Erzsébet levantó la vista y creyó que se había extraviado, que se había vuelto ciega. Vio la maraña monstruosa en la que la habían convertido y un fuego le quemó las entrañas. No pensó más, giró y, con todas las fuerzas de sus ancestros, le plantó una cachetada a la mejilla rozagante de la nueva, que terminó herida. De la nariz malhadada brotaron dos gotas de sangre que salpicaron el antebrazo y la mano —no la que fuera la prueba del delito— blancos de la condesa Báthory.

El séquito corrió a poner un poco de calma aunque también a detener el tiempo, por temor a que estallara el fin del mundo.

Intentaron limpiar las manchas sanguinarias con cuidado, pero la sangre, en vez de desaparecer, devino en pócima nutritiva.

Erzsébet se dejó hacer y observó los efectos de la mancha y la limpieza. Le pasó los dedos por la zona de conflicto y sintió una suavidad nueva; la rozó con sus labios en un movimiento demorado y la sensación de tibieza la convirtió en gato. Pidió una vela para mirarse mejor. La acercó al sector afectado por la sangre fresca de la nueva para confirmar que brillaba con un resplandor diferente.

No podía dejar de mirar su piel renovada. Se olvidó por completo del peinado errado, del espanto en el espejo. Contemplaba, extasiada, su carne trémula, y como si se se hubiera relamido las heridas, la sangre de otra se había convertido en propia para salvarle el día.

Aquella negrura del comienzo resplandecía ahora en un chispazo divino con gusto a sangre.

Con lágrimas en los ojos y olvidándose de que no estaba sola, Erzsébet sintió que nacía una fuerza desconocida dentro de ella.

* * *

Los días se convirtieron en noches y en claridades que se agazaparon debajo de las sombras de una eternidad en suspenso. Erzsébet no podía dormir, o no quería, pero importaba poco. Estaba segura de que si el sueño lograba vencerla, un nervio indómito sería capaz de quitarle el estado de clarividencia que había encontrado. ¿Era aquello un delirio de su razón indispuesta o una hebra de un instinto secreto? ¿Qué motivo, si existiera tal, la llevaba a la persistencia de ese afán nuevo?

Precisó confirmaciones, quería ser ungida por la verdad de la vida. ¿O de la muerte? No soportó más la mansedumbre de aquellas estadías interminables en las habitaciones del palacio, de los pocos pasos que daba entre los corredores y la alcoba, y del estímulo carente que le inyectaba aquel trayecto, y entonces decretó que la solución estaría en el viaje constante. De Sárvár a Lockenhaus, de ida y de vuelta, junto al séquito chico, aquel de confianza —idea brillante, ya que las casas estaban a unas leguas entre sí, aunque

había que cruzar límites de Austria a Hungría y del reino magiar al Habsburgo, pero eso no era relevante—.

Seguidme los inadecuados, aparentó ordenar la condesa Báthory, presta a encontrar respuestas en los caminos boscosos de sus dominios. Con una rabia suficiente en el corazón, se acomodó en el carruaje. Abandonada la mirada en el camino, sus ojos parecieron despedirse, confiando en que la dejaran partir para que pudiera ocultar en el fondo de la tierra su tristeza infinita.

Recobró algo de su alicaída esperanza y, cuando llegaban esas noches con claros de luna, lideraba unos paseos hacia lo más aislado de su propiedad con Dorota Szentes, alta, más que alta y fuerte, como un animal de carga, e Ilona Jo, las elegidas. Sobre todo esta última, que la acompañaba desde tiempos inmemoriales.

—Dorkó —así le decía a su íntima Dorota—, apura el paso, que no quedes rezagada por un caminar de anciana, mujer, que para algo eres la más joven —la apuró la condesa jadeante—. Mira los bríos de mi Ilona y aprende.

Su antigua nodriza sonrió con una mueca torcida, regalando truculencia más que la serenidad de una sonrisa al viento helado. La fealdad de ambas hubiera aterrado a cualquiera, no a la condesa. Continuaron con la caminata, Erzsébet perseguía algo que no declaraba, aunque así era siempre. Por lo menos hasta ese momento.

—Vamos, mis escuderas, ayúdenme. Algo se ha modificado en mí desde aquel día, creo que todo ha cobrado algún sentido.

Las sombras de los árboles recreaban formas extrañas, indecisas, parecían abrazar o expulsar, siempre y cuando que el desprevenido no sucumbiera al terror de la noche. Erzsébet iba y venía, elegía correr detrás de ellas, más que sentirse amedrentada. Allí se sentía a salvo.

—¿Adónde vamos, señora?

—No lo sé, tampoco importa, Ilona. Lo único que puedo aseverar en este preciso instante es que a partir del nacimiento de Anna me he sentido cada día más muerta.

—Sin embargo, la vemos, señora, viva y en la plenitud de sus formas.

—Mira esto. —Erzsébet se levantó la falda, con la mano tomó el borde superior del calzón y se lo bajó hasta el pubis—. Estoy casi segura de que estoy encinta de nuevo. Volverán a comerme, Dorkó, la muerte se apura, Ilona.

El viento silbaba a través de las hojas y un pájaro escondido entonaba su lamento a la espera de una respuesta.

—A ver, señora, permítame. —Ilona extendió una mano huesuda y la apoyó en el bajo vientre de la condesa—. Así es, late la criatura.

La dueña de los saberes supo con solo palpar. Erzsébet le entregó su confianza.

—Ayúdame, Ilona, te lo ruego.

Con las manos tomó las de la nodriza y se las pasó por todo del cuerpo, palpó las piernas y entre ellas, y subió por la panza y los pechos, que habían empezado a cargarse, el cuello, la cara, arriba y abajo, dirigiendo el tanteo como un comandante a su ejército.

—Existe una posibilidad de detener el tiempo, señora.

—Eso ansío, Ilona. Ahora mismo. Dóname el secreto, que seré su mejor carcelera.

Ilona le susurró al oído lo que ya había discurrido con Dorota desde hacía unos cuantos días. Habían deliberado, en soledad, la receta magistral de la eterna juventud para su señora. El conjuro debía cumplirse, ella y solo ella.

La sangre de niña debe cubrir la piel de la condesa.

La faz sangrienta de sangre de ninfa atravesará los poros hasta el final.

El velo ensangrentado otorgará la solución.

Erzsébet dejó de respirar y una calma nueva la abrazó. Contempló a las criadas con la gracia de la complicidad, con la misma emoción que latía cuando se sentaba a la mesa de un banquete descomunal de carne y comía hasta caer rendida. Ya no caería, solo temblaba de impaciencia porque necesitaba dar comienzo al pacto que llegaría en su ayuda.

—¿Me verá joven?

Asintieron las criadas.

—¿Lo prometen?

Prometieron las criadas.

—¿Permaneceré eterna?

Afirmaron las criadas.

—Júrenme que seré amada. Intensamente, con devoción.

Y juraron.

Ahora debían ponerse a trabajar. Ilona murmuró algo más, unas palabras secretas, desconocidas para los de a pie, reveladas para los cofrades: les vendría como anillo al dedo la colaboración de una mujer que lo sabía todo. Erzsébet aceptó al instante. Se trataba de Anna Darvulia, la bruja consultada por toda la comarca para menesteres pedestres. Para ellas, develaría otras sabidurías. La condesa conminó a Dorkó a que se la trajera cuanto antes y que se aliara a su corte, que ya vería con qué la tentaría, y quién sabe, tal vez podría nombrarla institutriz de su hija y de lo que estaba por venir.

Con los ojos ardientes, inició el regreso al castillo. Se cubrió la cabeza con la caperuza, se adhirió el terciopelo al semblante y se relamió con la idea de que dejaría de estar ajado. Esas gotas lavarían la fealdad que traía el tiempo. La condesa quería caminar por otros senderos, los conocidos estaban colmados de piedras y ella prefería las rosas.

CAPÍTULO VII

Contemplaba a la recién nacida como el hijo de Liríope a su reflejo en el estanque. Erzsébet rozaba apenas la piel del bebé porque no quería lacerarla con el peso del mundo. A pesar del deseo de su esposo, que le había sugerido que podía ser la heredera de su madre, la había nombrado Katalina. Pues no. Kato era suya y no la sacrificaría por pedido de su padre. Esa hija se había impuesto a la vida como una herida que ella, y solo ella, estaba dispuesta a lamer. Desde el mismo instante en que la parió, Erzsébet supo que el fruto de ese desgarró profano sería su protegida. Katalina era igual a ella, tal vez quiso que así fuera.

Pero el nacimiento de una vida no fue el único acontecimiento destacado de ese año para los Báthory. A mediados de diciembre, a una zancada de 1587 y con un frío que heló la sangre, llegó a Sárvár la noticia de la muerte de su tío István. El último hermano de su madre que quedaba con vida. De los hastiales por encima de ella ya no quedaba nadie. Con lacre y escudos le anunciaron la fecha y el sitio donde se llevarían adelante las exequias.

No me encuentro en condiciones de asistir. He dado a luz y me siento indispuesta. Iré mi esposo en mi nombre.

Condesa Erzsébet Báthory

El advenimiento de Katalina fue la excusa perfecta. No tenía ganas de movilizarse junto a su séquito hasta Cracovia. Las bajas

temperaturas y, sobre todo, las tormentas de nieve eran un impedimento letal para su salud, y aún más para el movimiento de vasijas, cuencos y la prodigalidad de tintas y frutos de la naturaleza que no la abandonaban ni a sol ni sombra.

El tío voivoda de Transilvania, rey de Polonia y gran duque de Lituania había abandonado el mundo sin motivos aparentes en la ciudad lituana de Grodnó y, con toda la pompa y la circunstancia que exigieron sus títulos, fue sepultado en la cripta de la catedral de San Wenceslao.

Rodeado por sus edecanes, el Caballero Negro se presentó a dar el pésame. Su presencia fue una declaración de principios, más allá de la relación familiar que los unía. Uno de los proyectos principales de István Báthory había sido la construcción de una federación de Estados —entre los que se encontraban Polonia, Hungría y Transilvania— contra los turcos. Sin embargo, ese no era el único enemigo del conglomerado de reinos; los Habsburgo peleaban el lugar de la furia, igual o peor. Y Ferencz Nádasdy luchaba a muerte contra el asedio otomano, pero bajo las órdenes de Rodolfo II, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Las relaciones eran peligrosas.

Mientras tanto, en Sárvár sucedían cosas de lo más alejadas del ámbito político. A diferencia de la celebración de la muerte que llevaban adelante los hombres de la familia, en la finca emplazada en el oeste de Hungría se reverenciaba la vida. O esa pasión ruinosa que se embebía de luna.

Erzsébet había recobrado la ilusión, se sentía impenetrablemente abierta. Había desechado aquella creencia absurda de que estaba a punto de morir y le había vuelto el alma al cuerpo. Y la promotora de aquella quimera había sido Darvulia, de las últimas convocadas a la corte de los milagros.

—Soluciones, necesito soluciones para esta carrera poco apetecible y tan ajenamente mía —le había pedido la condesa, replicando la sed de la sanguijuela, que traga y traga en una inercia repulsiva pero nada la sacia.

—Su vida será una obra inconclusa, un sendero que no llegará a destino. Porque el cometido, el vuestro, es estar en tránsito. Usted

es el desvarío, condesa Báthory, y yo solo le marcaré el paso.

La maga recitó con decir lento, como si por medio de cada palabra fuera capaz de convocar las respuestas de todos los mundos. Los ojos centelleantes de Erzsébet, en tanto, tragaban la oferta de su nuevo oráculo.

—Por medio de agujones, nos proveeremos de sangre joven, condesa. Sangre de campesina, sangre limpia de toda indolencia porque está viva, porque renueva y porque seremos las únicas, de aquí y de allá, que guardaremos este secreto.

—Saldré a buscarlas, entonces. —Y se incorporó con unas ganas hasta ese momento desconocidas.

—No, señora. Para eso tenemos lacayos. Ellos saldrán a los caminos a reclutar niñas para ser usadas por usted. Será un honor para ellas.

—Quiero verlas.

—¿Para qué?

—Para fiscalizar que sean las adecuadas.

—Confíe en mí. Sé lo que necesita.

—Deseo lo que me falta. Me excita eso que se me escurre por entre los dedos, los años, la juventud y, por tanto, la belleza. Consíguemelo y te entregaré mi vida.

Que no hacía falta tanto, le respondió Darvulia. Con donarle su confianza era más que suficiente.

Pusieron manos a la obra: Dorkó, Ilona y luego el fiel Ficzkó salieron a los caminos en busca de campesinas de cuerpos saludables y esbeltos, de mejillas rozagantes y con la alegría de las que aún desconocen las tragedias de la vida.

La condesa se sentó, con un ansia desmedida, a esperar la entrega. Faenarían, sin ella, a las dadoras de la sangre. Una pulsión voraz la obligó a tomarse, con fuerza, de los brazos de la silla. Los nudillos, aún más blancos que la blancura de sus manos, anunciaban la determinación en la que se había sumido.

¿En qué se había convertido? ¿En una alimaña cínica e inmoral? Sacudió la cabeza para espantar las preguntas. Las únicas respuestas que le interesaban eran las de la eternidad, y estaba dispuesta a sacrificar lo que hiciera falta. Se pasó la mano por el

cuello suave para ayudarse a respirar. Inspiró como si fuera la primera vez y recordó que, hasta ese instante, había considerado esa acción una práctica inútil. Empezaba a sentir el placer verdadero.

* * *

Te doy gracias, mi Padre celestial, por medio de Jesucristo, tu amado Hijo, que me has guardado este día de todo peligro y mal; y te ruego que perdones todos mis pecados en los que he obrado mal y me guardes esta noche. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todas las cosas. Sea tu ángel conmigo para que el Maligno no tenga poder sobre mí...

Ferencz rezaba, apartado de todos, en pleno campamento. Los enfrentamientos estaban a la orden del día, las escaramuzas a lo largo de la frontera Habsburgo-Otomana se habían intensificado, convirtiendo al 1591 en la puerta de entrada a una guerra que duraría quince años.

El Caballero Negro no abandonaba a sus hombres, montaba su caballo y blandía su espada en cuanto asedio incendiara las furias de la contienda. Pero empezaba a flaquear, y no porque sus lealtades se hubieran desmoronado, nada más alejado de eso. Con el paso del tiempo, sus inquietudes habían empezado a virar hacia la palabra de Dios. No en vano era hijo de Tamás Nádasdy, pilar fundamental durante la Reforma de la Iglesia luterana y proveedor persistente en contante y sonante para defenderla, incluso, con las armas.

A consecuencia de la caída de Adán, todos los hombres nacidos de manera natural son concebidos y nacidos en el pecado. Sin temor de Dios, sin confianza en Dios y con la concupiscencia. Este pecado hereditario y esta corrupción innata y contagiosa es un pecado real que lleva a la condenación y a la cólera eterna de Dios a todos los que no son regenerados por el Bautismo y por el Espíritu Santo...

Había empezado a cansarse, los años comenzaban a pesarle un poco, la barba negra, que tanto había perturbado a amigos y enemigos, había perdido aquella estridencia. Cuánto mejor le sabía entregarse a la plegaria para recuperar fuerzas y disfrutar de esas largas horas en la más completa soledad que verse subsumido bajo los gritos de la guerra. Comenzaba a fatigarse de los engaños, la violencia y la envidia de los que se había visto rodeado.

... no podemos obtener el perdón de los pecados y la justicia delante de Dios por nuestro propio mérito, por nuestras obras o por nuestra propia fuerza, sino que obtenemos el perdón de los pecados y la justificación por pura gracia por medio de Jesucristo y la fe. Pues creemos que Jesucristo ha sufrido por nosotros...

¿Pero qué sucedía en su casa? ¿Debía regresar, más temprano que nunca, al seno de su hogar? ¿No había llegado el momento ya de la vuelta del esposo pródigo? ¿Y Erzsébet, la mujer que lo aguardaba, la de la eterna espera, la de la comunicación perseverante, la de la huella imborrable, al fin y al cabo, quién era? A veces creía entenderla, pero tantas más le resultaba insondable. Probaba con perseguirla, cuando compartían tiempo juntos, con la mirada para descubrir los recovecos sombríos de su alma, intentaba acercarle alguna antorcha para iluminar sus velos. Pero no. No había logrado, en todos esos años, medir la profundidad vertiginosa de sus abismos.

El verdadero arrepentimiento comprende en primer lugar la contrición, es decir, el dolor y el terror que uno siente a causa del pecado; en segundo lugar, la fe en el Evangelio y en la absolución, es decir, la certeza de que los pecados nos son perdonados y que la gracia nos llega por los méritos de Jesucristo. Es esta fe la que consuela los corazones y que da paz a la conciencia. Luego de esto se debe enmendar la vida y renunciar al pecado...

Llegaban las noticias desde Sárvár, o de Lockenhaus, tal vez de Čachtice, poco le importaba desde dónde venían, sino quién era la autora de esas letras romas. Erzsébet insistía en proveerle la información que ella creía importante. Ferencz se enteraba de que sus niñas, Anna y Kato, se curaban de algún mal o de que les salía un diente o sucumbían a los castigos imperecederos de toda crianza nobiliaria. De quien no había escrito ni una palabra más había sido de la preciosa Orsolya, la tercera de sus hijas, que había sido bautizada como su madre, pero que no había logrado quedarse en este mundo. Una hija muerta prematuramente y el dolor a la distancia de un padre siempre en el campo de batalla era como una tumba que lo engullía. Uno de los motivos de su vuelco religioso había sido la muerte de su pequeña. Erzsébet se había vuelto muda al respecto. No escribió, tampoco habló de eso, y aún menos quiso ponerle la oreja al susurro de su llanto. Con qué afán celoso guardaba sus secretos.

El hombre posee una cierta libertad para elegir una vida exteriormente justa y puede elegir entre las cosas accesibles a la razón. Pero sin la gracia, la asistencia y la operación del Espíritu Santo no le es posible al hombre agradar a Dios, arrepentirse sinceramente y poner en Él su confianza y remover de su corazón la maldad innata que posee. Esto no es posible sino mediante el Espíritu Santo que nos ha sido donado por la Palabra...

Pero encontró un aliado fiel en György Thurzó, un pariente de su esposa con la misma devoción luterana que él. Integrante de la familia noble más adinerada del condado de Szepes, (66) en el Reino de Hungría, el caballero había entrado al servicio militar hacía poco, enfocándose en la guerra contra el Imperio otomano.

Nádasdy y Thurzó comandaban los ejércitos contra los turcos en cada asedio que les tocaba en suerte o desgracia. Cuando la sed de venganza y odio mermaba, se encontraban en el campamento para compartir sus aventuras. Sentados a la vera del fuego, dialogaban

en voz baja. Sus esposas, los hijos y su Dios los mantenían a cubierto, bajo su propia soledad.

* * *

Ujváry János, el fiel Ficzkó, formaba parte del ejido de Nádasdy desde su más pobre infancia. A los cinco años había sido abandonado en los caminos cubierto por unos andrajos y nada más. Algún alma samaritana lo había arrastrado hasta el castillo de Andrés y Orsolya, y los nobles, benefactores a ultranza, lo adoptaron. Con los años, se convirtió en el receptáculo de todo pedido posible. Ficzkó era dócil y siempre dispuesto, y, en la misma medida, tarado y algo deforme. En la corte de los Nádasdy era el bufón al servicio de todos. En las fiestas era el encargado de deleitar a los presentes con sus gracias y cabriolas, pero cuando se encerraba en sí mismo y no recibía aplausos, el resentimiento ganaba y una fuerza vengativa le oscurecía la mirada.

Erzsébet supo, apenas puso pie en Sárvár, que János le pertenecería. Mientras que algunos pegaban la vuelta, horrorizados ante tamaña fealdad, ella quedó fascinada. Ficzkó era suyo y respondía a todos sus reclamos.

—Harás todo lo que te pida, ¿comprendido, mi leal siervo?

—Claro que sí, condesa.

Así se consolidó el pacto entre esa ama y su esclavo, sin vacilaciones ni titubeos y con la consistencia de la palabra de un oráculo. El gnomo preparó las alforjas con algún que otro alimento, una vasija con agua y un abrigo por si la noche se hacía eterna y helada, montó en la carreta y condujo hacia el norte. Iba en busca de doncellas. Su querida condesa le había solicitado, por medio de las necesidades de la señora Darvulia, que recolectara muchachillas en flor.

Y emprendió el viaje hacia la región de Nyitra, donde, se decía, las jóvenes se destacaban por su belleza. A la vera de los caminos y, de tanto en tanto, aparecían comarcas ínfimas que envolvían los muros de fortalezas. Ficzkó tenía el ojo bien entrenado en un constante patrullaje para encontrar lo que le habían solicitado:

doncellas de ojos azules como el cielo y rubias como el sol. Como por arte de magia, aparecieron las núbiles de faldas de colores y camisas blancas, y el entusiasmo intacto.

—Buenas y santas, niñas, disculpen mi impertinencia —saludó el reclutador, impostando una bondad que no había conocido nunca—. Soy un enviado de mi señora en busca de mano de trabajo adecuada.

Las jóvenes sonrieron y cuchichearon entre sí. Lo miraron de reojo con una pizca de desconfianza, la deformidad de sus rasgos les inspiró un poco de miedo.

—Les pido perdón por esta cara. Dios no ha sido bueno conmigo, pero sí lo es mi ama, dueña de toda la bondad del mundo. Y de la belleza, pues rodearla solo alimentará la de ustedes.

Se afligieron por haber sentido asco ante la monstruosidad de aquel hombrecillo y desestimaron la petulancia inicial. Abrieron los ojos y lo escucharon con atención.

—Las colmaré de ropajes bonitos y demás regalos. ¡Vengan a su dominio!

No hubo que prometer más: algunas, las que no tenían nada que perder, las que no tenían que rogar permisos, las que habían soñado con encontrar su dueño, o algo más fuerte incluso, se treparon a la carreta y, sin más, reclamaron que se moviera con el ímpetu de los dioses. Y emprendieron el viaje, desconociendo su destino oculto.

El corazón de Ficzkó galopaba con el mismo retumbe de las ancas del caballo. La cabeza le daba vueltas y no dejaba de aullarle furias sacrílegas.

“¡Aquí llegan las soluciones!”.

“¡Condesa eterna e insurrecta, será bella por siempre!”.

“Es la única que se permite que sus impulsos recorran los caminos de las pasiones”.

“¡Destruya los principios de la vida!”.

“¡Vaya por lo prohibido, a violar lo vedado!”.

Fue un viaje interminable, el primero de una infinidad. Fueron las horas más inquietantes vividas por el bufón de la condesa.

Imploraba a su dios que la elección de doncellas fuera la adecuada.

Arribaron a Sárvár, y Ficzkó se dirigió hacia los fondos del castillo. Dorkó e Ilona aguardaban en el patio, erguidas y majestuosas. Extendieron los brazos y ayudaron a descender a las doncellas, quienes departían y reían tontamente. Habían llegado al paraíso, pensaban. Y preguntaron por la condesa Báthory a viva voz. Las laderas de Erzsébet las chistaron, silencio, que se les urgía ser discretas. Como ellas, como su ama. Pero callaron que, como toda señora que se preciara, la condesa se debía a los excesos y ellas, campesinas y vírgenes, serían el fruto que los alimentaría.

—Vamos adentro de una buena vez.

Y las arriaron como ganado hacia una puertecita que daba al patio de armas. Ilona blandió la llave, la introdujo en la cerradura y abrió. Descendió unos peldaños e invitó a pasar a las recién llegadas. La hermética habitación estaba iluminada por dos teas, al fondo había una tarima de madera apoyada por cuatro patas en las esquinas y un cubo debajo.

—Quítense las ropas y suban —ordenaron Ilona y Dorkó ante los gestos de estupor de las doncellas. No había tiempo que perder, la condesa aguardaba en sus aposentos con el corazón palpitante. Desnudas, las tres jóvenes se ubicaron donde se les marcó. Las secuaces de Erzsébet metieron mano en sus bolsillos y sacaron dagas de mangos brillantes y piedras exóticas. De a una por vez hundieron el filo en las ingles blanquecinas, que se tiñeron de la sangre que corrió por los muslos suaves hasta gotear en el recipiente.

Los gritos de muerte de las muchachas quedaron clausurados por los muros de Sárvár. Ilona y Dorkó continuaron hasta drenar la última gota de vida de aquellos cuerpos por donde el tiempo no había pasado. Con los ojos inyectados, controlaban el comienzo del ritual de su condesa, asfixiadas por sus oscuras obsesiones.

[66](#) Localizado, en la actualidad, entre el noreste de Eslovaquia y una pequeña área del sudeste de Polonia.

CAPÍTULO

VIII

Embriagada por una fuerza suprema, cabalgaba Erzsébet. En un espasmo vertiginoso, libraba su propia batalla contra los cielos y la tierra, contra lo que vendría y lo pasado, contra la condena final, la quietud y el dolor, contra la muerte y la vida, a través de los sembradíos del palacio. Había abandonado el lugar de mera observadora de los desangramientos para tomar mano activa en ellos.

Se movía impetuosa sobre el caballo, sintiéndose, ella, la venganza de Dios. Había elegido, con un cuidado rayano en lo amoroso, su preciado filo para penetrar la blanda carne de su presa, enterrándolo hasta el fondo para que corriera la sangre divina que saciaría su sed de lozanía. No había esperado a la recolección del torrente en las vasijas destinadas a la faena, allí mismo y con el corte de *motu proprio* oficiando de jurado, había sumergido las manos en el flujo para, luego, distribuirlo sobre su cara. Se había sentido abrumada por la intensidad de la sensación. Ella y solo ella era capaz de entender la dimensión del amor que contenía su aspiración a lo absoluto, a lo bello. Ese era su interés ulterior, su atisbo de alegría, la búsqueda, el camino —cada vez menos farragoso— hacia la belleza, su destino oculto.

Jadeaba, gritaba sostenida por el viento, con la mirada fija en lo alto de las ramas donde toda estabilidad desaparecía, buscando aplacar su tempestad. Con la cara limpia ya, rememoró esa sangre seca que había penetrado en su torrente, inyectándole su miasma juvenil para luego ser barrida por los paños bendecidos en agua de

deshielo, pura y mágica. Era joven y era niña, con la piel tersa y poderosa, secreta y letal. Era el albergue de la ilusión, se habían renovado sus esperanzas, precipitándose en esa empresa nueva que ya no podría abandonar.

Y le ordenó a su cabeza que acomodara el inmenso desorden en el que se había sumido tras el ritual de la eterna juventud. Pero se perdía en su propio laberinto y jadeaba aún más, como una loba solitaria en una noche de luna llena. Y volvía a perderse en la ceremonia sangrienta: le fascinaba mirar, ejecutar, diseccionar. Le encantaba el color y la vacilación de la sangre, la luz que provenía de esa correntada. Estaba viva al fin. Suficiente ya de los antiguos temblores, los había reemplazado por la concreción de sus sueños.

Se detuvo, desmontó el caballo en un movimiento con la prestancia magiar y se perdió entre los árboles. Las mejillas le latían y el ardor se deslizó por todo su cuerpo, exhibiendo las más terribles pasiones, semejantes a una nube flamígera empujada por el atardecer. A lo lejos descubrió la figura de un hombre con un hacha entre las manos, en plena labor. No lo pensó dos veces, le imploró a sus piernas que la llevaran hasta donde se encontraba él. Una desesperación impiadosa la dominó y corrió.

—¿Quién me limpiará esta sangre?

Y lo miró a los ojos. El leñador no supo qué responder.

—¿Qué juego sagrado tendremos que jugar? —insistió Erzsébet con unas ganas locas de poseerlo.— Estás demasiado pálido. No llegaremos al silencio de la noche sin estrellas para hundirnos en nuestro fuego.

No esperó más y en un impulso enloquecido le arrancó la camisa y hurgó, con las manos como garras, el cuerpo viril escondido bajo las vestiduras, que se despertó en el acto y la penetró en una vuelta. Con fuerza, la obligó a ponerse de rodillas y la llevó al más profundo abismo, la sumergió donde ya nadie podría salvarla. Erzsébet fijó la mirada húmeda y devoradora en el desconocido de un modo tan perturbador que metió miedo.

Cuando el ansia se vio calmada, Erzsébet se incorporó, barrió los rastros de aquella vejación aceptada por ambos y sintió una arcada.

Sin mediar palabra ni despedidas, se retiró del claro del bosque para ir en busca de su alazán. Montó de un salto y regresó al castillo.

“Soy la erupción del centro del universo”.

“La pasión de mi Dios se ha desencadenado”.

“Mi acto sagrado no tiene límites”.

“De aquí en más se han roto todas las fronteras, mi razón y mi moral”.

“Soy mía”.

Aullaba Erzsébet, apretando los ijares del caballo con los muslos y los brazos extendidos al cielo.

* * *

El Caballero Negro había regresado a casa, una vez más, y traía buenas nuevas para su esposa. O eso creía, al menos. Llegaba con las manos repletas de propuestas que, daba por seguro, Erzsébet recibiría con toda la alegría de la que era capaz.

—Querida mía, dichosos mis ojos al verte, he pasado demasiados meses lejos de ti.

A pesar de sí, perdida en sus cavilaciones, Erzsébet se fundió en un abrazo apretado con Ferencz. Los brazos de su marido apaciguaban sus antiguos temblores, serenaban —ignoraba cómo— hasta el más mínimo atisbo de incertidumbre. Nádasdy, incluso envuelto en el más pesado de los silencios, le regalaba seguridad.

—Esposo mío, al fin en casa.

—Pero vengo a sacarte de aquí por una temporada, ¿qué te parece? Tanto me habías reclamado que estos densos bosques impedían el paso del aire y que necesitabas respirar que nos vamos.

La condesa se aposentó, majestuosa, sobre su asiento y demoró una respuesta, aunque era evidente. Igual, impondría sus condiciones. No podían partir de inmediato. Tenía demasiadas cuestiones que resolver antes. Por lo pronto, la familia se había agrandado: además de las niñas, habían llegado dos varones a la vida de Erzsébet. Primero András, con sus ojos renegridos, y a los nueve meses Pavel, el benjamín. Pero aquel acontecimiento no había sido el único que había modificado las costumbres del castillo. Anna,

la hija mayor, había sido prometida al conde Miklós Zrínyi, integrante de un clan croata, igual de importante en prosapia y territorio que los Báthory. Había que preparar el éxodo de la jovencísima novia hacia el dominio del novio en Croacia para que recibiera la tutela de su suegra, como había sucedido años antes con Erzsébet.

—¿Y adónde iremos? ¿A cuál de nuestros vastos castillos? — preguntó la condesa, abrumada porque debía organizar todo.

—Uno que aún no conoces, todavía no nos pertenece, pero vamos a hacernos de él. Y por otro lado, quiero que me acompañes a la Dieta en Presburgo.

—Ah, qué alegría, mi querido Ferencz, sabes colmar mis vacíos sin que te lo demande. Pero no puedo moverme sin mi séquito, sabrás entender. —La condesa no estaba dispuesta a renunciar a su entorno que la rodeaba mañana, tarde y noche y sabía alimentar su alma ardiente.

—Claro que sí, señora mía, contaba con eso. Sin embargo, una de tus criadas de confianza deberá acompañar a Annetta a la corte del conde György Zrínyi y su esposa, la baronesa Sofie Stubenberg, nuestros futuros consuegros. Pensé en Dorota, que la ha visto nacer y, tengo entendido, la estima y cuida en igual medida.

La condesa se incorporó con los ojos inyectados en sangre. De ninguna manera le iban a quitar a su leal Dorkó, y para asistir a su hija, tantísimo menos. Sintió que algo le quemaba bien adentro, un dolor de lo más punzante la hizo trastabillar. No podía perder a su corte de confianza, ¿quién la ayudaría a calmar sus cuitas si no era ella?

—Lo rechazo categóricamente, Ferencz. Anna puede ir con cualquier otra, Dorkó debe quedarse conmigo y de seguro entenderás por qué. Me entretiene con sus conocimientos y sus amables prácticas. Me ha enseñado algo nuevo, su sabiduría es casi como la tuya. —Se acercó a su marido y lo tomó de las manos suplicando, con el gesto, su aprobación—. Escucha esto, se debe golpear con un palo blanco a una gallina pequeña y negra hasta matarla. Y poner un poco de sangre sobre el enemigo; si no está al alcance, se debe poner la sangre en alguna ropa que le pertenezca. Y ya no podrá causar daño.

Ferencz se alejó un poco, miró a su esposa y le acarició la mejilla, tiernamente. Erzsébet vaciló y pasó una mano por el rastro que había dejado la caricia.

—¿Qué pasa? ¿Qué tengo? —preguntó Erzsébet, inquieta, intuyendo el surco de algún año, alguna sombra del tiempo o tal vez un vestigio de un conjuro infértil.

—Nada, mi alondra, solo siento un orgullo inconmensurable de ser tu esposo. Haremos lo que me digas.

La condesa esbozó una sonrisa triste y bajó la vista. La voluntad de vivir le volvió al cuerpo. Sus doncellas eran las únicas que la comprendían, las que habían colaborado a reducirla a ese estado, aquel limbo en el que ella danzaba sus mejores pasos. Se deslizaba, en esa suerte de locura original, como en el hielo del estanque en enero, con testigos que la aplaudían a rabiar, pero también de los otros, los que creían vislumbrar en ella una crueldad extrema e instintiva, de la que no se avergonzaba.

—¿Y los niños, tan pequeñitos, los dejaremos solos? —suplicó, con la mirada perdida, como si no le hiciera falta una respuesta. Ferencz buscó serenarla, no quería que se alterara más.

—No debes preocuparte más, Erzsébet. Convocaré a un hombre de mi entera confianza, al pastor luterano István Magyari, para que se encargue de mis varones.

La condesa solamente se dignó a emitir un murmullo indescifrable.

—Muy bien, cuando todo esté listo y el sol muestre sus resplandecientes rayos, partiremos rumbo a la aventura.

Ferencz besó a su esposa en ambas mejillas en un arrullo viril y salió de allí. Ella, en el más absoluto silencio, aulló y deliró como una bestia encadenada.

* * *

Erzsébet deambulaba por los laberínticos corredores del castillo de Presburgo. La Dieta se celebraba en los salones, que se encontraban desbordados de caballeros prestos a la negociación constante. A ella le interesaban muy poco las deliberaciones políticas que se llevaban

adelante en la capital del Reino de Hungría que, por cierto, eran de cupo masculino. Sin embargo, su amante esposo gustaba de llevarla y exhibirla como trofeo de caza a cuanto conciliábulo de señores se presentara.

Subía y bajaba las escalinatas, entraba y salía de las habitaciones con la altanería y el hastío de siempre, como si de sus hombros se deslizara la capa de armiño, propia de una reina que desprecia lo que no siente a su altura. Los caballeros, al verla pasar, perdían la concentración y encontraban en ella un renovado interés. Erzsébet dejaba su estela incluso aunque no buscara desplegarla, imprimía a sus pasos el ritmo de una danza nocturna ejecutando, en el resto, una inexorable fascinación.

De uno de los salones salieron Nádasdy y Thurzó, ambos con las manos tomadas por detrás como réplicas exactas, en un diálogo sigiloso. Departían acerca de lo que se deliberaba puertas adentro, pero agregaban otros asuntos a la cosa, menos beligerantes y cercanos a la cotidianidad: que los hijos, que la educación, que la ampliación de la riqueza y los nuevos negocios. Y hacia los fondos del corredor, vislumbraron a Erzsébet. Ferencz le hizo una seña con la mano y se le acercaron.

—György, qué casualidad verte por aquí. —La condesa le extendió la mano para que se la besara.

—Erzsébet, precisamente hablábamos de ti, y ha pasado demasiado tiempo sin saber de la familia —respondió Thurzó, embelesado por su presencia.

La condesa le agregó una ínfima información acerca de los suyos, pero le hizo referencia a la próxima parada del viaje, que tan ilusionada la tenía.

—Tu primo Thurzó ha sido nombrado ispán del condado de Trenčín, [\(67\)](#) es una inmensa alegría para todos nosotros.

Ferencz le palmeó el hombro y escrutó a su mujer para que lo felicitara o, por lo menos, esbozara algún contento. Fue en vano, Erzsébet parecía amurallada, era una esfinge portando el anhelo de inmortalidad. Thurzó se hizo el desentendido y continuó con la cháchara de unas visitas previas a Venecia, locación exótica pero deslumbrante para los negocios de compra y venta, y el merodeo a

través de sus callejuelas misteriosas. La condesa apenas entreabrió los labios, impostando algo de interés. Esas regiones, tan alejadas pero cercanas en sus pensamientos, despabilaban algunas de sus ensoñaciones más subterráneas. Pero Venecia desapareció de la conversación y del imaginario para cabalgar rumbo a las hazañas bélicas de los señores, el asedio de Esztergom, (68) aquella fortaleza tomada por los otomanos y recuperada por las lides de Thurzó, y su ojo brillante se encendió al relatar lo fascinante de la guerra.

—No puedo más que reproducir el júbilo que sentimos todos ante la fiereza extrema de las descargas de nuestras armas, destrozando la artillería otomana.

Erzsébet no disimuló un bostezo, no le interesaban esas disquisiciones tan convocantes en las mentes y los cuerpos de los hombres pero tan soporíferas para ella.

—Caballeros, me retiro, ya nada tengo para hacer por aquí. Prefiero comenzar con los preparativos para nuestra salida rumbo a Viena. ¿Te parece bien, Ferencz?

Les hizo una pequeña reverencia y se fue sin esperar que la despidieran. Thurzó quedó impactado por la belleza de la condesa. Se prometió en silencio que le escribiría a su esposa, dueña del mismo nombre que Báthory, para convidarla a una próxima visita a su propiedad.

Y al fin, dio comienzo el viaje hacia el último destino. Los cascos de los caballos contra el empedrado anunciaron la llegada de los condes de Báthory a la ciudad imperial de Viena. El carruaje de la pareja lideraba la caravana y, varios cuerpos detrás, marchaban los edecanes de Nádasdy montados en sus alazanes y, por último, el coche con el séquito de Erzsébet, formado por Ilona, Dorkó, Darvulia, dueña de la palabra revelada, y Ficzkó, su contrahecho favorito.

El carruaje de los Báthory se detuvo en la esquina de Augustinerstrasse y Dorotheergasse. Ferencz le tendió la mano a Erzsébet y la ayudó a descender. Ella miró la fachada sombría de la nueva adquisición que había hecho su esposo, que le había costado tanto conseguir. La negociación se había puesto difícil, pero Nádasdy había demostrado su perseverancia de hierro y pagado lo que le

pedían por ella. La condesa contempló la entrada, tan diferente al resto de sus propiedades. No era un castillo de muros infinitos y torres que propiciaban la custodia de un vigía, pero la casa era importante y llevaba, en sus cimientos, su historia.

Ya en el año 1313 el príncipe Federico de Habsburgo había atesorado, en sus bóvedas, un arsenal de pólvora. Tras su uso como depósito de armas, había sufrido una seguidilla de cambios de manos. La primera dueña de la residencia había sido Johanna Sofia von Bayern, la mujer del duque Alberto IV, quien tuvo que deshacerse de la propiedad el 25 de mayo de 1410 para pagar unas deudas a la espléndida casa nobiliaria de los Stubenberg. Diez años después, la vivienda regresó a manos de los Habsburgo, con Alberto V. El duque de Austria, Ladislao I, entregó la construcción a los hermanos Hans, Heinrich y Ulrich von Rosenberg en 1457 en agradecimiento por unos servicios prestados, y estos la vendieron, otra vez, a Federico III tres años después.

Matías I, rey de Hungría y Croacia desde 1458 hasta su muerte en abril de 1490, en cuyas manos finalmente había caído, donó el área en 1488, luego de mudarse a la Hasenhaus. (69) Y las vueltas de la vida habían concluido que ese día cercano al 1600 las arcas de Ferencz Nádasdy compraran la propiedad.

Frente a la casa se encontraban la iglesia y el convento de la orden de los agustinos, fundada en el año 1330 y elegida como el punto de partida de la casa imperial para las peregrinaciones y procesiones, además de las honras fúnebres. En la gótica capilla de San Jorge, en otros tiempos se solían encontrar los caballeros de San Jorge —la orden de caballería ligada al culto del santo guerrero cristiano— para deliberar sus asuntos.

La iglesia ocupaba una pequeña parte de la larga fachada que albergaba a los agustinos. Modesta y recoleta, daba a la plaza abandonada, cercana al palacio imperial. El convento, en cambio, era más alto y de mayor importancia. Las celdas de los frailes, al otro lado de la calle, se encontraban exactamente frente a las ventanas de las habitaciones de la condesa.

Cruzaron el umbral y Erzsébet recorrió la casa en el mayor de los sigilos, observando todo, deteniéndose en cada sala, recámara y

muro, como un sabueso tras su presa. Para llegar a las habitaciones inferiores con bóveda de ojiva, había que descender cuatro peldaños, con el mayor de los cuidados. Estaban algo destartalados y su altura era bastante imprecisa. En el centro, como solía suceder, se encontraba el patio, que alumbraba la vivienda.

—Me gusta este sitio, querido. Pasaremos los largos inviernos aquí, si te apetece.

—Como siempre, acuerdo contigo, Erzsébet. Y me vendrá de maravillas reposar un poco, no me siento demasiado bien, creo que el frío me ha subido la temperatura.

La condesa ordenó a la servidumbre que le acomodaran la habitación a su esposo, que le tendieran la cama con cobijas frescas, que abrieran las ventanas para airear un poco y que hicieran silencio.

—¿No podremos ir a Hofburg a visitar al emperador? —preguntó Erzsébet, ansiosa por reencontrarse con su estimado Rodolfo II.

—Ha trasladado la corte a Praga hace un tiempo. No te lo había contado. Una pena para ti, no podrás verlo esta vez. De cualquier modo, estimo que está haciendo una temporada en Pilsen, escapando de la plaga.

—¡Oh, qué desgracia! Gracias a los cielos que ha podido salvarse de esa inmundicia, entonces. Y ya veré de qué modo me entretengo.

Cuando caía el sol, la condesa se convertía en una paria de la civilización y salía a vagabundear por las calles de Viena. Dejaba a su esposo bien protegido del viento invernal y, junto con sus adláteres en los abismos, montaba el coche y partían rumbo a lo desconocido. Erzsébet buscaba nutrir su alma, apaciguar la voz que le gritaba desde bien adentro, darle respuestas a su conciencia, que la dejaba en carne viva.

Se internaba en las callejuelas más apartadas, esas donde imperaba el bullicio, a diferencia del susurro que dormía detrás de los muros del palacio y sus alrededores. Erzsébet buscaba alejarse de los sitios que se dedicaban a vivir bajo el orden establecido. Buscaba jovenzuelas que satisficieran sus tumultuosas necesidades, esas oleadas de voluptuosidad que la zambullían en un profundo

insomnio, imposible de paliar. Recién cuando se asomaba el día y lograba reposar el espíritu, podía cerrar los ojos.

Las habitaciones del sótano de la residencia vienesa se iban colmando de jovencitas que no llegaban a los catorce años. Se las tentaba con promesas de trabajo, de pertenencia, de comodidades, de afeites, de cualquier cosa que oficiara de sebo humeante. La condesa escrutaba la oferta, estudiaba los detalles que logran encender el sinsentido de sus entrañas y elegía a la más joven, a la más bonita, a la de la lozanía adictiva, aquella que, mágicamente, le inoculaba su lágrima de niña que la llevaría rumbo a la inmortalidad.

Las elegidas subían a la amplia recámara y allí daba comienzo la brutal lección. Primero las caricias, reclamadas y ofrecidas, que encubrían a la bestialidad inminente, para luego continuar hacia el descenso a las catacumbas. ¿Por qué hacía falta tanto dolor? Nadie tenía la respuesta.

Las núbiles aullaban de miedo y tormento, y el estruendo interrumpía el silencio de la noche, despertando a los monjes del convento, quienes empezaron a preocuparse por lo que sucedía en la casa de enfrente. Cuando los gritos sacudían los cimientos de la ciudadela, las puertas del convento se abrían de par en par y los hombres de Dios salían, estrepitosos, y apedreaban las ventanas de la residencia del terror.

Algunas veces, Ferencz participaba, como un mero espectador, de las andanzas de Erzsébet. Alejado pero de cuerpo presente, gustaba de mirar lo que ensayaba y ejecutaba su esposa. Después se reunían, secretos, en la intimidad del lecho.

—Cuéntame todo, señora.

—Si lo has visto, mi señor.

—¿Tal vez sea un augurio de muerte, Erzsébet?

—No, es mi conjuro contra ella.

Cuando las noches acababan y se hacía el día, Ilona y Dorkó arrojaban cubos de agua ensangrentada a la callejuela sin el menor remordimiento. Compartían las habilidades con esos moradores malditos.

[67](#) Ciudad situada al noroeste de Eslovaquia, ubicada en el valle del río Váh.

[68](#) Ciudad histórica en el norte de Hungría, localizada en la orilla derecha del río Danubio, frontera con Eslovaquia.

[69](#) Casa de los Conejos, situada en el centro de Viena, sirvió como alojamiento imperial.

CAPÍTULO IX

Las necesidades del emperador tambaleaban. De ser el dueño de todos los poderes había pasado a ser una marionera fácil de dominar. Un buen día, Rodolfo II, harto de las disquisiciones y el poco vuelo de Viena, había ordenado que la corte y todos se mudaran a la ciudad de Praga, transformándola en uno de los principales centros de las artes y las ciencias de Europa.

Rodolfo transitaba por los salones del castillo, que había transformado de cuajo. Aunque vestía de negro, a la usanza española, decidió borrar el estilo gótico, sombrío y tenebroso de la ciudad, y de cuanto sitio visitaba. Mandó a construir el Segundo Patio y el Nuevo Palacio Real, el Patio de los Leones, el Callejón de Oro y le imprimió colores renacentistas a todo lo que tocaba.

Praga era el sitio ideal para que el emperador llevara adelante sus fantasías de gran mago y mecenas de las artes. Se rodeaba de artistas, filósofos, arquitectos, matemáticos, pero también, y sobre todo, de alquimistas, astrólogos y hechiceros, atentos por demás al aislamiento de su mentor. Rodolfo había perdido el interés, si alguna vez lo tuvo, ante la amenaza constante de los ataques turcos — asunto imperioso en esos tiempos— y lo único que le levantaba el ánimo era el constante conciliábulo con los hombres de su más estrecha confianza. El emperador desconfiaba de todos. Y que no lo interrumpieran con desatinos bélicos. Sus intereses estaban en otros mundos, bastante menos tangibles.

El alma le volvió al cuerpo cuando recibió al pintor milanés Giuseppe Arcimboldo y este, veloz como saeta, entendió que debía

aprovechar las excentricidades del Habsburgo: entregó su arte a la confección de trajes festivos, decoró mascaradas y dirigió espectáculos rimbombantes de teatro, nupcias, circo, bailes y justas. El despliegue del italiano incluyó ornamentos y artificios de fuego, a los que Rodolfo vivaba como un niño.

También acogió al pintor flamenco Bartholomeus Spranger, quien supo responder a las preferencias extravagantes del emperador, que reclamaba pinturas eróticas para ampliar su vasta colección. Al grabador de Amberes, Aegidius Sadeler II, le encargó, incluso, que le reprodujera varios dibujos de Dürero.

Al más grande observador del cielo, el astrónomo danés Tycho Brahe, lo recibió en audiencia, le concedió el título de matemático imperial, además de una renta considerable, y le dio a elegir entre tres castillos para que instalara su observatorio. Tycho eligió el situado en el poblado de Benatky, a algunas leguas de Praga, y de inmediato mandó a llamar a su familia para que no lo dejaran solo.

Giordano Bruno, el filósofo y cosmólogo italiano, también gozó de los favores del desprendido emperador durante una breve estancia en la renacentista ciudad imperial, en 1588, para luego ser recompensado con trescientos táleros [\(70\)](#) por sus *Articuli adversus mathematicos*. Sin embargo, la errancia de Bruno acabó en la hoguera: en febrero de 1600 fue condenado por la Santa Inquisición por sus opiniones contrarias a la fe católica, por decir que existían múltiples mundos y por brujería. ¡Al fuego con el hereje!

Rodolfo quedó devastado. Deambulaba por palacio. Su desequilibrio era cada vez mayor. Pero quien no perdió oportunidad para acercar posiciones fue su hermano menor, Matías, hambriento de poder desde unos cuantos años atrás. El Habsburgo díscolo había coqueteado con las provincias rebeldes de los Estados Generales en 1578, aceptando el nombramiento de gobernador de los Países Bajos, contra la voluntad de su tío Felipe II de España y sin el conocimiento de Rodolfo II, del Sacro Imperio Romano Germánico.

En 1583, Matías regresó a Austria e hizo varios intentos desatendidos para ser elegido obispo. Tres años después, las negociaciones para la sucesión del rey polaco István Báthory —tío venerado de Erzsébet— también fracasaron. Incansable, solicitó la

regencia en El Tirol y la Austria Anterior. Recién, en 1593, Matías logró gobernar Austria. A diferencia de su hermano, que le aburrían soberanamente las discusiones religiosas y las abandonaba en cuanto aparecían en escena, Matías se enfrentó de inmediato a la enérgica defensa de sus derechos entre los estamentos protestantes. La postura religiosa del joven Matías fue en defensa acérrima de la Contrarreforma. Católico como su madre, piadoso a ultranza.

El emperador estaba desnudo. Y no de ropas, sino de espíritu. Su mente le jugaba una mala pasada y aquello no era nuevo. También su cuerpo empezaba a mostrar flagrantes signos de deterioro. Víctima de sífilis desde muy joven, caía en pozos melancólicos una y otra vez, afirmando que la cama y el encierro de su recámara eran su única salvación. De tomar decisiones políticas, ni hablar. Y como era de esperar, la sucesión se convirtió en un tema de extrema preocupación para la casa real y la excusa perfecta para los conciliábulos secretos. Rodolfo no se había casado, era un soltero empedernido, la infinidad de ofertas de posibles candidatas a consortes le había tenido sin cuidado. Mantenía una relación *non sancta* para la moral regia con Kateřina Stradová, hija del pintor Ottavio Strada el Viejo, y nieta del mercader, anticuario y cortesano Jacopo Strada. A los catorce años, Katita se había convertido en su amante y, de inmediato, se le concedió el título de condesa.

Matías, el archiduque con intenciones expuestas y convencido de que él era el indicado, se dirigió a Praga para deliberar con su hermano.

—Estimado Rodolfo, vengo a cuidar de ti y a proponerte que guardes reposo en las afueras de la corte para organizar la sucesión —expresó Matías en una reunión a puertas cerradas.

—Has venido en vano, hermano mío. Sigo en funciones, mal que te pese.

Rodolfo II despidió al archiduque y se retiró a sus aposentos. Se sentía acorralado, pero no estaba dispuesto a dar el brazo a torcer. ¿Dónde estaban sus oráculos? ¿Por qué no lo asistían sus astrólogos?

En noviembre de 1600, en la ciudad de Schottwien en la Baja Austria, los archiduques Matías, Maximiliano —su hermano y gran maestro de la Orden Teutónica— y Fernando —su tío y suegro— firmaron un acuerdo de oposición conjunta contra el emperador.

A Rodolfo se le avecinaba la noche.

* * *

Me he enterado, de buenas a primeras y porque aún tengo amigos que me estiman como Su Excelentísima Majestad, mi querido Rodolfo II, que te habías trasladado de Vaš a Transilvania, lo que me parece asombroso, ya que nada bueno puede venir desde ese sitio...

Erzsébet escribía, destemplada, a su marido, que faltaba de la casa hacía demasiado tiempo. Su corte milagrosa la asistía, pero necesitaba a Ferencz.

La misma tierra de donde recolectamos la cosecha es la misma tierra de la que recibimos malas noticias. Están todos asombrados porque no has tomado posesión de ninguna propiedad allí. Vives de los excesos y el rendimiento de este país, ¿por qué lo abandonas, entonces?...

Se sentía abandonada, poco atendida por su esposo. Su amor se le presentaba como un abismo profundo y sin fondo, en el que se iba sumergiendo y del que ya nada ni nadie podía salvarla.

Esto es algo que no asimilamos, señor mío, y me ha afectado por demás, y cuando me he enterado, me sentí amargada como nunca. Dios mantenga tu salud...

Y convocó a sus acólitos tras un grito desesperado. Ya no sabía qué hacer, su marido era un espectro que elegía esquivarla, su primogénita estaba a punto de desposarse y ella había cumplido

cuarenta años. No podía ni imaginar ese número, el paso del tiempo, la acumulación de meses, días y los despojos de sí misma.

—¡A conseguirme arreglos! —aulló la condesa y con la mirada perdida, continuó en el trance—. Mírenme bien, monstruos del averno, tráiganme doncellas, que no hay nada que pueda calmar mi pena. Quiero vaciar mi copa hasta la última gota de tortura y dolor. Sangre, sangre de su sangre, ¡toda esa sangre!

Y se derrumbó sobre el lecho, abatida en una noche de hielos, que ni las cobijas lograban calentar. A veces, cuando Ilona presentía que algo funesto estaba por suceder, le acercaba alguna doncella y la introducía en la cama bajo la promesa de que arropara a su ama, de que la abrazara para contagiarle el calor de las campesinas, que la entibiara con la transpiración de su cuerpo joven. Lo que comenzaba con lujuria, a poco llegaba a su fin con el arribo de la crueldad.

El alma de Erzsébet empezó a encenderse, aunque en su fuero más íntimo se debilitaba. Su naturaleza solo gozaba con el dolor de sus víctimas. Cada vez más jóvenes, más inocentes, poseedoras, las doncellas, de una ingenuidad angelical. Buscaba las torturas más terribles para que, por medio de ellas, conjurara su sino horrendo: la juventud esquiva, ya no era joven, no era bella, era un monstruo.

Lloraba cuando nadie la veía, no quería testigos que presenciaran tamaña vulnerabilidad. Y cuando el río de lágrimas se secaba, su corazón se endurecía como una piedra, observaba al resto con fuego en los ojos, estiraba el cuello albino como el de un cisne y salía al mundo completamente renovada.

Y se encomendó a los preparativos de la boda de su hija Anna, que se llevarían adelante en Csepreg, en el condado de Vaš, en su venerada Hungría. Porque no quiso poner un pie, nunca de los jamases, en Sárvár. Se había enojado con el castillo de los Nádasdy, el fantasma de Orsolya había vuelto a los corredores y la asaltaba. Que allí se quedaran su marido y sus hijos varones, con los tutores y su mundo, que drenaban su interés por completo.

Anna, al fin, se casó con el imponente conde Miklós Zrínyi en una fiesta que duró días que parecieron meses, aunque por qué no, también siglos. La madre hizo el traspaso de saberes, como había

hecho su madre con ella, y todas las madres Báthory con sus niñas. La llenó de talismanes, le susurró al oído embrujos infinitos y le apoyó los dedos en los sitios adecuados del cuerpo de su primogénita. Anna se dejó hacer y osciló entre la pavora y una felicidad difíciles de explicar. El firmamento húngaro estuvo salpicado de incontables estrellas para iluminar el amparo de tal romance.

Erzsébet fue la reina de la celebración. Se exhibió como una esfinge de civilizaciones antiguas, lució sus joyas —se las había puesto todas—, que refulgieron hasta dañar la vista de los presentes. Los terciopelos blancos y las pieles que cubrieron su cuerpo disputaron el sitio de Anna, que lo tenía bien ganado por haberse desposado con un noble de vasta estirpe.

La madre de la novia observó todo. Y un temblor nuevo le sacudió las entrañas. Cayó en la inmensidad, cayó sobre sí misma y sintió que la vida era un grito que no deseaba aliviar, que lo único que quería era aferrarse ardientemente a sus tormentos más salvajes. Y no satisfecha con haber colocado los pensamientos de furor a flor de piel, bajó la cabeza, casi imperceptiblemente, como en un asentimiento, una aprobación, para convocar a sus gárgolas, para que dejaran de abrir tan grande sus bocas, que presentía que se la iban a tragar. Sin embargo, la boca que se abría para no ser satisfecha nunca, y cada vez estaba más abierta, con ganas de deglutir todo y el mundo, era la de ella. Insaciable de vida, insaciable de muerte.

[70](#) Antigua moneda de plata que apareció a principios del siglo XVI y que circuló principalmente en Alemania, y luego en el resto del mundo durante casi cuatrocientos años. Acuñada en los estados y territorios del Sacro Imperio Romano Germánico y la monarquía de los Habsburgo durante la Edad Moderna.

TERCERA PARTE

Ensangrentada y fatal

CAPÍTULO I

A galope tendido, Erzsébet regresaba al castillo por los senderos de las cercanías de la finca. No iba sola como acostumbraba hacer y que tanto le placía. Cuando necesitaba respuestas que solamente el bosque podía brindar, o los dolores la dejaban en paz, salía a cabalgar como una doncella furtiva persiguiendo al viento helado sobre su cara.

Sin embargo, se dejó acompañar, aquella vez, por un joven centinela de palacio quien, al verla partir, intempestiva, se ofreció a hacerle de ladero para protegerla de cualquier peligro que invadiera los caminos. No era un excusa vil o un argumento falaz, los asedios otomanos eran constantes, incluso, un par de años atrás, habían sembrado el terror en la finca de Čachtice.

La condesa sabía bien que la vida estaba infectada de muerte, y no serían los turcos, precisamente, quienes consiguieran amedrentarla. Pero jugueteó a la inocencia perenne y aceptó la custodia del soldado. Lo provocó una y mil veces, entendiendo al dedillo cuál sería el talón de Aquiles del mozo. A la hora del galope, exhibió toda su destreza y le quitó varios cuerpos al centinela malhadado.

Cuando sonaron las campanadas del regreso, Erzsébet aminoró la marcha y permitió que el joven sin nombre marchara a su lado. El sendero se estrechó y empezó a empinarse, faltaba menos para llegar al puente levadizo que despediría a la condesa de su súbdito tras aquel paseo imprudente. A la vera del camino e interrumpiendo el vaivén de la señora y su lacayo, apareció la figura diminuta de una

campesina de edad avanzada que caminaba con la dificultad propia del paso del tiempo.

—¿Qué harías, joven efebo, si te conminara a besar a esta vieja?
—le preguntó la condesa y lanzó una carcajada al verla trastabillar.

—¡Eso sería horrible, mi señora! —respondió el muchacho con un gesto aterrador. Y los dos caballos pasaron al lado de la anciana, quien, a voz en cuello, replicó al impropio.

—¡Condesa Báthory, a bien poco estarás como yo, si no peor!

Erzsébet percibió un escalofrío que la recorrió de arriba abajo, la realidad irrevocable se había infiltrado en su cuerpo, regalándole una inquietante sensación de pérdida. Se hundió en una maraña en la que no encontraba la salida, como una enferma contagiosa que acaba en el lecho irresoluble de la fealdad.

Desmontó la yegua y apuró el tranco hacia sus aposentos. Corría con el aullido atrapado en la garganta. Y daba vueltas como una bestia enjaulada, perdiéndose en el reflejo que le ofrecía el gran espejo. ¿Qué eran esas sombras que no había visto antes? ¿Y cuál era el motivo por el que sus mejillas, aquellas, ya no brillaban como el diamante? Solo había oscuridad allí donde antes brillara la frescura. Con cierto reparo, se tocó la piel de su cara y se arrepintió. A los gritos llamó a sus asistentas.

—¿Dónde estás mi Darvulia? ¿Qué se ha hecho de mis tintas?
¿Por qué no cumplen sus promesas, arpías del infierno?

Erzsébet aplicó dos trompadas brutales sobre las mejillas de Ilona y Dorkó, que permanecieron mudas, con el orgullo intacto. Trataron de sosegarla como pudieron, le ofrecieron pócimas, ungüentos y venenos para que fueran colocados donde mejor le pareciera a la señora. Le recordaron que Darvulia había desaparecido, sin más y de buenas a primeras, pero que ellas podrían asistirle mejor; que también habían escuchado, en la desolación de la comarca, que allí se encontraba una renombrada hechicera, capaz de matar a los dioses y revivir a los peores demonios, que su gracia era Erzi Majorova y que podían convocarla a que les prestara sus servicios, que seguramente aceptaría porque nadie podía negarse al abrazo de la condesa Báthory. Esas palabras

surtieron el efecto esperado y Erzsébet pudo encaminar su conciencia del extravío en la que se había sumergido.

Pidió doncellas, varias, en cantidades succulentas, lozanía, sangre, mucha sangre para aplacar su desasosiego, pues solo el torrente que late podía revivirla. La sangre y el odio, que no eran otra cosa que amor hasta el final de los finales, y solo para pocos como ella, que se deslizaban hacia su cabeza en oleadas hirvientes y abrían sus ojos en el eterno insomnio, aquello era su vida.

Sus pedidos eran órdenes y sus leales estaban para cumplirlas. Desfilaron las jovencitas del campo al castillo y de ahí a la tortura y el desangramiento para saciar el jadeo de la condesa. Quería mirar, hacer, acariciar y triturar. Así amaba la condesa Báthory, dominada por la oscuridad de la noche, coqueteando con la muerte de otras aunque también con la propia. ¿Qué valor tenía la vida para alguien a quien todo aquello no le causaba ni la más mínima preocupación?

“Que cada uno permanezca en su sitio, que el mío es privado, secreto e impregnado de gloria, y nada ni nadie podrá extraerlo de mí”, repetía Erzsébet a quien quisiera escucharla, pero, sobre todo, para que sus palabras se hicieran carne en su naturaleza vacilante.

* * *

András dejó de respirar. Con tan sólo ocho años, el primer hijo varón de la condesa Báthory y su esposo quedó tendido en el lecho de muerte, custodiado por su tutor István Magyari. Los niños Nádasdy residían en Sárvár, sin el cuidado de sus padres que cumplían con sus obligaciones, que nada tenían que ver con la crianza y la educación de la descendencia. Para eso estaba el pastor luterano.

Erzsébet, a esa altura de su vida, detestaba el palacio húngaro y había elegido Čachtice, donde tenía libertad de acción. El Caballero Negro, en tanto, desplegaba su talento en el campo de batalla, aunque unos meses antes de la muerte de su hijo había enviado una misiva confiándole a su esposa que estaba postrado en una cama, gravemente enfermo, y que ni siquiera podía salir de sus habitaciones, tamaño peste se había contagiado. Estaba confinado en la residencia de Presburgo. Y con el hijo muerto.

La condesa se vistió de negro, subió al carruaje y se dirigió hacia el castillo que alojaba la mortaja de su pequeño. Pidió ir sola, no quería testigos que presenciaran la intimidad de su dolor. Los sirvientes, cubiertos por la misma negrura, la siguieron en un coche más modesto con los mismos crespones mortuorios.

Erzsébet lloraba sin lágrimas la muerte de su hijo. El primogénito, su primer niño, su András que no había llegado a hombre. Se preguntaba si aquel exilio de la vida, de ese sistema que ella dominaba tanto, estaba regido por puro destino. ¿Por qué había sido tan impaciente su pequeñín, arrojándose a la taciturnidad de la muerte? Aseguraba que aquel final inextricable no era para su niño, se hubiera entregado ella, en vez, a la dura llama del deceso. Mientras las ruedas de la carroza aplastaban los caminos a su paso, los pensamientos oscuros como escombros roían su mente para luego admitir que todo estaba preñado de muerte, y que tal vez el abandono al que lo había sometido era el responsable.

Tras un viaje eterno, Erzsébet descendió hacia el territorio del adiós que no hubiera querido dar nunca. Entró a la recámara que lo alojaba, tan fría como el frío del cadáver diminuto de András, su András, su querubín alado. Le tendió los brazos y apoyó la cara sobre las mejillas heladas de su hijo. Un silencio atronador envolvió a los allí presentes. El pequeño Pavel contemplaba todo, desconsolado, y con el terror propio de los infantes ante la muerte. A su lado y tomándole de la mano, estaba Magyari, *el Rojo* le decían, con cara de pocos amigos.

—Si se quedan a despedir a mi hijo, que no vuele una mosca. No quiero oírlos, silencio y honra para András, señores, y quiero advertirles que mi esposo está malo y no ha podido llegarse hasta aquí. A callar, profanos —sentenció la condesa con los ojos inyectados de ira.

Y no se escuchó ni el murmullo de la vida. Erzsébet dio comienzo a una danza de besos, caricias y susurros en la cara azulada de su hijo. Lo vio más bello que nunca, distante, como detenido, y no asumió que en algún momento debía separarse de él. La madre quiso explorar la muerte de su hijo, la migración de su existencia y entablar un pacto supremo con su angelito de alas quebradas.

Vagabunda y confundida, Erzsébet se recostó a su lado, ante la mirada atónita de los pocos presentes.

—Me regalo el abrazo de la muerte, mi adorado András, te has convertido en una mera desaparición en este terreno, mas seguirás vivo en mi interior.

Anna y su flamante esposo mantenían las formas, Katalina y su prometido, György Drugeth, enhiestos, ocupaban la segunda fila, el niño Pavel lloraba desconsoladamente, pero su madre no escuchaba. Erzsébet se clavaba las uñas en la palma de las manos para mutar el dolor que sentía en el corazón y así liberarse. ¿Era conveniente admitir lo que estaba sucediendo hasta lo más hondo de sus adentros? Y se sintió tan débil que sus fuerzas flaquearon. ¿Debía mentir para seguir viviendo? Necesitaba a su esposo. Ferencz era la única persona que podía entenderla, al único hombre que le urgía abrazar. Y asumió que lo que realmente le importaba era lo imposible.

Desde la otra punta de la recámara, el Rojo la observaba con suspicacia. Acariciaba la cabecita de Pavel y meditaba con la mirada entrecerrada. Algo olía mal en las cercanías de la condesa Báthory. Las lenguas injuriosas hablaban de su sed de tortura, de su ansia mortuoria, de su afán por la sangre joven. El pastor luterano no sabía demasiado, pero que las había, las había.

* * *

A las ocho de la mañana del 28 de septiembre de 1603, envueltos en una pesada niebla que apenas los dejaba ver en las cercanías de Buda, el ejército de Húsares, comandado por el Caballero Negro, entró en combate contra la caballería otomana liderada por el pasha Deli Hassan.

Si bien una peste lo había postrado en la cama pocos meses atrás, impidiéndole despedirse de su hijo, el deber lo había levantado para enfrentar al ejército de mil quinientos turcos armados con sables corvos y hondas, defendiendo su posición con uñas y dientes, aunque, al final, no tuvieron suerte. Fueron aplastados como ratas.

Unas semanas más tarde, el cuerpo volvió a jugarle una mala pasada. Estaba débil, se había vuelto a enfermar y le escribió a Erzsébet confiándole lo que le sucedía.

Sin perder un minuto de tiempo, ella le respondió:

A mi esposo querido, quien solo podrá leerme:

Vuelve a casa, Ferencz, que allí donde estás, nadie podrá curarte.

Soy la única digna de protegerte, y nadie más será capaz de entender tu cuerpo malo.

Conmigo está la salvación. Ven a mí, te lo ruego...

Tu esposa, Erzsébet

Pasó un mes y la salud de Ferencz no mejoró. Pero ahí entendió que debía volver a casa, algo le decía que esta vez era diferente. Envuelto en pieles para protegerse del frío que avanzaba a paso redoblado, el Caballero Negro y una junta de soldados tomaron los caminos rumbo al castillo de la colina.

El rumor del viento era apenas perceptible, las ramas peladas se inclinaban sobre el séquito magiar. Un silencio universal arrullaba los párpados cerrados del conde Nádasdy, quien creía asistir, inmóvil, al concierto de su vida suspendida. Por momentos, sentía miedo, aquel sentimiento tan desconocido para él.

La condesa, con la máscara intacta, lo aguardaba en la inmensidad del portal interpretando su mejor papel, la distante, la que puede con todo, la dueña de la intemperancia. Sus lacayos le habían rogado que aguardara adentro, que las bajas temperaturas podrían jugarle una mala pasada, pero ella, sin mediar argumentos, salió al gélido sendero de la amarga espera. A lo lejos, vio llegar a la caravana. Corrió, destemplada, los guardias detrás de ella. Se detuvo frente al carruaje, los caballos relincharon ante la intrusa, vestida de plata por los rayos de luna.

—¡Abre la portezuela! ¡Ferencz!

Los caballeros se abalanzaron contra la condesa de ojos centelleantes, el esposo malhadado abrió y le extendió la mano.

—¿Qué haces acá, señora mía? Por favor, entremos de una buena vez, que todo esto te hará mal.

Se acomodó a su lado y lo rodeó con los brazos. Erzsébet estaba despeinada, con la inabarcable cabellera suelta. Nádasdy se la acarició una y otra vez, buscando los efectos reconfortantes de aquella pelambre sagrada, perfumada por la brisa del bosque, que tanto bien le hacía.

Ella lo envolvió con las cobijas, le había preparado la cama con sus propias manos. No quiso que nadie introdujera su sombra repugnante en la alcoba de su esposo. Ella podría con todo, ella repondría la salud de Ferencz, ella, la todopoderosa.

Pasaron los días, las semanas y llegó el último mes del año. El 31 de diciembre de 1603 los condes no pudieron celebrar Fin de Año como lo habían hecho antes. No eran momentos para fiestas y excesos que duraban días, que dejaban cuerpos sin conciencia tirados por doquier. Nádasdy abandonaba la vida, sus bríos se estaban extinguiendo. Erzsébet no se despegó de su lado, iba y venía con las pociones preparadas por los galenos, pero también de las otras, las que se cocían a fuego lento en el bracero de los rituales de las nigromantes.

La condesa intentaba unas sonrisas suaves con el postrado, para que no descubriera la realidad de su salud, pero sus ojos no sabían mentir. Detrás de la llamarada latente de su mirada se vislumbraban las chispas dolorosas de quien ve más allá. Sabía que su esposo no saldría de la alcoba en pie.

El 3 de enero Ferencz supo que el fin estaba demasiado cerca, que la intemperie lo asolaba, que al fin y al cabo había terminado por consumirse, que había gastado su salud, la que poco lo había acompañado durante esos años.

—Erzsébet, ¿puedes llamar al reverendo Barosius? Necesito hablar con él —le pidió su marido con más aire que voz.

Ella mezquinaba las audiencias en la alcoba, no quería que agotaran a Ferencz, la única persona que entendía de sus ritmos era ella. Sin embargo, no tuvo alternativa y ordenó a la servidumbre que buscaran al pastor de Čachtice. Cada uno de los castillos tenía su representante luterano, así como en Sárvár regía István Magyari

desde el púlpito de Dios, en la finca eslovena se desplegaba el poder de András Barosius como hombre de la Iglesia, tutor o consejero familiar.

—Estoy a punto de morir, reverendo. Le pido que proteja a mi familia. Tráigame papel y pluma que debo escribir.

Barosius, a pesar de que contaba unos buenos años sobre su cuerpo, apuró la marcha y le acercó lo que le había pedido. Nádasdy le escribió a su camarada György Thurzó, encomendándole, también, la protección de los suyos, sobre todo la de su querida esposa.

El 4 de enero de 1604, Ferencz Nádasdy dejó de respirar. Tenía cuarenta y nueve años.

CAPÍTULO

II

No, no estás muerto, mientes, Ferencz, esposo inmortal, que solo has cuidado de mí y me juraste protección eterna de la falibilidad humana, abrigo para cuando la fragilidad me desnudara y la devastación no conociera de límites. Mi Caballero Negro por siempre, mi juez ante tanta injusticia, mi comandante en la gloria de la guerra. No puedes dejarme sola, a la funesta merced de la incompreensión del mundo, en el campo de batalla donde se libran las luchas entre el vicio y la virtud... ¿Quién me cuidará de los señalamientos, de las cruces que se me impongan? Tu muerte no traerá más que trágicas consecuencias..., cavilaba Erzsébet al lado del cadáver de su marido.

A Ferencz Nádasdy le había llegado la hora final sabiéndola cerca. No lo había tomado por asalto, tampoco a su esposa, a pesar de la infinidad de plasmas y cataplasmas que le había colocado. Pero todo aquello no sirvió de nada. La condesa se convirtió en la señora de nadie.

El anuncio mortuorio fue expedido de inmediato, el cuerpo del conde sería exhibido, con toda la pompa, en el castillo de Sárvár, donde yacía el sepulcro de la familia. Allí estaban enterrados sus dos hijos, Orsolya y András, además de sus ancestros. Erzsébet padecía de un revoltijo en el estómago, detestaba el palacio húngaro, pero no podía negarse a la tradición de los Nádasdy. Decidió hacerse a silencio, envolverse en terciopelos negros y aguardar a que llegaran los parientes para el banquete fúnebre; luego llegaría la procesión que los encomendaría al duelo eterno en Sárvár.

La servidumbre acomodó el cuerpo helado en un catafalco y dispusieron cientos de cirios encendidos para alumbrarlo. Erzsébet, de punta en blanco más blanco que nunca, se sentó en la silla más importante del palacio, una réplica de los asientos regios de los Habsburgo, al lado del cadáver amado, y le tomó la mano muerta. Allí permaneció hasta que llegó el último deudo, sin mover ni una pestaña. Fueron algunos días, tal vez demasiados, ya que los caminos cubiertos de nieve demoraron el arribo de los trineos hasta la cima de la colina. Quien sabe, tal vez algún pariente no había podido ser parte del séquito doloroso por las inclemencias de aquel enero gélido; a la viuda no le interesó en lo más mínimo.

Se sentaron a la mesa, liderada por la condesa. Ella no probó bocado; el resto, sí, aunque la oferta era poco apetecible. Los sirvientes acomodaron las fuentes con algunas hortalizas crudas y unas hierbas extrañas de un amargor desagradable, y buenas cantidades de vino. Los familiares intentaban, con alguna que otra palabra de aliento, apaciguar la tristeza de Erzsébet, pero ella se mantuvo enhiesta y con la mirada extraviada.

—Es más difícil pensar en la vida que en la muerte —atinó a decir y se levantó para retirarse de la sala, dejando una estela sombría al partir. Detrás, entró el pastor Barosius, advirtiendo a los enlutados que se entregaran a unas horas de descanso ya que al alba partiría la comitiva y el cortejo, con la condesa Báthory y el cadáver a la cabeza, rumbo al castillo de Sárvár, donde se conmemorarían las exequias del venerado conde Nádasdy.

Cuando la noche se convirtió en aurora, la caravana de trineos liderada por la viuda y el cuerpo helado de su esposo en el carruaje fúnebre tirado por seis yuntas de caballos partió rumbo a Hungría. Erzsébet cubrió el cadáver con una piel de oso, la más grande y pesada, para que no pasara frío. Sus doncellas le rogaron que la usara ella, que Nádasdy ya nada sentía, que incluso era mejor que anduviera a la intemperie, para que el frío lo congelara de una buena vez y lo mantuviera lejos de la putrefacción. Erzsébet les regaló una maldición con la mirada y lo cubrió aún más. ¿Cómo se atrevían a hablar de su Ferencz? Regio, impoluto y eterno, así viajaría hasta llegar a su morada final. La condesa no miró hacia el

horizonte, solo contempló el gesto pétreo de la muerte durante los dos días de viaje como si aguardara alguna revelación.

Arribaron al dominio del oeste de Hungría, y cada quien ocupó su alcoba para asearse y dirigirse, cuando llegara la hora, a las exequias y el entierro. La viuda se vistió de luto entero, el encaje de los puños sobre las manos y el óvalo perfecto de su cara, fueron lo único blanco blanquísimo, como si hubieran subsistido sin sangre. El cuerpo de Ferencz estaba ataviado con sus mejores galas de tafetán verde, y la espada, que tantas vidas se había llevado, yacía entre sus manos cruzadas. Así descansaba sobre la caja que dominaba la sala más amplia del castillo. Un conjunto de violinistas cingaros interpretaban la melodía más triste jamás escuchada.

Los habitantes del pueblo, los campesinos, los caballeros y sus señoras, y todo aquel que se llegara hasta allí, entraron a ofrecerle las condolencias a la condesa Báthory. Ella, congelada en el tiempo, las aceptaba y consolaba, como una matriarca ancestral, las lágrimas de dolor de todos.

Y llegó el turno del sermón fúnebre en la voz del reverendo Barosius, ajada por la ancianidad que llevaba a cuestas.

Despedimos, en esta jornada de inmensa tristeza, a nuestro más querido mentor, el caballero Ferencz Nádasdy, hijo de András y descendiente excelso del clan de todos los clanes, magiar supremo de la Hungría completa y noble de toda nobleza de la Europa Central...

Erzsébet entrelazó los dedos de las manos sobre el regazo y bajó la cabeza. No quería mirar a nadie, la contemplación iba por dentro. En la otra punta del catafalco, su hija Anna intentaba dominar el temblor de la barbilla mientras su esposo Miklós Zrínyi la rodeaba con un brazo. Katalina lloraba sin disimulo y Drugeth oscilaba entre el cuidado de su prometida y el pasmo frente a su futura suegra.

... y no debo ni puedo soslayar la piedad de nuestro principal congregante, réplica acabada de quien fuera su padre,

hombre piadoso si los hubiera, siempre atento y vigilante de la palabra de Dios, y promotor de su divulgación a través de todas las comarcas. Bendito sois, Ferencz Nádasdy...

Contemplando la nada, Erzsébet escuchó por arriba las palabras del pastor, sin prestarle atención. En cambio, se escuchó a sí misma bien adentro, en la oscuridad de su hondura, y percibió el soplo de un viento y la tierra llorosa de lágrimas espesas que la privaban de cualquier sentimiento. En otra habitación, a varios pasos de allí, su pequeño hijo Pavel sollozaba con voz queda la pérdida de su padre, consolado por su tutor Magyari.

... siempre moderado en la comida y la bebida, alejado de los infernales excesos, el buen samaritano que ayuda a pobres y necesitados, bienaventurada su lucha contra el demonio y su lectura de las Sagradas Escrituras...

insistía el predicador, aunque sabía bien que sus dichos no revelaban toda la verdad: el difunto había sido severo y cruel con la servidumbre, incluso había practicado torturas a las sirvientas díscolas, o así se decía, de la condesa, desnudándolas a la intemperie para untarlas de miel y abandonándolas al asedio de todo tipo de insectos.

Luego de las sentidas palabras, el pastor enterró al Caballero Negro, que se reuniría con su padre, con el padre de su padre y con todos sus ancestros. Extendió los brazos para proteger su alma en un gesto heroico y los deudos oraron su plegaria más íntima.

La condesa se mantuvo en silencio, con la mirada perdida. Los pies se le hundieron en el suelo helado, el incendio bullía en su interior. Primero le devoró la cabeza, luego las piernas y los brazos, hasta llegar al torso, y así durante el tiempo que duró el entierro, que pareció una eternidad.

"Mi más enaltecido pésame".

"Ha sido el hombre más esplendoroso de Hungría".

"La fortuna que tiene de haber sido su esposa".

“Su alma yace junto a Dios Todopoderoso”.

“La abrazo de aquí al fin de sus días”.

Recibió las muestras de respeto con el gesto de una reina. Permaneció inmóvil, aunque por dentro temblaba como tiembla la hojita al viento. Erzsébet entreabrió los labios de su boca y lanzó un grito desgarrador que nadie escuchó. Guardó un silencio religioso que ningún presente se atrevió a interrumpir, cruzó las manos, humildemente, sobre el pecho y dejó caer los párpados con ese ademán tan propio que podía simular un recogimiento, pero que ella sabía bien de qué se trataba. Esa apariencia de beatitud y decencia humana escondía la sed de sangre que la arrastraba a la asfixia, al abrazo de un terror repentino y la necesidad de negar el orden en el que ella no podía vivir.

La condesa se irguió, escrutó al mundo dispuesta a hacerse cargo de todo. Dominaba, al fin, los castillos, sus propiedades, su vida y la muerte.

* * *

—Preparen mis arcones, armen mi equipaje que necesito salir de aquí. No puedo respirar en Sárvár, el aire es demasiado pesado en este lugar.

Ilona, la temible Dorkó, la nueva adquisición nigromante de rituales más oscuros, la Majorova, y el único hombre permitido, el enjuto Ficzkó, organizaron los trastos de la señora y partieron rumbo a Lockenhaus.

Fueron once horas de viaje, Erzsébet y la novedosa Erzi en su calesa, la servidumbre y el equipaje en el coche posterior, discutiendo vaya uno a saber qué. Las disputas por el cariño de su ama eran constantes y, por momentos, beligerantes. Me quiere mucho, poquito o nada, y seguro terminaban a los golpes. En el carruaje principal reinaba, en cambio, el vaivén de los modales, y la condesa aprovechó ese tiempo para acercar la relación.

—Majorova, ahora tú serás quien maneje los destinos de mi vida —le dijo Erzsébet con brasas en los ojos. ¿Habría sido mejor concluir

la sentencia con el sino de su muerte? Prefirió hacerse a silencio y penetrarla con la mirada.

—Solo ayudaré, señora.

Y la hechicera la tomó de las manos, con un gesto protector. La condesa respiró aliviada, necesitaba volver a confiar en alguien. La muerte de su marido la había desestabilizado un poco, le había horadado la pisada, que siempre había sido tan segura en su tiempo de vida.

—Tengo miedo de sentirme acorralada por el mundo, Majorova. Sin Ferencz, los rapaces buscarán desplumarme. El dominio es mío y, sin él a mi lado, creerán que soy presa fácil.

—Jamás podrán hacerlo, señora. A mi juego me han llamado, para eso estoy yo aquí.

La viuda de uno de los campesinos más honestos de la región se había internado, a hombre muerto, en las negras artes del bosque. Sin marido, había encontrado solaz en los recovecos más oscuros de la magia negra, y se había convertido en su pregonera.

—Estoy desesperada, Erzi, en unos meses cumplo cuarenta y cuatro años. —La condesa sintió un sudor helado que le recorrió el pecho—. Te lo ruego, sálvame de este oprobio. Temo que los brebajes y los hechizos de Darvulia no han hecho efecto. ¡Mírame!

La tomó de la cara y se la acercó demasiado. Le respiró encima, los labios de la maga rozaron la piel de esa gran impúdica llamada Erzsébet Báthory. Y la olió, sabía a hierbas y a pétalos de rosa y a incienso de extramuros, embriagaba a todo aquel que se le acercara por demás.

—Haz algo conmigo porque si no, volverás a tu infierno tan temido —insistió la condesa, abrasada por la llama de lo imposible.

Majorova se alejó y la contempló con el instinto ciego de un animal. Una vaga náusea la hostigaba, tal vez fuera el traqueteo de las ruedas contra el sendero rocoso, tal vez el extraño deleite que le provocaba la condesa.

—Tengo la solución, señora. Nuestra venerada Darvulia se equivocó con la selección de damiselas. A no preocuparse, solo usted será merecedora de la verdad. La sangre de las nobles es

mucho más efectiva para conseguir la eterna juventud que la de las simples campesinas.

Erzsébet tuvo un escalofrío. Entró en una escalada salvaje hacia el infinito. Quiso llegar al castillo, y cuanto antes. Caía la tarde, la noche comenzaba a extender la negrura de su velo sobre la naturaleza. Se convirtió en un animal atormentado por su futura desaparición, enjaulada en sus privaciones, sorda por los latidos de la sangre. Sin embargo, para ella no existía lo prohibido, se vio empujada por la sed del mal.

Llegaron a Lockenhaus en medio de una noche espesa, implacable. Desde lejos sonaba la irrupción de unos truenos que retumbaron entre unos relámpagos, que iluminaron la oscuridad. Descendieron de los coches y se aposentaron en el castillo.

—Mañana a primera hora salen a reclutarme jóvenes de buenas familias, y niñas también. Cuanta más frescura, mejor. Vístanse con sus mejores ropas. —Erzsébet los miró de arriba abajo con algo de asco—: Y ofrézcanles mi compañía, mi asistencia, lo que les parezca, ipero tráiganmelas!

Majorova se acercó y le susurró algo al oído.

—¡Y quiero que me traigan una doncella de hierro! No acepto un no como respuesta.

La hechicera sabía de los resultados de los sarcófagos con cubierta y clavos internos de hierro, que al cerrarse desangraban a sus víctimas hasta matarlas. La servidumbre intercambió miradas y supo que debería mover cielo y tierra hasta acercarle el artefacto de tortura al castillo.

Con el primer rayo de sol, los sirvientes se pusieron en movimiento. Se ocuparon de complacer a su señora. Ilona y Dorkó salieron a reclutar el botín, Ficzkó la parafernalia y Majorova se internó en los senderos del bosque en búsqueda de tallos y raíces para arrojar al caldero.

Erzsébet se recluyó en sus aposentos: díscola hacia el exterior, intentó con oraciones sombrías para sus deidades heréticas, que tanto amparo le habían ofrecido. Las lamentaciones se escuchaban detrás de los muros de su alcoba, consagraba su cuerpo de una edad execrable al torrente próximo a llegar. Nadie conocía su alma,

la sangre núbil, en tanto, podría desvelarla. ¿Tal vez...? Se encontraba ávida por burlar su destino.

Pasaron los días, las semanas, llegaron infinidad de jovencitas de la nobleza más esplendorosa que, debido a la guerra contra los turcos, habían caído en desgracia. Y los padres, agradecidos por la buena vida que les prometían los vasallos de la condesa Báthory, las entregaban con entusiasmo. No tenían ni la más remota idea de hacia dónde se dirigían ni de las prácticas a las que serían sometidas. Cuando los señores de los castillos de las cercanías optaban por no ceder a sus hijas, la tríada del mal tomaba campesinas —siempre fáciles de seducir— y las disfrazaba con vestidos y encajes para engañar a la condesa.

La dama de Ecsed entró en una espiral inabarcable. No podía detener su hambre de belleza, tampoco entendió cómo había vivido, hasta ese instante, sin ese goce voluptuoso. Contemplaba con mirada voraz la cadena de torturas a las que sometían a las ninfas, se perdía entre los hilos sangrientos convertidos en torrentes que caían de los sarcófagos enhiestos, se le daban vuelta los ojos al escuchar el hierro de los clavos penetrar la carne ingenua, se zambullía con algarabía en las tinajas repletas de sangre, bajo la promesa de que esos baños la llevarían a la eterna juventud.

Y dominada por la obsesión del control y el orden, Erzsébet comenzó a apuntar en sus papeles los nombres de sus víctimas, que guardaba en una caja de roble bajo mil cerrojos. Una, dos, tres... y sumaban decenas de trágicas proveedoras de la gracia de la belleza. Ardía por dentro.

CAPÍTULO

III

Pavel lloriqueaba asomado a una de las ventanas superiores del castillo. Había arrimado una banqueta al muro y, trepado sobre ella, había logrado agregarle altura a sus pequeños siete años. La muerte de su padre lo había rodeado de un silencio infinito. La tristeza había hecho nido en su corazón, extrañaba mucho a su madre. Pero Erzsébet hacía su vida lejos de allí.

Cuando el niño veía a la distancia algún corcel al galope acercándose, envuelto en una enorme ilusión presentía que podía ser ella. Pero no, la desilusión insistía colmándolo de tristeza y llenando sus ojos de lágrimas. Se sentía muy solo, rodeado de criados, sin niños con quien jugar y, sobre todo, sin el regazo de su madre donde descansar. Pasaba horas en vilo, haciendo fuerza para que la realidad fuera otra, para que su madre lo contemplara desde abajo y corriera a sus brazos, lo protegiera de los extraños, lo cubriera con su manto, le acariciara la mejilla y lo colmara de besos.

—¿Qué haces ahí, Pavel? ¡Te vas a caer por la ventana! —gritó Magyari al suponer que su pupilo estaba presto a arrojarse.

El niño giró la cabecita y la congoja ganó la partida: se largó a llorar a los gritos. El Rojo lo tomó de la mano y lo ayudó a descender de las alturas; se sentó y lo puso frente a él para darle una lección.

—¿Qué sucede, niño Pavel?

—Quiero a mi madre, reverendo István.

La paciencia del Rojo se terminó antes de empezar. La relación que había logrado con el hijo de Nádasdy era entrañable, pero esto era gracias a la deferencia que había tenido con el conde. El niño era

bueno, no conocía el destemple y la iracundia, tan comunes en la descendencia nobiliaria. Pavel era tímido y de pocas palabras. Tal vez era digno hijo de su padre muerto, sin embargo, tenía poco y nada de los Báthory.

Magyari tragó bilis y prefirió callar lo que se rumoreaba en las inmediaciones de Sárvár. No se escuchaban palabras esplendorosas de la condesa, tampoco él la tenía en demasiada estima. La cercanía siempre había sido con Nádasdy y a él le rendía honores, incluso después de muerto; Erzsébet Báthory, en cambio, le provocaba desconfianza, le hacía sentirse impotente para prevenir el mal que ella desperdigaba. Porque se decían cosas de la condesa; había escuchado por ahí que el Caballero Negro no había muerto de causas naturales o debido a la acumulación de enfermedades que habían lacerado su gallardo cuerpo. Las paredes hablaban, y en voz alta.

“Lo intoxicó la esposa”.

“Báthory, envenenadora de Ferencz Nádasdy”.

“¡Asesina del marido!”.

“¡Mujer siniestra!”.

La imagen corrupta de Erzsébet circulaba por algunas calles de la comarca. Murmuraban que, en vez de proporcionarle la salvación, lo había atragantado con venenos muy bien preparados por ella y su séquito.

El luterano hacía cuentas y daba por hecho que Báthory había ultimado a su esposo para convertirse en la dueña de todo y la mujer más poderosa de Hungría, Transilvania, Eslovaquia y aledaños. Pero él la desenmascararía a su debido tiempo.

—Niño Pavel, levanta el ánimo. Salgamos a cabalgar un rato, y así podrás disfrutar de tus tierras. Y luego, al regreso, le ordeno a la cocina que prepare alguno de tus platos favoritos —le propuso el reverendo con firmeza.

El pequeño aceptó y salió de la habitación a la carrera. Magyari cambió la mueca soberbia que traía y calmó los pensamientos. El menor de los Nádasdy, su pupilo, había recibido el título de heredero, además de las propiedades, tras la muerte de su padre. La

desgracia, en tanto, era que Erzsébet manejaba todo porque el niño era menor de edad. Él se encargaría de proteger los bienes de Pavel.

Los rumores de envenenamiento no eran los únicos que envolvían a la figura de la condesa. También se decía que maltrataba a la servidumbre. Aquello no hubiera sido un problema, la nobleza europea dispensaba el rigor como la fórmula adecuada contra sus vasallos. En cambio, parecía que la ofrenda de la señora era un compendio de torturas llevadas hasta la muerte. El pastor había escuchado algunas acusaciones por aquí y por allá: que acumulaba doncellas muertas, que se entregaba a prácticas *non sanctas* con jovencitas, que abusaba de la sangre y que había testigos que podían acreditarlo. Una víctima había escapado de la cámara de torturas, pero nadie sabía dónde se escondía, tal era el pavor que sentía la chiquilla.

Él se encargaría de vigilar a la señalada de semejantes rumores. Por algo se había escapado a Lockenhaus, necesitaba esconderse del acecho del bien, del control ejercido por la Iglesia luterana.

El Rojo cruzó la puerta, allí lo aguardaba Pavel, montado sobre su potrillo, custodiado por un mozo de cuadra. El niño sonreía, le gustaba cabalgar, sentirse grande y adentrarse en el bosque. Tal vez allí, entre la maleza, encontrara a su madre.

* * *

Abrumada por el peso del insomnio y la siniestra respiración de los rumores de la noche, Erzsébet levantó a todos de sus reposos y los conminó a seguir sus órdenes.

—Ya que estamos en territorio austríaco, emprendamos viaje al norte, nos vamos a mi residencia en Viena. Estoy cansada de esta gente, busquemos gotas de sangre sagrada en otro lugar.

Se acercaba el hielo del invierno y la condesa prefería los muros de Viena, donde se sentía más a gusto. Y llegaron al número 12 de la Augustinerstrasse, el palacete que le devolvió el aire y las ganas, donde se sentía por fuera de todo, sin tiempo ni lugar, y podía ser la encarnación de la resistencia. Por un instante, se olvidó de los últimos desencantos, todo en ella volvía a ser flamígero.

—Cuán felices eran aquellos tiempos de fiesta junto a mi querido emperador. Esos días en la corte, aquellas largas noches con mi venerado Rodolfo II en las que compartíamos canturreos y estados alquímicos, ¿se acuerdan, mis estimados? —expresó la condesa con ojos soñadores, tendida sobre una tumbona—. Le escribiré a Praga, a ver si encontramos algún motivo para celebrar.

Se dispuso a escribirle a su amigo Habsburgo, el único de ellos en el que confiaba, con quien se carteaba, de tanto en tanto, aunque cada vez menos. Su marido le había contado que había mudado la corte y poco más. Pero Ferencz estaba muerto. Se había enterado, por los corrillos de palacio, de que había tenido algunos hijos bastardos con su amante Kateřina Strada, pero aquello formaba parte de su presente, no de cuando intercambiaban risotadas y un calor suave les rodeaba el cuerpo. Erzsébet había compartido otras entregas de su Habsburgo, cuando él desvariaba de lascivia por su *obersthofmeister* (71) Wolfgang Siegmund Rumpf vom Wullroß y por alguno que otro de sus sirvientes, como Philipp Lang von Langenfels, el más odiado de los odiados por quienes buscaban congraciarse con el emperador. La condesa disfrutaba de esos amores famélicos que se devoraban a sí mismos.

La respuesta del emperador nunca llegó, estaba aplastado por las cuestiones de Estado, que iban de mal en peor. Los súbditos húngaros, hartos de los vaivenes de la guerra, se habían rebelado, liderados por István Bocksai, que no era otro que un tío y mentor del exiliado del poder Segismundo Báthory, en manos de su primo hermano András, ambos primos de Erzsébet.

La rebelión de Bocksai contra el Habsburgo se llevaba adelante en Transilvania, Hungría y Eslovaquia. Las guerras otomanas habían causado hambruna, pestes y debilitamiento de los ejércitos cristianos, hasta que el noble húngaro se cansó y entró en rebeldía. Rodolfo II, en tanto, se vio impedido de hacerle frente, no porque no tuviera las armas y el poderío a su disposición, sino por los rugidos de batallas internas que habitaban en su mente cada más endeble.

Erzsébet se acomodó en su litera y ordenó que la dirigieran hacia la judería, en las cuadras aledañas de la Judenplatz, adonde gustaba de perderse. Era una ferviente coleccionista de amuletos y sabía que

en las tiendas atendidas por sus dueños judíos podía conseguir tesoros inhallables. Envuelta en su capa, la condesa Báthory revolvió las mesas y también ofrecía monedas por debajo de ellas para que le trajeran lo imposible, lo ancestral, aquello que no estaban dispuestos a entregar, lo que guardaban para ellos y ocultaba toda la historia de la humanidad.

Durante el Imperio de Rodolfo II la situación de los judíos en Viena había sido compleja. A las restricciones de residencia, se sumaba, además, una tolerancia práctica impulsada por las necesidades económicas. El Habsburgo tolerante había autorizado a los *Hofbefreite Juden* (72) el asentamiento de familias judías nobles o privilegiadas en Viena, permitiéndoles abrir las puertas de una sinagoga y de un cementerio en la Seegasse. (73) El monarca dependía financieramente de algunos prestamistas y mercaderes judíos, a quienes les había otorgado algunos privilegios especiales, eximiéndolos de ciertos impuestos y de usar la insignia amarilla obligatoria.

Los judíos habían empezado a establecerse en esa zona de Viena alrededor del año 1150, coincidiendo con el establecimiento de la Casa de Babenberg, la dinastía de los duques y marqueses austríacos creada en el siglo X. En el 1400, unos ochocientos habitantes vivían allí, incluyendo comerciantes, banqueros y eruditos. La judería se extendió hacia el norte con setenta casas construidas de forma tal que las paredes del fondo formaban una delimitación que las mantenía unidas; además, se podía entrar al barrio a través de cuatro portones, los dos principales situados en la Wipplingerstrasse.

En los tiempos del duque Albrecht V, la persecución a los judíos comenzada en el otoño de 1420 creció hasta convertirse, al año siguiente, en una sangría. Primero los encerraron, hambreándolos y torturándolos, para luego ejecutarlos. Los niños fueron privados de alimentos, y quienes desafiaban a sus captores eran vendidos como esclavos o bautizados contra su voluntad. Los judíos pobres fueron expulsados de Viena, mientras que los ricos, encarcelados. Los pocos que mantuvieron su libertad buscaron refugio en la sinagoga Or-Sarua, en la Judenplatz, en lo que sería un martirio de tres días

de hambre y sed que los llevó a un suicidio colectivo. Los cerca de doscientos sobrevivientes fueron acusados de crímenes tales como el tráfico de armas a los husitas (74) y de profanación de la hostia, (75) y el 12 de marzo de 1421 fueron encomendados a la pira y quemados vivos. El duque decidió que no era el momento de aceptar judíos en Austria. Las propiedades les fueron confiscadas, las casas vendidas y las piedras de la sinagoga quitadas y entregadas a la antigua universidad vienesa.

En 1451, algunos judíos pudieron regresar a Viena y recibieron protección de los Habsburgo. Para 1521, había en la ciudad doce familias judías. Un pequeño número de judíos continuó viviendo en Viena, aunque lo hicieron bajo la amenaza constante de la expulsión. A pesar de que Rodolfo II se hubiera instalado en Praga, la convivencia en Viena entre cristianos y judíos nadaba en aguas serenas.

Cuando llegaba la noche de oscuridad propicia para el escondite, la condesa regresaba a su palacete de muros vieneses. Su corazón galopaba como caballo salvaje, con la alegría que sienten las criaturas supersticiosas, listas a escuchar los rumores velados que traspasan las puertas y ventanas cerradas bajo mil cerrojos, mientras que el viento nocturno silba con jactancia.

Llegaba con las manos repletas de talismanes de todos los colores, pues el negro estaba prohibido. Su renovada hechicera de los mil y un rituales la había conminado a abandonar el color de las sombras: que eran preferibles el blanco y el carmín para la nueva vida de viuda, que el negro era un color abusado y ella se merecía el cambio de tonalidades cercanas a la dorada juventud, que solo piden entrar a los palacios del placer, como una reina.

—No quiero pensar en mis primaverales años, Majorova, que pasaron ya, pero necesito que me envuelvan otra vez —las palabras le brotaron con dificultad, dominada por las amargas voluptuosidades del desencanto—. Te conmino a que me borres las pestilentes arrugas de mis casi cuarenta y cinco años, y el terror de la soledad, y las hogueras del dolor.

Erzsébet se arrojó a los brazos de su bruja, dominada por una vulnerabilidad que gustaba de esconder, pero que se hacía evidente

con su séquito, sobre todo con Erzi Majorova.

—Condesa, la miro a los ojos y, bien al fondo, puedo ver torrentes de sangre donde hierve su inocencia más secreta. Olvide los pavores que ahora, como nunca, estará más cerca de la verdad, de la trascendencia y, sobre todo, de la belleza más absoluta. Poseo el desvelamiento del misterio, achicaremos la proporción entre el dolor y la pasión. Confíe en mí.

La condesa asintió con la cabeza, frenéticamente. Se arrojó a la tempestad que le ofrecía su nigromante, sintió que aquella sangre que había contemplado Erzi, en el fondo de su mirar, le había sido extraída por un verdugo incorpóreo durante los sueños de las últimas noches. Pero ella se la devolvería, la maga del bosque se desprendería de sus poderes para ayudarla.

Emprendieron, entonces, la recolección de muchachillas para saciar el hambre de la señora, dispersándose por las distintas zonas de Viena. Dorota se encomendó al sur; Ficzkó, el leal, a las inmediaciones de Hofburg y sus grandes jardines; y Jo, en tanto, a la judería. Con los años a su favor y el manejo de la impostura, Ilona logró convencer a unas cuantas judías muy jóvenes de formar parte del servicio de la condesa. Se les prometía a todas que recibirían un trato diferencial y clases de protocolo para luego integrar la corte de Erzsébet Báthory. Incluso le trajeron a una niña judía de diez años que habían encontrado deambulando por las callejuelas.

Los castigos infringidos en Viena fueron de una violencia pavorosa. Tras la muerte de su marido, la condesa había abierto la puerta a una crueldad pocas veces vista.

—¿Acaso le duele a la cobarde? —gritaba Erzsébet sobre la cara de la víctima. La sangre tibia salpicaba sobre la piel de la condesa y ella se la extendía todo lo que podía, augurándose la eternidad. Se convertía, y a puro entusiasmo, en una esclava de la sensualidad que le provocaba el crimen, el mínimo indicio de placer refutaba, al instante, el sufrimiento que había acumulado.

—Busco estos placeres hasta el infinito. Soy una exploradora de lo sagrado, atravieso páramos, más allá de la piedad.

La condesa sentenciaba ante sus súbditos, quienes respiraban con alivio haber sido elegidos para asistirle en los conjuros. Aunque,

a veces, el espasmo sacrificial se ampliaba y podían caer en su mira. Una mañana, una de sus doncellas de cámara había omitido la sutileza obligada al calzarla y la pateó, ordenándole que no se moviera de allí. A los gritos, pidió que le trajeran una plancha ardiente.

—Ahora tú tendrás unos bonitos zapatos con las suelas encarnadas. —Y le planchó los pies a la criada, quien perdió la conciencia en el acto.

Los charcos de sangre eran de tal magnitud que sus leales debían cubrirlos de ceniza para que Erzsébet llegara hasta su cama cuando necesitaba descansar.

Estas muertes pequeñas, de núbiles sacrificiales, no son otra cosa que el mero simulacro para conseguir la más grande, una existencia verdadera sin la corrupción de la vida y la muerte, tal como existe para la mayoría, pero que no es la mía, que ocupa el sitio inmaculado de la oscuridad..., pensaba Báthory, tendida sobre su lecho frío.

Insistía con el conteo de desangradas, con esas bocas de capullo y pieles tersas e inocencias raptadas. Una, dos, tres, decenas, más de ochenta. La saciedad nunca era alcanzada.

[71](#) “Chambelán mayor”, en alemán.

[72](#) Judíos eximidos por la Corte.

[73](#) Situado en el noveno distrito de Viena.

[74](#) Movimiento protoprotestante cristiano checo, parte de la Reforma Bohemia.

[75](#) Una forma de sacrilegio en la denominación cristiana, que sigue la doctrina de la real presencia de Cristo en la Eucaristía.

CAPÍTULO

IV

Los deberes familiares reclamaron a Erzsébet, que debió cerrar los postigos de su residencia vienesa para trasladarse a Presburgo. Sus hijas la aguardaban en el palacio de su propiedad, hacía tiempo que no se veían.

Los preparativos para el viaje duraron varios días. El aseo del carruaje principal fue la tarea más encomiable, debía brillar más que las piedras preciosas de la corona imperial, y reacondicionar, además, los cojines de terciopelo para que las horas de viaje no entumecieran los huesos de la condesa. Hasta último momento hubo que controlar el estado de los cascos de los cuatro caballos que tirarían del carruaje, no fuera que sucumbieran por los caminos. Detrás y en fila, seguirían los cinco coches que alojarían a la servidumbre, el equipaje, a la infinidad de regalos para repartir por aquí y por allá, a las costureras que atenderían el vestuario de la condesa y a sus favoritos.

Partieron rumbo al este, escoltados por un grupo de *hajdúk* (76) en la vanguardia y otro en la retaguardia. La condesa Báthory debía ir bien custodiada, cualquier tipo de peligros acechaban los caminos.

Antes de partir convocó al castellano y a los sirvientes, que quedarían al cuidado del palacete.

—Espero que a mi regreso, que será de un momento a otro, habrán cumplido con mis órdenes.

Se despidió, sin antes controlar, con Dorkó e Ilona, el destino de los cuerpos descompuestos de las sacrificadas.

—¿Me retiro tranquila?

—Como siempre, mi señora. Me he encargado de todo.

Ficzko había amontonado algunos cadáveres, negros como el carbón por la sangre coagulada de sus cuerpos, en una carretilla y, entre gallos y medianoche, los había enterrado lejos de allí. Dorkó, en tanto, había arrastrado de los pelos al resto hacia los sótanos, acumulando muerte y hedores que deberían soportar los cancerberos de turno. ¿Pero la respiración se le había detenido a todas? ¿Todos los cuerpos habían dejado de vivir?

La comitiva partió rauda y atravesó los caminos sin ningún contratiempo. La condesa espiaba a la escolta, de tanto en tanto, con la mirada encendida. Aquellos campesinos orgullosos, integrantes del ejército de Bocksai —el señor del condado de Bihar que había encabezado un golpe contra el emperador—, que se convertían al catolicismo despertaban su curiosidad. Erzsébet los había seducido con alguna falsa promesa, trayéndolos bajo su tutela. Qué apuestos, qué gallardos, cuánta prestancia, mascullaba la inquieta señora. Fueron horas de un paso tardo en las que la condesa aprovechó para dejarse llevar por su imaginación, o tan solo para dormir un poco.

Unas pocas leguas antes de llegar, la marcha fue aminorando y el *hajdúk* que lideraba la comitiva se acercó a la ventanilla del carruaje e hizo la consulta de rigor.

—Condesa, ¿cuál será la entrada elegida esta vez?

La ciudad amurallada tenía cuatro puertas principales para controlar el acceso y evitar que fuera traspasada por indeseables: la de San Miguel, (77) la de Lorenzo, situada al este, la puerta de Pescadores y la Vydriza, a la que todos llamaban “de Viena”.

—¿Qué es esa pregunta? ¿Aún no te has enterado cuál es la puerta que merezco? —respondió Erzsébet, destemplada.

Los grandes señores y los reyes entraban a Presburgo por el camino de Viena. Llegaran desde donde llegaran, los Báthory hacían su entrada triunfal por la puerta de honores, aun cuando hubiese que atravesar, apenas se trasponía, el barrio de las mujerzuelas. Erzsébet era entrometida, corría apenas la cortinilla de brocado que le permitía mantener la privacidad cuando se veía instada a hacerlo y vagaba con la vista por la morería prohibida. Quién sabría, tal vez

encontrara algo que le despertara el interés y diera cuenta del mismo, camuflaje de por medio, en otro momento.

A continuación, aparecieron las calles mejor puestas, las más vitales, las alegres y ruidosas, las habitadas por una incipiente burguesía, dueños de viñedos y amantes del buen vino. La condesa sonrió y se prometió una visita uno de aquellos días.

La algarabía comenzó a decrecer cuando se aproximaron a la judería de Presburgo. Debían abrir la verja, pues se mantenía cerrada en cuanto caía la tarde; los judíos no tenían libre acceso por la ciudadela y el ambiente, por allí, era completamente diferente. A grito pelado, los *hajdúks* obligaron a sus habitantes a que entraran a sus casas y no salieran hasta que pasara la comitiva de la condesa. Erzsébet no soportaba los trajes sin color de esa gente pálida y triste que la reverenciaba al verla pasar. Las melenas y las barbas largas de los judíos le parecían repulsivas y mugrientas.

—¡Sáquenme ese gentío de la vista! —exigió la condesa con gesto de asco.

Siguieron por la calle larga, la que iba de una puerta a la otra. A varios solares de allí, despuntaba la torre donde se sometía a los peores tormentos a los criminales de toda estofa, y que ejercía el control frente a todo tipo de padecimientos. En las cercanías, se apostaba *Divoký Muž*, (78) la espaciosa posada que albergaba a los diplomáticos que visitaban Viena cuando debían hacer negocios o a los señores de las comarcas aledañas que no poseían castillo en Presburgo. Erzsébet era la feliz poseedora de uno, pero prefería instalarse en la posada junto a su séquito, y así vivir la vida con mayor libertad de acción. Tenía un piso entero a su disposición; en cambio, los *hajdúks*, los criados y sus favoritos se alojaban en cuartos ubicados en los fondos del patio, cerca de las cuerdas.

—Acomoden los bártulos ustedes; yo, en tanto, me dirijo al palacio a encontrarme con mis hijas. Luego vuelvo a la posada.

La condesa golpeó, con suavidad, el techo del carruaje, ordenando al conductor el destino final. Llegaron a la residencia Báthory, descendió acompañada por la Majorova, que no la abandonaba ni a sol ni a sombra, y entró. Caía la tarde, la servidumbre comenzaba a encender las velas, la penumbra persistía.

Anna y Katalina escucharon unos ruidos y se asomaron desde uno de los salones. Vieron una silueta que avanzaba por el estrecho corredor y la reconocieron en el acto.

—¡Mamá! —exclamaron y corrieron a su encuentro. Erzsébet abrazó a una y a la otra, y luego se alejó para contemplarlas.

—¿Y tu esposo? —le preguntó a Anna, y ella respondió que se había quedado en Croacia porque tenía deberes que cumplir.

—Acomódate, madre, que las habitaciones están preparadas. ¿Y los criados? —Katalina no soltaba a su madre.

Pero había un problema, Erzsébet no quería a su prole cerca. No permitía que ninguno de sus hijos fuera testigo de sus procederres. Eran sus decisiones y prefería mantenerlas para sí. Y ni que hablar de la familia que se adhería por motivos de enlace obligado. Todas esas heridas abiertas en otros, en otras y en todas, que a ella la embriagaban, podían provocar un vahído o algo más en su cara descendencia. Tampoco estaba para engendrar provocaciones en sus hijas, por más adultas que ellas fueran. Ni qué hablar de su niño.

—Ah, hijas queridas, nunca sabrán lo difícil que es sujetar, continuamente, las riendas del mundo. Tengo un sinfín de obligaciones, necesito recibir a una cantidad de delegados y no quiero perturbarlas con todo eso.

Anna asintió con decoro, era la mayor, conocía a su madre al dedillo; Katalina, en cambio, mantenía los mohines de niña, aunque estaba presta a contraer matrimonio con György Drugeth. Erzsébet le prometió que se ocuparía de todos los preparativos de la boda, como había hecho con su hermana. La casadera sonrió con una alegría pocas veces vista y le pidió que se celebrara en Sárvár, el castillo favorito de su amado papá. La condesa se quedó de una pieza, era el castillo odiado. Sintió como si un espasmo estuviera dispuesto a violarla y estuvo a punto de negarse enfáticamente, pero se ablandó y le concedió el pedido. Abrazó a Katalina y se despidió en un solo movimiento. No se daba permiso a exhibir sus debilidades.

Ya en la posada pudo ser ella misma, a quien poco y nada le importaba lo que pensaran de ella, ella, la bestia, la que desprecia las leyes, la que gusta de contemplar el desenfreno del universo y el

propio, la que asiste a la combinación de los abismos, la que se ve obligada, y con puro asentimiento, a ser cómplice de toda especie de profanaciones.

Erzsébet empezó con los preparativos de la boda de su hija desde las enormes habitaciones del *Divoký Muž*. Pero no solo se encargó de eso, se hizo de las mejores telas, encajes y botones, y ordenó que le confeccionaran un amplio guardarropas para engalanar las fiestas que tenía por delante. Quiso dejar de lado los atavíos que usaba en las colinas para adornarse con el último grito de la moda. Recibió, también, a una infinidad de mensajeros y emisarios que le traían misivas de distintos señoríos, reclamando su presencia en tal reunión o fiesta, a las que se negaba o aceptaba, dependiendo de sus ganas y humores, y de quién viniera el convite.

Mientras tanto, sus servidores más secretos llevaban adelante otros menesteres. Los *hajdúks* salían por las noches, deambulaban de taberna en taberna, y luego iban con la información a Dorkó acerca de los parroquianos y de las jóvenes campesinas que hubieran llegado a la comarca, ávidas de encontrar colocación. También reclutaban entre el vasallaje de los grandes señores: nunca se sabía, tal vez aparecía alguna muchacha con ansias de cambiar su destino.

La condesa, cuando tenía ganas, se subía al carruaje de gala y era trasladada a alguna fiesta ofrecida en el palacio de la familia con la que estaba emparentada. La recibían con canciones compuestas por cíngaros en su honor, en las que se destacaba su belleza. Su presencia causaba agitación.

—¡Demasiado tiempo ha estado alejada de nosotros, oh sol del universo, bienvenida nuestra Erzsébet Báthory! —la recibían con veneración.

La palidez de la condesa dejaba sin aliento a la multitud. Su paso legendario, y aquel gesto de distancia que abrasaba, cautivaba a todos los presentes.

* * *

Fueron semanas que se convirtieron en meses en Presburgo, hasta que finalizaron los preparativos para la boda de su hija Katalina. Fruzsina, su consuegra, había colaborado ampliamente, tenía sus razones. El derrotero de su único varón —también tenía una hija mujer, María— había sido turbulento, por no decir dramático. Su querido György III regía los condados de Zemplén y Ung, (79) pero en 1600, pocos años atrás, había recibido una sentencia letal para el clan: el joven heredero debía entregar el castillo que tenía en Trebišov, además del resto de sus pertenencias que, por cierto, no eran pocas. Los Drugeth conformaban una destacadísima familia del Reino de Hungría, y ese, tal vez, había sido el motivo principal para que Erzsébet lo aceptara como yerno. Su hija mayor se había desposado con un importante letrado que se había educado en la Universidad de Bolonia, y era sobrino del amigo de su difunto esposo, Thurzó, además de pariente propio. Pero el joven Drugeth había vivido, en carne propia, situaciones inquietantes.

La razón por la que le habían reclamado todo era porque lo acusaban de haber desplegado un conato de violencia contra los nobles de seis condados, especialmente contra los señores Pedro Zokoly y Simon Bánóci. Pero la verdad había sido otra. Los delatores habían querido aprovecharse de las propiedades en cuestión, y para eso habían sobornado a la vieja criada de la madre de György. La sirvienta y el soborno habían escapado rumbo al dominio de Eufrozina Török, la viuda de István Drugeth, familiar del clan y, bajo la promesa de que no la mandaran de vuelta a su antigua ama, les habría revelado un secreto mortal: que György no era el verdadero hijo de sus padres. Con los ojos alzados al cielo, la anciana había confesado que el pequeñín, mientras jugaban, se le había caído de las manos y, tras el golpazo contra el piso, había abandonado este mundo. Desesperada, su madre se había encerrado en la alcoba y declarado que su hijo sufría una enfermedad. A los días, había salido y regresado con un niño de un villorrio cercano, haciéndolo pasar por propio. En la oscuridad de la noche, había enterrado al auténtico.

Al enterarse de semejante historia, la condesa Török le había contado todo a su hijo Valentino, primo dilecto de György. El joven

conde había entendido que si esto era verdad, todas las propiedades de György le pertenecían. Se hizo de armas y, con tres mil hombres, atacó el castillo de Úzhgorod, donde estaban la condesa y sus hijos. La resistencia había sido brutal y los Drugeth pudieron escapar a Polonia. El conde Valentino I, indignado, hubo de solicitarle una solución inmediata al emperador. Rodolfo II lo llamó al orden y lo convocó a Presburgo de inmediato. El archiduque Matías —el hermano de Rodolfo— y otros nobles defendieron a Valentino frente al emperador, y este lo perdonó. Las discusiones fueron y vinieron, las exigencias espurias continuaron hasta que el archiduque defendió al vilipendiado György ante la Cámara y este se presentó frente al emperador. Se ganó sus favores y le devolvieron, al fin, las propiedades en discusión. Pero de lo que no se enteró porque nadie quiso contarle fue que el nombre de su prometida había servido de salvoconducto. Rodolfo II se había enterado de que el joven estaba comprometido con la hija de su querida amiga Erzsébet Báthory. Ese nombre borró todos los inconvenientes.

La viuda de Drugeth, la intrépida Fruzsina, se puso a disposición y entregó hasta lo que no tenía para concertar la boda. Mientras Erzsébet organizaba lo que le competía, la madre del novio duplicó esfuerzos y demostró estar a la altura de las circunstancias.

Cuando las fanfarrias anunciaron la boda de Katalina Nádasdy y György III Drugeth con fecha y lugar, la condesa pegó el grito para organizar la partida. Pero quienes se llevaron la peor parte fueron sus favoritas, que debieron limpiar la faena consuetudinaria de la señora. Hubo que enterrar o rematar a las jovencitas que no habían sido bendecidas por una muerte instantánea, para luego esconder los cadáveres, pues Báthory había despertado de un letargo inquietante.

—La muerte no es de mi propiedad, estimadas. Todas morís sin cesar, así que concludid lo que yo empiezo y disfrutad del sacrificio. El breve momento que nos separa del vacío tiene la delicadeza de un sueño.

La condesa había torturado a una joven que no llegaba a los catorce años, apuñalándola con cuchillos y quemándola al rojo vivo. La niña había estado en pésimo estado y muerto a los pocos días. Y

así con varias más con las que se había abierto camino, arrastrada por una especie de fiebre entusiasta en los primeros días, para luego transformarse en un témpano y conminarlas a que se hincaran frente a ella, en un impulso desesperado, para concederles el instante de la crueldad divina. Entre el tormento y el éxtasis, ya no hubo una tregua de moderación, Erzsébet estaba desatada.

El fruto venenoso de la sensualidad se le había hecho más nítido, la penetraba de un modo silencioso, más callado que la noche más vacía.

—Ella viaja conmigo. —Y señaló a una joven alemana, muy discreta, que se había convertido en la especial.

Cerraron la portezuela de la carroza y partieron rumbo a Sárvár. Pero antes de llegar a destino se detuvieron en el camino. Era imperativo resolver un problema con el que no habían contado. En el último de los coches viajaban varias malheridas, dos alemanas no habían resistido los flagelos infligidos por la condesa. Erzsébet las había apuñalado con su daga dilecta en Presburgo, intentando disciplinarlas, vaya a saber cuáles habían sido las rebeldías. La caravana hizo un alto y Ficzkó, asistido por las leales de siempre, descendió con los cadáveres y, meta pala y fuerza, las enterraron a la vera de un sendero bajo la mirada de todos.

Mientras tanto, a varias leguas de allí, en la residencia de Augustinerstrasse, en Viena, no todo se había desarrollado como era de esperar. En el sótano donde habían alojado a una buena cantidad de cadáveres, algunos movimientos empezaron a demostrar que no todas las jóvenes estaban muertas. Dos niñas judías, con el cuerpo mancillado de hematomas y sangre coagulada, entreabrieron como pudieron los ojos y se enteraron de que volvían a la vida. El olor a putrefacción de la carne las llevó a la náusea y vomitaron, provocándoles dolores intensos en los cuerpecitos. Una de ellas se encontraba mejor y ayudó a la otra a incorporarse. Como pudieron, se acercaron a una cuba que contenía algo de agua, aunque bastante sucia, y se higienizaron.

Cuidándose una a la otra y cubriendo sus desnudeces con lo que hallaron por ahí, subieron los peldaños intentando ser invisibles, abrieron la puerta y se dieron a la fuga. No tuvieron tiempo de

pensar, tampoco lo intentaron, eran libres, estaban vivas, habían escapado de las fauces de la cristiana más temida y secreta.

[76](#) “Haiduque”, en húngaro, tipo de infantería irregular campesina. Tenían una reputación que iba desde bandidos hasta luchadores de la libertad, según el momento, el lugar y el enemigo.

[77](#) La única de las cuatro puertas medievales que se conserva en la actualidad, hoy coronada por una torre de estilo barroco de cincuenta y un metros de altura.

[78](#) “El Hombre Salvaje”, en eslovaco.

[79](#) Fueron unidades administrativas fundamentales del Reino de Hungría, situados, en la actualidad, en la región noreste del país, y parte de Eslovaquia y Ucrania.

CAPÍTULO V

Katalina se mantenía erguida, estiraba el cuello como si buscara acariciar el cielo con su cara de princesa, porque así se sentía: envuelta por un halo divino que la conduciría a su nueva vida. Una multitud de doncellas la vestía con las mejores galas que una novia de la nobleza magiar pudiera pretender. Sedas, colores, tramas y piedras dispuestos a cubrir su preciosa piel, como custodios del paso trascendente que daría en unas pocas horas.

Anna participaba del ritual dando órdenes, pero también siendo la protagonista de la entrega de los honores de la familia. Ese lugar no le pertenecía, su madre era la figura que debía engalanar el rito, pero brillaba por su ausencia. Y era eso, precisamente, lo que evidenciaba la falta. Cuando Erzsébet Báthory estaba en un lugar, su presencia refulgía, pero cuando estaba ausente, su sombra resplandecía con la misma fuerza. Pues la condesa había arribado al castillo unos días atrás, abrazado a una hija, a la otra, al más pequeño y, sin más, como un espectro, había desaparecido de la vista de todos, nadie sabía dónde estaba.

—Te ves preciosa, Kato, en este, tu día. Estás igualita a madre, sus mismos ojos, como si se los hubieras arrancado —murmuró Annetta, contemplando a su hermana.

Katalina intentó una sonrisa, sin embargo, la mueca se quedó a mitad de camino. ¿Dónde se encontraba su madre? ¿Por qué no la acompañaba en la ceremonia más importante de su vida? No la entendía, a veces presentía que nada le era suficiente, que —ay, no quería ahondar en esos pensamientos, el corazón le daba un vuelco

ante la mínima idea— su madre se le figuraba como un ave rapaz, amante ciega de la carne ajena, con esas maneras feroces, inmediatas, sin prudencia, ofreciéndose a los golpes de la vida sin condiciones. ¡Oh, no! ¿Cómo podía pensar semejante despropósito? Y producto del azar, o de un milagro absurdo, entre el murmullo de las damas de compañía y el movimiento de las telas, Erzsébet hizo su entrada en la habitación como una tormenta de verano.

—Afuera todas de aquí, sola yo con mis hijas —ordenó la condesa y salieron en tropel. Katalina aplaudió con el mismo gesto que hacía cuando niña, y Anna resopló.

—Déjame contemplarte, hija querida. —Y la tomó de las mejillas con suavidad—. Ah, tu preciosa piel, custodiada religiosamente por el tiempo benevolente, y que ahora será entregada a tu nuevo estadio de honra por medio del enlace con Drugeth.

Siguió mirándola, perdida en el recuerdo embriagador de su propia juventud, de aquella tersura tensa, de las redondeces que desconocen las líneas, esas rajaduras malévolas, la profundidad de las marcas. Ay, la memoria y sus trampas, ojalá la perdiera de una buena vez para no sucumbir a su asedio. Y no quiso convertir a su hija en una rival, la duplicación de sí misma, aunque con toda la vida por delante. Porque ella era la insignia que le disputaría el arrinconamiento al tiempo y saldría intacta, y no la rozaría el manto pesado de la vejez. Había hecho un pacto y era la vencedora.

—¿Qué te había sucedido, madre? —le preguntó Anna—. Hube de ocupar tu sitio con los afeites de Kato, y estimo que no me han salido bien.

—Hijita mía, has hecho lo que has podido, aquí estoy yo para darle el toque final.

Y Erzsébet se concentró en el ritual, el mismo que su madre le había ofrendado a ella, igual que ella le había entregado a Anna. Murmuró los conjuros mientras colocaba los talismanes y acariciaba las partes del cuerpo virgen de Katalina para cubrirlas de abundancia. La novia lloraba en un raptó de emoción.

—Vierte todas las lágrimas, niña mía, junto a mí. Y le prohíbo a vuestro futuro esposo que sea el artífice de algún dolor, pues se las verá conmigo.

Cuando la ceremonia íntima acabó, las tres salieron de allí. Debían dirigirse al santuario donde se celebraría la boda. Las doncellas rodearon a la novia y emprendieron el camino por los corredores. Entre las sombras, una voz intervino la columna de mujeres, convocando a una sola.

—Condesa Báthory, me urge decirle unas palabras.

Confundido entre unos tapices, el presbítero Magyari la llamó con un leve gesto de mano. Erzsébet levantó una ceja y se encomendó al reclamo.

—Es la boda de mi hija, espero que la urgencia lo valga.

—Me han contado que una de las criadas de su dominio ha cometido un asesinato, y sabe bien que eso es un crimen.

El Rojo y la condesa se escrutaron en silencio durante unos segundos que parecieron horas. ¿Qué sabía ese hombre? ¿De qué era responsable aquella mujer? Se estudiaron a la velocidad del rayo, cada cual pensando lo peor del otro, dispuestos a entregarse la palma del mal.

—Poco entiende, ministro, de mi corte, tal vez precise que le explique todo, caigo de sopor. Ningún delito ha cometido mi criada, pues me ha defendido de alguna afrenta. La defiende hasta las últimas instancias, ese fue su deber y, en cambio, merece una gratificación.

Se dio media vuelta y continuó su camino rumbo al enlace de su hija. El rito se llevó adelante con toda la pompa. Y luego llegó la hora del banquete, que se demoraría hasta que las velas dejaran de arder para volverse a encender y persistir con la comilona y el exceso.

Reían y bebían, tragaban lo que se les servía y las mejillas se encendían, mientras los cuerpos y las mentes se aflojaban. Erzsébet se entonaba con un licor destilado especialmente para ella, mientras observaba todo con sus ojos de lince. Su consuegra, sentada a su lado, le conversaba y seguía y decía y abarrotaba los silencios, impidiéndole al mundo un segundo de paz. Báthory, catatónica, miraba hacia adelante. Fruzsina, con ánimo de agradar, le recomendó que prestara atención a los caballeros disponibles, que

una nunca sabía, que tal vez podía volverse a casar con algún viudo portentoso.

—Soy mujer de mi marido. No necesito otro hombre para sostener la vida, señora.

Helada, se levantó y, sin dar explicaciones, salió de allí. La viuda de Drugeth atinó a una mueca impávida, el resto de los comensales no se enteró de nada. Salvo el tutor de Pavel, que había perseguido los movimientos de la condesa con la prestancia de un espía. El presbítero Magyari había tomado la decisión. En cuanto tuviera un momento, le escribiría al destacadísimo ministro luterano Mihály Zvonarics para consultarle acerca de los manejos de la viuda de Nádasdy, su otrora querido mentor, a quien le debía casi todo. Consideraba que la condesa Báthory debía ser expulsada de la comunidad religiosa. Para empezar a hablar.

* * *

Sintió un cosquilleo en las entrañas. Corriendo, llegó hasta sus aposentos y, de un golpe, cerró la puerta. La condesa estaba sola y el estruendo de la felicidad de la fiesta lastimaba sus oídos. Dio vueltas por la habitación y, con el candelabro en la mano, se acercó hasta el inmenso espejo de pie que ocupaba una buena parte de una de las paredes. Se detuvo frente a su reflejo y lo que vio le resultó abominable. Unas manchas negras teñían la cara que no reconocía, una sombra de mil años, un despojo horrendo. Tomó una piedra del piso y la arrojó contra el espejo, rompiéndolo en mil pedazos.

Gritó con una voz que no reconoció y llamó a su personal que deambulaba siempre a tiro, como insectos viscosos.

—¡Tráiganme! ¡Provéanme! ¡Socorro! —exclamó Erzsébet y todos supieron qué era lo que pedía. Intercambiaron miradas de espanto, temían lo peor, el castillo estaba colmado de gente. Trataron de apaciguar su alma, de ofrecerle indulgencia y piedad, les fue pésimo.

—¡Ustedes no tienen ningún derecho a decirme que no debo revelar lo que siento! ¡Ustedes me obligan a sufrir tormentos inauditos en este injusto secuestro!

“Y largo, demasiado largo”, mascullaba Erzsébet, que se sentía encerrada en un cuerpo que no le pertenecía, en unos años que no le correspondían, en una desesperación que la perseguía y estaba demasiado cerca.

La condesa cubrió los destellos de los ropajes de fiesta con su capa negra y arrió a sus vasallos bestiales fuera de allí. Debían cubrirla, agazaparla, aunque si esto no sucedía, ya nada le importaba. La fila india salió al patio circular y marchó hacia una de las tantas puertas de hierro. En el camino, tomaron a dos niñas que circulaban por ahí y descendieron hacia el hermetismo de la habitación.

Erzsébet tomó una pinza y, en un giro, le rompió tres dedos a una de ellas. Luego blandió una tenaza y encontró el pedazo de carne que anhelaba. Hizo uso de distintos instrumentos de suplicio contra los cuerpos, que intentaron defenderse como pudieron. Los gritos que les arrancó, con cada tortura que les infligía, no la conmovieron ni un ápice. La abundante sangre que corrió la hizo sonreír, el progresivo debilitamiento de las niñas la llevó a temblar de excitación.

La condesa estaba rodeada por sus cancerberos, testigos fidedignos de todos sus actos, pero actuaba como si estuviera en la más completa soledad. Se sentía en el mayor control de sus cabales, no había perdido la razón, no existía en ella el resentimiento, no había dejado de amar, se deslizaba en un trance sagrado. Sus ojos buscaron las marcas de las cicatrices y se arrodilló entre los cuerpos y les palpó la carne viva con suavidad, con ternura, quién sabe, con amor.

Ordenó a sus secuaces que las quitaran de allí, que las enterraran en las inmediaciones del castillo. Las envolvieron con unas cobijas mugrientas, las arrojaron como trasto viejo a una carretilla y emprendieron la marcha hacia la inhumación en una especie de cortejo clandestino hasta que llegaron al sitio elegido. Ficzkó comenzó con la pala contra la tierra hasta lograr la profundidad necesaria.

Dorkó e Ilona Jo se encargaron de arrojar los cuerpos al hoyo y, de a poco, fueron cubriéndolos con tierra. Erzsébet, que había

permanecido a varios pasos del sitio donde se llevaba adelante la sepultura, se acercó sigilosa. Tomó un puñado de guijarros y los lanzó, de a uno, mientras, apenas, balbuceó su rezo pagano:

*Solo yo conozco un arroyo que fluye,
y las nueve víboras que lo saben también.
Crezcan las hierbas de sus raíces;
Entonces los mares dividen,
y cede el agua salada
cuando soplo este veneno fuera de ti.*

La condesa contemplaba sin ver y una niebla espesa ofuscaba sus ojos, que destilaban un brillo nuevo. Su corazón, al que se había ocupado de emparedar para no exhibirse débil, latía como una manada en estampida. Tuvo un hambre desmedido, era una famélica que se devoraba a sí misma.

Era una mañana templada, un sol perezoso entibiaba el ejido. El ritual se llevaba a cabo a plena luz del día. Erzsébet no guardaba las formas, poco le importaba. Todo empezaba a desordenarse, pero ella hacía caso omiso.

Las torturas, los sacrificios, tenían su raíz en el amor, solo la belleza hacía tolerable la vida. Amar era sangrar, la sangre de otras, la sangre viva, la sangre tierna, embriagada de sangre y, cuando le faltaba, dolía.

* * *

La condesa resolvió, sin demasiadas vacilaciones, que se quedaría una temporada en Sárvár. El castillo que le producía mala entraña, que le había traído pésimos recuerdos, había dejado de oprimirla. Pues entonces hubo que evacuar a los familiares cercanos, que no eran más que su hijo menor. Sus niñas, desposadas ya, no eran el problema. La contrariedad suprema era el tutor de Pavel, que le ponía los pelos de punta. El metido ponía ojos de plegaria

constante, buscando lavarse el ánima con aguas benditas, pero ella le veía los hilos. El Rojo tenía el alma negra y ella era clarividente.

Quedó sola en el castillo, con su corte y el castellano, la servidumbre y un séquito de nobles que colaboraban en el juego de palacio: la señora opulenta que vive la gran vida. Y Erzsébet Báthory lo era.

Pero los cimientos del castillo devinieron en tembladeral y los contratiempos se multiplicaron. El 25 de julio de 1605, su hermano István abandonó la vida a los cincuenta años, y demasiado lejos de allí. No estaba para traslados monumentales, con procesión y todo, así que prefirió el responso en la intimidad. Guardó el pesar de la ausencia eterna de su hermano para ella misma. Una vez más, la impenetrable voluntad de la vida le arrebatava la existencia de un familiar cercano, y ella no estaba dispuesta a enfrentarse al mundo.

En su testamento, István le dejó a su hermana el castillo de Füzer, la imponente fortaleza que databa del siglo XIII, en el extremo noreste de Hungría. Sin embargo, aquello no le fue suficiente, nada saciaba la necesidad de dinero de Erzsébet.

A los tres días de la muerte de su hermano, se dispuso a hacerle un reclamo a quien correspondiere. Con su letra exquisita, en latín, le escribió al *Spectabili et Magnifico domino Ruperto ab Ellinsky, Cesar Regio Mattis Consiliario*, que no era otro que el consejero de Matías de Habsburgo, Ruprecht Ellinsky, solicitándole bienes y favores. Más que una solicitud fue una exigencia. Y firmó la misiva con *Erzsébet Báthory, viuda*.

El requerimiento llegó a buen puerto y la condesa adquirió parte de la finca del castillo de Devín, al oeste de Presburgo, como garantía de un préstamo de dieciocho mil monedas de oro al monarca. Pero no fue suficiente y continuó con los pedidos, que escalaron en arrogancia hasta concluir en órdenes. No reconocía rangos, se creía con potestad de exigirle a Dios.

El dinero no llegaba y no encontró otra alternativa que desprenderse de algunos bienes. Vendió algunos de los tantos castillos que poseía, pero la ganancia tuvo las de perder: la falta del diezmo de las propiedades vendidas. La furia arreció sobre la condesa.

La cosa fue de mal en peor. En agosto, las tropas de los estados checos y moravos comenzaron con un asedio constante a la región eslovaca. Eligieron para la arremetida, entre tantos más, el castillo de Čachtice: lo incendiaron y saquearon toda la zona adyacente. El mayor botín lo lograron en el castillo de la condesa. Se llevaron oro, plata, piedras preciosas, perlas, anillos, botones de gran valor, cadenas, sables de plata ornamentados, diversas túnicas bordadas y miles de monedas, tantas, que algunos escuderos no pudieron ni cargarlas.

En octubre estalló la rebelión en Hungría. Con la excusa de los dimes y diretes entre católicos y protestantes, el noble húngaro István Bocksai lideró una revuelta contra la aplanadora contrarreforma religiosa impuesta por Rodolfo II. Se hizo nombrar voivoda de Transilvania en la asamblea de Szerencs y poco después fue proclamado voivoda de Hungría. Para dormir tranquilo, Bocksai aceptó la ayuda militar del Imperio otomano, cuyos líderes, encantados por la confianza, azuzaron el caos y entregaron monedas a los *hajdúks* para hacerle frente al emperador enclenque.

Las afueras de Viena eran un caos, Presburgo y Neustadt [\(80\)](#) no se quedaron atrás. Estaban cercadas, el peligro acechaba. La guarnición imperial se sentía amenazada y tenía sus razones.

La condesa Báthory aguantaba el temporal en Sárvár. Casi no salía de sus habitaciones, sabía que la sola mención de su apellido podía encender todo tipo de animosidades. Su primo Segismundo y su tío András habían ocupado el trono de Transilvania, uno después del otro, con poquísimos honores. Habían demostrado ser pésimos gobernantes. Ni la boda de Segismundo con la sobrina de Rodolfo II, María Cristina de Habsburgo, lo habían ayudado a atemperar pareceres. Aquellos Báthory eran la mismísima infamia.

Erzsébet estaba encerrada. Lo único que hacía era escribir y escribir. Reclamaba a cuanto consejero del emperador, ministro o quien fuera el envío urgente de dinero. Era viuda, estaba sola y era mujer. Entre palabra y signo de exclamación, la señora sonreía con sorna.

[80](#) Localidad histórica situada en la Baja Austria, a unos cincuenta kilómetros al sur de Viena.

CAPÍTULO

VI

En abril de 1606 arrancaron del trono a Rodolfo II, lo declararon, definitivamente, demente. Tras interminables componendas e intrigas por demás eficaces, los hermanos regios volaron al emperador del trono y colocaron a Matías como cabeza de familia y cerebro mandante para las cuestiones de Estado.

El hermanísimo había preferido no darle cara a Rodolfo, pero la intervención del obispo Klesl, el monje negro del archiduque, había sido decisiva. De origen humilde, Klesl se había forjado una carrera demostrando ser un estratega brillante y sagaz a través de todos los frentes. Nacido luterano, hubo de convertirse ingresando en la Compañía de Jesús para ascender, a la velocidad del meteoro, en la jerarquía del clero católico. Bien acomodado en la cátedra episcopal de Wiener Neustadt, llegó su momento y se le ofreció la administración general de la Contrarreforma en territorio austríaco, para luego ser nombrado rector de la Universidad de Viena y, finalmente, cardenal y obispo de Viena.

Fue el mejor representante que tuvo la tensa línea contrarreformista, y demostró ser un eximio exponente en el arribismo social. Este fue el alimento para convertirse en el receptáculo del odio de la nobleza protestante. Al principio, se acomodó en el bando político de Rodolfo II, pero a medida que los acontecimientos fueron horadándole el poder al monarca y los conflictos entre los hermanos tomaran estado público, Klesl pegó el salto y abrazó a Matías, que lo recibió con los brazos abiertos.

Con los susurros del obispo en la oreja, Matías arremetió con vehemencia. Se la tenía jurada a su hermano. No solo el deterioro mental de Rodolfo II, que lo había tomado casi por completo, había sido el argumento perfecto para quitárselo de encima, el golpe de gracia fue que no hubiera tenido descendencia lícita. El odio entre los hermanos se hizo manifiesto, pero un asunto de señoras también caló hondo entre ellos.

El nombre del trofeo en cuestión fue Anna del Tirol, la archiduquesa de Austria y miembro de la rama tirolesa de la Casa de Habsburgo. La grácil Annette había nacido en Innsbruck, en 1585, hija de Fernando II, archiduque de Austria Anterior y conde del Tirol, y su segunda esposa Ana Catalina Gonzaga. Había pasado su infancia en la corte de Innsbruck, que se había convertido en el centro de la cultura renacentista. Rodeada de artistas, la pequeña Anna demostró que tenía un talento musical magnífico y, aprovechando sus ganas, le regalaron un clavicordio y un profesor que le impartiera las obligadas clases.

La niña se había criado en un ambiente católico estricto. Su madre se apuntaba en cuanto peregrinación encontrara, pero no llevaba a Annette. La salud de la pequeña no era de lo mejor. En una de las tantas ofrendas a Dios, Ana Catalina decidió fundar un convento para las Siervas de María, religiosas de la Tercera Orden Servita, de la cual era miembro. Ávida por entregarse al claustro de una vez y para siempre, doña Ana Catalina quiso antes colocar a su hija, y no en el monasterio. Unos años antes, en 1603, el rey viudo Segismundo III de Polonia había enviado su propuesta. Sin embargo, Rodolfo II, primo hermano de Anna, rechazó la moción y a su vez expresó que por qué no y que sería tanto mejor que fuera él el esposo de la princesa. Nada mejor que todo quedara en familia. De inmediato envió al pintor favorito de la Corte de Praga a Innsbruck para que retratara a su futura emperatriz. La suegra en ciernes pegó el grito en el cielo y le puso freno al resto de propuestas de matrimonio que había para la joven.

La desgracia siempre se hace presente y Rodolfo II, a poco de recibir el retrato, descartó el pedido imperial. Matías, ni lerdo ni perezoso, también empezó a cortejarla y algún tiempo después

Rodolfo permitió el matrimonio de su hermano con su otrora prometida.

Sin la corona y los oropeles encima, Matías se encargó de las cuestiones de estado. Negoció la Paz de Zsitvatorok, el tratado que puso fin a la guerra turca de trece años entre el Imperio otomano y la monarquía de los Habsburgo, y acabó con el levantamiento de István Bocskai. Por medio del pacto se prohibían las campañas de saqueo turcas en el territorio de la Hungría Real y se estipulaba que los asentamientos húngaros en dominio otomano podían recaudar impuestos por sí mismos mediante jueces de aldea.

También puso fin al conflicto de Hungría a través del Tratado de Viena, firmado entre el voivoda de Transilvania István Bocskai y el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que seguía siendo Rodolfo II aún en los papeles, aunque no en los hechos. Se les otorgaba a los húngaros todos los derechos y privilegios constitucionales y religiosos, y garantizaba a los transilvanos la elección de sus propios voivodas independientes en el futuro.

El año llegaba a su fin y el archiduque de Austria amasaba el poderío en su puño. Matías empezaba a fantasear con la grandeza de su imperio. Ante todo, debía poner orden. El caos que había construido su hermano, a fuerza de demencia y excesos, estaba presto a terminar.

* * *

Como todas las mañanas, Erzsébet se dispuso a leer la correspondencia que le llegaba de distintos puntos de la región y otras comarcas, e incluso de otros reinos. Era una costumbre que la buscaran para engalanar, con su presencia, tal fiesta o algún que otro aniversario, o quien sabe encontrar cualquier excusa para mirarla de cerca y así confirmar el velo de misterio que la cubría. Cada tanto, el destinatario le despertaba curiosidad y respondía, pero muchas veces las esquelas ardían en el bracero tras un bostezo discreto.

La única que llamó su atención, esa vez, fue la que firmaban György Thurzó y su segunda esposa, su homónima Czóbor, con

quien además compartía lazos de sangre, convidándola a la boda de Judith, la segunda hija del matrimonio. ¿Qué sería de la vida del amable Thurzó, el estrecho camarada de su difunto esposo, con quien había elegido compartir un ir y venir de misivas, un ir y venir de palabras bonitas, un ir y venir de conversaciones de lustre, una tensión permanente y, por qué no, alguna fantasía hecha realidad? Qué magnífica correspondencia habían compartido. Las letras formaban palabras que cobraban sentido en el papel y creaban imágenes en su mente tumultuosa: con sus suaves labios le besaba el rostro, el pecho y todas las partes de su cuerpo de hombre. Había disfrutado con creces de aquella relación epistolar en la que había encendido su sensibilidad, y adivinado, por medio de sus palabras, un corazón oprimido desbordante de ternura. Erzsébet entreabrió sus piernas, desconociendo, una vez más, lo que era el pudor.

Sin embargo, el intercambio se había ido deshilachando hasta brillar por su ausencia, tal vez por la boda con la otra Erzsébet, de quien estaba profundamente enamorado. Lo único que el hombre quería era consentir a su amada esposa.

En abril de 1606, poco antes de ser encerrado, el emperador Rodolfo II lo había ungido con el título de gróf, [\(81\)](#) marcando así la inauguración del otorgamiento de título nobiliario al estilo germano en Hungría, y destacando su estatus rimbombante a través del reino. Ese honor, sumado a su competencia administrativa, además de la lealtad que tenía hacia los Habsburgo, lo colocaron en una posición destacada para ocupar los más altos puestos gubernamentales.

Y como cualquier caballero con ansias de acumular y cuidar muy bien de sus logros, gustaba de ponerlos en exhibición. Y qué mejor que celebrar la boda de su niña con el adecuado András Jakussith de Orbova en el castillo de Bytča, a la vera del río Vág.

Thurzó se había encargado de remozar la propiedad construida, inicialmente entre 1571 y 1574, por su padre. Pero las calamidades de la vida habían tocado a la familia intentando hundirla en la pobreza, aunque no lo habían logrado. Unos forajidos habían ingresado al castillo para saquearlo y, atrevidos, habían pedido la suculenta suma de ochenta mil gulden [\(82\)](#) de rescate. György, poseedor de una mina de oro, entre tanto había juntado las

monedas y pagado. Los bandidos se habían retirado del castillo, pero antes lo prendieron fuego. Su querido palacio no quedaría así, usó su fortuna y mucho más, y lo reconstruyó con todo el boato. Bytča se convirtió en el lugar de residencia de su amada esposa y, además, el sitio ideal para celebrar fiestas, incluso las bodas de todas sus hijas.

La casa señorial de estilo renacentista, inicialmente construida como una fortificación acuática, estaba emplazada en el centro de la ciudad sobre una leve loma. El gróf había ordenado que se demolieran casi todos los muros de la planta baja, quería una estancia inmensa, soñaba con el salón de baile. En el primer piso mandó a construir un gran vestíbulo de paredes de piedra y vigas pesadas de vivos colores *all'italiana*. Las paredes estaban vestidas con tapices grandiosos, de terciopelo y damasco. Una mesa interminable ocupaba uno de los extremos de la habitación, rodeada de largas banquetas con cojines bordados. Las alcobas se replicaban por aquí y por allá, destacando alguna que otra con mayores dimensiones, listas para la familia y los invitados de honor.

La condesa, ensimismada, aceptó el convite. Invitaban a toda su familia, ¿por qué habría de rechazar la propuesta? Sus hijas y esposos irían por sus medios, el marido de Anna, Miklós Zrínyi, estaba emparentado en primera línea con Thurzó, todo quedaba en familia. Pavel tenía diez años, le faltaban dos para llegar a la mayoría de edad, no estaba tan segura de que fuera uno más en la fiesta de los adultos. Su hijo estaba en Sárvár con su inefable tutor, ¿o en Léka? ¿Tal vez en Presburgo? ¿O en alguno de sus otros castillos? Le fallaba la memoria.

Con los carruajes de punta en blanco, un equipaje para demasiados meses y una corte interminable, la columna descendió por el sendero escarpado que unía el castillo con la comarca. Erzsébet abandonaba Čachtice, había pasado una temporada hermética en su fortaleza favorita, con mañanas de paseos por los bosques, pactos secretos y no tanto, y gritos con eco en la soledad ansiada. Se había llegado hasta allí luego de acomodar algunas cuestiones en Sárvár. Había entregado a Benedikt Bicsérdy, el castellano a cargo de la fortificación, tres fincas abandonadas en los

pueblos de Hegyfalú y Vášska, a pocas leguas del castillo y ciento diez florines por sus fieles servicios. Daba por hecho que la paga silenciaba a su lacayo.

La condesa reposaba en su carruaje, envuelta, de la cabeza a los pies, en pieles de marta, sobre el asiento mullido de cojines tapizados en oso y zorro. Era el animal vivo entre tantos muertos, su corazón latía, mantenía el ronroneo de un gato salvaje, entregado a una calma previa a la tempestad.

Era fines de noviembre, aún no se había precipitado el frío gélido del invierno, pero el paisaje viraba demasiado al blanco, el camino real se encontraba tapizado de nieve aunque todavía se podía circular, siempre con sumo cuidado.

Erzsébet abandonaba la vista lejos de allí, la paciencia ya la había abandonado desde hacía algunas horas. De tanto en tanto, perseguía con los ojos el rabo peludo de alguna ardilla frenética o un cervatillo fugitivo que pintaba de naranja el telón blanquecino, las voces de los petirrojos y los mirlos interrumpían el ensimismamiento que la dominaba. Pero el traqueteo cadencioso del carruaje contra la capa liviana de nieve empezó a destemplanarla. Faltaba mucho hasta el destino, demasiado, se aburría, se encontraba de malhumor, basta, ansiaba llegar, detenerse, descansar, la puntada en la cabeza, otra en el pecho. Sin embargo, tal vez fuera peor el arribo, la presencia de desconocidos que la observarían como si quisieran raptarle el alma, deformar sus muecas para confirmarle que ya no era la jovenzuela intrépida que había sido y perseguirla para apropiarse de su receta con el más allá; ¿estaría su amado Rodolfo?, rogaba que, en su lugar, el invitado imperial no fuera el inefable Matías.

—¡Deténganse! —gritó la condesa y la caravana se detuvo.—
¡Traigan a la sirvienta!

Y escupió un nombre a la vista de todos. Precisaba, en ese instante, a aquella con quien abrasarse en el ardor de su estado, ir a su encuentro con una única condición: que tuviera menos de catorce años. Ilona y Dorkó apuraron la marcha, buscaron a la solicitada y la empujaron adentro del carruaje. La niña lloraba con desesperación, sabía a lo que se atenía.

—¿Por qué te estremeces de miedo? —le preguntó Erzsébet y la atrajo hacia donde descansaba.

Apriétame contra tu cuerpo, ángel del infierno, no temas, no te haré daño..., le sugería sin decirle nada, mientras la jovencita intentaba alejarse de allí.

Tienes razón, niña, desconfía de mí, sobre todo si eres bella...

La tomó de los brazos regordetes y la acercó hasta adherírsela al cuerpo, le respiró encima, hundió sus uñas en la carne virgen hasta lastimarla, la mordió aquí, allá, descubriendo lo tapado, en un estado de completo frenesí hasta que cayó rendida con los ojos entrecerrados y fuera del mundo.

Las damas de compañía se arrojaron sobre el cuerpo inerte de la condesa, sabiendo que debían asistirle en aquel, su trance de siempre. La joven campesina, aprovechando que nadie le prestaba atención, se deslizó fuera de la carroza y, con todo el sigilo que se le hizo posible, salió de allí. Y corrió, como pudo, a guarecerse entre la maleza del bosque, tapizada por ínfimas margaritas, destempladamente inmóviles.

Tras unas horas, cuando Erzsébet recobró la conciencia por completo, preguntó por la campesina. Aquí, o allá, le respondieron, pero no apareció.

—¡Búsquenla!

Y salieron los sabuesos tras la presa. El día ya perdía brillo, el atardecer los obligó a encender las antorchas para encontrar a la malherida. La niña se había puesto a cubierto, con el frío de la nieve para curar los agujeros sanguinolentos y la carne viva. Al escuchar las zancadas de sus perseguidores, se echó a correr. Pero fue apresada y llevada a comparecer frente a la condesa.

Con la cabellera al viento y respirando el aliento helado del viento, Erzsébet lideró la procesión hacia la margen del río Vág. Dorkó e Ilona llevaron a la campesina una de cada brazo; detrás, una turba de lacayos guarecía la retaguardia. Un hosco silencio se cernió sobre el paisaje solitario y tenebroso.

La dama le quitó las prendas que apenas la cubrían y la abandonó en una completa desnudez.

—Échenle agua helada...

Lo hicieron. La niña se dobló de dolor.

—Otra vez...

Volvieron a hacerlo. El cuerpo empezó a virarse al violáceo.

—Más...

Erzsébet se arremangó, un calor nuevo la bañó de sudor, sintió el torrente de su propia sangre y se le aceleró el pulso. Dio media vuelta, sin antes ordenar que la sepultaran cuando acabaran con ella. Marchó rumbo al carruaje, la fiesta la esperaba. Estaba impulsada por la claridad que le otorgaba el frío, la ayudaba a pensar, a sentirse liviana pero con sed de desastre.

Eran ella y su capacidad de herir que se fundían con el mundo. Solo buscaba el terror del mal. Se mordió el labio hasta sangrar.

[81](#) Equivalente a conde.

[82](#) Antigua moneda de reserva clave en Europa, su valor equivalía al florín de oro italiano.

CAPÍTULO VII

Apenas puso pie en Bytča, Erzsébet exigió que la instalaran en los aposentos más alejados del palacio. No quería moscas zumbándole alrededor, le urgían la ausencia de testigos y la serenidad que le regalaba la soledad. Llegaron con la celebración ya empezada, sus ceremonias secretas la habían demorado. No dio explicaciones, tampoco se las pidieron, se aceptaban las condiciones de la condesa de Báthory.

Fueron cientos de cientos los invitados a la boda de la hija de Thurzó. El padre orgulloso gastó cerca de diez mil florines en muebles, ropaje, joyas y puesta a punto para la fiesta. Había contratado veinte cocineros para la confección de los mejores platos, ya no del reino, sino del mundo: debía demostrar que estaba en condiciones de ocupar el cargo que tenía, además de disputar próximos ascensos en la escalera del poder. Mandó a confeccionar el uniforme de gala para la guardia de cuatrocientos *hajdúks* dispuesta en la entrada del castillo para recibir a los invitados. Fueron desde los arzobispos más destacados del Reino de Hungría hasta algunos mandatarios de Moravia y Bohemia, Austria y Polonia, ocho dignatarios de las dos Iglesias y treinta y seis representantes de los condados de mayor y menor importancia. El príncipe Juan Cristián de Silesia, de los ducados de Liegnitz y Brieg, líder de la facción protestante y resistente anti-Habsburgo, había abandonado el ostracismo de su palacio para llegar acompañado de su comitiva de doscientos *hajdúks*.

También fue parte de la celebración el cardenal Ferencz Forgách, *protegé* del archiduque de Habsburgo y enemigo acérrimo de los protestantes. Matías le había encomendado, entre los gritos y susurros de las intrigas, que averiguara, como quien no quería la cosa, qué se decía de la condesa de Báthory, ya que circulaban algunas habladurías acerca del comportamiento un tanto dudoso de la señora. El cardenal aceptó sin vacilaciones, no le gustaba demasiado la condesa, era calvinista o eso decían, y por si eso fuera poco, comentaban que practicaba la brujería.

El padre de la novia tuvo que cerrar las comarcas de los alrededores para alojar a los cerca de tres mil criados, entre los propios y los de los invitados, y los cuatro mil quinientos caballos que galoparon hasta Bytča.

Hubo divertimento para todos los gustos en la boda de Judith y András: torneos donde los equipos de caballeros se enfrentaban con el mismo vigor de una batalla a sable y fuego, concursos de jabalina y ballesta, batidas de osos, siempre las más concurridas, juegos de frontón y de ajedrez; y las noches se reservaban para los pantagruélicos banquetes, en los que no escaseaba ningún plato.

Ninguna de las opciones diurnas despertaban el interés de la condesa. Miraba a su alrededor y revoleaba los ojos con impaciencia. Prefería levantarse al alba, protegerse del frío invernal, calentar el cuerpo con pan embebido en vino hirviendo con azúcar, clavo y canela, y prepararse para salir de caza, acompañada por una cantidad de sabuesos entrenados para hincar sus dientes a todo animal que correteara por ahí. Erzsébet temblaba de placer enfrentando al viento helado sobre su cara, parecía una fuerza de la naturaleza deslizándose a través de la nieve, al galope, con la pluma blanca de su sombrero flameando contra el azul intenso del cielo. Avanzaba y los aromas del bosque la embriagaban, el crujido de los cascos contra el suelo, los intermitentes aullidos de algún lobo lejano la perseguían hasta las lindes del espeso bosque, cuyos abedules estaban tan unidos entre sí que había que perforarlos. Con las brumas matinales disipadas y el rostro lloroso, la condesa encontraba, allí, el sostén contra todas las adversidades.

Al caer la tarde, regresaba al castillo y se encerraba en su recámara para que la alistaran para el banquete. Deslizaban sobre su cuerpo el vestido de terciopelo blanco, el tocado del mismo color, remarcaban el contorno de sus ojos con un polvo negro como el ala de un cuervo y frotaban sus labios con un ungüento de pétalos de rosas. Ingresaba al salón y, al verla, se hacía un silencio estremecedor.

Erzsébet ocupaba un lugar de privilegio sentada al lado de Thurzó, que ocupaba la cabecera de la mesa, y frente a la esposa y madre de la novia. La otra Erzsébet le sacaba conversación, con la sonrisa congelada en la boca, más por temor que por afecto. Los comensales le temían, la condesa de Báthory era inasible. En un momento regalaba miradas candorosas para transformarse, al mismo tiempo, en una arpía presta a la amenaza.

“¿Cómo se encuentra la familia?”.

“¿Y los hijos?”.

“Qué bonita la veo, señora”.

“Enséñenos la fórmula”.

“¿Cuál es su secreto?”.

Vomitaban demasiado cerca. Erzsébet movía apenas la cabeza fingiendo que escuchaba. Pero no atendía, solo le tomaba la mano a Thurzó y a él sí le dedicaba una sonrisa.

—Estimada condesa, ¿la ha servido bien la hija de mi amiga, la noble Helena Hernáthová? —preguntó una dama, envuelta en oropeles, y de voz bien colocada.

Báthory la escrutó y detuvo el tiempo. ¿Quién era ese andrajo chismoso que intentaba perturbar su fiesta?

—No recuerdo bien, pero creo que la pobre feneció de muerte natural. Ya no está entre nosotros.

La curiosa ahogó un grito con la mano y logró que todos la miraran.

—Qué debilidad la de algunas damiselas que me han sido ofrecidas para que las eduque y formen parte de mi corte. Varias han muerto por la peste, una desgracia, sin duda.

Se levantó y caminó con paso felino hasta la otra punta de la mesa, donde se encontraban sus hijas acompañadas por sus

maridos. Anna y Kato le hicieron un lugar y se acomodó entre ellas. ¿Por qué la molestaban con esos asuntos esa noche que solo tenía ganas de celebrar? ¿Para qué escarbaban en la hondura de sus cavilaciones? Lo único que quería era que la dejaran navegar por las aguas de su destino, a través de una marejada creciente de gloriosos actos. Y recordó cuando aquel soldado a su orden, con antigüedad y esmero, le había traído a una niña de trece años para que trabajara para ella. Cuánta alegría al comienzo, cuánto candor la de aquella pequeña, pero todo se acaba, vida cruel, y la ofrenda se había debilitado y deprimido. El soldado, solícito, había reclamado que la quitaran del servicio, pero ella se había negado. Que no le sacaran su tesoro, por más mustio que se encontrara. Había sido una agradable estancia en Ecsed, tierra de su infancia, el sitio de sus padres, y ahora de ella. Cuando los recuerdos no bastaron, la comitiva hubo de emprender la partida y en uno de los coches metieron a la niña rota. Tenía las manos quemadas, alguien le preguntó qué le había pasado, y la niña balbuceó que le habían colocado papel entre los dedos y le habían prendido fuego. Solicitó que le dieran algo de beber, hacía cinco días que no tomaba nada. Le ofrecieron unas cerezas, pero no sobrevivió. Erzsébet se preguntó si la muerte habría sido instantánea.

—Hijas queridas, cuando acabe esta fiesta, nos vamos a Čachtice a darnos unos baños rejuvenecedores en Piešťany, ¿qué les parece? Esto ya se ha convertido en un aburrimiento. Y ustedes, Miklós y György, vienen con nosotras. No acepto un no como respuesta.

Las besó en ambas mejillas y se retiró.

* * *

Aquella serenidad inquietante que había dominado el territorio húngaro los últimos tiempos empezó a resquebrajarse en los primeros meses de 1608. Los ciudadanos de a pie abandonaron el reclamo de paciencia de sus amos y desoyeron la idea de que ya todo se acomodaría; mientras que los grandes señores prefirieron la conspiración a cielo abierto. Las grescas se extendieron hacia algunas regiones de Moravia y de Austria, y el archiduque de

Habsburgo aprovechó el estadio de confusión para acercarse a la oposición en la lucha por el poder contra el desarmado emperador.

Con las orejas bien abiertas para escuchar las recomendaciones del cardenal Klesl, Matías se unió a la díscola Dieta de Hungría, que marcó un antes y un después en la política del reino. La asamblea dividió el parlamento en dos cámaras, la de Magnates —la cámara alta para la nobleza— y la de Representantes —cámara baja—, buscando garantizar una tolerancia religiosa para los protestantes. A puertas cerradas, negoció un apoyo de los nobles y se comprometió a garantizar sus privilegios dentro del reino. También se plegó a los Estados de Alta y Baja Austria en Presburgo y a la nobleza protestante, y luego en Moravia, poco después.

En el mes de abril, marchó hacia Praga donde se habían instalado Rodolfo y su corte. Sin impedimento a la vista, sitió la ciudad imperial. Aunque no logró convencer por completo a los estados bohemios, Matías conminó a su hermano a negociar y firmar un tratado de paz, que recién se logró en junio. Que sí, que no, quiero esto, os doy aquello, todo concluyó en una redistribución del poder. Rodolfo conservó Bohemia, Silecia y Lusacia, y Matías recibió Hungría, Austria y Moravia.

La toma del poder no se llevó adelante según el protocolo habitual. Corrían nuevos tiempos, el soberano era bien diferente. Matías había prometido mucho pero garantizado poco, así que los privilegios de los estamentos no serían dados hasta que le rindieran homenaje oficialmente. Todo por escrito, ungidme con la corona porque si no, nones. Intentó revertir el orden establecido, pero le respondieron con la Disputa del Homenaje. Dado que la mayoría de los estamentos en Austria y Moravia eran protestantes, los nobles formaron la poderosa Horner Bund, [\(83\)](#) una coalición integrada, en su mayoría, por nobles protestantes para defender sus derechos religiosos y políticos frente al archiduque.

El 19 de noviembre de 1608, el archiduque Matías fue coronado rey de Hungría, Austria y Moravia. Esperaba, agazapado, la unción del Imperio. Para eso, faltaba un poco.

Debía rodearse de aliados. Con el arzobispo bajo su ala, solamente, no se sentía a salvo. Los desleales siempre estaban bien

despiertos, ya sabía él de esas cosas. Y cuanto más cercanos en línea sucesoria o familiares directos, tanto más.

—¿Qué debo hacer, mi estimado Melchior?

Matías le había pedido a su ministro favorito, el arzobispo de Viena, Klesl, que lo acompañara en su paseo matinal por los jardines de Hofburg. Podían conversar tranquilos, sin comitivas alrededor, siempre atentas para sacarle provecho a alguna información.

—Quítese de encima al oscuro de Liechtenstein, Excelencia. Nada bueno sale de él.

Karl von Liechtenstein había sido consejero privado de Rodolfo II y, tras la disputa entre los hermanos, el bohemio supo arrimarse al ejido triunfante y le rindió honores. Aprovechó los momentos de vacilación del Habsburgo y lo conminó a entregar el oro y el moro a los Estados aliados para lograr su cometido. Klesl se opuso desde el primer día, pero Matías lo nombró príncipe hereditario en muestra de gratitud. El arzobispo hervía de furia.

—Algunos pactos son necesarios, Klesl. —El monarca se tomó las manos por detrás y miró hacia abajo.

—Mi recomendación sería que se rodeara de hombres más transparentes, Excelencia. En un combate desigual, siempre es mejor tener un enemigo conocido que uno por conocer.

Matías detuvo la marcha y lo escrutó. Estaba intranquilo, había llegado hasta ese lugar peleando contra lo más turbio de la condición humana. Las ambiciones de todos, incluso las suyas, no conocían de límites y sabía que corría riesgos, aunque no los buscara. A pesar de que los otomanos parecían dormidos, tenía claro que esas gentes aullaban en silencio a la busca de todo. Y ni qué hablar de los magiares, aliados desvergonzados, protagonistas, desde los siglos de los siglos, de violencias decadentes, que tanto desprecio habían engendrado en su familia. Pero él estaba allí para conciliar, para quitar de en medio a los macabros, para sacar de las calles a los crueles y horripilantes, perderles el miedo a los devoradores del mal. Porque él era el bien.

—¿Has pensado en alguien?

—Claro que sí. Tenemos un problema demasiado cerca, Majestad. El voivoda de Transilvania —señaló Klesl y se cruzó de

brazos.

—¿Gábor Báthory? ¿De ese estamos hablando?

—Del mismo, Majestad. Su apetito no se detiene, deberíamos ponerle un coto.

El sobrino de la condesa, que no llegaba a los veinte años, a lo único que aspiraba en la vida era a ocupar tronos. El poder lo encendía y estaba dispuesto a todo para conservarlo. La ética y la moral lo tenían sin cuidado, marcaba el paso con sus propias leyes.

—Y creo saber quién puede ser el elegido —insistió Klesl, que ya tenía todo pensado—. ¿Se acuerda de György Thurzó, gróf de Praga y caballero intachable?

—Pues claro que lo recuerdo, pero ya está en funciones. No veo cómo podremos modificar, nosotros, los nombramientos.

—En una de las tantas conciliaciones que ha firmado, Majestad, a partir de ahora está habilitado a nombrar a los palatinos de Hungría. La Dieta eligió a István Illésházy, pero, quién sabe, los vientos podrían cambiar el rumbo y beneficiar a Thurzó.

—Me gusta, estimado, me gusta.

El profundo malestar que había sentido el soberano los últimos días se disipó. El mundo dejaba de ser una fantasía melancólica para convertirse en una realidad posible. Y bien rodeado, estaba listo para asestar el golpe de gracia.

* * *

—Pastor Ponikenus, comparezca frente a la señora ahora mismo. La condesa Báthory lo necesita.

Dorota giró como trompo y cruzó la puerta de la sacristía. No tenía tiempo para esperarlo, su ama la aguardaba y sabía bien que él la perseguiría hasta el castillo. Las órdenes estaban para ser cumplidas, sobre todo si salían de boca de la dama de Čachtice. Ponikenus había sustituido al anciano Barosius, que había vivido hasta los ochenta y cinco años, en la parroquia del pueblo. Se ocupaba, como su antecesor, de todas las cuestiones prácticas de sus habitantes, no solo de las religiosas. Y también compartía con

Barosius la veneración de los pobladores, sujetos bajo el ala del luteranismo que hacía de todos fieles y sumisos al yugo del Señor.

El pastor joven no había escuchado los consejos del anterior, tampoco había hurgado entre sus pocas cosas, aún amontonadas en un rincón de la sacristía. Ya se haría de tiempo para arrojar todo por ahí, o tal vez encontrara algún secreto bien guardado. No era el momento, debía enfrentar a la condesa, que seguramente le haría uno de sus insólitos pedidos.

—Cuánta tardanza, reverendo. No tenemos tiempo, preciso que cumpla esta noche con algunos entierros de honor. Mi hija mayor y mi yerno están llegando en estos días y quiero solucionar este problema de inmediato.

No era la primera vez que Erzsébet le hacía esos requerimientos. Que llevara adelante estos sepulcros, de solemnidad y urgencia, de esta joven y de esta, y de aquellas, y bendecid este montículo, colmado de cruces y ofrendas, cumplid, cumplid, cumplid, bajo el ojo vigilante de mis vicarias en este mundo, mis Dorkó, Majorova y Jo. Jamás aceptó una duda como respuesta, porque las hubo; el incisivo Janós, de tanto en tanto vacilaba, pero después seguía adelante con los cumplimientos. Había escuchado, por aquí y allá, alguna que otra cosa que se decía de la señora: que era cruel, mala, feroz con sus sirvientas, incluso que se le iba la mano, pero él había preferido hacer oídos sordos. Porque si aquello hubiera sido cierto, Barosius se lo habría anticipado, y nada. La dama de Čachtice era culta, era una señora, y los que hablaban eran campesinos brutos.

—Quiero que guarde en un hoyo el cuerpo helado de Ilona Harczy. Mi servidumbre le facilitará el cadáver, que guarda silencio mortal en el sótano.

Erzsébet lo miró fijo, el pastor se quedó de una pieza. La grácil jovencita de la Baja Hungría había cantado los salmos en la iglesia, ofreciendo a la Tierra el don que le había regalado Dios, y las baladas tristes, cuando la condesa tenía ganas de celebrar. Hasta que llegó el día que recibió el abrazo de la muerte que la desangró para empapar a Báthory. Mutilada y envuelta en un sudario, ahora Erzsébet quería honrarla.

—Deseo para ella un funeral como se merece, y que para despedirla, su sermón anuncie que su muerte es el castigo por su desobediencia.

—Me niego rotundamente —expresó el pastor, aterrado.

—No se meta en los asuntos de mi castillo, no me meteré yo en los de su iglesia.

Y sin querer, le recordó los beneficios que tenía gracias al desprendimiento generoso de sus manos. ¿O hacía falta repetirle los ocho florines de oro anuales que recibía? ¿Y los más de cuarenta quintales de trigo? ¿Y las diez jarras inmensas de vino? Y que no olvidara que los campos de la parroquia eran de su propiedad.

—Esta misma noche.

Al día siguiente, Anna y su esposo arribaron al castillo. Llegaron equipados para una estadía de una semana. Los baúles, de tantos que eran, viajaron en otro coche, detrás de la pareja. Iban a pasar unos días en Čachtice y luego bajarían hasta la casa solariega de Piešťany, a cuatro leguas de allí, el sitio elegido para el verdadero descanso.

Descendieron con todo el boato aprendido durante años y se dispusieron a franquear la inmensidad de la entrada, pero fueron interceptados por la tromba de las sirvientas. Que la señora vuestra madre ya sale a recibirlos, y saldréis todos campantes hacia la casa de verano, que aquí hace calor, o frío, o no estaréis a gusto, y tal fue el mareo de palabras y de voces que Anna y Miklós asintieron sin titubear.

—¡Hijos queridos! ¡Dichosos mis ojos de volver a verlos! —Erzsébet apareció de la nada, tomó a cada uno del brazo y enfiló hacia el carruaje—. Salgamos de aquí que no soporto el desorden, vayamos rumbo a la belleza de nuestro solar.

Lo que omitió, como siempre, era que en el castillo yacían demasiadas víctimas de sus torturas y aún no habían organizado sus estancias, dónde ponerlas, si abandonarlas a mejor o peor vida, ni la limpieza de los sótanos, anegados de sangre, ni acomodado esa falta de orden que tanto daño le hacía. Y sobre todo, no quería que su hija y su yerno fueran testigos de sus actos. Quería seguir siendo

“la dama de la nieve” para su prole, más que la de la noche negra, necesitaba anclarse donde no existían ni el tiempo ni el lugar.

Corría el mes de septiembre y los últimos calores de verano proveían de un clima perfecto para unos cuantos días en la residencia, a unas pocas leguas de Čachtice. El atractivo principal de Piešťany no eran las cuarenta y seis habitaciones y los dos inmensos salones listos para la celebración perpetua, eran sus lodos y manantiales medicinales, donde Erzsébet se perdía para lograr la belleza eterna de su rostro y de su cuerpo. Esas aguas milagrosas eran populares desde tiempos inmemoriales. El rey de reyes, Matías Corvino, las había visitado, y el médico polaco Johann Crato de Krafftheim, que había servido a varios emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, había mencionado sus beneficios. El cirujano personal del papa Sixto V, Andrea Baccius Elpidianus, también las había destacado.

En el siglo XV, los baños de Piešťany habían pertenecido a los descendientes de un obispo de nombre Thurzó y le cobraban unas monedas a todo aquel que buscara los provechos de sus lodos. Los hedonistas se internaban en sus hoyos, a la vera del río Vág, que solo les dejaba la cabeza a la intemperie. Los resultados eran magníficos, pero algún que otro contratiempo tampoco había faltado. Entre los repetidos asedios de los turcos en la zona, no habían necesitado más que arrancar a los buscadores de placer de las aguas para matarlos, o tal vez degollarlos en un solo movimiento.

—Madre, me apetecería tomar unos baños contigo. Ha llegado mi hora, creo —le expresó Anna, buscando complicidad.

—Pues claro que sí.

Erzsébet iba a introducir a su hija en sus rituales estéticos. ¿Estaba, la mayor, para recibir el cetro de la encarnación de la fuerza resistente, de la supervivencia, de la eternidad?

Había enviado, unos días previos, a un grupo de sirvientas comandadas por Dorkó para que verificara que todo estuviera en condiciones, que los cuerpos helados, si los hubiera, aunque sabía que esto era así, yacieran en los sótanos de la residencia a la espera de sus descansos eternos.

La comitiva chica arribó a la casa y, detrás, la escolta variopinta, que colaboraría para sumar número en los banquetes y los bailes. Anna y Miklós fueron acomodados en los confines de la casa, en las últimas habitaciones, las más alejadas, las que quedaban fuera del circuito de Erzsébet.

Por la mañana, la condesa daba comienzo a su ritual de cuidados. Se montaba en su litera y la cruzaban, por el puente de maderos, hasta la otra orilla del Vág, donde la esperaba el manantial de aguas calientes. Cubierta por un parasol para protegerle la piel de los rayos flamígeros y envuelta por unas telas pesadas, se sumergía en el lodazal de las aguas mágicas. Erzsébet estaba a poco de cumplir cincuenta años, empezaba a sufrir dolores en las articulaciones, heredados de los Báthory, y también padecía de gota, y allí buscaba la cura a sus males.

Prefería internarse sola en el rito de la eterna juventud. Los baños hacían su efecto, Erzsébet mantenía la lozanía intacta y parecía haber encontrado el método perfecto para acorralar a la aterradora vejez. Los que se atrevían, entre quienes estaba su hija, se preparaban en las tiendas blancas instaladas en las cercanías y replicaban la ceremonia del vigor.

El yerno observaba, desde lejos, esa especie de baile pagano: los baños, los banquetes, los silencios y el murmullo desconocido. Miklós no terminaba de entender a su suegra, su ansia por mantener un esplendor que se le escapaba por entre los dedos, ese envión sin fuerza, melancólico y abandonado, en la aplicación constante de cataplasmas de belladona, sus pactos solitarios, los canturreos sonámbulos, los estados hipnóticos, el calor suave que soplaba en todo su cuerpo.

No tendrás más que lamerme la espalda.

La escuchaba murmurar.

Soy la arquera perfecta, ellas mi blanco.

Insistía su suegra y Miklós se inquietaba cada vez más. Cuando Anna repetía alguno de los gestos de su madre, o comentaba con gusto alguno de sus dichos, él se entristecía.

Cuando la visita llegó a su fin y debieron empezar a organizar el equipaje para la partida, Erzsébet convocó a Dorkó para que le

prepararan la calesa. Quería rodearse de varias jovencitas, ella misma se sentía más joven que nunca. Pero su arpía favorita le trajo la respuesta tan temida, las doncellas no estaban en condiciones, se encontraban demasiado débiles o muertas.

—Pero ¿qué es esto? ¿Acaso se han excedido en el cumplimiento de mis órdenes? Estoy un poco cansada de esta existencia incomprendida —la regañó.

Le trajeron a la menos desmayada para que la acompañara en esas leguas. Partió Erzsébet, aullando que no se le acercaran, que tenía garras y dientes, y que sabría cómo usarlos.

En la casa quedaron las moribundas a cargo de Dorkó, ella se encargaría de todo. Algunas ya habían sido lanzadas al foso; las que salieron a flote, habían sido puestas a cubierto bajo algunos cultivos, entre las raíces y las zanahorias.

Antes de partir hacia su castillo, Miklós había salido a dar un paseo con su lebel, mientras Anna se aprestaba en el carruaje. El perro de caza había desaparecido de su vista y Miklós lo llamó con su silbato. Al rato, apareció con un jirón de carne de niña entre las fauces. Un terror, ya no infundado, lo aplastó como un alud. ¿Era verdad lo que se decía? Prefirió hacerse a silencio.

CAPÍTULO VIII

El reverendo Ponikenus había recibido una encomienda desde la capital que esperaba desde hacía varios días. El presbítero de la iglesia principal de Presburgo le enviaba, al fin, las cajas con libros sagrados que le habían prometido. Había intentado emprender el viaje para hacerse de los mismos, pero le había sido imposible. Agradecido, le abrió los brazos al envío.

Se dirigió hacia la modesta habitación que oficiaba de biblioteca con los bártulos y lanzó un bufido. Hacía meses, sino años, que nadie había pasado un trapo por ahí. El polvo se había acumulado sobre los lomos de los libros, era imposible ver qué descansaba en esos estantes. Con una desidia importante, pasó el plumero provocando una estampida de tierra que acabó en su garganta dándole un ataque de tos. Y tal fue la convulsa que una de las criadas se apersonó para verificar si el pastor estaba más muerto que vivo.

—Reverendo, ¿qué pasa aquí? ¿Qué es esta polvareda?

—Debo hacerle un lugar a estos libros. —Le indicó las cajas mientras intentaba serenarse.

—Permítame ayudarlo.

Y con una competencia que Ponikenus no tenía, se dispuso a quitar los libros de la biblioteca para pasarles el trapo y luego acomodarlos. Cuando le llegó el turno al sector superior, acercó una banqueta y trepó, y empezó a quitarlos de a uno. Pero se topó con algo inesperado.

—Señor pastor, aquí detrás hay un libro escondido, o algo que se le parece. —La criada lo tomó y se quedó mirándolo, expectante.

—A ver, muéstrame eso.

János se lo quitó de la mano y lo escrutó de arriba abajo. Se apartó un poco y se dio cuenta de que era el diario de András Barosius, intacto tras su muerte. Se sentó y se dispuso a leerlo. En la primera parte, en latín, el pastor relataba los sucesos de la comarca, la alegría de los nacimientos, las penas que traían las muertes, pero que aquello era la ley de la vida, las plagas y las pestes y sus remedios, las fiestas de guardar y las celebraciones de la parroquia. Sin embargo, en las últimas páginas, lejos de la crónica amable, aparecieron otras alusiones.

He recibido la orden, y ya sabemos de parte de quién, de enterrar bajo la iglesia, en una sola noche y en el más completo de los silencios, a nueve muchachas del castillo, muertas en las circunstancias más tenebrosas...

Los ojos del reverendo se abrieron como platos.

Los cadáveres se encontraban desangrados, esos pobres cuerpos de mujer, demasiado jóvenes para morir, demasiado extraño...

Ponikenus se revolvió en la silla.

Y no pude soportarlo, me negué a cumplir con los pedidos reiterados al constatar que la condesa me presentaba los cuerpecitos con las venas desgarradas...

El joven pastor levantó la vista del cuadernillo y confirmó las dudas que corroían su mente.

Demasiadas muchachas muertas en circunstancias desconocidas...

János empezó a poner en duda los motivos de la separación de András de su puesto eclesiástico. Le habían dicho, al entrar, que le tocaba reemplazar al anciano muerto, que había cumplido con honra su lugar de trabajo. ¿Y si lo habían asesinado? ¿Entonces, era verdad que se lo habían quitado de encima porque era un testigo con pruebas contundentes?

El reverendo Ponikenus decidió que investigaría más, que no abandonaría el testimonio que tenía entre manos, y se lo debía al valiente Barosius.

Salió de allí y fue en busca de su criado más leal. No quería continuar solo con la investigación, y menos descender a las catacumbas de la iglesia. Sabía que allí abajo se encontraba la cripta y la tumba del conde Kristóf Országh de Giath, consejero real y juez supremo del Reino de Hungría, fallecido en octubre de 1567. El castillo y la aldea le habían pertenecido antes de pasar a manos de los Nádasdy.

El pastor descendió a la cripta custodiado por su criado. Caminaron en silencio, János con la palabra de Dios en mente para no correr despavorido, hasta que llegaron a la imponente tumba del noble. Apilados alrededor del féretro de Országh había una gran cantidad de cajas de madera sin barnizar con cadáveres de jovencitas en estado de descomposición. Era imposible respirar.

Se alejaron como pudieron. Ponikenus apuró el paso hacia su celda. Guardó el cuadernillo de András bajo siete llaves. Debía denunciar todo aquello, tal vez escribirle a las altas jerarquías eclesiásticas para confesarles todo lo que sabía, por qué no al dignatario de la Iglesia y superintendente en Bytča, Elías Lanyi, y ponerlo al tanto de todo. Pero ¿y si interceptaban la esquila?

Las dudas volvieron a perseguirlo, el halo de la condesa de Báthory lo dejaba sin aire, sus días continuaron de sobresalto en sobresalto. Hasta que un día resolvió que no podía tragarse semejante bola de muerte. Montó su caballo y se dirigió rumbo a Presburgo para elevar la queja. Pero no pudo llegar. La condesa tenía un séquito de adulonas y chismosas a sueldo, siempre prestas a la persecución y al rejunte de información de aquí, de allá y de más allá.

János fue interceptado en el camino por una turba de campesinas que lo azotaron a preguntas. Logró convertirse en mudo, no delatarse, y regresó a la parroquia. Se hincó frente al altar y se entregó a la devoción.

* * *

Thurzó volvió a leer el acta que le había llegado de Viena. Necesitaba constatar que no se había equivocado, que la vista no empezaba a jugarle una mala pasada, que lo escrito, escrito estaba y que las palabras de Matías II eran fidedignas.

Hacía unos meses, György Thurzó había sido elegido palatino de la Alta Hungría, transformando su posición en la más importante del reino, luego de la del rey. Había sido elegido por la Dieta, esto ponía en evidencia la creciente influencia de los nobles en los estratos más altos de poder. Pero también contaba con la estima y la confianza del rey, que destacaba, siempre que podía, su bravura y honradez. Matías II se había sacado de encima —gracias a las presiones de su favorito Klesl— a todo aquel que caminara entre sombras para rodearse de iluminados. Pero esto tenía sus consecuencias. Los pedidos del rey no eran solicitudes candorosas, solo órdenes estrictas, imposibles de ignorar.

*Encomiendo la investigación inmediata de los actos espurios
llevados a cabo por la condesa Erzsébet de Báthory, viuda de
Nádasdy, y cometidos contra el sexo femenino...*

El palatino cerró los ojos, hubiera querido no leer, o hacerse el desentendido, o poder olvidar. Pero no le fue posible. Entonces era cierto. Lo que había escuchado por ahí no era el chisme malicioso de personas con ganas de vilipendiar la reputación de cualquiera que no les cayera en gracia. ¿El rumor que gritaba que su querida amiga era la artífice de un sinfín de atrocidades a jóvenes de escasa edad, era cierto? Le parecía inconcebible, no Erzsébet, no sois capaz de eso, ¿o estaba lejos de la verdad? Había escuchado que las víctimas,

parecía, eran campesinas, pues entonces hagamos la vista gorda. Todo noble que se precie tiene la potestad de hacer lo que le plazca con la vida, y con el cuerpo, y con la cabeza, y con la carne de sus vasallos.

... y por lo visto y oído la señora habría violado los principios básicos del derecho medieval húngaro. Asesinar y torturar a doncellas nobles le está penado por la ley. Ejecutadla ahora mismo...

Entonces había más. Levantó la vista al cielo. Se preguntaba si era pertinente hacerse el distraído con los dichos del rey. De tanto en tanto, avanzaban las conspiraciones desde Viena. Algunos integrantes del séquito del Habsburgo lo tenían entre ceja y ceja. Thurzó pertenecía a una de las familias protestantes más poderosas de la Alta Hungría, mientras que el rey y su corte eran católicos. El principal instigador contra las funciones del palatino era el cardenal Forgách, que empezaba a organizar una facción para desprestigiarlo y, si fuera posible, deponerlo.

Cavilaba Thurzó, desesperado: no podía ser, la viuda de su amigo querido, quien le había encomendado en su lecho de muerte que la protegiera de los contratiempos que pudieran surgir. Y él era un hombre de palabra. Aunque algo había escuchado, al pasar, acerca de las celdas subterráneas de Čachtice y las muertes, y la sangre, y el diabólico séquito de sirvientas a su orden, prestas ejecutoras de ceremonias que hubiera preferido no atender. No, Erzsébet, no.

Algo le habían murmurado, que el alcaide del pueblo y el pastor habían revelado el descubrimiento de hechos concretos, que cuatro cadáveres de jovencitas, con huellas de tortura en la carne, habían sido arrojadas al frío helado de la nieve desde la cima de las murallas para que los lobos dieran cuenta de ellos. Se decía que los ayudantes de la condesa no se atrevían a pasear por el pueblo, ni siquiera a la luz del día y sin escolta, pues sabían que los pobladores los detestaban y podían recibir pedradas.

El tutor del pequeño Pavel había informado a la Dieta de Hungría y a Matías II de lo que sucedía en Sárvár. Había planteado su preocupación acerca de las niñas desaparecidas y las muertes sospechosas, pero el asunto tomó otras dimensiones al desvelar que las víctimas eran nobles. Y lo peor llegó cuando el rey se enfrentó a unas deudas financieras con la finca de Báthory que superaban los setenta mil táleros. (84)

Thurzó entendió que estaba obligado a dirigir una investigación de los acontecimientos. Estaba cercado, no podía eludir sus obligaciones. Tampoco olvidaba que su sobrino estaba casado con la hija mayor de Erzsébet, debía asegurarse de conservar las propiedades de la familia, nunca se sabía.

Veinte días después de haber recibido la orden del rey, el palatino encargó a algunos miembros ejecutivos del tribunal tabular de Presburgo que él presidía que dieran comienzo a la investigación en los castillos de Nitra, Trenčín y Tekov, y también en las sedes de Mošon, Šopron, Váš, Ráb, Veszprém y Zala.

Debía asegurarse de las pruebas suficientes y contundentes para llevarla al estrado. Solo entonces le sería posible decidir el grado de culpabilidad o inocencia de la condesa. Los interrogatorios debían ser confidenciales y secretos. No podían arriesgarse.

* * *

—Me gustaría poder bajar las armas de una vez y para siempre.

Erzsébet deambulaba por sus habitaciones, en Sárvár. La seguían, a una distancia prudencial, Dorkó, Ilona y una criada nueva a la que intentaban adiestrar pero con poca esperanza. Su ama les había exigido que inspeccionaran los sótanos, que sepultaran el exceso, que le recogieran algo de sangre porque necesitaba ponerse blanca, más blanca, blanca su faz, blanca, blanca, y que arrojaran lo que ya no le era útil, y guardaran lo necesario y salieran a los bosques a recolectar hojas, tintas, carozos, tierra crujiente, vapores espesos.

—Porque es verdad que ya me encuentro un poco cansada de esta existencia tan asediada.

Báthory estaba cubierta de desconfianzas, arropada de presentimientos, dominada por una memoria pesada, impura, ausente de remordimientos. Algo intuía y no sabía qué era, se dejaba llevar por una fuerza vital más fuerte que ella. Y la inefable Majorova, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, le prometió la pócima definitiva, la de los furores, aquella que le otorgaría, al fin, el baño eterno.

—Necesito mi yo de noche. El día me hiere, deténganme el tiempo que me duele la carne viva. Tengo calambres en las muñecas.

Y de su boca se escurrió un hilo de sangre. La tomaron de los brazos y la llevaron para adentro. La condesa no se encontraba del todo bien. Hacía un tiempo que caía en estados de sopor, en una suerte de trances de magnitud que sus doncellas desconocían. Los de antes, los de siempre, se mantenían; los que la rescataban de los accesos de furia, los de la sed de sangre, del hambre de tortura, persistían. Pero estos últimos eran nuevos. Como si se despidiera de algo, como si el mundo le quemara, para entrar en un estado de superstición delirante, aún más que el de costumbre.

—¿Darían el pellejo por mí? —interpelaba, jadeante, como único consuelo.

Asentían sus adláteres con frenesí, le tenían un miedo descomunal. Y les ordenó que la bañaran, que necesitaba agua fresca sobre el cuerpo tan ardiente, tan desapacible, tan desnudo, a pesar de su corazón helado. Y le prepararon la tinaja, se internó, se estremeció. Y entendió tantas cosas.

Como por arte de magia, aunque después entendió que no era así, aparecieron sus hijas en pleno baño.

—Mamita, nos urge una noticia —escupieron Anna y Kato, con la cara desencajada, y escrutaron a la servidumbre para que se retiraran. La condesa levantó la mano y echo a todas de allí.

—¿Pero qué hacen aquí? ¿Y sus maridos, dónde están?

—Eso no importa, madre. Estamos aquí para advertirte de unos asuntos desconcertantes que llegan de Presburgo.

Erzsébet se incorporó un poco, su cuerpo chorreaba agua. Y las hermanas Nádasdy le detallaron lo que se habían enterado: que el

palatino Thurzó había encomendado una investigación en su contra. La acusaban de haber torturado y matado a un número enorme de jóvenes.

—¿De dónde sacan semejante dislate? —Erzsébet salió de la tina prendida fuego.

—Miklós ha escuchado algo.

—¿El sobrino de Thurzó?

Y obvió decirle a Anna que además era su marido. Las preguntas le salían de las entrañas, como si estuvieran impregnadas de sangre.

—Pero él lo descrea, madre. No creemos nada de todo eso. —Y dio unos pasos hacia donde estaba, erguida y desnuda, su madre. Erzsébet alzo la mano para detenerla.

—Toda esa gentuza quiere lo que es mío, lo que es de ustedes, lo que nos pertenece. Asaltantes, nos quieren esquilmar. Pero no lo lograrán.

La cabeza de Erzsébet se llenó de pensamientos irritados, caprichosos como ánimas, inciertos, sentencias que se arremolinaron en una confusión enloquecida. “No se volverán en mi contra, no se hundirán como espinas envenenadas en mi pecho, no se lo permitiré, ni a él ni a nadie”, balbuceaba mientras se secaba.

—No se preocupen, que son sangre de mi sangre, que ellos van a encontrarse con lo peor de mí.

* * *

La investigación dio comienzo a fines de marzo. El primero en actuar fue el protonotario Andrej Keresztúra, quien interrogó a treinta y cuatro testigos, la gran mayoría de Nové Mesto nad Váhom. (85) Notablemente, Erzsébet no se apersonó en la comarca de Čachtice, la condesa brillaba por su ausencia, nadie sabía dónde se encontraba.

El protonotario Mojžis escuchó a dieciocho testigos y sus testimonios fueron más específicos que los tomados por Keresztúra. Fueron los empleados de la finca y los habitantes de la sede de la familia Nádasdy en Sárvár y sus alrededores quienes testificaron.

También atendió a doscientos veinticuatro testigos de Čachtice, Vrbové, Beckov, Kostoliany y de pueblos aledaños.

El segundo castellano de Sárvár, Gregor Paisjártó, declaró estar al tanto de que las niñas eran trasladadas, a través de una puerta negra de hierro macizo, para ser enterradas en ataúdes entre cánticos estridentes, pero que desconocía cómo habían muerto. Testificó que hubo unas trescientas asesinadas y que habían sido torturadas previamente.

Declararon taberneros, súbditos, clérigos, un administrador de la iglesia y un noble. Tres hombres afirmaron que Báthory había matado a dos niñas y las había enterrado en Kostoliany; otro afirmó saber de, al menos, una muerte misteriosa; un sirviente confesó que la condesa había asesinado, con extrema crueldad, a dos jovencitas de la nobleza, primero azotándolas y luego sumergiéndolas en el agua helada del río, cerca del castillo de Strečno. Un arrendatario declaró que el castellano provisional de la finca de Čachtice le había encargado a uno de sus hombres que le consiguiera medicamentos de una farmacia de Trnava. El médico local afirmó que la pócima podría haber matado a cien personas.

Los testigos comparecían y hablaban. Los dichos eran escalofriantes. La inmersión de las niñas en agua helada era la práctica más frecuente. El preboste de Novoměstsky, Štefan Röci, habló de doscientas víctimas, un empleado declaró que conocía a más de cien.

La recopilación de testimonios era primordial y precedía a un posible juicio. Thurzó debía asegurarse de pruebas suficientes y contundentes para decidir sobre el grado de culpabilidad o inocencia. Necesitaba más, más, mucho más.

Un testigo de la aldea de Dienesfalva declaró que había escuchado cómo la condesa había asesinado, de forma terrible, a la hija del señor Stefan Szolthai, y a las dos hijas de Gabor Szitkey. Y no conforme, agregó que, por orden de Báthory, una de sus arpías había torturado a una muchacha en el camino de Ecsed y enterrada casi viva.

El palatino envió la información a Viena. En el acta confirmaba que consideraba todo aquello como un suceso grave y que la

condesa había asesinado a trescientas niñas. El rey le ordenó que continuara con la investigación y le exigió más información sobre el caso y, desde ya, la toma de medidas enérgicas. Thurzó se sintió entre la espada y la pared. Les envió una copia de la carta del monarca a Pavel, el hijo menor de la condesa, y a sus dos yernos. El 7 de junio, Miklós Zrínyi y György Drugeth comparecieron en la sede de Szatmár para reunirse con el palatino.

—Lamento tanto lo que está sucediendo, caballeros —expresó Thurzó con un gesto desencajado. Se le hacía difícil enfrentar a su sobrino y al otro joven, a quien también consideraba de la familia.— Pero entenderán a lo que plantamos cara, en este caso.

Los yernos se revolvieron en las sillas, hacían cuentas, refrendaban, en su memoria, alguna palabra o hecho que los ayudara a descubrir el origen del mal de su suegra. Les parecía inverosímil, o más cierto que nada. Drugeth estaba conmovido, veneraba a Erzsébet, pensaba en su Kato, en el derrumbe que esto significaría para ella, su madre querida, su madre única, y no podía tragar de la desesperación. Zrínyi, en cambio, era frío como el hielo, meticuloso hasta el último detalle en las cuestiones patrimoniales.

—No me importa lo que haya hecho, quiero las cuentas claras. Sabes a lo que me refiero. No puede ser culpada de nada, no puede ser expuesta al escarnio público. Y lo digo por sus hijos y su patrimonio. No debes llevarla al estrado. Hablo por boca de Anna —sentenció Miklós—. Y te agrego, en el más completo de los secretos, que enviaré a mis hombres a Čachtice a mediados de diciembre para que ocupen el castillo.

—Refrendo lo que dice mi cuñado.

—Intentaré protegerla lo más que pueda, pero todo tiene un límite, señores. ¿Han leído lo que les envié? ¿Entendieron de lo que se la acusa?

—No tenemos más que decir, tampoco escucharemos lo que sigue, Majestad.

Los cuñados se retiraron de la sede con paso firme. Intentaban mantener el temple, a pesar de los acontecimientos. Todo aquello era una locura, no entendían cómo habían llegado hasta ahí.

Thurzó se tomó la frente. Necesitaba reflexionar, organizar su cabeza, atemperar los humores y no dejarse llevar por el pesimismo. Erzsébet estaba cercada, había cometido los crímenes más horrendos que cualquier ser humano pudiera cometer. ¿Pero era posible? Esa mujer, la esfinge más imponente que había conocido, por la que había prometido todo y más, con la que, con solo mirarla, el cuerpo se le llenaba de temblores y el mundo se doblegaba, ¿era capaz? La tristeza lo embargó.

[84](#) Antigua moneda grande de plata que circuló extensamente en Europa, especialmente en Alemania, desde principios del siglo XVI hasta el siglo XIX.

[85](#) Situada en la región de Trenčín, en Eslovaquia, cerca del río Vág.

CAPÍTULO IX

Erzsébet esperó en la sala de su fortaleza de Presburgo, eran los primeros días de septiembre. Había reaccionado con una lucidez renovada. Los últimos acontecimientos la habían despabilado, había entendido, después de todo, que podía ser procesada, que podían endilgarle eso, las culpas, las responsabilidades, los estigmas. Comprendió que podía llegarle la hora de perder todo y el corazón se le aceleró, perder la vida, ¿había tenido una?, perder la alegría, ¿la misma que sentía el mundo?, perder la belleza. Y sintió una puntada en el medio del pecho, el dolor dentro de su laberinto.

Había convocado a los funcionarios pertinentes a su casa, había decidido redactar su testamento, quería asegurarse de distribuir, como correspondía, los bienes entre sus descendientes.

Llegaron los once dignatarios del trono, Erzsébet los recibió rodeada por algunos miembros de su personal. Les indicó que se sentaran, ella se dispuso a leer, en voz alta, lo que había escrito:

3 de septiembre de 1610, Presburgo

Yo, Erzsébet Báthory, viuda del noble Ferencz Nádasdy, declaro encontrarme en mal estado de salud y avanzada edad, por lo que ya no deseo cumplir con las obligaciones del mundo material.

He decidido dividir los bienes de mi esposo, así como los míos, en tres partes, incluyendo el regalo de bodas, el castillo de Čachtice, en partes iguales. Nombro a mi hijo Pavel como

propietario y poseedor de los bienes, hasta que mis hijas y sus esposos se reúnan para llegar a un acuerdo. Les solicito a mis hijas y yernos que no intervengan en la posesión de Pavel de Sárvár, Kapuvár, (86) Lockenhaus y Kanizsay (87) antes de que alcance la mayoría de edad. Me avengo con todas las de la ley, para que se cumpla, y sin más...

La condesa cumplió con todos los requisitos legales para que nadie pudiera impugnarlo, y lo hizo frente a los hombres del rey para que el tesoro real no se atreviera a confiscarle sus bienes, si se transformaba en una convicta criminal.

Y quiso quedarse sola, en la más completa soledad, para enfrentar lo que se venía. Ella podría con todo, y les haría frente como siempre había sucedido. Miró hacia adelante y solo vio el bruto brillo de la eternidad, y quiso extirparse de sí la humedad de las tinieblas.

Le llegó información de los movimientos de Thurzó. En cada una de sus residencias tenía una corte de adulones fascinados con llevarle chismes a la señora. Los tenía bien comprados. Y así se enteró de que el palatino perseguía a sus sirvientes en busca de carroña, supo que uno de sus súbditos le había cortado la pata del caballo a un borracho llamado Gaspar Tataj, y se había armado una gresca descomunal.

Como si un canto de sangre eterna le hubiera subido hasta los ojos, Erzsébet le escribió al palatino para informarle, con antelación, sobre todo el asunto, porque "si mi sirviente hubiera hecho daño a Tataj, lo habría castigado conforme a la ley, pero toda la culpa es de Tataj. Solicito que Vuestra Señoría ordene el castigo y ejecución pertinentes...". La condesa dejaba en claro que sabía algo por sus sirvientes y que Tataj, como subordinado de Thurzó, se había atrevido a decir algo en su contra. Algo se tramaba en su contra, lo sabía bien.

A fines de octubre emprendió el regreso a Čachtice en sus carruajes. Tenía todo bajo control, ya nadie podría intimidarla.

Viajaba con el testamento sellado y escondido cuidadosamente en su cofre, el mismo donde dormía el apunte de sus presas, de sus amadas jovencitas, de sus niñas de vida trunca que le habían donado, a ella, la eternidad.

Marchaba con los ojos negros de cólera, esa furia que la mantenía viva, a veces a fuego lento, otras abrasada, vivita y felina, lenta pero con la misma capacidad de asombro de sus tiempos infantiles, en todos los casos, con el miedo a la extinción. Ella, el ángel negro que sobrevolaba las puertas del infierno tan enigmático.

* * *

La madrugada previa a la Nochebuena, Erzsébet descendió a la celda subterránea del castillo, la que albergaba las pociones, los utensilios secretos, las herramientas infernales, la parafernalia de hierro, siempre listos para calmar los apetitos de la dama. Sobre un madero descansaban las hierbas mágicas, las plantas de los Cárpatos de tallos jugosos y frutos brillantes, los capullos de rosas desvaídas y también las de morados intensos, y las canastas de pétalos desangrados, prestos a cocinarse en los fuegos, para luego transformarse en los menjunjes divinos que pintarían su cuerpo para sellar el pacto.

La condesa se quitó las ropas, también la piel de zorro que gustaba de ostentar, y Majorova embebió un paño en la olla que se cocinaba sobre el brasero y recorrió la desnudez de la señora. Erzsébet dio comienzo a un murmullo inquietante, el conjuro infernal o celestial, poco le importaba. Ella se elevaba por sobre todos, hundía en el oprobio a sus enemigos con esa plegaria aprendida en la oscuridad de los bosques.

Ahora y aquí, yo sola, nada más que yo, arrojada en el seno tan suntuoso, mi dios hará que tenga la fuerza de sobrevivir a mil muertes, bien despierta en este abismo de glorias, dame las fuerzas para padecer este goce sobrehumano, viviré sin dejar de ser y gimo, y vivo más, todavía más. Y cúmpleme mis pedidos, una larga noche mortal para el Habsburgo desleal, Matías infecto, y contra el gran palatino Thurzó, y el Rojo Magyarí y todos aquellos que busquen mi

perjuicio. Me veo capturada por la felicidad, por la luz..., repetía Erzsébet con la mirada perdida.

Y pasó la Navidad sola, acompañada por su corte impiadosa que le había cumplido las razones de su vida. Le habían traído algunas campesinas ingenuas y las habían encerrado en los sótanos, aguardando su hora señalada, ese mismo instante que eligiera la condesa para calmar su ansia. Nunca era suficiente, los impulsos llegaban o no, pero había que estar listos.

Y arrastró sus espectros hasta ahí sin esperar o prever el final de sus noches, llevando adelante sus días helados, su vida helada. ¿Cómo había sucedido todo hasta ese instante, y por qué aún todo era tan desolado? Erzsébet celebraba esos últimos días del año, esas fiestas luminosas pero tan oscuras, y las sintió ajenas. Y tuvo sed, mucha sed.

Vio la desnudez de su alma echando maleficios. Cubrió su mente de nubes y buscó no verse sin reino, sin poder, sin furor. Ella, siempre reina.

* * *

Después de Navidad, el Parlamento de Viena tomó la decisión tan temida por varios. En los tres días previos se habían ocupado de atender los reclamos de la aldea de Čachtice, además de la denuncia del pastor Magyeri. Diligente, Matías II envió a un emisario a Presburgo con un mensaje para el palatino. Le ordenaba que se presentara inmediatamente en el castillo para enterarse, por sí mismo, qué era lo que ocurría dentro de esos muros de piedra, que abriera una investigación y castigara a los culpables. Fuera quien fuese.

Thurzó partió rumbo a Čachtice con su séquito, entre los que se encontraban los yernos de Báthory y el tutor de Pavel, el hijo menor de la condesa. Llegaron el 30 de diciembre por la mañana al castillo. Erzsébet no estaba allí, pero lo que vieron fue aterrador.

Custodiados por hombres provistos de antorchas, que conocían los laberintos secretos del castillo, descendieron por unas escaleras hasta llegar a los sótanos, desde donde llegaba una emanación

pútrida. Thurzó, Zrínyi y Dugreth debieron cubrirse las fauces con sendos pañuelos, pues les fue imposible respirar. Y entonces se adentraron a una sala con los muros salpicados de sangre, una “doncella de hierro” en un rincón, y vieron las celdas donde encarcelaban a las jovencitas, con paredes de piedra estrechas y bajas, y las bifurcaciones del subterráneo, una que conducía hacia las colinas y la otra que iba hacia la aldea y llegaba a los sótanos del castillo menor.

Postrada sobre el suelo había una moza desnuda con la carne destrozada, la melena sucia y arrancada a mechones, estaba muerta; en otro de los recovecos, encontraron a unas mujeres en plena faena de tortura a unas niñas, junto a un joven enjuto que las asistía.

—¡Vigilen a estos monstruos y encarcélenlos hasta que se les aplique la ley! —ordenó el palatino.

Afuera, cerca de la entrada del castillo, encontraron a una joven en plena agonía que había logrado escapar del sacrificio. A su lado, otra muerta por las múltiples heridas y torturas. Además, había una niña sentada, martirizada y herida, y otra atada con tanta fuerza que la soga había roto la carne, lista para ser torturada.

—¡Busquen a Báthory, a esa maldita mujer, a esa mujer infernal, y que comparezca! —gritó Thurzó.

Los hombres del palatino se dirigieron a la casa solariega. Allí estaba Erzsébet, comiendo tan tranquila. Se sorprendió al verlos llegar y cuando intentaron acercársele opuso resistencia. Pero no hubo caso, la tomaron de los brazos y la llevaron hacia donde aguardaba el palatino. Detrás, entre las sombras, estaban sus yernos.

—Erzsébet, condesa de Báthory, señora de Čachtice, que Dios perdone tus crímenes, te condeno a prisión perpetua en tu propio castillo.

La dama miró a Zrínyi y a Drugeth con desesperación. No entendía qué estaba sucediendo, la impunidad con la que había vivido parecía estar llegando a su fin. Sus yernos intentaron donarle un poco de calma desde donde estaban.

—¡Ha llegado tu momento, noble señora, de que te deshagas de tus conjuros del averno! —gritó el Rojo, desencajado.

Erzsébet buscó su talismán, el que escondía en sus bolsillos, el que le había ofrecido como garante de vida una de sus brujas, pero no lo encontró. Le faltó el aire, creyó sucumbir, escuchó el estruendo de la caída de la sangre, desde su corazón inmenso, que ardía en su propio fuego, dominada por un ataque de rabia.

—¿Y cuando ya no tenga más sangre para recibir? —susurró, en un hilo de voz.

El palatino ordenó que pasara la noche encerrada en una habitación segura y custodiada. Al día siguiente sería encarcelada entre las piedras. La servidumbre cómplice sería juzgada en Bytča, hacia donde partirían a la brevedad.

La condujeron arriba, a una habitación pequeña. Erszébet se apoyó sobre una litera, sintiéndose en una tierra extranjera, al descubierto, sin armas. En sus ojos bellos brillaba el sino de la fatalidad.

* * *

El juicio comenzó el 2 de enero de 1611. Veinticuatro jueces y el fiscal, Juraj Zádovský, el secretario de Thurzó, se dieron cita en Bytča, la sede principal del palatino. La condesa estaba ausente, sus asistentes debían testificar voluntariamente, si no lo hacían, se recurriría a los peores tormentos. Los verdugos estaban listos, primero amenazaban a los acusados, luego presentaban las herramientas. Después se usaba el torno y continuaban con la bota española (88) o la trituradora de espinillas. (89) Si no lograban el cometido, recurrían a la quemadura con velas, o antorchas, o con hierro candente.

Los jueces expusieron once preguntas para los acusados:

“¿Cuánto tiempo lleva al servicio de la dama y cómo llegó a su corte?”.

“¿Cuántas niñas y mujeres ha instado a asesinar desde entonces?”.

“¿Quién es y de dónde viene?”.

“¿Quién consiguió y atrajo mujeres y niñas a la corte?”.

“¿De qué manera y bajo qué torturas asesinó a estas pobres mujeres?”.

“¿Quién ayudó con los funerales?”.

“¿Dónde enterraron los cadáveres, quién enterró, qué hizo y cómo?”.

“¿También torturó y asesinó?”.

“¿En qué sitios se torturó y asesinó a mujeres desafortunadas, en Čachtice, Sárvár, Hostie, Beckov y otros?”.

“¿Quién fue testigo de semejantes aberraciones? ¿La señora sabía de todo esto?”.

“¿Cuándo comenzó a cometer estos actos?”

Aguardaron a que respondieran voluntariamente, pero igual se los sometió a torturas. Ficzkó confesó que había trabajado dieciséis años para la condesa Báthory, que había hecho matar unas treinta y siete niñas, que las había traído a la corte junto con Dorota Szentes, diciéndoles que serían sirvientas o tenderas, que la bruja Darvulia las torturaba con cordel vienés, que las ataba por detrás hasta que adquirían el color de las polillas, que habían aprendido a torturar de Darvulia, que en Čachtice había otra mujer, Helena, apodada Kočiška, que también torturaba, y que la propia condesa las pinchaba con agujas, también las quemaba con la plancha, les metía los dedos en la boca y se las estiraba hasta pasar los límites y, a veces, le presentaban cuatro o cinco niñas desnudas para que ella las mirara.

Cuando le preguntaron desde cuándo la condesa había empezado a cometer todo aquello, el sirviente respondió que, incluso, en vida del pobre caballero Nádasdy, que ella las torturaba pero no las mataba, que en el último tiempo se había vuelto más cruel, y con el arribo de la bruja todo se había vuelto peor, que había rituales extraños, que bañaba a la señora con esa sangre.

Ilona Jo intentó demostrar que tenía la menor parte de culpa en los crímenes. Afirmó ser la nodriza de los hijos de la condesa. Dorkó afirmó que la nodriza la había llevado a trabajar para Báthory y que si no hubiera cumplido las órdenes, la habrían golpeado con un palo tan grande como la pata de la silla.

Tras escuchar a los testigos, el 7 de enero de 1611 el tribunal dictó sentencia. La principal implicada no fue juzgada. Se dictaminó que Ilona, en primer lugar, y Dorota, en segundo, eran las principales ejecutoras de tan grave y sangriento crimen. El verdugo les arrancó los dedos de las manos con tenazas al rojo vivo por haberlas empapado en sangre cristiana y luego fueron quemadas en la hoguera. Ján Ficko, el deforme Ficzkó, por su corta edad y menor participación en los crímenes, fue decapitado. Katarina Benická, la cuarta detenida, fue obligada a permanecer en prisión hasta que sus pecados fueran demostrados.

El palatino Thurzó condenó a Erzsébet Báthory a cadena perpetua por la muerte de trescientas jovencitas. El 14 de enero el rey Matías II reaccionó a la condena, pidió un nuevo juicio y, en su lugar, una sentencia más severa. Thurzó les informó a los yernos y al hijo que las cosas se estaban complicando, aunque ocultó la cifra verdadera: eran seiscientas cincuenta víctimas. Zrínyi le respondió dándole su aval. Y le rogó que disuadiera al rey.

Matías II quería que fuera juzgada en Presburgo, porque quedaba registrada bajo su competencia. Pero Thurzó, violando las leyes de la Alta Hungría, se negó. Pavel, que ya había cumplido trece años, le escribió al palatino. "El castigo de mi pobre madre es más terrible que la muerte", apuntó. La carta fue confiscada, quisieron protegerlo.

El Habsburgo intuyó que algo más se escondía en este caso. El 16 de enero de 1612 emitió otro documento por el que solicitaba la condena a muerte de Erzsébet Báthory y la entrega de los bienes a sus hijos.

[⁸⁶](#) Histórica ciudad balnearia en el noroeste de Hungría.

[⁸⁷](#) Ciudad ubicada en el condado de Zala, en el suroeste de Hungría.

[⁸⁸](#) Carcasa de hierro para la pierna y el pie. Cuñas de madera o hierro se martillaban entre la carcasa y la carne de la víctima.

[89](#) Dispositivo similar que apretaba desde la pantorrilla hasta el talón, tachonada de púas, pinchos o protuberancias, hasta lograr la fractura de la tibia y el peroné.

CAPÍTULO

X

La condesa ocupaba las habitaciones más altas del castillo, encerrada, y con dos centinelas en custodia. No podía salir, tampoco le importaba demasiado, pasaba los días sin contar las horas, desconociendo los límites o la desconfianza, demorándose en la inmediatez de una vida sin memoria. Le habían hecho la deferencia, o quién sabe, jamás se hubieran atrevido a propinarle órdenes, de permitirle conservar la infinidad de cofres que guardaban sus joyas, pieles, vestidos y talismanes, sus notas y papeles y secretos, y cuántas cosas más.

El primero en visitarla fue el presbítero Ponikenus. La conocía bien, tenía miedo de que se suicidara. Subió los peldaños con cuidado, iba acompañado por un pastor que le oficiaba de sostén religioso, se presentó ante la guardia y expresó que quería ofrecerle sus exhortaciones a la condesa. Abrieron el cerrojo y pidió entrar con su ladero, no quiso hacerlo solo. Erguida como una esfinge, envuelta en pieles y adornada con sus oros y las piedras del Oriente de su madre, los recibió Erzsébet.

—¡A qué vienen! ¡Ustedes, pastores, son la razón de mi encarcelamiento! —gritó la condesa en húngaro.

—No, señora, yo no he tenido nada que ver. Prediqué la palabra de Dios, y si la conciencia de Su Majestad alguna vez se sintió ofendida, no es culpa mía porque jamás mencioné su nombre —respondió Ledsa, el pastor que acompañaba a Ponikenus, que hablaba la lengua y pudo entender los gritos.

—¿Entonces quién ha sido?

El pastor volvió a negar, mientras que János miraba a uno, a otro y no entendía nada.

—¡Primero debes morir tú, luego el tal Magyeri! Ustedes dos son los culpables de todo, ¿o qué se creen? ¿Que no habrá disturbios ante semejante oprobio? Al fin y al cabo, estallará un levantamiento cada día y el príncipe de Transilvania, mi primo Gabor, me salvará y vengará las injusticias que han cometido en mi contra.

Erzsébet respondió, a los gritos, en húngaro, y continuó con unos murmullos en una lengua desconocida. Ponikenus se le acercó e intentó ponerle el libro de oraciones en las manos. Ella le dio la espalda, se alejó, bastante destemplada.

—Rezaré por usted, señora.

—Ni lo sueñes, no me hace falta.

La puerta de hierro se cerró de un golpe detrás de los hombres de Dios. Erzsébet se quedó sola con sus pensamientos, sintiendo el más profundo y certero de los dolores, el que se hunde hasta el corazón.

Al poco tiempo y con la sentencia irrevocable que la instaba a permanecer emparedada a perpetuidad en el castillo, llegaron unos albañiles y cumplieron la orden del palatino. Tapiaron con piedras, una encima de otra, la habitación que encarcelaba a la condesa Báthory, dejándole solo una hendidura y colmándola de oscuridad.

Sus hijos no podían visitarla con frecuencia. El menor, cuando no aguantaba la pena, se apoyaba en el muro y lloraba desconsoladamente. Al año siguiente de la reclusión de su madre, Anna se apersonó en Čachtice y forzó la entrada de las habitaciones donde se guardaban los tesoros familiares. Tomó todos los objetos de valor que pudo, además de dinero en efectivo. Luego se dirigió a la casa solariega, abrió el tesoro y se llevó objetos invaluable. Thurzó ordenó la devolución de todo, y que el caso se resolviera en el seno familiar. Los Zrínyi hicieron caso omiso, no devolvieron nada, se quedaron con todo.

* * *

Transcurrían los meses, pero el tiempo se había convertido en algo desconocido para Erzsébet. Esas paredes la habían convertido en una mujer nueva, engalanada por una jovialidad que no reconocía, pero que le ofrecía una cierta serenidad. Había conocido, durante los años previos, las palabras adecuadas para matar al mundo, ahora prefería otras. De repente, había descubierto la necesidad de ver a la muerte con otros ojos.

La sed de sangre, el embrujo de la mezcla violenta de sangre con sangre, se le había desintegrado. Ya no sentía en la boca las ganas constantes de relamerse, de pensarse joven y bella, eterna y única. Había penetrado en su cuerpo el deseo mudo de quedarse quieta, callada, de verse arrastrada por suspiros leves. Habían quedado lejos, e imploraba que aquello fuera para siempre, los recuerdos que la presentaban sádica, violenta, egoísta. ¿Quién era esa niña de rostro despellejado, suplicante, de rasgos hermosos? Había bebido demasiadas almas, quería sellar sus labios.

Había amado tanto, demasiado, a su forma, que no era propia de este mundo, mas de otros sitios, altos en el cielo y hondos del infierno, entre allí y acá. Había ardido tanto que ahora estaba helada.

Erzsébet nunca pidió nada, tampoco un indulto. El 31 de julio de 1614, tal vez sintiendo el trazo de la muerte cerca, solicitó revisar su testamento. Enviaron a dos testigos, András Kaupelich e Imre Egry, para que corroboraran el documento, pero no pudieron verla. Mejoró la herencia de Katalina, mientras que el resto de sus bienes quedaba dividido entre todos, con devolución a Pavel.

La noche del 20 de agosto sintió un escalofrío. Se acercó a la hendidura y llamó al guardia.

—Mira qué fría tengo la mano —le dijo.

—No es nada, mi señora, solo recuéstese.

Erzsébet se fue a acostar, tomó la almohada sobre la que solía apoyar su cabeza y se la puso debajo de los pies. Y empezó a rezar y cantó hermosas canciones de alabanza a Dios. A las dos de la madrugada, un brazo pálido descendió de la oscuridad del más allá y se la llevó para siempre. Murió en paz.

El 25 de noviembre, la condesa Erzsébet Báthory, viuda de Nádasdy, fue sepultada en la iglesia de Čachtice. Sin embargo, la furia y el terror de los habitantes de la comarca hicieron que sus restos fueran exhumados en el acto.

Se dijo que fueron trasladados a su lugar de nacimiento, el castillo de la primera infancia, el de Ecsed, donde otros miembros del clan habían sido enterrados. También se declaró que al fin había encontrado el silencio tan ansiado al lado de la tumba de su querido Ferencz, en Sárvár.

En 1938, cuando se abrió la cripta, la de Báthory no estaba allí. Nunca buscó el descanso, solo quiso tempestades.

AGRADECIMIENTOS

Hace un tiempo ya, cuando entregué la versión final de *La cruzada*, en el fragor del desprendimiento y como quien no quiso la cosa, murmuré que me urgía seguir con la condesa. Mi editor, Mariano Valerio, se detuvo —caminábamos por los laberintos de Planeta— y buscó mi mirada. Coincidió en que Erzsébet era su personaje favorito y que estaba dispuesto a ir conmigo a la guerra. Quiero agradecerle su confianza infinita y el estímulo constante en este viaje hacia el fin de la noche.

A Gastón Etchegaray, Adriana Fernández y Mercedes Güiraldes, por decirme que sí, por acompañarme en cada sueño y hacerlos en realidad.

A mi amiga Tessa Zaefferer, por los intercambios éticos, estéticos y científicos, que me ayudaron a pensar la génesis de la frontera entre la salud y la patología, el bien y el mal, el placer y el goce, la belleza y la locura.

A Fede Cueva, por guiarme a través de las autopistas húngaras, austríacas y eslovacas, y recorrer los castillos donde vivió y murió la condesa Báthory. Adentrarnos en la cultura de Europa Central fue una experiencia inolvidable.

A Sandro Barella, poeta y librero excelso de la librería Norte, conocedor de mis debilidades, en cuanto le conté a quién investigaba se puso en campaña y buscó todo lo que me podría interesar. Mi voracidad desconoce de límites y hacia allí fui para salir cargada de libros y más libros, que me ayudaron a construir esta novela.

Grupo  Planeta

iSeguinos!

